

[NATALIA Franco • PATRICIA Nieto • OMAR Rincón]
EDITORES

TÁCTICAS Y ESTRATEGIAS PARA **CONTAR**

[historias de la gente sobre conflicto
y reconciliación en Colombia]

TÁCTICAS Y ESTRATEGIAS PARA CONTAR

[historias de la gente sobre conflicto
y reconciliación en Colombia]

**Natalia Franco
Patricia Nieto
Omar Rincón**

Editores

**Centro de Competencia en Comunicación
para América Latina
Friedrich Ebert Stiftung**

Editores:

Natalia Franco
Patricia Nieto
Omar Rincón

Corrección de textos:

Paula Camila Osorio Lema
Margarita Isaza Velásquez

Ciudad:

Bogotá, 2010

Diseño:

Nelson Mora Murcia

Producción:

Centro de Competencia en Comunicación
para América Latina, C3 FES, **www.c3fes.net**.

La Iniciativa para el Fortalecimiento de la Sociedad Civil
en Colombia.

Una alianza conformada por

Red Prodepaz: "<http://www.prodepaz.com>" y

- Proyectos de Desarrollo y Paz de Colombia
participantes: Prodepaz (Magdalena Centro),
Cordepaz (Meta), Huipaz (Huila), Asopatía (Cauca-
Nariño), Consornoc (Norte de Santander), FRDPMM
(Montes de María), Prodepaz (Oriente antioqueño),
Tolipaz (Tolima).

Asociación de Fundaciones Petroleras

Universidad de los Andes

- Ceper (Centro de Estudios en Periodismo)
- Ieso (Iniciativa en Emprendimientos Sociales de la
Facultad de Administración) Universidad de Harvard

Universidad Autónoma de Manizales

Universidad Surcolombiana

Unillanos

Colciencias

Fundación Avina

Fundación Friedrich Ebert en Colombia

ISBN 978-958-99007-9-6

Este texto puede ser reproducido con previa autorización con
un objetivo educativo y sin ánimo de lucro.

[CONTENIDO]

[Introducción]	
APLAZAR LA MUERTE / SEDUCIR LA VIDA.....	5
[Con/Texto]	
LAS NARRATIVAS COMO MEMORIA, CONOCIMIENTO, GOCE E IDENTIDAD	11
Omar Rincón / Natalia Franco / Patricia Nieto	
[Texto]	
LA REALIDAD Y LA FICCIÓN DEL TESTIMONIO	43
Natalia Tobón	
[Memoria/Modos de contar]	
HABÍA UNA VEZ, AVENTURAS DEL NARRAR, METODOLOGÍAS Y USOS	67
desdeadentro.info	
Omar Rincón / Natalia Franco / Carmen Lucía Castaño / Alirio González	
[Historias de la gente]	
NARRATIVAS PERSONALES.....	97
Es mejor Pan que Coca. Viviana Palacios	
"Mi dignidad, mi dignidad vale más que todo lo que se perdió". / Nini Yohana Luna Becerra	
Maldita no es la Flor... Sabulón Callejas	
Hay que amar la vida, pero también la muerte. Islena Rey	
Ubaldo habla de Ubaldo. Ubaldo Hidalgo	
Mi historia de mi destierro. Olga María Parra	
Aún no logro comprender. Jennifer Pacheco	
Se le tiene anotado el parte. Javier Moncayo	
La ilusión millonaria. Arsenio Samanate	
Una falsa ilusión. Edwin Robert Caldón Fernández	
¡Pilas, civil! Carmen Lucía Castaño	
No olvido a mi Chocó. Carmen Lucía Castaño	
Pescadores en Puerto Triunfo (Una visión inolvidable). Héctor Almanza (video en animación)	
RELATOS COLECTIVOS.....	139
Los rumores del tubo	
Calor en el páramo	
Cuando el río suena...	
Puente Largo	
Historias de El Rosal	
Casa Fantasma (video en animación)	
Viaje sin regreso: Florencia – Samaná (video en animación)	
El incendio	
Los chuzos	
Villa Cuchillo	
HISTORIAS TEMÁTICAS	157
Lo que la coca nos dejó. Constanza Kahn	
De roces y reses, periodista. Carmen Lucía Castaño	
Ay, mi llanura. Carmen Lucía Castaño	

CRÓNICAS DE VIAJE 163

 Promesas de político (antes Un golpe de suerte) / Nashry Zaghy

 Los pueblos / Carmen Lucía Castaño

HSTORIAS TESTIMONIALES 167

 El profe alumno / Idelber Papamija

 De las botas de tacón a las pantaneras / Constanza Kahn

[Pensar las historias]

LA URGENCIA DEL RELATO, HOY, EN COLOMBIA 171

 La urgencia del relato, hoy, en Colombia / Marie Estripeaut-Bourjac

 Usos de la narrativa como herramienta de evaluación estratégica / Natalia Franco

 Entre la soledad y el absurdo: ciudadanías en medio de la Vorágine / Clemencia Rodríguez

 La pregunta como acto de memoria / Patricia Nieto

 La ideología del cheverismo / Omar Rincón

APLAZAR LA MUERTE / SEDUCIR LA VIDA

Esta es una historia de historias. Esta es la historia de una intuición que se concretó en idea, que se volvió en proyecto, que se convirtió en comunidad/red llamada **www.desdeadentro.info**, un tejido de historias que no tiene dueños pero tiene sentido en cuanto cuenta, narra, relata.

¿Qué somos? Un movimiento de la narración en el cual las instituciones, los expertos, la academia y la gente se van encontrando por momentos para afirmar que si contamos existimos, resistimos. Somos una red de gente, un tejido de historias, un encuentro de instituciones, una ilusión de convivencia por la dignidad. Un en-trama-do que se hace con y desde las historias de la gente; historias que la guerra no ha podido matar, relatos que se cuentan para existir en el mapa de los visibles y sobrevivientes.

Todo comenzó con una intuición afectiva: si no sabemos por qué nos estamos matando, nunca sabremos por qué debemos con/vivir en paz. Y para saber con/ vivir, contamos. La tesis es la que creemos en **www.desdeadentro.info** es que sin narración no es posible la reconciliación, ni la paz, ni la vida, ni la nación colombiana.

La narración se asume como una estrategia de constitución de subjetividad y colectividad, de producción de conocimiento y memoria, de juegos de seducción y conexión. No se trata de contar la guerra (eso lo hacen los medios de comunicación que acompañan el presente de las guerras), tampoco de comprender a los victimarios (ellos solo saben matar y escribir leyes y libros para justificarse), ni de saber la miseria y sufrimiento de las víctimas (hay muchas organizaciones sociales que hacen muy bien este trabajo). Aquí se trata de que los sobrevivientes de esta guerra cuenten sus historias, pero aquellas que quieren, aquellas que les proveen de dignidad e ilusión para seguir resistiendo/viviendo.

Así, sin más pretensión, queríamos escuchar las historias de la gente para producir otras memorias, unas cargadas de experiencias de vida y deseos propios. Unas memorias que nos permitan comprender por qué a pesar de la guerra y de

perderlo todo la gente de Colombia quiere y desea seguir viviendo, pero sobre todo para saber cómo se vive con dignidad en esta tierra de la indignidad. El resultado: unas memorias frágiles, en flujo, de devenir, para poder imaginar un futuro con sentido.

Estas intuiciones se concretan en este libro **Tácticas y estrategias para contar** [historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia] y en el sitio web **desdeadentro.info**), historias desde y con la gente.

“Si Camilo Torres me enseñó a soñar y Estanislao Zuleta a leer, la gente corriente, la que se levanta y se acuesta, la que mata a otro y reza por él, esa gente que somos todos nosotros, me enseñó a escuchar y a escribir, porque una vez que uno escucha no puede dejar de escribir”

Alfredo Molano

La violencia en Colombia es, también, un duelo de relatos. Por ahora, van ganando los testimonios del Estado, de los victimarios, de los medios de comunicación y de la academia. El país de la dignidad del no-guerrero, del sujeto civil y los colectivos que han sobrevivido en medio de la guerra, van perdiendo el duelo de relatos; esas historias de la gente no han llegado a ser parte del gran relato nacional de nuestra violencia. Pero mientras haya pulsión narrativa existe la posibilidad de ser y tener identidad, porque “una de las afirmaciones más incontrovertibles es aquella que dice que somos los relatos que producimos de nosotros mismos como sujetos y como culturas”¹.

¿Por qué fortalecer procesos de convivencia a través de la narración? Porque la narración es una forma de futuro, ya que recordamos para imaginarnos, construimos el pasado para reconstituir una identidad, contamos para sentirnos sujetos de la historia, narramos como táctica de resistencia y creamos nuestras historias para recuperar la dignidad que la guerra intenta destruir.

La apuesta por la narración es política porque:

- Permite a cada persona re-conocer lo que ha vivido.
- Al ser pública, la narración logra que las historias circulen y dejen de ser solo parte de la vida doméstica.
- El país necesita reconocer sus historias para saber de dónde viene y para dónde va.

¹ Omar Rincón, *Narrativas mediáticas o cómo cuenta la sociedad del entretenimiento*, Barcelona: Gedisa, 2006, página 87.

- Las organizaciones sociales, gubernamentales e internacionales necesitan la narración para escuchar la voz de los pobladores antes de proponer soluciones.
- Es necesario conocer los testimonios de los anónimos, para así lograr el reconocimiento y la legitimidad de los ciudadanos de paz y convivencia.
- Los gestores sociales necesitan escuchar a la gente para sistematizar y evaluar las experiencias de intervención pública.
- Contar la guerra y cómo sobreponerse a sus efectos desde las voces de los ciudadanos, es proponer una forma viva y participativa de narrar la historia de Colombia como alternativa a los relatos hegemónicos.
- Es un camino hacia la verdad y ésta es un derecho de las víctimas.
- Sin narración no hay verdad y sin verdad no hay justicia
- Sin narración no es posible la reconciliación ni la paz.

Con estas reflexiones en mente hemos venido desarrollando este proyecto de intervención/escritura social que se puede ver en www.desdeadentro.info [historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia], una idea que busca encontrar vías, tácticas, estrategias, para “decir”, para “resistir”, para “contar” lo que no se puede o no se ha querido relatar. “Contar cómo hemos llegado hasta aquí, cómo hemos hecho para estar vivos y con esperanza”, como nos dijo una participante.

¿Qué es un niño pobre?

“Un niño pobre es el que no puede comer, que no tiene recursos y todas esas cosas...”, respondió el español.

“Noooo. Un niño pobre es el que no sabe preguntar, el que siempre está llorando porque no sabe solucionar los problemas”.

Escuela Audiovisual Belén de los Andaquíes

<http://escuelaaudiovisualinfantil.blogspot.com/>

1. La narración se asume como estrategia política y comunicativa de visibilidad del sujeto social.
2. La narración es política como lugar de las historias, y para recordar el pasado no contado, y crear la memoria de uno y de todos.
3. La narración es lugar del sujeto popular como producción de conocimiento desde lo dramático, lo emocional y la experiencia.

4. La narración es resistencia como táctica del goce y sobrevivencia en la sociedad de las razones del mercado.
5. La narración es contar, ser tenido en cuenta y dar cuenta, a lo Jesús Martín-Barbero cuando nos exhorta a contar para existir y expresar lo indecible en el propio tono y voz y estética y gusto y en las propias ganas.
6. Contar es vida como estrategia de protección, de “aplazar” la muerte y “seducir” la vida.
7. Contar es identidad que, diciendo la verdad de cada uno, nos permita hacer catarsis como nación, para así aliviar el alma, ganar la dignidad y producir el relato de todos.
8. Contar es comunidad y conexión para la producción de una fábrica de sentidos, afectividades y solidaridades.
9. Contar es pensar con la propia cabeza y para conocer al sujeto que somos y tener noticias del sujeto con el que trabajamos: sus historias, sus realidades, sus testimonios.
10. Contar es escuchar, preguntar, observar, estar con el otro. Contar para convertir el conflicto y la reconciliación en experiencias de pertenencia, diferencia y relación con los otros.

“Desde siempre hemos desconfiado de los discursos que nos dicen, comprenden y explican a partir de razones, porque poco han logrado decirnos sobre cómo somos”,
Omar Rincón

www.desdeadentro.info es una Iniciativa para el Fortalecimiento de la Sociedad Civil en Colombia, que es una alianza entre la Red Prodepaz, la Universidad de los Andes, la Universidad Autónoma de Manizales y La Asociación de Fundaciones Petroleras. Surge para fortalecer las Organizaciones de la Sociedad Civil que trabajan en temas de desarrollo y paz en Colombia.

www.desdeadentro.info es una red de confianzas en la que las instituciones y los ciudadanos nos vinculamos según nuestras necesidades y querencias, cuando podemos, queremos y no nos da miedo. El eje del sentido es la gente que sobrevive/ resiste a la guerra colombiana y que trabaja con los Proyectos de Desarrollo y Paz de Colombia, www.prodepaz.com²; de ellos y ellas son las historias.

² Programas de Desarrollo y Paz que han participado: Prodepaz (Magdalena Centro), Cordepaz (Meta), Huipaz (Huila), Asopatía (Cauca- Nariño), Consornoc (Norte de Santander), FRDPMM (Montes de María), Prodepaz (Oriente antioqueño), Tolipaz (Tolima).

Aportando experiencia también está la Asociación de Fundaciones Petroleras³, el Ceper (Centro de Estudios en Periodismo de la Universidad de los Andes), la Iniciativa en Emprendimientos Sociales de la Facultad de Administración de la Universidad de los Andes, la Universidad de Harvard, la Universidad Autónoma de Manizales, la Universidad Surcolombiana, Unillanos. El proyecto ha contado con el apoyo incondicional y afectuoso de Colciencias, la Fundación Avina, la Fundación Friedrich Ebert y la GTZ.

Este es un proyecto redes-eje. Hasta ahora esto es lo que hemos sido:

- Marzo de 2005: Puesta en marcha del trabajo de la Iniciativa para el Fortalecimiento de la Sociedad Civil, gracias a la aprobación por parte de Colciencias del proyecto “Construyendo Redes Academia Sociedad Civil para la Reconciliación y Paz”. Además de componentes de investigación y capacitación en fortalecimiento organizacional, el proyecto cobijaba la primera fase del trabajo sobre Narrativas del conflicto, la reconciliación y el perdón.
- Marzo de 2006: Termina el proceso de encontrarle sentido a la narración como estrategia de convivencia y reconciliación, nos inventamos criterios y diversificamos metodologías para la producción de historias. Se inicia el proceso de recolección de historias en diez regiones del país
- Marzo de 2007: Seminario Nacional sobre Narrativas Del Conflicto La Reconciliación Y El Perdón. Auditorio Lleras, Universidad de los Andes, 150 participantes (se puede ver DVD con las memorias). Aquí vinieron los sujetos de las historias a contar, y la academia y los gestores sociales escuchamos. Iniciamos proyecto Narrativas fase II en alianza con la Fundación Avina; la idea: producir más historias, diversificar los formatos y ampliar la experiencia a otras regiones.
- Marzo de 2008: Se concluye la producción de historias de la segunda fase con seis nuevas regiones y dieciocho otras historias. Comienza un proceso de reflexión sobre los usos de las historias en los procesos de gestión y acción de los Proyectos de Desarrollo y Paz.
- Noviembre 2008: Lanzamiento del banco de historias en internet: www.desdeadentro.info
- 2009: Todo un año para que este libro se escribió con las historias que queremos que se lean y las narrativas que queremos se tomen en serio en la academia y la gestión social.

³ Fundaciones petroleras que han participado: El Alcaraván (Arauca), Hocol (Huila), El Amanecer (Casanare).

- 2009/2010: Seguimos produciendo historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia para ver y leer en www.desdeadentro.info. ¡Ah! Y todo vale para contar: audio, video, textos escritos, diseños, fotografías, arte.

*“Sentía que el corazón se me iba a reventar. Me traicionan los nervios.
Se me descontroló el alma, digo yo”.*

Rosalba

Y bueno, lector, usted encontrará en este libro un cuento entre memoria de proceso y reflexiones sobre la narrativa y la estrategia testimonial... Pero, sobre todo, algunas historias para seducirlo a contar, a resistir contando, al aguante narrativo y a hacer parte de desdeadentro.info. ¿Cuál es su historia?

Mayo 2010

LAS NARRATIVAS COMO MEMORIA, CONOCIMIENTO, GOCE E IDENTIDAD

Narrar es conocer, seducir, pensar, investigar para comprender la vida. Si contamos, tenemos identidad. Lo paradójico es que la guerra es, sobre todo, un duelo de narrativas. Así, la violencia, sus actores y sus comprensiones están hechas de relatos. El relato más común de Colombia: la violencia. En este ensayo algo de narrativas, relatos de guerra y colombianidad.

Natalia Franco
Patricia Nieto
Omar Rincón

Natalia Franco, profesora e investigadora de la Iniciativa en Emprendimientos Sociales de la Facultad de Administración de la Universidad de los Andes.

nfb@adm.uniandes.edu.co

Patricia Nieto, profesora e investigadora de la Universidad de Antioquia / Editora general del Sistema Informativo De la Urbe de la Facultad de Comunicaciones / Ha dirigido los talleres de escritura “De su puño y letra” en los que participan víctimas del conflicto armado. En ese ámbito ha publicado Jamás olvidaré tu nombre (2006), El cielo no me abandona (2007) y Allí donde pisé aún crece la hierba (2009).

12.patricia@gmail.com

Omar Rincón, profesor Asociado, Universidad de los Andes / Director del Centro de Competencia en Comunicación para América Latina de la Fundación Friedrich Ebert: www.c3fes.net / Autor de “Narrativas mediáticas o cómo cuenta la sociedad del entretenimiento”, Barcelona, Gedisa, 2006 y editor de “Telepresidentes: cerca del pueblo, lejos de la democracia”, Bogotá, C3FES, 2008 y de Entres saberes desechables y saberes indispensables, Bogotá, c3fes, 2009.

orincon@uniandes.edu.co

*“Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna,
jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia”,
“La Vorágine”, José Eustasio Rivera (1888-1928).*

1. Narrativas en el conflicto colombiano

El conflicto colombiano es también un duelo de relatos. Cada actor tiene su versión, construye su relato desde su punto de vista como victimario, víctima, gobernante, político en acción, testigo pasivo u observador experto. Cada uno tiene su historia y busca los canales para legitimar la situación que ha conocido o vivido y las razones por las que ha actuado de determinada manera.

- **La academia colombiana** ha contribuido con sus búsquedas y sus interpretaciones a conocer y entender cómo las batallas colombianas se dan también en el terreno de los discursos. A continuación algunas menciones.

En *Las palabras de la guerra*, las investigadoras María Teresa Uribe de Hincapié y Liliana María López Lopera parten de que las memorias asociadas a los eventos bélicos son trascendentales para comprender las relaciones entre guerra y nación; y, con ese lente, analizan el registro narrativo de las guerras civiles ocurridas en el territorio de la Nueva Granada entre 1839 y 1854.

“Si la acción política no puede escindirse de las acciones bélicas cuando se trata de guerras por la nación y por el Estado, esto querría decir que las guerras por la nación no son mudas, son guerras con palabras, con relatos, con narraciones, con discursos y metáforas; con propósitos y proyectos explícitos que deben ser conocidos y acatados por el pueblo-nación en el intento por articular de manera orgánica a los sujetos sociales con los grandes propósitos políticos militares que se definirían por la vía armada.”⁴

En este camino, las investigadoras –socióloga y filósofa, respectivamente– abordan escritos en periódicos, folletos, hojas sueltas, proclamas, discursos y epístolas, para rastrear en ellos la retórica y la política, la re-presentación de la acción y las

⁴ María Teresa Uribe y Liliana María López, *Las palabras de la guerra. Un estudio sobre las memorias de las guerras civiles en Colombia*, Medellín: La Carreta Editores, 2006.

justificaciones de las guerras, entre otros conceptos. En este tipo de trabajos, que miran las guerras del pasado con renovado interés, Gonzalo Sánchez, investigador de la Universidad Nacional de Colombia, ve la respuesta a la demanda social de un país que pide reencontrarse con su pasado para, tal vez, entender de dónde viene la guerra de hoy, inventar cómo conjurarla, proponer una continuidad o intentar una elaboración simbólica frente a la imposibilidad cercana de su fin.

Guerras, memoria e historia es el libro en el que Sánchez explora los procesos de construcción de identidad (las representaciones que nos hacemos de nuestros conflictos, dice), la pluralidad de los relatos, trayectorias y proyectos que se tejen en las relaciones de poder, y “los lugares de la memoria” que quieren perpetuar la presencia o la vida de las personas porque, agrega, la memoria es, en sentido profundo, una forma de resistencia a la muerte, a la desaparición de la propia identidad.

“La historia, primer elemento, tiene una pretensión objetivadora y distante frente al pasado, que le permite atenuar ‘la exclusividad de las memorias particulares’. Diluye éstas, o así lo pretende, en un relato común. La memoria, por el contrario, tiene un sesgo militante, resalta la pluralidad de los relatos. Inscribe, almacena u omite, y a diferencia de la historia es la fuerza, la presencia viva del pasado en el presente. La memoria requiere del apoyo de la historia, pero no se interesa tanto por el acontecimiento, la narración de los hechos (o su reconstrucción) como dato fijo, sino por las huellas de la experiencia vivida, su interpretación, su sentido o su marca a través del tiempo... La memoria es una nueva forma de representación del decurso del tiempo. Mientras los acontecimientos parecen ya fijos en el pasado, las huellas son susceptibles de reactivación, de políticas de la memoria. El pasado se vuelve memoria cuando podemos actuar sobre él en perspectiva de futuro.”⁵

Una vez esclarecidos los límites y relaciones entre los tres conceptos que operan como título de la obra, Sánchez plantea que de las guerras del Siglo XIX se recuerdan, a través de los relatos heroicos de los jefes guerreros, los momentos decisivos, es decir las batallas: Peralonso, Humareda, Palonegro.

Del periodo conocido como La Violencia, dice Sánchez, perviven los relatos de las masacres, calificadas de “sin sentido”, y frente a ese sin sentido, que genera trauma,

⁵ Gonzalo Sánchez, *Guerras, memoria e historia*, Medellín: La Carreta Histórica, 2006, página 23.

ha abundado, en los últimos años, la producción bibliográfica. Pero, resalta, son pocos los relatos de quienes la vivieron en carne propia. Los relatos más conocidos son *Guerrillas del Llano* de Eduardo Franco Isaza (Distribuidora Librería Mundial, 1959), *Cuadernos de campaña* de Manuel Marulanda (Ediciones El Abejón Mono, 1973) y *Balas de la ley* de Alfonso Hilarión (Editorial Santafé, 1953). Vale la pena agregar a la lista de Sánchez el testimonio, encubierto como novela para liberarlo de la lista de libros prohibidos, *El cielo no perdona*, escrito por Fidel Blandón bajo el seudónimo de Ernesto León Herrera (Argra, 1954), para contar lo que vio y vivió como sacerdote durante La Violencia en el Occidente antioqueño⁶.

En los recientes años noventa, dice Sánchez, abundan los relatos de los guerrilleros reinsertados. “Líder guerrillero que se respete escribe un libro de memorias”, afirma, y compara la década anterior con el prolífico siglo XIX. Y luego, se pregunta, para provocar el debate: ¿cuánta memoria y cuánto olvido requiere una sociedad para superar la guerra?

Con otra perspectiva, el investigador Cristo Rafael Figueroa Sánchez recopiló y analizó novelas, obras de ficción documental y de literatura testimonial escritas en torno al tema de la violencia en Colombia –tanto La Violencia, confrontación bipartidista vivida entre 1946 y 1967, como el estado de conflicto permanente de nuestra nación. El texto analiza la relación entre gramática narrativa, entendida como el establecimiento de nuevos órdenes que producen percepciones inéditas de la realidad, y violencia. En su búsqueda valora, primero, las obras en las cuales los hechos históricos determinan la gramática textual –narrativa en la violencia–; luego, aquellas que logran proponer una narrativa “externa” o alejada de los hechos mismos –narrativa de la violencia– y, finalmente, las gramáticas alternativas que han generado las múltiples formas de la violencia más reciente, la de finales del siglo XX, marcada por el narcotráfico.

Dice Figueroa Sánchez que entre 1946 y 1957 se publicaron alrededor de 70 novelas que, sumadas a las producidas en los años recientes, pueden ser ya un centenar, además de los incontables cuentos en los que los hechos violentos prácticamente dictan la estructura narrativa. Antes de 1954 se produjeron unas treinta obras. De todas ellas, novelas en La Violencia, escribe Figueroa:

“... son escritas por autores liberales que evidencian una expresa actitud de compromiso político por encima de la libertad inherente al proceso de creación artística. El terror implantado en los campos, el despojamiento

⁶ Ernesto León Herrera, *Lo que el cielo no perdona*, Bogotá: Argra, 1954.

de tierras, las increíbles torturas contra las víctimas y el éxodo hacia las ciudades son el leit-motiv de las novelas en La Violencia. El impacto de los hechos es tan fuerte, que la intensidad de estos determina una gramática narrativa, homogénea y repetitiva: idolatría por la anécdota, privilegio del enunciado, poca elaboración del lenguaje, débil creación de personajes, linealidad de la trama, siempre construida de acuerdo con el esquema causa-efecto, defensa de una tesis personal o partidista, abundancia de descripciones de masacres, escenas de horror y maneras de producir la muerte. Las novelas El 9 de abril (1951) de Pedro Gómez Correa y Viento seco (1953) de Daniel Caicedo son ejemplares de esta gramática narrativa.”⁷

La investigación le permite a Figueroa señalar que después del golpe de Estado a Laureano Gómez, 1954, aparecieron novelas en las cuales las luchas por la tierra, el despojo, el desarraigo y el desplazamiento de los campesinos a las ciudades son los ejes narrativos. Ello demuestra, según el autor, que las novelas son documentos culturales cuyos contextos de producción y recepción permiten otras visiones del fenómeno de La Violencia, tal como se produjo en sus orígenes. De este periodo son *Sin tierra para morir* de Eduardo Santa (Iqueima, 1954), *Siervo sin tierra* de Eduardo Caballero Calderón (Ediciones del Alcázar, 1954), *Tierra asolada* de Fernando Ponce de León (Iqueima, 1954), y *Tierra sin Dios* de Julio Ortiz Márquez (Edimex, 1954).

El tránsito de los años cincuenta a los sesenta, la novela se libera de los colores azul y rojo propios de los partidos conservador y liberal, respectivamente. Los escritores, en palabras del profesor Augusto Escobar, comprenden que el objetivo no son los muertos, sino los vivos. Comienza aquí la narrativa de La Violencia:

“La Narrativa de la Violencia reelabora hechos, ficcionalizándolos o reinventándolos, para crear espacios literarios donde la realidad transfigurada permite comprender más y mejor móviles ocultos, efectos desencadenantes o secuelas irresueltas de la violencia, la cual puede percibirse a través de imágenes significantes, cadenas simbólicas o alegorizaciones de todo tipo; tales sistemas estéticos de representación incluyen lo subjetivo y lo objetivo, lo personal y lo colectivo, lo psicológico y lo sociológico, lo visible y lo invisible, lo documental y lo ficcional.”⁸

⁷ Cristo Rafael Figueroa Sánchez, “Gramática-violencia: Una relación significativa para la narrativa colombiana”. En: *Tabula Rasa* N° 2, Bogotá., enero-diciembre, 2004, página 97.

⁸ *Ibid.*, página 98.

De este tipo son emblemáticos *El coronel no tiene quien le escriba* de Gabriel García Márquez (Aguirre Editor, 1961), y los tres cuentos ganadores del concurso organizado por El Tiempo en 1958: *La duda* de Jorge Gaitán Durán, *Aquí yace alguien* de Manuel Mejía Vallejo, y *Batallón antitanque* de Gonzalo Arango. A ellos siguieron *La mala hora* de García Márquez, y *El día señalado* de Manuel Mejía Vallejo, primer y segundo lugar en el Primer Concurso Nacional de Novela, Premio Esso 1961. Luego aparecieron *La casa grande* de Álvaro Cepeda Samudio (Ediciones Mito, 1962), y *Cien años de soledad* de García Márquez (Sudamericana, 1967)⁹.

Después de la firma del acto del Frente Nacional, que unió a los contrarios en su temor al ascenso del socialismo, aparecieron nuevas narrativas, dice Figueroa, que en un contexto de guerras, asonadas, secuestros, asesinatos, *boleteos* y asaltos, producen relatos alternativos que no respetan las fronteras entre “alta cultura” y “cultura popular”, y permiten la inclusión de voces y discursos que nunca antes habían tenido un espacio en lo público: comienza en Colombia el auge de la ficción documental, que intenta bucear en las poblaciones más vulnerables o en sus propias experiencias para recrear lo oído y lo vivido.

⁹ El investigador Bodgan Piotrowsky enumera así las novelas de la violencia: *El 9 de abril*, de Pedro Gómez Correa; *El gran Burundún Burundá ha muerto*, de Jorge Zalamea; *El Cristo de espaldas*, de Eduardo Caballero Calderón; *El día del odio*, de J. A. Osorio Lizarazo; *Viento seco*, de Daniel Caicedo; *Viernes 9*, de Ignacio Gómez Dávila. Del año 1954, cuando aparecieron con más abundancia los títulos de este género, comentaremos: *Siervo sin tierra*, de Eduardo Caballero Calderón; *Horizontes cerrados*, de Fernán Muñoz Jiménez; *Pogrom*, de Galo Velásquez Valencia; *Tierra sin Dios*, de Julio Ortiz Márquez; *Lo que el cielo no perdona*, de Ernesto León Herrera; *Raza de Caim*, de Rubio Zacuén; *Las guerrillas del Llano*, de Eduardo Franco Isaza; *Sin tierra para morir*, de Eduardo Santa; *Los cuervos tienen hambre*, de Carlos Esguerra Flórez; *Tierra asolada*, de Fernando Ponce de León; *El exiliado*, de Aristides Ojeda Z. Todavía durante la época de la Violencia fueron publicadas las novelas seleccionadas: *El monstruo*, de Alberto Castaño; *El monstruo*, de Carlos H. Pareja; *El coronel no tiene quien le escriba*, de Gabriel García Márquez. De entre las novelas editadas después de 1958 hasta los tiempos actuales, hemos *elegido*: *Cadenas de violencia*, de Francisco Gómez Valderrama; *Un campesino sin regreso*, de Euclides Jaramillo A.; *Quién dijo miedo*, de Jaime Sanín Echeverri; *Marca de ratas*, de Arturo Echeverri Mejía; *Carretera al mar*, de Tulio Bayer; *La mala hora*, de Gabriel García Márquez; *Detrás del rostro*, de Manuel Zapata Olivella; *El día señalado*, de Manuel Mejía Vallejo; *Manuel Pacho*, de Eduardo Caballero Calderón; *Guerrilleros, buenos días*, de Jorge Vásquez Santos; *La rebelión de las ratas*, de Fernando Soto Aparicio; *Diálogos en la Reina del Mar*, de J. J. García; *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez; *El campo y el fuego*, de Clemente Airó; *Cóndores no entierran todos los días*, de Gustavo Álvarez Gardeazábal; *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez; *Años de fuga*, de Plinio Apuleyo Mendoza; y *Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez.

“En esta línea de hibridaciones discursivas, también es característica la producción de ‘ficciones documentales’ desde los años ochenta; algunas son creadas por periodistas, sociólogos o antropólogos, y otras por narradores de reconocido prestigio en el país y fuera de él. Este tipo de textos ‘novelizan’ experiencias de afectados por la fuerza arrasadora de las múltiples violencias que se viven, o por oscuros procesos políticos entre los diferentes actores del conflicto. Se combinan procedimientos ficcionales, crónicas objetivas, documentos fidedignos, e incluso testimonios directos, con el objeto de representar una realidad determinada que apela al lector, quien conoce o reubica hechos y situaciones, es informado y a la vez obtiene nuevas posibilidades de interpretación a través de la estructuración de la materia narrativa.”¹⁰

En este tipo de narrativa se destacan, de acuerdo con la exposición de Figueroa, *Siguiendo el corte* (El Áncora Editores, 1989) y *Trochas y fusiles* (El Áncora Editores, 1994), de Alfredo Molano; *Noches de humo*, de Olga Behar (Planeta, 1988); *La bruja: coca, política y demonio*, de Germán Castro Caicedo (Planeta, 1994); y *Noticia de un secuestro*, de Gabriel García Márquez (Norma, 1996).

Una vez empezó el siglo XXI, comenzó también el boom de las novelas del narcotráfico. Ellas, dice Figueroa, muestran “renovaciones y posibilidades estéticas del género con el cual empezó a representarse el fenómeno de La Violencia de mediados del siglo XX”. Las más significativas, a su juicio, son: *La Virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo (Norma, 1994), *Cartas cruzadas* de Darío Jaramillo (Santilla, 1995) y *Rosario Tijeras* de Jorge Franco Ramos (Plaza y Janés 1999).

“En conclusión, la compleja relación Gramática/Violencia, de acuerdo con las tres instancias que hemos señalado: Narrativa en la Violencia, Narrativa de la Violencia y violencias múltiples, no solo permite otra mirada a la historia literaria colombiana, sino que evidencia la capacidad que ha tenido y tiene el discurso narrativo para reflejar, interpretar o resituar la violencia o La Violencia y sus prolongaciones metamorfoseadas durante el problemático proceso de modernización del país, hasta desembocar en un presente de incertidumbres y oscuras posibilidades.”¹¹

¹⁰ Cristo Rafael Figueroa Sánchez, *op. cit.*, páginas 105-106.

¹¹ Cristo Rafael Figueroa Sánchez, *op. cit.*, página 108.

Juan Carlos Vélez, historiador de la Universidad de Antioquia, aborda la relación entre las experiencias del recuerdo, el olvido y la violencia en Colombia durante la época contemporánea, y trata de establecer si se puede hablar acertadamente de una “amnesia de la sociedad colombiana”. Para ello se acerca a la producción narrativa testimonial y la ubica en el campo de las memorias ejemplares, por estar dirigida a un aprendizaje social que permita la superación del fenómeno.

Las memorias autobiográficas abordadas en este estudio fueron escritas por personas vinculadas, de alguna manera, a los hechos que narran. De algunas, los autores son periodistas o escritores que participaron en procesos de paz y se acercaron a los protagonistas directos de la confrontación, como Olga Behar con sus obras *Las guerras de la paz* (Planeta, 1985), *Penumbra en el capitolio* (Planeta, 1986), y *Noches de Humo* –clasificada como novela-testimonio– (Planeta, 1988); Laura Restrepo con *Historia de una traición* (Claves Latinoamericanas, 1987); Germán Castro con su reportaje *En secreto* (Planeta, 1996); y Eduardo Soto-Trillo con *Voces sin voz. Revelaciones de un viaje a la zona de despeje* (Intermedio, 2001).

De otras obras, los autores son reporteros o académicos que accedieron a testimonios de víctimas o victimarios, como María López Vigil con *Camilo camina en Colombia* (Nuestro Tiempo, 1989); Patricia Ariza con *Bateman. Testimonio múltiple sobre Jaime Bateman Cayón. Político, guerrillero, caminante* (Planeta, 1992); Arturo Alape con su memorable libro *Las vidas de Pedro Antonio Marín, Manuel Marulanda Vélez y Tirolfijo: los sueños y las montañas* (Planeta, 1994); Carlos Medina Gallego y su trabajo *ELN: una historia contada dos veces. Entrevista con “el cura” Manuel Pérez y Nicolás Rodríguez Bautista, Gabino* (Rodríguez Quito, 1996); Constanza Ardila con *Guerreros ciegos. El conflicto armado en Colombia* (Cedavida, 1998), y Elvira Sánchez con *Patria se escribe con sangre* (Anthropos, 2000).

En algunos casos son los mismos protagonistas, víctimas o combatientes, quienes escriben sus versiones. Son los casos de Evelio Buitrago Salazar, quien al comienzo de *Zarpazo. Memoria autobiográfica de un sargento segundo durante el gobierno de Rojas Pinilla*, escribió: “Conozco la violencia que se llevó a mi padre, devoró a mis tíos y mermó mi heredad [...] aquí están mis memorias ceñidas a la verdad” (Imprenta de las Fuerzas Armadas, 1967); del General en retiro Álvaro Valencia Tovar, autor de *Testimonio de una época* (Planeta, 1993); de María Eugenia Vásquez, con *Escrito para no morir* (Ministerio de Cultura, 1998); de Herbert Braun, con *El rescate. Diario de una negociación con la guerrilla* (Norma, 1998); y de Carlos Castaño, jefe de las Autodefensas Unidas de Colombia, quien dictó al periodista Mauricio Aranguren un testimonio publicado como *Mi Confesión. Carlos Castaño revela sus secretos* (Oveja Negra, 2001).

Una vez interrogadas en estas narrativas sus autores, sus procedencias, los lugares donde se publican, los géneros literarios utilizados, los objetivos declarados y los públicos a los que van dirigidas, el investigador Vélez sostiene que no se puede decir que Colombia sufra una amnesia colectiva, o que “las políticas de olvido” hayan

cumplido con su objetivo de silenciar a quienes desean narrar o interpretar la violencia para recuperar la memoria y buscar la reconciliación. Pero precisa:

“En Colombia hay una memoria social sobre la violencia, pero no existe un ámbito institucionalizado que propicie discusiones sobre la verdad, la justicia, las reparaciones morales y materiales, la reconciliación y la paz, como ha sucedido en otros países del continente, de Asia y de África. La violencia multiforme, yuxtapuesta y difusa, como lo dice Daniel Pécaut, no corresponde a una situación provisoria sino a una realidad perdurable. En un entorno de estas características, no se puede desarrollar una acción política colectiva que funcionalice esas formas de recuperación de la memoria con el propósito de plantear un debate sobre el pasado que tenga implicaciones políticas, judiciales, económicas y culturales en el presente y en el futuro.”¹²

Por otro lado, María Helena Rueda emprendió el estudio de los textos producidos en los últimos veinte años en torno al tema de la violencia, para analizar, desde una perspectiva cultural, cómo la violencia, especialmente la del narcotráfico, se transforma en un fenómeno manejable por la sociedad desde la palabra, y de qué manera los textos contribuyen a configurar un “estado de violencia”. En la búsqueda del conjunto de trabajos para su ejercicio académico, encontró riqueza de materiales.

Habla Rueda de una abundante producción discursiva en torno a la violencia a partir de los años cincuenta. Se refiere a novelas, películas, estudios académicos, testimonios, historias periodísticas, foros en Internet y conversaciones de café que ofrecen motivos para continuar la reflexión, revisar los argumentos anteriormente planteados, modificar el rumbo de las discusiones y postular nuevas hipótesis. Y hace un llamado a los narradores del futuro:

“El nuevo escenario del conflicto podría estar esperando sus relatores, pero la situación actual parece dominada por la exigencia de silencio que han impuesto tanto los paramilitares como la guerrilla, con sus amenazas a quienes expresen cualquier posición con respecto al conflicto. A esta imposición de silencio se suma una cierta inaccesibilidad que caracteriza a los escenarios actuales de la guerra... Los combatientes no quieren que se

¹² Juan Carlos Vélez Rendón, “Violencia, memoria y literatura testimonial en Colombia. Entre las memorias literales y las memorias ejemplares”. En: Estudios Políticos N° 22, Medellín: Instituto de Estudios Políticos (IEP), Universidad de Antioquia, 2003.

sepa lo que realmente ocurre en el territorio donde se lleva a cabo la batalla. Las historias se siguen tejiendo, sin embargo, en el terreno de las hipótesis, los interrogantes y las propuestas... El discurso oficial del gobierno viene promoviendo un consenso nacional en torno a la búsqueda de la paz, lo cual es casi lo mismo que decir que promueve ese consenso en torno de la guerra, puesto que la una no puede existir sin la otra: no es posible hablar de paz si no hay guerra. ¿Cuáles serán los relatos que se referirán a este proceso en unos años? ¿Seguirán contribuyendo a alimentar un imaginario nacional de la violencia? ¿Será este un imaginario destinado a quedar en el pasado o a buscar siempre motivos para seguir consolidándose? Esta es quizás la disyuntiva principal que encuentra la escritura cuando se refiere a la violencia. Al enfrentarla los textos participan en cierta forma de ella, pero si no la enfrentan niegan la posibilidad de darle una presencia y una justificación social a través del discurso, quizás la única forma de hacerla partícipe en la construcción de un orden social diferente.”¹³

- **La prensa y los medios** colombianos se alejan bastante, en lo que tiene que ver con la información del conflicto armado, de una de las más recientes definiciones que les da soporte epistemológico: ellos conforman el “sistema que proporciona a los ciudadanos la información que necesitan para ser libres y capaces de gobernarse a sí mismos”¹⁴.

Las reflexiones en torno al papel de los medios permiten afirmar que estos se han convertido en relatores de la guerra que otorgan visibilidad privilegiada a los guerreros, mientras que el país del no-guerrero, del sujeto que ha sobrevivido a la guerra, del sobreviviente que ha enfatizado su rol como ciudadano por encima de ella, no ha sido escuchado. Y por ir detrás de las voces de quienes están en la batalla –combatientes con las palabras y con las armas– la prensa ha burlado los principios de su oficio. Los seguimientos a cubrimientos de temas del conflicto armado dejan un sinsabor. Al fragor de la batalla, los periodistas han olvidado el significado de: interés público, exactitud, equilibrio, justicia, atribución, uso de contextos, rigurosidad investigativa y rigurosidad expositiva.

Al repasar los principales estudios sobre medios y conflicto armado es posible afirmar que el periodismo acompaña la guerra, no la comprende, ni al contextualiza, ni diversifica los relatos. Miremos algunos ejemplos.

¹³ María Helena Rueda, “La violencia desde la palabra”. Tomado de: http://www.javeriana.edu.co/narrativa_colombiana/contenido/bibliograf/rueda.htm

¹⁴ Bill Kovach y Tom Rosenstiel, *Los elementos del periodismo*, Madrid: Ediciones El País, 2004, página 24.

Medios para la paz, una corporación creada en 1989 para “propiciar el ejercicio ético y con responsabilidad social del periodismo como instrumento de construcción de democracia y cultura de paz, con énfasis en el conflicto armado colombiano”, ha reflexionado a fondo sobre las narrativas periodísticas y los contextos y rutinas en las que éstas se producen. Resultan interesantes por lo menos cuatro ejercicios, cuyo resultado han sido publicaciones que sirven de guía para el trabajo de los reporteros.

En 1991, Medios para la paz publicó *Para desarmar la palabra. Diccionario de términos del conflicto y de la paz*. En la presentación de la primera edición, los editores recuerdan que la idea de construir un diccionario surgió de conversaciones que giraban en torno a cómo los periodistas forman parte del conflicto; una de las maneras más frecuentes era el uso impreciso de términos que no sólo desviaban el significado de los hechos sino que evidenciaban por quién habían tomado partido. En el prólogo a la segunda edición, el periodista Arturo Guerrero explica que la lucha por el uso de las palabras precisas se da porque el lenguaje “define de modo supremo la calidad del producto final”.

“En este punto suelen naufragar muchas buenas intenciones y muchos esfuerzos meritorios. Ceder en las palabras, aceptar el léxico del enemigo, son errores que se cometen bastante a menudo y no siempre de manera consciente. Se habla de ceder y si se acepta la presencia de un enemigo, es porque el trabajo con las palabras es también un combate, es la lucha entre la realidad y las varias versiones que procuran revelarla...”

El manejo moderno de los medios por parte de los distintos poderes es un duelo por imponer cada uno sus palabras. Para lograrlo se ha montado una espesa red de oficinas de comunicaciones en los despachos oficiales, de comisiones de agitación y propaganda en los campamentos guerrilleros, de asesores bien aceitados en las sedes paramilitares, de oficiales expertos en operaciones de inteligencia en los cuarteles de las Fuerzas Armadas.”¹⁵

En el 2001 Medios para la paz sacó a la luz el libro *Las trampas de la guerra. Periodismo y conflicto*, en el que revela las difíciles situaciones de conflicto armado en que los periodistas ejercen su labor, y cómo éstas determinan las características de la información que llega a los ciudadanos. El libro es un impresionante diagnóstico de lo que ocurre detrás de las noticias, pero no intenta justificar las deficiencias de

¹⁵ Corporación Medios para la Paz, *Para desarmar la palabra. Diccionario de términos del conflicto y la paz*, segunda edición, Bogotá, 2005. Introducción.

los productos. En palabras de Arturo Guerrero, “la esencia del oficio periodístico se resuelve, pues, en el producto final, en los textos escritos, radiales o televisivos, que son los que recibe el público y en torno a los cuales se nos valora”, sin que importe para el lector lo que ocurre detrás del telón.

“Reconocer que las guerras modernas, ya sean internas o internacionales, generan enormes dificultades y múltiples trampas que ponen en riesgo la información y la vida de los periodistas, es tarea urgente en un país como Colombia, que padece el conflicto armado más largo del continente americano, y en donde la verdad es amenazada como consecuencia de una nueva guerra, la de la contra-información, que adelantan sin excepción todos los bandos en pugna y que ya ha entrado en algunas salas de redacción.”¹⁶

Cubrimiento periodístico responsable del desplazamiento forzado interno es el manual resultante de los talleres realizados por Medios para la paz en 2004 en ocho ciudades colombianas¹⁷. En los encuentros con los periodistas, los académicos se propusieron llevarlos a reflexionar acerca de la mejor manera de informar sobre el desplazamiento forzado interno, y al hacerlo hallaron deficiencias que se trasladaban a los textos que publicaban.

La experiencia de los talleres evidenció que, en general, los periodistas tenían escaso conocimiento del marco jurídico internacional y nacional relativo a los derechos humanos y específicamente al desplazamiento forzado interno; mostraron visiones estrechas de la situación vivida por miles de campesinos, originadas en las deficiencias de contexto; comprobó que muchos periodistas no conocían las organizaciones de víctimas ni las funciones de las instituciones que velan por ellos, y por tal razón recurrían solo a la fuente oficial; dejó ver la incapacidad para traducir el lenguaje especializado a un lenguaje que pueda comprender un público heterogéneo; y si bien demostró agudeza de los periodistas frente al mensaje explícito, dejó ver la desatención de la mayoría frente a los mensajes latentes.

Al presentar el libro *Prensa, conflicto armado y región. Aprendizajes del diplomado Periodismo responsable en el conflicto armado*, los editores señalan:

¹⁶ Gloria Moreno. En: *Las trampas de la guerra. Periodismo y conflicto*, Bogotá, Introducción.

¹⁷ Corporación Medios para la Paz, *Cubrimiento periodístico responsable del desplazamiento forzado interno*, Bogotá, 2005.

“La frase ‘periodismo responsable en el conflicto armado’ debería ser un pleonismo. La razón es sencilla: si el periodismo no es responsable no es periodismo. Pero es muy desafortunado que en la realidad la información veraz y objetiva, a cuyo servicio debería estar el periodismo, se ve con frecuencia maltratada por los intereses contrarios al bien general que utilizan y manipulan la información a su favor... Si el periodismo se encuentra en medio de un conflicto armado tiene el alto riesgo de convertirse en un arma de guerra. Se pone al servicio de uno de los campos en conflicto y se puede dedicar a construir una imagen del enemigo con el fin de justificar su destrucción. No importa si el pretendido enemigo es tan malo como lo pintan: lo importante en el conflicto es justificar la dosis de violencia que se está empleando contra el adversario.”¹⁸

Algunas observaciones, producto del análisis de 480 trabajos periodísticos producidos durante diplomados en cuatro ciudades colombianas, se convierten en una radiografía de cómo la prensa y los medios han cubierto el conflicto armado. Mario Morales, profesor de la Universidad Pontificia Javeriana, fue el encargado de la síntesis. Él dice que en los textos de prensa, radio y televisión presentados por los 116 reporteros: predomina lo episódico sobre lo interpretativo y lo contextual; la noticia es el género preferido, pero el que menos posibilidades de abordaje permite si se habla de equilibrio, diversidad de voces, contextos y rigurosidad investigativa; son pocos los relatos o narraciones; se aprecia falta de preparación, desconocimiento o confusión en el uso del lenguaje; la utilización de una sola fuente es un derrotero afincado en el ejercicio del periodismo; la falta de contraste de voces genera la reiteración de una sola versión de los hechos; las voces que narran el conflicto son las oficiales, quedan por fuera las víctimas, que solo cuentan como cifras; en muchos casos no se identifican las fuentes de información, lo que da lugar a manejos “intencionados” de la información¹⁹.

Finalmente, Medios para la paz presentó el texto *Cubrimiento periodístico responsable de la vinculación y desvinculación de los niños al conflicto armado*, que también es resultado de una serie de talleres en los que participaron 244 periodistas, líderes y funcionarios públicos. En la presentación del libro, Marisol Manrique y Mauricio Beltrán señalan que:

¹⁸ Corporación Medios para la paz. *Prensa, conflicto armado y región. Aprendizajes del diplomado Periodismo responsable en el conflicto armado*, Bogotá, 2006, página 7.

¹⁹ *Ibid.*, página 123.

“Un principio de la ética del periodista tiene que ver con que su papel consiste en registrar la realidad más no crearla. Pero la realidad se vuelve un entramado en las mentes de las personas donde distinguir hechos de sensaciones y noticias de sentimientos resulta imposible. Una distorsión generada por la falta de pericia al ejercer la profesión... Se da por simple ignorancia al confundir a las víctimas con los victimarios y volver a repetir ese lugar común que habla de un número de subversivos abatidos ‘entre ellos tantos menores de edad’, o por el uso incorrecto de llamar desmovilizados a niños y niñas, jóvenes y adolescentes, que en verdad son desvinculados.

Esa falta de sindéresis en la relación de los hechos, la ligereza con que suelen transcribirse comunicados oficiales o la negligencia para investigar, van haciendo el ambiente mediático que primero oculta y luego distorsiona la realidad.”²⁰

Entre muchas otras investigaciones, estudios y reflexiones que se han realizado está *El conflicto armado en las páginas de El Tiempo*, que concluyó con la elaboración del manual de cubrimiento del conflicto armado y el terrorismo. Germán Rey expresa en este documento que “una de las apreciaciones más fuertes es el carácter oficialista de la información del periódico. La afirmación se desprende sobre todo del gráfico de las fuentes. La gran mayoría proviene del estado, de los grupos guerrilleros y los paramilitares, lo que de por sí no es una sorpresa: son quienes tienen una relación más directa con la guerra. Sin embargo, lo que más llama la atención es la poca vocería de la sociedad y, sobre todo, la recurrencia de las víctimas, más por víctimas que por ciudadanos²¹; y concluye que “lo que se necesita es un enfoque periodístico del conflicto, es decir, unas políticas informativas [...] hacer un esfuerzo por proponerse proyectos de información que apliquen otros enfoques, combinen matices de los acontecimientos de la guerra, convoquen diversas voces, mezclen interpretaciones en juego, y encuentren formas de narrar que vayan más allá del registro noticioso”.

Otro estudio que avanza en conclusiones y recomendaciones en la misma línea es *La desmovilización de las autodefensas: un caso de estudio*²².

²⁰ Corporación Medios para paz. *Cubrimiento periodístico responsable de la vinculación y desvinculación de los niños al conflicto armado*, Bogotá, 2009, página 8.

²¹ *El conflicto armado en las páginas de El Tiempo*, Bogotá: Cuadernos de Análisis, El Tiempo, 2003, páginas 115, 117 y 118.

²² Arturo Guerrero, et.al. *La desmovilización de las autodefensas: un caso de estudio*, Bogotá: KAS y Universidad Javeriana, 2004.

Uno de los centros que analizó más productivamente el asunto del periodismo de guerra en Colombia fue el Proyecto Antonio Nariño, con estudios liderados por Germán Rey y Jorge Iván Bonilla como *Calidad informativa y cubrimiento del conflicto* (2004), *La televisión del conflicto: representación del conflicto armado colombiano en los noticieros de televisión* (2005), *La infancia y la calidad periodística en el cubrimiento informativo del conflicto armado en Colombia* (2005); y estudios de casos como *El cubrimiento de hechos de conflicto* (2004) y *La relación entre los periodistas y sus fuentes* (2004).

- **La investigación periodística** independiente ha sido el recurso utilizado por los periodistas para la producción de historias que requieren largo tiempo de reportería y espacio generoso para ser narradas. Los periodistas han encontrado en la literatura de no ficción el género y en el libro el formato editorial adecuados para divulgar las historias del conflicto. Además de las abordadas por Juan Carlos Vélez en la investigación referida en un apartado anterior, revisaremos aquí algunos ejemplos:

Pedro Claver Téllez escribió *Crónicas de la vida bandolera* (Planeta, 1987) para contar episodios, que a veces parecen fantasiosos, de las vidas de quienes protagonizaron la violencia de principios del siglo XX –rezagos de la Guerra de los Mil Días– y La Violencia de mediados del siglo XX. El autor, quien vivió como niño al lado de su familia los rigores de la lucha a muerte entre liberales y conservadores, rastrea los recuerdos de los más ancianos y los suyos propios para perfilar a quienes fueron los bandoleros famosos en el territorio que hoy comprenden los departamentos de Santander y Boyacá.

No nacimos pa' semilla de Alonso Salazar (Cinep, 1990) convirtió la violencia del narcotráfico en texto escolar y de obligada consulta para los académicos. En el texto –un compendio de relatos de vida– aparecen las voces de sicarios jóvenes contratados por el cartel de Medellín. Por primera vez en Colombia era posible leer, casi escuchar, los testimonios de quienes trabajaban al mando de Pablo Escobar, y penetrar en sus rutinas de muchachos humildes que encontraban en el mundo de las armas y el dinero una manera vivir que transformó la cultura de Medellín.

De la misma época son *El pelaíto que no duró nada* (Planeta, 1991) y *Mujeres de fuego* (Corporación Región, 1993). En el primero, Víctor Gaviria retoma la voz de un muchacho de la comuna nororiental de Medellín para narrar la vida de su hermano mayor, vinculado prematuramente a las bandas del narcotráfico, y muerto, también prematuramente, en las calles del barrio. En el segundo, Alonso Salazar rescata las voces de mujeres que acompañaron la vida de hombres vinculados a las filas armadas del narcotráfico. *Mujeres de fuego* tiene el sello de *No nacimos pa' semilla*, pues logra entrar en la intimidad de una generación obligada por la violencia a configurar nuevos modelos de pareja y de familia.

Tres años después fue publicado *Rostros del secuestro* (Planeta, 1994), de Sandra Afanador y nueve personas más, que recoge historias de hombres y mujeres afectados por la violencia y el secuestro. Este libro se caracteriza por la riqueza de puntos de vista narrativos: el secuestrado, sus familiares y sus captores relatan los hechos.

En el año 2000 se entregaron al público dos obras importantes. La primera es *Las mujeres en la guerra*, de Patricia Lara (Planeta, 2000), en la que diez mujeres narran sus vivencias del conflicto armado. El aporte de esta obra es acercarse a la guerra desde la mirada femenina de quienes trasiegan en diferentes escenarios de la violencia. La segunda obra es *Las guerras en Colombia* (Aguilar, 2000), de la mexicana Alma Guillermoprieto, una recopilación de los reportajes que ella escribió entre 1989 y 2000 para la revista *The New Yorker of Books*.

Juanita León y Carlos Uribe editaron en 2001 *Años de fuego: grandes reportajes de la última década* (Planeta, 2001). Un año después, Guillermo González Uribe escribió *Los niños de la Guerra* (Planeta, 2002), en el que incluye once historias, en primera persona, de niños y jóvenes que hicieron parte de la guerra en Colombia, y que para el momento de las entrevistas estaban en programas para re-aprender a vivir lejos de ella. También en 2002 el español Paco Gómez Nadal publicó *Los muertos no hablan* (Aguilar, 2002), un texto en que las voces de los supervivientes de la tragedia de Bojayá, población chocoana en la que el dos de mayo de 2002 la guerrilla –en medio de un combate con paramilitares– lanzó un cilindro de gas como si fuera un misil y asesinó a 119 civiles, alcanzan presencia internacional. “Los muertos no hablan –escribió el periodista– y a los vivos los llamamos con nuestro olvido”.

Con el título *La guerra no es un juego de niños. Historias de una infancia quebrada por el conflicto* (Intermedio, 2005), Pilar Lozano entregó seis relatos, en tercera persona, donde resulta conmovedor comprobar que muchos niños colombianos han crecido viendo morir y matar, y por eso tales hechos son parte de su cotidianidad.

Para expiar sus culpas por no haber contado toda la verdad en sus notas de prensa –ella así lo confiesa– Juanita León publicó *País de plomo* (Aguilar, 2007). Con once historias re-escritas la periodista salda una falta cometida, no por presiones de sus editores, sino en atención a esa máxima de que todo lo que se incluya en una crónica debe ser posible de comprobar. Pasados los años, distantes del calor del combate, las fuentes y el reportero pueden, como lo demuestra este libro, moderar la historia para saber por qué ocurrieron los hechos y qué consecuencias tuvieron para los habitantes de un territorio.

Para cerrar este apartado, sin haber abordado la totalidad de las obras, comentaremos dos obras: *24 negro. Testimonios del conflicto armado en el Oriente Antioqueño* (Hombre Nuevo Editores, 2007), y *Llanto en el paraíso. Crónicas de la guerra en Colombia* (Universidad de Antioquia, 2008). En el primero, Guillermo Zuluaga reconstruye ocho historias de violencia en una de las zonas más golpeadas en los últimos años por la confrontación militar entre guerrillas, paramilitares y

Ejército. En el segundo, Patricia Nieto relata tres acontecimientos de conflicto armado ocurridos en diferentes regiones de Antioquia: la destrucción del templo del municipio de Caicedo, como punto de quiebre en la historia de la comunidad; la historia de vida de una mujer campesina víctima de La Violencia, que la dejó sin padre, y del conflicto armado, que la dejó sin tierra, le destruyó su familia extendida y le involucró a dos hijos en bandos contrarios; y el relato de cómo una comunidad campesina es gradualmente despojada de sus tierras y de cómo esos vecinos logran restablecer algunos de sus vínculos en la ciudad.

Los anteriores son trabajos periodísticos rigurosos que reconstruyen la nación de la guerra a punta de testimonios contundentes, historias aterradoras y datos que producen desasosiego para el alma nacional; relatos de vida, dignidad y sobrevivencia; cuentos de guerra y barbarie; periodismo que intenta dar cuenta de lo incontable: el complejo conflicto colombiano. Relatos contundentes sobre el conflicto en Colombia, que es como un virus que se va tragando los deseos y las ansias de libertad y futuro de sus habitantes.

Estos textos y otras obras periodísticas²³ son imprescindibles para comprender el conflicto colombiano. Su límite está en que son historias en versión de los periodistas, un acercamiento desde el afuera (el periodismo siempre ve desde el afuera masivo) para responder a un deseo común que nos surge a los que vemos la guerra por televisión: “conocer a los sujetos de la guerra”.

Testimonios que nos indican que hay mucho territorio-país donde la ley y la acción estatal no existen, comunidades donde el discurso guerrillero, o la pragmática paramilitar, o el dinero fácil narco, seducen a unos y obligan a otros. Por lo que sea o como sea, todos estamos en la guerra. Investigaciones y viajes convertidos en periodismo, nos muestran una sociedad inerme ante el destino guerrero y practicante de la moral del todo vale.

- **La televisión de ficción**, en un trazado cotidiano, muestra cómo las violencias han marcado el alma melodramática de la nación. Inspirada en la literatura, se adentra en la maldición que nos acompaña y no nos deja ser autónomos y libres. De la

²³ Hay trabajos investigados y producidos por la prensa que deben ser destacados como “La barbarie que no vimos”, publicado en la edición 1336, diciembre 8 de 2007, de la revista Semana. En televisión se pueden ver el programa Contravía, de Hollman Morris: www.contravia.tv; el especial periodístico de Pirry del 26 de octubre de 2008 (Canal RCN): “Paramilitarismo en Colombia, los años en que vendimos el alma” (en Youtube: <http://www.youtube.com/watch?v=aSpdTBTj8M>), ganador del premio Simón Bolívar de periodismo en el 2009; el especial de Caracol 2007, “¡Colombia Vive! 25 años de resistencia”; la serie que presenta Ernesto McCausland, “Tiempo de la verdad”, de la Procuraduría y Canal 13. Y vale destacar el trabajo de los portales www.verdadabierta.com y www.olvidocero.com.

literatura a la pantalla tenemos: *La mala hora* (Gabriel García Márquez, RTI, 1977), *Tiempo de morir* (Gabriel García Márquez, RTI, 1984) y *La Vorágine* (José Eustasio Rivera, RTI, 1990). Sobre la violencia de la pobreza urbana, esa que se traduce en maltrato infantil, prostitución y hambre, se habla de manera neorrealista en *La historia de Tita* (Pepe Sánchez, 1987). Preguntas sobre cómo nos hemos formado retratos alucinantes de nuestros modos injustos de convivir, de violencia, racismo y clasismo extremo, se pueden ver en *Azúcar* (Carlos Mayolo, Fernando Gaitán, Mauricio Navas, RCN, 1989), *La casa de las dos palmas* (Manuel Mejía Vallejo, RCN, 1991) y *Vivir la vida* (Carlos Duplat, Colombiana de Televisión, 1988). La tragedia que nos habita en los tiempos modernos, que llenamos de herencias de venganza, envidias e injusticias públicas y cínicas, se pueden ver contadas en *Los Victorinos (Cuando quiero llorar no lloro)* (Carlos Duplat, Colombiana de televisión, 1991), *Tiempos difíciles* (Juana Uribe, Cenpro, 1997), *La mujer del presidente* (Mauricio Navas y Mauricio Miranda, Caracol, 1997), *La alternativa del escorpión* (Mauricio Navas y Mauricio Miranda, Cinevisión, 1993) y *La Saga* (Dago García, Caracol, 2004). Y el país que resultó de la suma de violencias, esa sociedad con su moral de éxito fácil, de todo lo puede la plata, de para qué valores si se tiene billete, esa cultura narco y corrupta que nos marcó el alma y nos dejó con una ética acomodaticia y sin humanismo, se expresa muy bien en *Sin tetas no hay paraíso* (Gustavo Bolívar, Caracol, 2007) y *El Cartel* (Cristina Palacios, Caracol, 2008). Y esas violencias cotidianas, intrafamiliares, esas que no reflexionamos pero que existen y abundan, y son más dañinas que las violencias oficiales por silenciosas, inhumanas, continuas y machistas, se reflejan en *Mujeres asesinas* (Vista producciones para RCN, 2007-2008) y *El último matrimonio feliz* (Adriana Suárez, RCN, 2008). Y así podríamos nombrar muchas más ficciones melodramáticas en televisión que nos han contado de cómo habitamos un país de violencias cotidianas; la violencia como una narrativa continua, extendida y silenciosa. Nuestro relato es la violencia, nada qué hacer.

La televisión de ficción traduce a la vida diaria el conflicto oficial, pero también el de la cotidianidad. Así aparecen versiones narco, éticas corruptas y populistas de gobierno, imaginarios heroicos de guerrilleros y paras, exuberancia de políticos corruptos y tragedias de violencia intrafamiliar. Pero todo adobado en forma de ficción, en relato de amor, dolor y moral cristiana. Relatos que no dan cuenta de una nación democrática sino que se basan en la norma moral de dios y tierra, y nos dicen que somos pre-modernos que ponemos por encima de la ley y la regulación colectiva los intereses personales y familiares; no hay Estado sino familia, antes que conversar nos matamos, para salir de pobres todo vale, pero eso sí somos el país más feliz y apasionado del mundo. Por decirlo de alguna forma, la teleficción construye el relato cotidiano de la violencia y refleja el modo masivo de nuestra ética: la envidia y el billete. El extremo de la ficción televisiva fue “la operación jaque” (julio, 2008), estrategia de alta inteligencia militar que se llevó a cabo como un guión y una puesta en escena de televisión. Su horizonte de inteligencia fue las anteriores liberaciones, se puso en escena igual, y se ganó (para bien de la sociedad). Rotundo éxito que demostró que la realidad es

ficción, que nuestras instituciones de guerra saben mucho de narrativas, y así, para ganarla, producen falsos positivos, operaciones televisivas y cuentos mediáticos.

• **El cine colombiano** es acusado de violento porque se ha dedicado a contar nuestra miseria en versiones profundas, como en *Cóndores no entierran todos los días* (Francisco Norden, 1983), hasta la vida *light* de esta guerra, como en *Golpe de Estadio* (Sergio Cabrera, 1998). También están las versiones narco de *Rosario Tijeras* (Emilio Maillé, 2005); *La Virgen de los sicarios* (Barbet Schroeder, 2000); *Rodrigo D No futuro* (1988), *La vendedora de rosas* (1998) y *Sumas y restas* (2008), de Víctor Gaviria; las versiones sociales cotidianas de *La gente de la Universal* (1993) y *El Colombian Dream* (2008), de Felipe Aljure; las historias verdaderas pero jocosas, como *Soñar no cuesta nada* (Rodrigo Triana, 2008) y *La Pasión de Gabriel* (Luis Alberto Restrepo, 2009). Así, el cine es ese espacio en el cual prioritariamente nos contamos como hijos y actores de la violencia. Según el ensayista Sandro Romero Rey, “a los colombianos nos da vergüenza que nos llamen narcotraficantes, violentos, machistas, criminales, mentirosos o pícaros incondicionales. Sin embargo, es curioso notar que, los mejores ejemplos en nuestra cinematografía, se encuentra en los filmes que procuran ahondar sobre estos adjetivos”²⁴.

Pedro Adrián Zuluaga²⁵ ha escrito mucho sobre la relación cine y violencia en Colombia y concluye que “el cine colombiano no es ajeno a una sociedad permeada por la visión del mundo y los valores de la mafia. Tampoco a la desorientación general de la cultura nacional, una vez se ha perdido el faro de los viejos maestros del pasado y todo parece haber quedado en manos del esnobismo y la propaganda mediática. Un círculo vicioso de dinero, poder y corrupción atraviesa la mayor parte de las últimas películas, incluso aquellas realizadas en tono de comedia, como *Soñar no cuesta nada* o *Bluff*, y público y crítica ya no saben si esa sobreexposición implica una posición crítica o la cínica aceptación de un mundo degradado. En los guiones de filmes como *Paraíso Travel* o *La Milagrosa* se sigue apelando a soluciones esquemáticas que impiden tomar en serio lo que se cuenta, aunque no se trate explícitamente de comedias”. En la misma línea la investigación más completa la realizó Juana Suárez con *Cine y violencia en Colombia: claves para la construcción de un discurso filmico*²⁶.

²⁴ Sandro Romero Rey, “A imagen y semejanza de Colombia”. En: Omar Rincón (coord.), *Relatos y memorias leves de nación*, Bogotá: Cuadernos de nación, Ministerio de Cultura, 2001, páginas 61-73.

²⁵ Tomado de: <http://pajareradelmedio.blogspot.com/2008/09/15-aos-de-cine-colombiano-1993-2008.html>

²⁶ Ver: XII cátedra anual de historia Ernesto Restrepo Tirado Versiones, subversiones y representaciones del cine colombiano. Investigaciones recientes, Bogotá: Museo Nacional de Colombia, Ministerio de Cultura y Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano, 2008.

• **Testimonios, autobiografías o literatura del yo.** Durante la última década, el testimonio se ha impuesto como el género para contar la guerra. Victimarios y víctimas han recurrido a este tipo de relato para dejar una versión personal –subjetiva e intimista– de sus vivencias.

En este universo se destacan tres tipos de escritos, según sus autores:

1. Los redactados o dictados por los hombres de la batalla, quienes han contado con publicaciones de gran tiraje, ampliamente divulgadas en los medios masivos de comunicación.
2. Los escritos por víctimas del secuestro que han logrado salir con vida del cautiverio, ya sea fugados, rescatados o liberados, y que han obtenido audiencias en las grandes editoriales del mundo.
3. Los relatos de las víctimas anónimas de toda clase de violaciones de los derechos humanos, contruidos al amparo de organizaciones no gubernamentales, universidades, grupos eclesiásticos, asociaciones comunitarias y proyectos oficiales, que se publican en libros y folletos de bajo tiraje, blogs, multimedios, emisoras comunitarias, colchas tejidas a mano, canciones y altares conmemorativos.

En el primer grupo pueden destacarse las siguientes obras: *Mi hermano Pablo* (Oveja Negra y Quintero Editores, 2000), escrito por Roberto Escobar Gaviria, hermano del capo, con la ayuda del periodista Juan Carlos Giraldo, para contar las acciones más importantes del narcotraficante colombiano con mayor reconocimiento. En *Mi confesión: Carlos Castaño revela sus secretos* (Oveja Negra, 2001), el periodista Mauricio Aranguren sirve de amanuense al máximo jefe de las Autodefensas Unidas de Colombia. Después, la periodista colombiana Astrid Legarda presentó *El verdadero Pablo: sangre, traición y muerte* (Ediciones Dipon, Ediciones Gato Azul, 2005), en el que John Jairo Velásquez Vásquez, conocido en el cartel de Medellín como Popeye, relata su vida al lado de Pablo Escobar.

A los textos de autoría directa de los capos o comandantes se suman una serie de libros elaborados por personas de segunda o tercera línea en las estructuras delictivas de las mafias, que develan tanto mundos domésticos e íntimos como estrategias de los carteles para permear las instituciones. Circulan, entonces, el polémico libro *El hijo del ajedrecista I y II* (Oveja Negra, 2007), escrito por Fernando Rodríguez Mondragón, hijo de uno de los jefes del Cartel del Valle del Cauca; en él, este muchacho “rebelde” cuenta las vidas y los negocios de su padre y sus tíos, y sella una enemistad profunda con la casta de los Rodríguez Orejuela. En el mismo año, la diva de la televisión colombiana hasta los años ochenta, Virginia Vallejo, publica *Amando a Pablo, odiando a Escobar* (Grijalbo, 2007), en el que, además de narrar su historia amorosa con el Capo,

desovilla decenas de negocios ilícitos y crímenes en los que resultan involucrados reconocidos delincuentes y algunos hombres de la política colombiana.

Un año después aparece *Las prepago*, escrito por Alfredo Serrano Zabala (Giron Spanish Book, 2009), en el que narra la vida de mujeres bellas con grandes ambiciones, que conforman un cartel paralelo al de los hombres de la droga. Ellas han sido las amantes de capos, testaferros y lava-perros de las estructuras narco, y a través de sus historias se registra uno de los rostros femeninos de la cultura que crea el mundo mafioso.

En 2008 y 2009 se publicaron dos libros bastante singulares: *El cartel de los sapos. La historia secreta de una de las mafias del narcotráfico más poderosas del mundo* (Planeta, 2008), escrito por Andrés López, y *Las fantásticas: las mujeres del cartel* (Santillana, 2009), del mismo autor, acompañado por Juan Camilo Ferrand. La particularidad de estos libros es que han sido escritos por quien desde muy joven ingreso al Cartel del Valle, y escaló posiciones que lo convirtieron en uno de los más buscados por la justicia de los Estados Unidos. En 2001 se entregó y negoció su pena con ese gobierno. Desde la celda escribió el primero de sus libros y esbozó el segundo. Ambos se convirtieron en éxito de librerías y, convertidos en libretos con la participación de Juan Camilo Ferrand, dieron origen a dos series de televisión triunfadoras en festivales y entre las preferidas del público.

De libros como los mencionados en este apartado escribió Ricardo Silva Romero en la revista Soho: “[...] desde *El señor de las sombras* hasta *Las prepago*, desde *Mi confesión* hasta *El hijo del ajedrecista*, da como resultado, gústenos o no, una especie de poema épico (los españoles tuvieron El Cid, los alemanes tuvieron Los Nibelungos) que pinta la nación en donde hemos estado parados desde hace más de treinta años”. Su planteamiento no se queda en la aceptación simple de que tenemos la literatura que nos merecemos, sino que va más allá y compara la calidad literaria de estas obras de grandes ventas en librerías y semáforos con lo que nos ha pasado como nación, como comunidad, como cultura: “Las publicaciones de Oveja Negra, en especial las que coedita Quintero Editores, suelen despreciar los llamados del rigor periodístico, las leyes de la gramática española y las más elementales normas de redacción. Sus páginas no resisten una segunda lectura: se van destiñendo como periódicos sensacionalistas. A muchos de sus autores, escritores huérfanos de editores que redactan de manera tan confusa como piensan, no les importa combinar el tú con el usted en una misma frase, les cuesta diferenciar los tiempos verbales, les queda imposible no vanagloriarse de sus desmanes y les tiene sin cuidado la estructura de lo que están narrando porque no saben bien qué están narrando. Pero lo hacen así porque ese descarte de las reglas del juego en plena partida, esa tremenda confusión mental, esa ética hipnótica que parte de la base de que en la ilegalidad todo es más justo, ese no entender, del todo, que se ha cometido un crimen, ha sido el gran legado que nos han dejado los protagonistas de nuestras décadas pasadas”.

Al segundo tipo de textos pertenecen libros escritos por ex secuestrados que al regresar del cautiverio se ven impelidos –por necesidad personal o por ofertas económicas de grandes editoriales– a narrar las múltiples adversidades de la vida en la selva, bajo la autoridad de carceleros guerrilleros, y las variadas estrategias adoptadas por ellos para sobrevivir durante años en condición de secuestrados. Uno de los primeros libros publicados fue *Secuestrada* (Espasa, 2001), en el que Leszli Kalli, de diecinueve años, relata cómo fue secuestrada en pleno vuelo, junto a los otros pasajeros que viajaban entre Bucaramanga y Bogotá. Del secuestro del gobernador de Antioquia, Guillermo Gaviria, y de su asesor de paz, Gilberto Echeverri Mejía, se publicaron dos libros póstumos: *Diario de un gobernador secuestrado* (Ediciones Revista Número, 2005) y *Bitácora desde el cautiverio* (Fondo Editorial Eafit, 2006), a través de los cuales los lectores conocen vivencias cotidianas y reflexiones filosóficas y políticas que estos líderes elaboraron durante su largo cautiverio, que terminó en tragedia cuando las Farc decidió asesinarlos, ante la presión del Ejército colombiano que intentaba un rescate militar.

En los últimos dos años, 2008 y 2009, se han conocido por los menos ocho libros más escritos por ex secuestrados: John Frank Pinchao publicó *Mi viaje hacia la libertad* (Planeta, 2008) para contar cómo se fugó de las Farc; su libro dio lugar a un documental producido por Discovery Chanel, dado a conocer en casi todo el mundo.

Luis Eladio Pérez publicó *Siete años secuestrado por las Farc* (Aguilar, 2008) apenas cuatro meses después de su liberación. Lucy Artunduaga, esposa de Jorge Gechem, liberado por las Farc, publicó *Amores que el secuestro mata* (Círculo de Lectores, 2008), en el que narra la experiencia dolorosa de esperar durante años a un esposo, que al regresar la repudió por el manejo económico de sus bienes y porque durante el cautiverio se había enamorado de otra mujer, una de las líderes políticas secuestradas. El mismo año, Jorge Gechem escribió *Desviaron el vuelo. Viacrucis de mi secuestro* (Oveja negra, 2008), y Fernando Araujo *El trapequista* (Planeta, 2008). En 2009 aparecieron tres libros: *Cautiva* (Norma, 2009), de Clara Rojas; *Cartas a mamá desde el infierno* (Grijalbo, 2009), de Melanie y Delloye Betancourt, hijos de Ingrid Betancourt, de quien también se espera un libro; y, finalmente, *Años en silencio* (Planeta, 2009), de Oscar Tulio Lizano.

De los libros antes mencionados la revista Arcadia escribió: “Uno podría decir, después de leer varios de ellos que, en efecto, estos libros son importantes documentos históricos del conflicto armado. Su atractivo es coyuntural, pero su valor reside en el testimonio que dan de una de las tantas prácticas de guerra utilizadas por los grupos guerrilleros. Lo que les falta de trabajo estilístico les sobra, en especial al libro de Pinchao, en sinceridad. Los diarios y cartas escritas en cautiverio por Gaviria, Betancourt y Kalli son, por lo demás, doblemente desgarradores. Por un lado, estos escritos no están completamente mediados por las editoriales o las expectativas del

mercado; por otro, fueron escritos desde el encierro con la esperanza de que cada palabra cautiva fuera la última”.

El tercer grupo de testimonios es aquel escrito por el país del no-guerrero, del sobreviviente que ha enfatizado su rol como ciudadano, por encima de la guerra. Por ahora, sus historias circulan entre públicos domésticos, en ámbitos casi vecinales, y por ello no han trascendido a la esfera simbólica, no son parte del gran relato nacional de la violencia, no son parte de la historia.

En este contexto se llama la atención sobre estudios como *La Palabra... La paz labra. Historias de niños, niñas y jóvenes excombatientes*, porque está en otra perspectiva, cuenta desde “el adentro”, desde la vivencia de las víctimas; construye así la contracara de esos seres guerreros, y los reconvierte en relatos que nos hablan de un país que produce sujetos que tienen como único destino la vida en las armas; no sobresale lo matón, sino aquella injusticia que hace que como nación estemos muriendo joven.

Marina Valencia, Omar Rincón, Martha Isabel Jordán y Patricia Barón, en un estudio para la Organización Internacional de Migraciones (OIM) y el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc) llamado *Desconexión Colombia* (2006), trabajaron el conflicto colombiano con jóvenes que hacen parte del programa gubernamental de desvinculación, y se interesa testimonial y analíticamente por “el adentro cultural”; no busca la actualidad del relato periodístico, ni la verdad de la guerra, sino que intenta contar al sujeto y su cultura para explicar el conflicto desde categorías transversales como son nación, cuerpo, familia, institucionalidad, amor y medios de comunicación. Esta investigación presenta las emociones, creaciones, vitalidades, contradicciones y subjetividades de los jóvenes que estuvieron en la guerra; devela los sujetos culturales, esos que existen detrás de un nombre, una sonrisa, una emoción, una ilusión, una ficción, un relato de vida.

En esta línea de rescatar las voces de la sociedad, de la gente del común, de las víctimas, se encuentran trabajos que buscan diversificar los testimonios y modos de contar la guerra en Colombia. El programa Atención a Víctimas del Conflicto Armado de la Alcaldía de Medellín, de la mano de la investigadora Patricia Nieto, llevó a que las víctimas produjeran memoria “de su puño y letra”. Esta experiencia terminó en tres impactantes libros: *Jamás olvidaré tu nombre* (2006), *El cielo no me abandona* (2007), y *Allí donde pisé aún crece la hierba* (en imprenta). En las historias allí presentadas se pone de manifiesto que “narrar es un asunto colectivo, un mecanismo usado por las comunidades para reafirmarse aún después de grandes cambios, un método para comprender, un recurso para delinear los conflictos”, como concluye la gestora y curadora de estas historias.

Otros estudios que han convertido las experiencias de la gente de la comunidad en historias y política son: *Lo que le vamos quitando a la guerra*, de Clemencia Rodríguez

y otros (C3FES, 2008)²⁷; *Jóvenes, memorias y violencia en Medellín, una antropología del recuerdo y el olvido*, de Pilar Riaño (Editorial Universidad de Antioquia, 2006); *Arte, memoria y violencia*, de la Corporación Región (Corporación Región, 2003); *La ciudad que no me quiere*, sobre los jóvenes que sufren la violencia en Bogotá, de Marta Ruiz (Fescol-Cerec, 2002); *Una botella de ron pa'l flaco* (Icesi, 2006), una serie de crónicas caleñas producidas en el taller de Harold Kremer, para contar los modos que toma la convivencia en una ciudad en quiebra.

La guerra en Colombia se ha contado en diversos formatos, desde diferentes enfoques e ideologías. La guerra es una fuente de relatos, un duelo de narrativas. desdeadentro.info opta por poner a la gente a contar, a dar cuenta y a ser tenida en cuenta desde lo que ellos y ellas quieren relatar. Tener cuento es poner en evidencia el estar vivo, querer vivir en paz y hacer visible la dignidad de haber sobrevivido. Somos hijos de nuestros relatos, orgullo de nuestras historias. Sin historias no existimos, sin historias no hay paz ni reconciliación. Todo comienza con ser tenido en cuenta como historia.

2. Las narrativas en contextos de guerra

Las narrativas en contextos de guerra actúan como testimonios, documentos y denuncias que permiten la diversidad de verdades y de puntos de vista, tonos y modos de recordar. Para la reconciliación es una obligación narrarnos, porque sin memoria social del conflicto no es posible encontrar la dignidad de la paz. Las narrativas se consideran vitales para comprender los acontecimientos que llevaron al conflicto armado y las vivencias de la población durante la guerra. Su valor es subjetivo y simbólico, en cuanto dan a conocer los acontecimientos desde la vivencia de cada una de las personas que actuaron o sufrieron el conflicto como víctimas, victimarios o ciudadanos. Países como Argentina, Guatemala, Perú y España han convertido la narración en una estrategia para comprender lo que les sucedió.

La narrativa ha sido uno de los instrumentos utilizados para recopilar los casos de desaparición forzosa ocurridos durante la dictadura militar en Argentina (1976 a 1983). “Buena parte de la literatura argentina de las últimas décadas da cuenta de la serie de rupturas que han quedado impresas en el cuerpo social: la violencia, la desaparición, el exilio y el miedo se han convertido en temas de escritura. La propia noción de ‘literatura argentina’ es problemática en tanto ha quedado también dislocada: el exilio desde el que algunas obras literarias se escribieron da cuenta de

²⁷ Disponible en: <http://www.c3fes.net/docs/quitandoalaguerra.pdf>

este asunto: escritores perdiendo ‘su lengua’, ‘su entorno natural’, reapropiándose a partir de la escritura, de la configuración de espacios simbólicos que permitirían tal vez reconstruir la memoria. [...] Rastrear la escritura que surge en/de ese cuerpo (textual y físico) doliente y roto, para conocer los modos en que la identidad se escinde y se busca; así como para pensar en las formas que la memoria, individual y colectiva, configuran”²⁸.

En los casos de Argentina, Brasil y Chile, también desde la cinematografía y la ficción televisiva se ha intentado ofrecer una lectura alternativa de la historia nacional, recuperando la memoria popular de los sucesos que se vivieron durante las dictaduras, la lucha por la defensa de los Derechos Humanos y la demanda de justicia para la reparación de las víctimas. Toda esta obsesión narrativa busca permitir una reconstrucción ética y política de la sociedad, donde ese “nunca más” quede como símbolo de rechazo en el nuevo régimen de la memoria social²⁹. La importancia del relato cinematográfico es que permite suponer “la existencia de características comunes” sobre cómo los regímenes militares construyeron su imperio del terror siguiendo “procesos históricos semejantes”³⁰.

El proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI) en Guatemala se produjo después de firmado el acuerdo en Oslo, el 23 de junio de 1994, en el cual el gobierno guatemalteco se comprometía a realizar un esclarecimiento histórico de las violaciones a los derechos humanos que durante 36 años de conflicto armado se vivieron. El proyecto REMHI, desde la recolección de relatos, historias y testimonios, buscaba construir conciencia pública sobre las vivencias de la guerra sufridas por la población, memoria necesaria para un proceso de paz y para la reconstrucción social. A la vez, se intentaban producir en el relato conceptos como verdad, justicia, reparación y reconciliación. La estrategia fue la sistematización de los testimonios de las víctimas y protagonistas de esta historia. El objetivo fue impulsar el acceso a una nueva convivencia, garantizando la confianza y la veracidad de los aprendizajes. La iglesia, como actor importante del proyecto, lideró el acompañamiento a las víctimas y la formación de dinamizadores para la recolección de testimonios y relatos en el trabajo de campo. Al final del proceso, realizado durante tres años, se entregó un informe final que contenía cuatro tomos. En él se abordaban los siguientes

²⁸ Nelly Maldonado, *Identidad, memoria, escritura: Una sola muerte numerosa de Nora Strejilevich*, México: Universidad Nacional Autónoma de México. Disponible en: http://artsandscience.concordia.ca/cml/Dislocation_Maldonado.htm

²⁹ Tzvi Tal, *Cine, Colonialismo Cultural y Lucha Política: Construcción de Identidades Nacionales en Argentina y Brasil*, Israel: Universidad de Tel Aviv, 2001.

³⁰ Tzvi Tal, *Imaginando dictaduras - Memoria histórica y narrativa en películas del cono sur*, Brasil: Universidad Federal de Santa María, 2000, páginas 257-296. Disponible en: <http://www.tau.ac.il/~tzvi/Publications.htm>

temas: impactos de la violencia, mecanismos del horror, entorno histórico donde se realizaron estos hechos, y las víctimas del conflicto. “REMHI (Recuperación de la Memoria Histórica) ha buscado conocer la espantosa historia de sufrimiento del pueblo, siendo las mismas víctimas los verdaderos protagonistas, ofreciendo a todo el país su palabra y testimonio, con el objetivo claro de sanar las heridas y que nunca más se vuelva a repetir. La reconciliación nacional, la paz, no es una firma, un decreto o una declaración política, sino el camino de todo un pueblo herido y victimado que ofrece y da perdón, que conoce su historia y los responsables de la misma y demanda reparación y justicia”³¹.

Investigadores, activistas sociales y artistas han explorado desde la escritura, el arte y la fotografía, la construcción de identidades sociales que emergen en la posguerra, creando movimientos sociales y culturales que visibilizan nuevos rostros y grupos, como el campesinado, los indígenas y las mujeres, y dando un mayor protagonismo a estos nuevos sujetos sociales en los procesos políticos, históricos y culturales. “Existe en la narrativa centroamericana escrita entre los años de 1960 y 1980 una tendencia que privilegia la reelaboración de temas y situaciones íntimamente ligadas al compromiso revolucionario de quienes escribieron. En sociedades como la guatemalteca, la salvadoreña y la nicaragüense de esos años, la literatura posibilitó y desarrolló una reescritura alternativa de la historia”³².

En España, la literatura en los años 30 había tendido a la rehumanización y al compromiso social, al tratar con insistencia el tema de la guerra; pero inmediatamente a la posguerra la narrativa social no alcanza ese nivel de denuncia, debido a la prohibición de la dictadura franquista. Durante este periodo la literatura profundizó en tres tipos de narrativa: ideológica, realista y humorística, intentando mostrar la época de desconcierto, exilio y pobreza de la población española. Sólo en los años 80 vuelve a aparecer el tema: “novelas que van a tener como común denominador el tema de la Guerra Civil y la posguerra desde el punto de vista del bando derrotado. Todas esas novelas se inscriben en la necesidad de la sociedad española de conocer una parte de la historia de España silenciada por el bando de los vencedores y, en ese sentido, reivindicar la memoria civil de los últimos setenta años. Paralelamente se han editado diversas entrevistas a personas representativas de los grupos sociales ‘derrotados’ de la Guerra Civil y de su larga posguerra. Nos encontramos pues ante el

³¹ Cirilo Santamaría, “Guatemala: recuperación de la memoria histórica camino y perspectivas”. En: *Seminario Taller Internacional Superación de la Impunidad. Memorias*, Colombia: Editorial CÓDICE, 1999.

³² Alexandra Ortiz Wallner, “Constitución de nuevos espacios discursivos en tres novelas centroamericanas de posguerra”. En: *Revista Virtual Istmo*, Centroamérica, 2001. Disponible en: <http://collaborations.denison.edu/istmo/n04/proyectos/posguerra.html>

fenómeno de elaboración de una narrativa de la memoria centrada en los hechos que van de los años treinta a los setenta en la literatura española contemporánea”³³.

En Colombia el Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) se ha dedicado a investigar, documentar, visualizar y sensibilizar a la sociedad acerca de la barbarie como un asunto de todos. Para eso se encuentran sistematizando una serie de casos emblemáticos, con el fin de dar a conocer a la sociedad colombiana la verdad de los hechos, las razones para el surgimiento y la evaluación de los grupos armados ilegales en el país. Ya se han hecho público dos casos: las masacres de Trujillo y El Salado³⁴. La idea es mostrar que es posible vincular la construcción de memorias a la construcción democrática. En estos informes se documenta el terror y sus múltiples facetas, pero también la dignidad y resistencia local para evitar el olvido y ganar la justicia, en especial el papel de las mujeres en su condición de víctimas, por sus familiares muertos y/o desaparecidos, así como en su condición de guardianas de la memoria. Estos informes buscan, así mismo, analizar las dimensiones de los procesos de verdad, justicia y reparación, a través del proceso judicial y la evaluación de las tareas de reparación realizadas hasta el momento. El Grupo de Memoria busca socializar los objetivos que orientan su labor, así como los desafíos y responsabilidades involucrados en la reconstrucción, rigurosa y veraz, de la historia y la memoria del conflicto interno en Colombia.

3. La narración como producción de conocimiento

La narración es la estrategia prioritaria para la producción de la identidad del sujeto y los colectivos. “Una de las afirmaciones más incontrovertibles es aquella que dice que somos los relatos que producimos de nosotros mismos como sujetos y como culturas”³⁵.

Pero más allá de ser identidad, se elabora mediante múltiples tácticas de encantamiento, de seducción, de goce. Goytisolo lo pone más bonito al referirse a Sherezada, y escribe que: “después de hacer el amor con él le dice: ‘¿No quiere que le cuente una historia extraordinaria y maravillosa?’. El rey acepta y empieza *Las mil y una noches*. El relato no tiene ninguna explicación psicológica, es puro relato. Es un canje continuo de lo oral a lo escrito, de lo escrito a lo oral. No se conoce el autor. Lo que cuenta es el relato y el transmisor. Es una cadena de transmisores, adaptadores,

³³ José María Izquierdo, *La literatura de la generación del cincuenta en España y la narrativa actual de la memoria*, Universidad de Oslo. Disponible en: <http://folk.uio.no/jmaria/lund/2003/ponencias/Izquierdo.pdf>

³⁴ Informe del Grupo de Memoria Histórica, *El salado, memoria de nuestra guerra*, Bogotá: Aguilar, 2009.

Informe del Grupo de Memoria Histórica, *Trujillo, una tragedia que no cesa*, Bogotá: Planeta, 2008.

³⁵ Omar Rincón, *Narrativas mediáticas o cómo cuenta la sociedad del entretenimiento*, Barcelona: Gedisa, 2006, página 87.

oyentes, narradores”³⁶. Es puro relato: eso somos, para eso vinimos al mundo. Como se aprende de Sherezada, narrar es un asunto de sobrevivencia; mientras narremos, contemos, tengamos historias, no desapareceremos.

- **Identidad y sobrevivencia;** la narrativa es discurso, es “un modelo lingüístico, que comprende una serie de actos de comunicación, que tiene una dimensión de relato, en su calidad como una serie de acontecimientos en el tiempo, que en conjunto forman un discurso”³⁷. Cuando contamos creamos poder, asumimos posturas ante el mundo, habitamos con sentido el mundo de la vida.

- **Identidad, discurso, encantamiento;** la narración es un modo experiencial de producción de conocimiento. “El mundo deviene narración [...] Los seres humanos, las culturas y la sociedad son experiencia, frente a ella podemos intentar comprensiones y explicaciones teóricas y conceptuales, pero sólo podemos comunicar nuestra experiencia existencial al convertirlas en historias. ¡Siempre que buscamos explicarnos, nos convertimos en una historia. Narramos!”³⁸.

La narrativa es, entonces, un dispositivo para describir, comprender y asignar sentido a la vida que vivimos; así, narrar es un modo de investigar al ser humano en sus vivencias, contextos y culturas. Los modos de investigar de la narrativa trabajan sobre variables dramáticas y de relato, como personajes, universos, acciones, tramas, tiempos, espacios, tonos, puntos de vista. La narración intenta domesticar y comprender los mundos de la vida desde su obsesión por contar.

La narrativa se usa de modo distinto según el campo de saber desde donde se use y los intereses de producción del conocimiento que se tenga. Veamos las más conocidas:

- **La narrativa antropológica** rescata de la vida cotidiana inscrita en los símbolos, rituales, recuerdos y conocimientos de una cultura, para desde ahí producir las identidades y memorias que definen el ser simbólico de una comunidad. En la antropología social la narrativa es usada como método de investigación. Se ha llegado a decir que hacer etnografía es una manera de contar historias. En contextos de guerra, la antropología, desde la narrativa escrita, oral y visual, investiga los recuerdos de los involucrados y reconstruye experiencias de significación sobre lo que se vivió como guerra, para producir memoria social.

³⁶ Juan Goytisolo, “Las mil y una noches es semilla de la literatura universal”. En *Babelia*, Suplemento Literario de *El País*, Madrid, 17 de julio de 2004, páginas 2-3.

³⁷ Marta Jan, *Aproximaciones a la bioética y a un nuevo modelo del consentimiento informado*, Canadá: Joint Centre for Bioethics, University of Toronto, 1996.

³⁸ Omar Rincón, *op. cit.*, página 88.

- **En la psicología social** las narrativas toman la forma de historia de vida, y sirven para comprender las complejidades del ser humano. En el análisis social de estas historias de vida se establecen y develan símbolos, acontecimientos, secuencias históricas y vínculos de las personas con sus comunidades. “La importancia de las narrativas radica en que son la base misma de la vida social y del pensamiento ordinario o de sentido común. En las narrativas cotidianas atribuimos e identificamos actores (portadores de estatus y roles), intenciones, saberes, flujos de acción, acontecimientos, escenarios, movimientos y desenlaces. A través de ellas comprendemos no solo cambios en los acontecimientos y las circunstancias, sino también en la conciencia de los actores”³⁹. En la psicología clínica la terapia narrativa (testimonio, crónicas y relatos) ofrece a la terapia individual o de pareja alternativas⁴⁰ técnicas para mejorar la convivencia.

- **En la literatura**, el narrar es el acto esencial para reflexionar sobre el lenguaje, la conciencia y la realidad. La literatura realista permite recoger relatos de lugares, costumbres, memorias, biografías, historias de vida, para dar testimonio sobre la sociedad y los acontecimientos vividos en determinada época. La literatura ha encontrado en el testimonio, a través de diarios, relatos y cartas, modos íntimos de construir retratos de estos momentos frontera de la sociedad. En la guerra, estos testimonios son vitales para la comprensión del evento más allá de su historia oficial o mediática.

- **La narrativa histórica** más allá del cuento contado, se interesa en su sentido, por lo tanto “tiene un eje analítico”. El historiador es el que selecciona el tema, las fuentes, la metodología y los conceptos, pero siempre en relación a preguntas del presente y teorías de la ciencia social. “La narrativa histórica debe lidiar con algo más que la presentación de los resultados de la investigación. Ante todo, está el problema de la representatividad cronológica, geográfica y social de los fenómenos analizados. De seguido, está la cuestión de la escala a que es realizado el análisis, del cual dependerá el grado de detalle en que será preciso incurrir”⁴¹. En este sentido, las narrativas de la guerra son esenciales para comprender qué pasó y cómo pasó, porque se busca desentrañar los procesos sociales y políticos, y sus significaciones culturales, para indagar los elementos del imaginario que posibilitan memoria colectiva y conciencia pública.

³⁹ Tania Rodríguez Salazar, *El debate de las representaciones sociales en psicología social*, México: Universidad de Guadalajara, 2003, página 75.

⁴⁰ Michael Payne, *Terapia Narrativa: una introducción para profesionales*, España: Paidós, 2002.

⁴¹ Iván Molina Jiménez, *Entre la historia y la literatura: una reflexión personal*, Conferencia en la Biblioteca Joaquín García Monge de la Universidad Nacional, en el marco del X Congreso Nacional de Filología, Lingüística y Literatura (Heredia, Costa Rica, 8 a 10 de octubre de 2003).

- **La sociología** utiliza la narrativa como instrumento que busca establecer patrones de organización colectiva, para el descubrimiento del sujeto social como

actor en la construcción de la identidad social. Así mismo, describe las maneras en que las sociedades viven su cotidianidad, la interacción social, el drama colectivo, los conflictos y problemáticas que la definen.

- **La narrativa periodística** tiene como objetivo contar la vida en presente y denunciar las injusticias de este mundo. “La denuncia social presente en el *romance-reportagem* proporciona al narrador la oportunidad de exponer las cuestiones sociales de la época. A través de esta marca el narrador construye un espacio de reflexión, proponiendo al lector un diálogo sobre los problemas que conciernen a ambos”⁴². En el periodismo encontramos diversos modos de contar que van desde la noticia, la entrevista y el perfil, pasando por la analítica del reportaje y la emoción de la crónica, y ganando marco interpretativo con la opinión, el análisis y el ensayo. El periodismo impone unos criterios de contar, unas condiciones discursivas: contar la verdad factual, tener verosimilitud en sus modos de narrar, proponer denuncia o pensamiento social, trabajar con diversidad de fuentes, brindar datos y referentes de contexto, responder a preguntas de actualidad. En la guerra, la narrativa periodística crea la memoria del presente, es el cuento contado del conflicto, tiene la voluntad de dar testimonio de actualidad sobre la sociedad y pretende crear documentos de verdad. Para el caso de la guerra colombiana, el maestro Germán Rey afirma que el conflicto colombiano sí ha sido contado por la prensa, pero ha estado mal contado: solo en forma de noticia, despojado de relato y marcos de comprensión⁴³. Por su parte María Luisa Moreno, en su trabajo de grado en Ciencias Políticas acerca de la masacre de El Salado, descubrió que la narrativa periodística primero privilegia la mirada de las fuentes oficiales (gobierno y fuerzas militares), luego se convierte en voz de las víctimas, y por último en pantalla de los victimarios, pero que en todo caso los medios de comunicación demuestran ser relevantes en la producción de esfera pública, al visualizar las luchas por el poder, dar voz a las víctimas y generar memoria de nuestra historia como nación⁴⁴.

⁴² Arlinda Soares, *Factualidad y Denuncia Social: Un relato de la lucha campesina en la Amazonia*, Universidad Pedagógica Nacional. Disponible en: http://www.pedagogica.edu.co/storage/folios/articulos/fol13_07arti.pdf

⁴³ Germán Rey, “Narrar la guerra, contar la paz”. En *El conflicto armado en las páginas de El Tiempo*, Bogotá: Cuadernos de Análisis, Casa Editorial El Tiempo, 2003, páginas 111-118.

⁴⁴ María Luisa Moreno, *El papel de la prensa en la construcción y representación del relato mediado de la masacre de El Salado*, Bogotá: Monografía de grado, Carrera de Ciencias Política, Diciembre de 2008.

- **La narrativa femenina** intenta una reflexión alrededor de la identidad femenina y las relaciones de género. Privilegia el protagonismo de la mujer en los procesos históricos, la guerra el más dramático. Significa otra manera de narrar, en la cual se usa un lenguaje inclusivo y no sexista, las maneras de abordaje son sensibles a todo

tipo de discriminaciones y el modo del relato es más colaborativo y dramático⁴⁵. Se busca documentar la posición de desigualdad y subordinación de las mujeres, en relación a los hombres en la guerra. Se denuncia cómo la condición de las mujeres en los relatos de la guerra es de víctimas que pierden a sus esposos e hijos, y los lloran y claman por justicia. La narrativa femenina privilegia un enfoque distinto que expone cómo mujeres y varones son afectados en forma diferenciada por la guerra.

- **Las narrativas en procesos organizacionales.** El uso de la narrativa como herramienta de aprendizaje organizacional no ha tenido desarrollos teóricos a profundidad, y está apenas en una fase exploratoria desde los estudios organizacionales. Los métodos etnográficos y de entrevistas a profundidad propios de las ciencias sociales están empezando a adoptarse desde las ciencias administrativas, con el fin de explorar procesos evaluativos, de aprendizaje organizacional y de planeación estratégica. Peter Senge, en su libro *La quinta disciplina* (1990), explora el fomento del diálogo como herramienta de pensamiento colectivo para la construcción estratégica de las organizaciones. No obstante, el diálogo propuesto por Senge se centra en el aprendizaje desde los empleados y miembros activos de la organización, más que desde sus *stakeholders*. Este proyecto, *Narrativas del Conflicto, la Reconciliación y el Perdón*, constituye un aporte a la propuesta de Senge, ya que involucra a la comunidad circundante a la organización, o beneficiaria de esta, en la construcción colectiva del conocimiento sobre el quehacer de la organización, a partir de una lectura de contexto detallada, desde las historias de vida de los pobladores.

⁴⁵ Carol Gilligan, *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*, México: Fondo de Cultura Económica, 1985.

LA REALIDAD Y LA FICCIÓN DEL TESTIMONIO

La narrativa testimonial como mecanismo de denuncia social tomó fuerza en América Latina en plena Revolución Cubana. Por lo tanto, era revolucionaria en su objetivo: ofrecer el testimonio de los silenciados dentro de la escritura oficial, darle la voz al pueblo quitándosela a la élite. El testimonio busca traer historias desconocidas, contestatarias e invisibilizadas en los medios de comunicación y la academia, para canalizar la atención de la sociedad hacia esas personas y regiones olvidadas. ¿Serán poéticas de la solidaridad? ¿Quién es el que habla: el testimoniante o el testimonialista? ¿Qué tan solidario es escoger al personaje de cada texto y la historia que será contada? Este ensayo reflexiona sobre la realidad y la ficción en el testimonio.

Natalia Tobón

Periodista free-lance. Obtuvo en el 2008 sus grados en Literatura y Ciencias Políticas de la Universidad de los Andes.
nataliatobontobon@gmail.com

Este texto se retoma de:

Natalia Tobón, *Una reflexión sobre la narrativa testimonial: Alfredo Molano y el narcotráfico*, Bogotá: Monografía de grado, Carrera de Literatura, Universidad de los Andes, 2008.

Hay veces en que se cuenta con fuentes hasta entonces olvidadas o pasadas por alto, que nos dan del pasado una nueva dimensión, una nueva antigüedad, tras el hallazgo logrado por algún experto... Hay otras, en cambio, en que dichas fuentes no están a la mano y deben descubrirse o producirse de algún modo, ya sea recurriendo a la exhumación de restos, a la interpretación de inscripciones o, en última instancia, a la invención. Como se recordará, “inventar” se deriva de un vocablo latino que significa “hallar”⁴⁶.

La ambigüedad habita en la misma palabra testimonio. Los textos testimoniales parecen escaparse de la conceptualización de literatos, antropólogos y sociólogos. No existe una definición consensuada sobre lo que es un texto testimonial ni sobre cuáles son los elementos que lo conforman. La imprecisión en la definición del testimonio incluye el considerarlos o no textos literarios o sociológicos. Elementos como los procesos de edición, la narración estructurada, la débil frontera entre ficción y realidad, el delicado tratamiento de personajes, la mediación estética, entre otros, permiten su análisis como textos. Esta imprecisión es posible debido a la hibridez de los textos testimoniales; están en una constante transición entre polos opuestos: de la ficción a lo real, de lo literario a lo no literario, de la mediación a los relatos directos⁴⁷.

1. El testimonio: entre la admiración y la sospecha

La indefinición lleva a que existan varias posturas diferentes frente al género. El testimonio es presentado hasta la admiración por teóricos como Georg Gugelberger y Michael Kearney, y hasta la sospecha por Elzbieta Sklodowska o Hugo Achugar; y los elementos del testimonio que seducen a unos, son tomados por otros para deslegitimarlo. La posibilidad de infinitas apreciaciones ha dado pie a propuestas idealizadas⁴⁸, que sobredimensionan las capacidades del testimonio como elemento discursivo y que han sido tomadas de manera gratuita sin cuestionarlas, precisamente para evitar crear espacios de dudas y preguntas. Ejemplos de ello pueden ser, primero, el pensar el testimonio como un producto posmodernista. Su relación con el posmodernismo ha sido ampliamente discutida, principalmente por George Yúdice, John Beverley y Elzbieta Sklodowska.

⁴⁶ Bernard Lewis, *La historia recordada, rescatada, inventada*, México: Fondo de Cultura Económica, 1984, página 20.

⁴⁷ Elzbieta Sklodowska, *Testimonio hispanoamericano: historia, teoría y poética*, New York: Peter Lang Publishing, 1992, página 81.

⁴⁸ Sklodowska dedica una parte entera de su libro a cuestionar la idealización del testimonio. Ver: Elzbieta Sklodowska, *Testimonio Hispanoamericano: Historia, Teoría y Poética*, New York: Peter Lang Publishing, 1992, páginas 62-97.

El testimonio sí busca retar las formas hegemónicas, pues se concentra en un nuevo sujeto antes olvidado, con una forma libre y menos rígida de presentar la historia, que fusiona métodos del periodismo, la literatura, la sociología y la historia, y, a su vez, le da una especial importancia a la otredad, resalta la alteridad e intenta mostrar la heterogeneidad latinoamericana. Jorge Ruffinelli, citado por Sklodowska, enumera los rasgos posmodernos del testimonio: “Se pulveriza la noción de centro, orden, jerarquía, y se inicia un novísimo trabajo sobre los márgenes, las fronteras, las periferias, las ‘minorías’: y lo periférico pasa a ser observado centralmente”⁴⁹. Sin embargo, partiendo del hecho de que el testimonio fue impulsado por el gobierno revolucionario de Cuba, se pone en duda su cuestionamiento de lo hegemónico. Al mismo tiempo, como Hugo Achugar menciona en su ensayo *Historias paralelas/ Historias ejemplares*, el testimonio persigue una verdad: “El testimonio contemporáneo parte de los hechos y documentos censurados y termina siendo asimilado por sus lectores solidarios como una historia verdadera que, eventualmente, habrá de adquirir un valor mítico”. Es decir, el testimonio es anárquico a una historia oficial pero busca oficializar su versión, por lo cual sería un procedimiento contrario a lo que Ruffinelli afirma, y esto es además problemático en la medida en que se considera la marginalidad como único espacio para escribir la ‘nueva’ historia: “La conciencia marginal queda privilegiada como la más idónea para reescribir la historia y reevaluar el presente”⁵⁰.

Otro ejemplo de la visión idealizada del testimonio es el creerlo como un discurso puramente latinoamericano, fruto de la revolución Cubana, y como un mecanismo de denuncia a lo hegemónico⁵¹ impuesta desde lo marginal: “Se trata, han ido repitiendo al unísono los críticos del testimonio, de discursos que comparten el anhelo de desmentir la ideología dominante y el ansia de traer a la literatura no solamente la imagen, sino también las voces hasta ahora asordinadas de los vencidos, marginados y oprimidos”⁵². Esta imagen idealizada pretende enaltecer sus capacidades y perfilarlo como un mecanismo capaz de cambiar los estamentos sociales en el continente, y como un discurso capaz de reivindicar a los habitantes de la historia periférica; un discurso en el que se borran las diferencias y se resaltan afinidades entre el letrado y

⁴⁹ Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, página 88.

⁵⁰ *Ibid.*, páginas 50-51.

⁵¹ Hegemonía según Gramsci es “consentimiento espontáneo dado por las grandes masas de población frente a la dirección general de la vida social impuesta por un grupo dominante. Este consentimiento es histórico, causado por el prestigio que tiene el grupo dominante, debido a su posición y su función dentro del mundo de producción”. Ver: Antonio Gramsci, “The formation of the intellectuals”. En *The Norton Anthology of Theory and Criticism*, New York: W.W Norton & Company, 2001, página 1143.

⁵² Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, página 10.

el no letrado. Sin embargo, a pesar de que la práctica testimonial haya ubicado como sujeto al que antes era objeto de estudio, o que en palabras de Houskova, se trate de “darle voz a quienes participan en la historia sin participar en su interpretación”⁵³, y que además el intelectual comparta el espacio de escritura autorizada con los seres marginados, el que la denuncia venga desde la periferia siembra inquietudes, y es posible cuestionarse qué tan fuerte es dicha capacidad de reivindicación social.

Para poder entender por qué este género tiene una relación problemática con la realidad, es importante definir qué se entiende por testimonio. El testimonio es un término al que se le han dado varias interpretaciones, precisamente por su hibridez. Mas’ud Zavarzadeh considera que la dificultad mayor frente a la definición del testimonio “se debe a la doble referencialidad de los mismos [textos híbridos]: a diferencia de los discursos ‘puramente’ ficticios, los textos no-ficticios apuntan simultáneamente hacia su mundo interno, imaginario, estéticamente controlado (lenguaje, estructura), y hacia el mundo externo de la experiencia configurado por personas y eventos reales”⁵⁴. Los textos testimoniales fueron reconocidos como una práctica importante en América Latina al ser insertados dentro del Premio Casa de las Américas 1970⁵⁵. En 1975, en sus bases se establece que “los testimonios documentarán, de fuente directa, un aspecto de la realidad latinoamericana”⁵⁶, y esta definición se extiende en las bases del premio de 1983: “Los libros de testimonio documentarán, de fuente directa, un aspecto de la realidad latinoamericana y caribeña. Se entiende por fuente directa el conocimiento de los hechos por el autor, o la recopilación, por éste, de relatos o constancias obtenidas de los protagonistas o de testigos idóneos. En ambos casos, es indispensable la documentación fidedigna, que puede ser escrita y/o gráfica. La forma queda a discreción del autor, pero la calidad literaria es también indispensable”⁵⁷. John Beverley y Mark Zimmerman pretenden darle un rostro a aquellos testigos idóneos, al definir el testimonio como:

⁵³ Citado por Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, página 68.

⁵⁴ Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, página 69.

⁵⁵ En su premiación, Casa de las Américas establece: “El jurado señaló que la incorporación de este género al premio Casa de las Américas ha sido un éxito por la alta calidad promedio de las obras. El alto nivel obligó al jurado a sopesar minuciosamente los méritos literarios, la actualidad del tema y la trascendencia política y social de los trabajos”. El ganador este año fue María Esther Gilio, con *La guerrilla Tupamara*, porque “documenta de fuente directa, en forma vigorosa y dramática, las luchas y los ideales del Movimiento de Liberación Tupamaros, así como algunas de las causas sociales y políticas que han originado en el Uruguay uno de los movimientos guerrilleros más justificados y heroicos de la historia contemporánea”. Ver: Casa de las Américas, “Premio Casa de las Américas”, Revista Casa de las Américas XI.62, 1970, página 226.

⁵⁶ Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, página 194.

⁵⁷ *Ibid.*, página 189.

“A novel or novella-length narrative, told in the first-person by a narrator who is also the actual protagonist or witness the events she or he recounts. The unit of narration is usually a life or a significant life episode (e.g., the experience of being a prisoner). Since in many cases the narrator is someone who is either functionally illiterate or, if literate, not a professional writer or intellectual, the production of a testimony generally involves the recording and/or transcription and editing of an oral account by an interlocutor who is a journalist, writer, or social activist.”⁵⁸

George Yúdice también sigue la línea de lo marginal y lo define como:

“An authentic narrative, told by a witness who is moved to narrate by the urgency of a situation (e.g., war, oppression, revolution, etc.). Emphasizing popular, oral discourse, the witness portrays his or her own experience as an agent (rather than a representative) of a collective memory and identity. Truth is summoned in the cause of denouncing a present situation of exploitation and oppression or in exorcising and setting aright official history.”⁵⁹

Elzbieta Sklodowska por su parte, resalta los dos sujetos activos en el proceso testimonial, el narrador y el editor, definiéndolos como “formas que consisten en una transcripción por un gestor (editor) de un discurso oral de otro sujeto (narrador,

⁵⁸ “Una narración de extensión de novela o novela corta, contada en primera persona por un narrador que es también protagonista o testigo de los eventos que relata. La unidad de la narración es usualmente la vida o un episodio significativo [...] Ya que en muchos casos el narrador es alguien analfabeto o, si sabe leer y escribir, no es escritor o intelectual profesional, por lo general la producción del testimonio involucra la grabación y/o transcripción y edición del recuento oral, por un interlocutor que es un periodista, escritor o activista social” (La traducción es mía). Ver: John Beverley y Mark Zimmerman, *Literature and politics in the Central American revolution*, Austin: University of Texas Press, 1990, página 173.

⁵⁹ “Una narración auténtica, contada por un testigo que es impulsado a narrar por la urgencia de una situación (guerra, opresión, revolución, etc.). Enfatizando en el discurso oral popular, el testigo describe su propia experiencia como el representante de una memoria e identidad colectiva. La verdad es invocada para denunciar una situación presente de explotación y opresión o para exorcizar y corregir la historia oficial” (La traducción es mía). Ver: George Yúdice, “Testimonio and Posmodernism”. En Ed. George M. Gugelberger, *The Real Thing*, Durham & London: Duke University Press, 1996, página 44.

interlocutor, protagonista) y que intentan incorporar el acto ilocutorio de testimoniar –con frecuencia reivindicador y denunciador– dentro de un molde mimético-realista”⁶⁰.

He subrayado las palabras que, a mi juicio, representan los elementos principales del testimonio. De esta forma se puede decir que un testimonio mediato⁶¹ es aquella narración en primera persona de una experiencia contada oralmente por un protagonista, que es generalmente iletrado⁶², a una persona letrada, quien se encarga de transcribir y editar dicho discurso, buscando verosimilitud, fidelidad de la historia y calidad literaria. Adicionalmente, un texto mediato se produce con intenciones de denunciar una situación u ofrecer una visión alternativa a la historia que es oficial y hegemónica.

2. Los asuntos del autor en el testimonio

Si el testimonio se ha enmarcado en función de un objetivo político, ¿quién es la persona que articula la denuncia o tiene una intención de mostrar otra cara de la historia? Esta pregunta remite al problema central discutido por los críticos literarios y los análisis antropológicos sobre el testimonio: ¿quién es el autor?

Al fomentar una visión idealizada del testimonio se busca presentarlo como un discurso auténticamente latinoamericano que da la voz a los subalternos, que es consciente socialmente y que tiene la capacidad de cambiar la historia. Barnett recuerda que en Cuba “en 1959 [la] situación cambió radicalmente. Ello fue posible por la instrumentación de un conjunto de medidas definitivas: los medios de difusión masiva fueron nacionalizados y puestos al servicio del pueblo [...] El pueblo entraría

⁶⁰ Sklodowska precisa que por realista entiende “un discurso que intenta ser correlato literario de la realidad, a la vez que tiende a un grado máximo de verosimilitud.” Ver: Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, página 100.

⁶¹ El testimonio implica en todo su sentido un acto del habla, y se presenta cuando se busca expresar la verdad sobre una situación. Sin embargo, es muy importante hacer la diferenciación entre testimonios mediatos y no mediatos, que serían los testimonios legales, el diario, las memorias y la autobiografía. Sklodowska considera que dentro de los testimonios mediatos se encuentran los testimonios novelizados, que son el testimonio noticiero y el testimonio etnográfico y/o socio-histórico, y las novelas testimoniales, que son la novela testimonial y la novela pseudo-testimonial.

⁶² No considero que la palabra iletrado signifique analfabeta, sino que puede ser entendida como ‘ignorante’ en alguna disciplina. Esto permite además hacer la distinción entre aquellos que pertenecen al ámbito académico o público (como los periodistas) y aquellos que no participan en este espacio, como son los personajes anónimos de los relatos.

como verdadero protagonista”⁶³. Cuestionar la autoría iría en contravía del deseo de mostrar el testimonio como un discurso de integración latinoamericana, en el cual las fronteras sociales se desvanecen y el “pueblo” se eleva.

El testimonio se ha perfilado como un instrumento político, como lo afirman Hugo Achugar al definir el género como un mecanismo de la Revolución Cubana⁶⁴, y George Yúdice al vincularlo también con la revolución y las luchas populares latinoamericanas. Sin embargo, el testimonio no fue un producto original de América Latina, ni surgió a mediados del siglo XX. Si bien es cierto que fue impulsado en el continente por la Revolución Cubana y luego se desplegó por los demás países, no fue una invención de los intelectuales de la isla. Stéphanie Panichelli remonta la génesis del testimonio hasta las Crónicas de Indias, con Fray Bartolomé de las Casas, y Sklodowska resalta las similitudes de este género con los textos de la época victoriana de Inglaterra, los testimonios sociales soviéticos de los años 30 y la *non-fiction* norteamericana⁶⁵. Sin embargo, ubicar como punto de partida la Revolución en los análisis de los textos testimoniales fue útil; presentarlo como puramente latinoamericano le daba más fuerza a las denuncias que perseguían sus palabras: era un clamor nacional y regional, era la voz propia de los latinoamericanos y no de los colonizadores o los impositores del imperialismo. Además, la efervescencia en la producción testimonial en América Latina respondió a un deseo colectivo de integrar el continente, de romper con esquemas hegemónicos y de darle un espacio

⁶³ Es importante dejar claro que, como han señalado Beverley y Zimmerman, la escritura testimonial en Cuba durante la revolución fue impulsada directamente por el poder, es decir, fue legitimada directamente por aquellos que dominaban el espacio hegemónico. Ver: Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, página 55.

Por el contrario, en los demás países latinoamericanos estuvo impulsado por intelectuales de izquierda que buscaban, a través de esta práctica, darle la voz a los silenciados dentro de la historia oficial, a los subalternos, perfilando desde este origen algo que Guggenberger y Kearney consideran como elemento fundamental del testimonio: ser producido desde la marginalidad. Por lo tanto, sería cuestionable la idea del testimonio cubano como un medio para cuestionar lo “oficial”. Ver: Miguel Barnet, “Testimonio y comunicación: Una vía hacia la identidad”. En *La fuente viva*, La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1998, página 45.

⁶⁴ Citado por Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, página 55.

⁶⁵ Achugar expresa la necesidad de ubicar el origen del testimonio en una época más reciente que la colonial: “[Si] bien el discurso testimonial, como una práctica discursiva no institucionalizada, podría reivindicar antecedentes tan lejanos en el tiempo como las crónicas del siglo XVI, para sólo atenernos al espacio cultural o imaginario que es Latinoamérica, parece adecuado o aconsejable tomar como límite máximo la fecha de mediados del siglo XIX. Lo anterior se fundamenta en el hecho de que el testimonio se constituye como una forma de narrar la historia de un modo alternativo al monológico discurso historiográfico en el poder”. Ver: Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, página 53.

novedoso al subalterno. Sklodowska sintetiza cómo las aspiraciones latinoamericanas se vieron satisfechas por el testimonio.

El testimonio en la versión barnetiana parece haberse prestado bien a desplazar el modelo realista-regionalista y el paradigma “mágico-realista” del boom, precisamente gracias a esta dialéctica: mientras que compartía con sus antecedentes la concepción de singularidad del “continente mestizo” y el anhelo de convertirse en un método literario de expresión genuinamente latinoamericana, conllevaba a la vez el concepto muy sugerente del “parricidio”, de subversión estética (“cambio de la noción de literatura,” según la expresión de Carlos Rincón) e ideológica (la óptica del “subalterno”). En otras palabras, el testimonio fue consagrado gracias a su capacidad de satisfacer una demanda de un discurso a la vez tradicional e innovador, latinoamericano y contemporáneo de todos los hombres⁶⁶.

Partir de la intención política inherente al testimonio permite además comprender sus dos objetivos centrales: el de denuncia, y el de abrir nuevos canales de expresión, dentro de la escritura autorizada, para aquellos comúnmente excluidos de las prácticas discursivas hegemónicas.

No son pocos los críticos que consideran el testimonio como una forma de reivindicación social. Margaret Randall, quien pretendió definir la metodología testimonial y los conceptos principales de esta forma de escritura⁶⁷, escribe en su ensayo *¿Qué es y cómo se hace un testimonio?* que los testimonialistas tienen “la oportunidad –repleta de privilegio y de responsabilidad– de escribir la verdadera historia de nuestro tiempo”⁶⁸. Hugo Achugar por su parte, considera que “el testimonio latinoamericano contemporáneo denuncia y celebra, pues su deseo es la verdad. Narra en paralelo no para identificar sino para confrontar, distingue y no asimila. Su deseo es desmontar una historia hegemónica, a la vez que desea construir otra historia que llegue a ser hegemónica”⁶⁹.

⁶⁶ Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, página 66.

⁶⁷ Es muy interesante leer este ensayo para comprender la idealización del testimonio por parte de algunos críticos. Randall pretendió establecer pasos para la escritura testimonial en su preparación, recopilación de datos, transcripción y montaje final del texto. Como ejemplo, resumo los pasos que conforman la preparación y recopilación de datos: “estudiar terreno, personas y hechos; confeccionar una guía de preguntas acorde con el trabajo que proponemos; preparar una libreta de apuntes; conocer nuestro equipo técnico; ir preparados para ajustar las necesidades del trabajo a la vida del informante”. Ver: Margaret Randall, “¿Qué es y cómo se hace un testimonio?”. En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, N° 32, 1992, página 34.

⁶⁸ Randall, Margaret, *op. cit.*, página 24.

⁶⁹ Hugo Achugar, “Historias paralelas/Historias ejemplares: la historia y la voz del otro”. En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, N° 36, 1992, página 50.

Lucía Ortiz, quien es de las pocas personas que se han aproximado de manera literaria al testimonio en Colombia, lo considera “una versión alternativa de las condiciones de todos aquellos afectados por las guerras, por la persecución política, por la desigualdad laboral o por la violación de sus derechos”⁷⁰. Específicamente sobre los textos de Alfredo Molano, afirma que son “una forma alternativa de reescribir la historia desde la perspectiva de sus protagonistas más afectados. Éstas son voces sobrevivientes que confirman el desarrollo de una historia de violencia y caos político cuyas raíces se encuentran en el pasado colombiano, y para lo cual no existen explicaciones simples”⁷¹.

Molano declara tener una intención precisa con sus historias y personajes, que es la de mostrar otro lado de Colombia que no es comúnmente conocido. Él dice buscar una heterodoxia en sus historias y personajes, es decir, que no sigan los patrones impuestos por las prácticas socialmente aceptadas: “Yo entiendo por heterodoxo el ir en contravía, contradecir la historia, nadar en contra de la corriente. Son las personas que no cuentan cosas de la vida de una manera estereotipada ni convencional; son los que tienen una cara distinta”. Busca personas que sean contestatarias, que sean ‘diferentes’ a las que normalmente son vistas. Y es muy importante que, en sus declaraciones, Molano diga luchar principalmente contra los medios de comunicación; es por eso que busca personajes que se salgan de ese foco. Es en esta búsqueda que se expresa la intención política de los textos testimoniales de Molano: su insistencia en que el país se conozca a sí mismo. “Una relación más anímica, más emocional con la gente, con la realidad de los campesinos, con la realidad de la gente. En el fondo había algo que ni la política ni la teoría me explicaban”⁷².

Molano coincide entonces con Beverley y Zimmerman cuando afirman que el testimonio permite el acceso a situaciones y modos de pensamiento desconocidos o pobremente entendidos por la cultura oficial⁷³ y por la academia, pues como él mismo lo expresa, “todos los elementos teóricos que había venido adquiriendo en la universidad, tanto en Colombia como en el exterior, los sentía un poco vacíos cuando volví a tomar contacto con esa paradójica realidad de nuestra patria”⁷⁴. En la misma línea, los testimonialistas latinoamericanos, generalmente intelectuales de izquierda, actuaron comprometidos con esas otras voces que han estado marginadas de la escritura

⁷⁰ Lucía Ortiz, “Narrativa Testimonial en Colombia: Alfredo Molano, Alonso Salazar, Sandra Afanador”. En: María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ángela Robledo, *Literatura y Cultura: Narrativa Colombiana del siglo XX*, Bogotá: Ministerio de Cultura, 2000, página 341.

⁷¹ Lucía Ortiz, “Pasado y presente de la violencia en las crónicas de Alfredo Molano”. En *Meeting of the Latin American Studies Association*, Chicago, septiembre de 1998, página 7.

⁷² Entrevista hecha por la autora de este texto.

⁷³ John Beverley y Mark Zimmerman, *op. cit.*, página 177.

⁷⁴ Molano, *Reflexiones*, 11

autorizada, y percibieron el testimonio como un mecanismo comunicacional que permite a los 'otros' hablar, y sobre todo expresar situaciones desconocidas por la mayoría.

La difusión exitosa de estos textos es un problema, en cuanto depende del aparato institucional y de cómo se puedan acomodar las voces subalternas a los medios letrados y dominantes. Ésta depende incluso de que el círculo intelectual los acepte y acoja, aunque, paradójicamente, el testimonio es creado por y para el mundo letrado:

“El testimonio sigue siendo un discurso de élites, si bien comprometidas con la causa de la democratización, y su consagración y difusión dependen de todo un aparato institucional letrado que –a partir de la Revolución Cubana– es capaz de ‘acomodar’ la voz del ‘otro subalterno’.”⁷⁵

Así pues, pensar idílicamente que quienes articulan la denuncia son seres de la periferia es desconocer una mediación y las intenciones de fondo que llevan a alguien a ejercer ese papel intermedio. El hecho de que se enfatice el compromiso social, que se basen en la solidaridad con la causa de los marginados y en la colaboración de ambas partes, lleva a la ilusión de tener un frente común y una autoría homogénea. Josefina Ludmer ante esto afirma que, en el mejor de los casos, el intelectual solo le puede proponer “al débil y subalterno una alianza contra el enemigo común”⁷⁶.

La voluntad de resistencia del testimonio se encuentra en que es un texto que resalta la oralidad, que la toma como fuente de creación. Pero casi siempre se pasa de lo oral a lo escritural perdiendo parte de su valor cultural; además, no hay que olvidar que es el testimonialista quien escoge y da forma escrita a las historias y los personajes para materializar sus intenciones (las del investigador/escritor más que las del sujeto testimoniante). La función de testimoniador no es instrumental, pues no se limita a transcribir un relato. Él es un mediador entre el grupo marginado y el público lector; es él quien, también, habla por ellos. El autor de estos textos testimoniales, además de escoger personajes representativos, con historias que se ajusten a su intención, encauza la entrevista, transcribe las declaraciones de los testimoniante, edita las historias y las convierte en un relato escrito.

3. Verdad, veracidad y verosimilitud

La pregunta de quién es el autor de un testimonio se relaciona estrechamente con el último punto mencionado: editar las historias y convertirlas en relato escrito. Si

⁷⁵ Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, página 86.

⁷⁶ Citado por Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, página 86.

se presentara un testimonio no mediado, no habría problema en considerarlo como auténtico y sin distorsiones de la realidad. Pero los textos testimoniales que comenzaron a circular desde la década de los sesenta, son textos donde la intervención del editor se hace evidente por varias razones. Primero: quienes firman como autores no son los interlocutores sino los ‘editores’ de estos discursos. Segundo: en los prólogos comúnmente se establece que hay una diferencia (social, étnica, religiosa) entre ambos sujetos, y en cierta forma se “justifica” dicha intromisión. Tercero: aunque la voz narrativa se presenta en primera persona no es una voz que se encuentra sola, sino que es una voz pensada por el editor; además es una voz que se esfuerza en crear un balance entre el lenguaje oral, con sus giros idiomáticos, y un lenguaje narrativo estructurado para ser un texto escrito.

Las intervenciones editoriales fueron las que primero plantearon dudas sobre la veracidad del testimonio como texto social. La contaminación del texto final, según Sklodowska, se debe a manipulaciones como: las estrategias de entrevista, que siguen un formato fijo; la técnica de registro; la interpretación/verificación del material recopilado; la edición final, que se refleja en arreglos estructurales, retoques gramaticales y estilísticos; y la promoción de la obra como auténtica, que aparece desde los títulos, los prólogos y las notas de autor⁷⁷. Estas intromisiones señaladas por Sklodowska recuerdan la metodología descrita por Randall. Del mismo modo, Alfredo Molano busca darle color a los testimonios, dotarlos de sentimiento, “recrearlos dentro de una tonalidad que había percibido” en las entrevistas⁷⁸. Para lograr esto, los elementos narrativos son determinantes. Esta intromisión discursiva es lo que lleva a muchos críticos a dudar de la veracidad del testimonio, a deslegitimarlo como práctica, y a considerar que todo es una invención del testimonialista.

El tema de la ficción en el testimonio puede ser analizado desde la perspectiva de Hayden White frente a la narrativa historiográfica. White no hace una separación tajante entre historia y literatura, sino que considera que dentro de la escritura de la historia es inevitable incluir elementos narrativos. La exposición narrativa de los eventos crea un sentimiento de familiarización y los dota de sentido. Es en este punto precisamente donde la inserción de la ficción entra a ser analizada: “Los acontecimientos son incorporados en un relato mediante la supresión y subordinación de algunos de ellos y el énfasis en otros, la caracterización, la repetición de motivos, la variación del tono y el punto de vista, las estrategias descriptivas alternativas y similares; en suma mediante todas las técnicas que normalmente esperaríamos encontrar en el tramado de una novela o una obra”. Y esto es un acto deliberado

⁷⁷ Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, página 52.

⁷⁸ Entrevista hecha por la autora de este texto.

del autor, pues “cómo debe ser configurada una situación histórica dada depende de la sutileza del historiador para relacionar una estructura de trama específica con un conjunto de acontecimientos históricos a los que desea dotar de un tipo especial de significado. Esto es esencialmente una operación literaria, es decir, productora de ficción. Y llamarla así en ninguna forma invalida el estatus de las narrativas históricas como proveedoras de un tipo de conocimiento”⁷⁹.

Victor Cassaus, por su parte, advierte que un testimonio se malogra cuando:

“... se ha quedado en la epidermis informativa; cuando no ha rebosado el mal periodismo; cuando ha acumulado información sin lograr una estructura coherente; cuando el autor ha pensado que todo se reduce a apretar el botón de la grabadora; cuando ha ‘pulido’ el testimonio obtenido de un informante hasta eliminar los valores de su habla particular; cuando ha colocado una entrevista detrás de la otra, sin preocuparse por el montaje que eso supone; cuando el autor ha pensado que los valores –éticos, morales, ideológicos– de la historia original pasan automáticamente a un texto testimonial, menospreciando la elaboración literaria e ideológica de los materiales; cuando ha supuesto que el interés de la historia original tiene que transmitirse obligatoriamente a su versión, sin más trabajo de su parte.”⁸⁰

Y eso lleva a otro punto: las historias orales pueden convertirse en una recolección, una selección empírica de testimonios sin ninguna trascendencia, si no se les da lo que Orlando Fals Borda llama “la hermenéutica”, es decir, la interpretación del material que recoge para darle sustancia. Mientras no exista esa interpretación, la historia de los personajes es plana, es una historia que no dice nada. Esa hermenéutica no implica análisis teóricos sino que se evidencia cuando en el relato aparecen las propias percepciones del investigador/escritor, con lo cual impregna al relato de su esencia como autor, ‘novelando’ algunos hechos y resaltando realidades que no eran evidentes y aparecían como invisibles.

Molano afirma que hay dos versiones del país, y su objetivo es mostrar la versión desconocida: “Entendí que el camino para comprender no era estudiar a la gente, sino escucharla. Y me di obsesivamente a la tarea de recorrer el país con cualquier

⁷⁹ Hayden White, “El texto histórico como artefacto literario”. En *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona: Ediciones Paidós, 2003, páginas 113-115.

⁸⁰ Citado por Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, página 73.

pretexto, para romper la mirada académica y oficial sobre la historia". De igual forma se refiere a su contacto con la realidad y a cómo procede en su trabajo: "Escribí lo que veía, lo que me contaban; unas veces grababa, otras tomaba notas, e inclusive apelé al video"⁸¹. Molano no menciona esto de forma escrita en sus libros, pero en la entrevista confesó: "yo ya perdí el miedo a decir que yo invento. Pero, ¿qué invento? Yo no invento mentiras, porque si lo hiciera yo haría literatura. Los testimonios en general son reales, pero esas realidades me inspiran un hilo conductor, una vértebra sobre la que yo voy construyendo. Las historias tienen generalmente un personaje que es real, pero todo lo que el personaje cuenta en el relato no son contadas en la realidad por él, sino que me las contaron otras personas. Yo las inserto ahí, y lo que hago es editar de una manera coherente"⁸².

En este sentido Randall considera que "algunas veces, la ficción puede conformar una verdad más viva y real que lo que llamamos la verdad"⁸³. Gugelberger y Kearney señalan al respecto: "*Aside from witnessing la vida real ('real life' as Barnett called it), [testimonial discourse] points at all the previously falsifying accounts of reality. It throws a wrench into Western notions of reality and unmasks 'reality' as fiction and through its witnessing posture presents real life*"⁸⁴. Entonces, descubrir dónde comienza la fabulación y dónde se atiene a la realidad es una labor imposible e inútil.

Leer el testimonio y lo que pretende ofrecer implica ir más allá de la cuestión de qué es real y qué es ficticio. Mary Gerhart considera que para ganarse la confianza del lector, cuando se parte de que es un texto no ficticio con elementos propios a los textos de ficción, el texto debe comprobar su originalidad discursiva. Esto se logra de cuatro maneras: descubriendo nuevas formas para decir lo ya dicho, diciendo lo que todavía no se ha dicho, negando lo ya dicho, negando lo que todavía no se ha dicho⁸⁵. Los relatos testimoniales de la guerra, las versiones en primera persona, proponen formas discursivas nuevas para presentar las realidades, buscan mostrar vivencias desconocidas para el público lector, e intenta romper la historia oficial al articular historias tomadas directamente de los subalternos.

⁸¹ Molano, "Desde el exilio".

⁸² Entrevista hecha por la autora de este texto.

⁸³ Margaret Randall, *op. cit.*, página 26.

⁸⁴ "Aparte de atestiguar *la vida real*, [el discurso testimonial] señala todas las falsificaciones previas de la realidad. Cuestiona las nociones occidentales de realidad y desenmascara la "realidad" como una ficción, y, de esta forma, su postura testimonial presenta la vida real" (La traducción es mía). Ver más en: Georg Gugelberger y Michael Kearney, "Voices of the voiceless in testimonial literature". En: *Latin American Perspectives*, 18.3, 1991, página 10.

⁸⁵ Citado en Elzbieta Sklodowska, *op. cit.*, página 99.

4. Entre el narrador y el investigador/escritor

En su artículo *Testimonio mediatizado: ¿ventriloquia o heteroglosia?*, Sklodowska usa el término de Michel de Certeau la “escritura de la voz” para referirse al testimonio⁸⁶. Aunque Sklodowska use este término para polemizar el testimonio como una elaboración discursiva problemática frente a la narración de la otredad, permite pensar cómo el testimonio induce a pensar en dos sujetos: el dueño de la mano que escribe y el dueño de la voz que cuenta su historia.

Los críticos no se han puesto de acuerdo en cómo llamar a cada sujeto, por lo que expondré los diferentes términos usados y sus implicaciones. El primer sujeto es aquel encarnado por Alfredo Molano. Clara Sotelo lo considera escritor; Sklodowska lo llama editor y gestor, coincidiendo con Beverley frente a editor, y con Vera León frente a gestor. Yo lo voy a llamar testimonialista, como lo hace Margaret Randall, sin dejar de lado los temas de reflexión implicados en las otras definiciones. Escritor es un término que lo vincula con la ficción y con un proceso creativo; editor implica un trabajo editorial de pasar lo oral a lo escrito, y mediación en términos de publicación y, por último, gestor le da un nuevo matiz que hace énfasis en las motivaciones que existen detrás de la construcción del relato. Testimonialista será llamado quien firma los testimonios publicados, y en este sentido involucra todos los términos mencionados (escritor, editor y gestor).

El segundo sujeto es encarnado por los ‘otros’, que son quienes han vivido las experiencias de los relatos. Sklodowska lo llama narrador e interlocutor; Beverley y Zimmerman coinciden con Sklodowska en ambos términos, y también lo consideran como un testigo, término usado, a su vez, por Yúdice y Sotelo; Gugelberger, Kearney y Margaret Randall se refieren a él como hablante. Estos términos implican varios problemas: narrador es un personaje ficcional en el campo de la literatura; interlocutor y hablante lo sitúan en el contexto oral en que se desarrolla el testimonio; testigo es un término legal que se refiere a la persona que atestigua un evento y ofrece su declaración. Testimoniante será el término usado para referirme a la persona real que ofrece su testimonio. Es muy importante hacer la distinción entre los testimoniante y los narradores de los relatos pues, como dice Ana María Amar, en el testimonio “se narrativizan o ficcionalizan las figuras provenientes de lo real que pasan a constituirse en personajes y narradores”⁸⁷, y además muchas veces se trabaja con un narrador que está compuesto por las voces de muchos testimoniante, un personaje colectivo que encarna varias experiencias individuales aunque comunes a todos.

⁸⁶ Elzbieta Sklodowska, “Testimonio Mediatizado: ¿Ventriloquia o Heteroglosia?”. En Barnet/Montejo y Burgos/Menchú, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, N° 38, 1993, página 82.

⁸⁷ Ana María Amar, “La ficción del testimonio”. En: *Revista Iberoamericana*, LVI.154, 1990, página 449.

Como el testimonio surge de la necesidad de traer al público la historia de personas reales, capaces de representar a un grupo, víctimas de injusticias y sobrevivientes de conflictos y luchas, sin la historia de estos personajes el testimonio como género y como práctica simplemente no existiría. Por tanto, “el testimonio indirecto es producto de un proceso interpretativo por lo menos doble: primero, el narrador-testigo elabora su versión textual de lo vivido; luego, el editor –quien ni siquiera comparte esta experiencia y es, no más, un testigo de la producción del texto primario– elabora otro texto, aún más diferido de la realidad, un testimonio ‘en segunda potencia’”⁸⁸.

5. Observar + Escuchar + Preguntar

La autoridad en el testimonio ha incitado diferentes opiniones. Mantener la ambigüedad frente a la autoridad testimonial hace parte del proyecto político de los testimonialistas, pues en general quieren mostrar que la voz es del pueblo y no de la comunidad letrada. Surge entonces un debate entre tres visiones diferentes: los defensores, los críticos y los conciliadores.

En su afán por crear una nueva poética latinoamericana que fuera reivindicadora socialmente, los defensores del testimonio pretendieron minimizar el rol del editor de textos testimoniales para elevar el de los narradores. El investigador/escritor busca desaparecer bajo las palabras del que ofrece el testimonio y dar la impresión de que este habla directamente al público lector. El otro modelo es la creación colectiva, tejida por el investigador con los testimonios de los sujetos.

Los críticos del testimonio, como Sklodowska, redujeron el papel de los testimoniante al hacer énfasis en las intervenciones editoriales en sus declaraciones, entre muchas otras acciones que el testimonialista realiza: “Nosotros somos de la opinión de que el testimonio mediato no puede representar un ejercicio de la autoría genuino y espontáneo por parte del sujeto-pueblo. El testimonio sigue siendo un discurso de élites”⁸⁹. Con ello buscan correr el velo con el que se pretende hacer creer que el que realmente habla es el otro.

Por último, los conciliadores como Beverley y Zimmerman consideran que el autor final del testimonio es una fusión de dos sujetos distintos en uno solo, y que cada autor es importante en diferentes formas: no consideran equiparable la función de ambos ‘autores’, pues el testimonialista prima sobre el testimoniante, pero afirman que este hecho no significa que este último no sea fundamental en el proceso:

⁸⁸ Elzbieta Sklodowska, *Testimonio hispanoamericano: historia, teoría y poética*, página 81.

⁸⁹ Elzbieta Sklodowska, *Testimonio hispanoamericano: historia, teoría y poética*, página 85.

*"The sense of presence of a real, popular voice in the testimonio is, of course, in part illusory. As in any discursive medium, we are dealing with an effect that has been produced both by the direct narrator who uses devices of an oral storytelling tradition and the compiler who, according to norms of literary form and expression, makes a text out of the material [...] Because it is the discourse of a witness who is not a fictional construct, testimonio in some sense or another speaks directly to us, as an actual person might. To subsume testimonio under the category of literary fictionality is to deprive it of its power to engage the reader in the ways indicated, to make of it simply another form of literature."*⁹⁰

Olvidar la relación que tiene el testimonio con la realidad es negar su proyecto político y la denuncia social inherente que tiene desde su nacimiento. Así mismo, limitar la autoridad al investigador/escritor sería negar una realidad que él mismo se ha encargado de transmitir.

El proyecto político de Alfredo Molano como testimoniador es contar historias reales, pero con la intención no de crear relatos bien escritos sino de impacto social: "escribir bien es escribir para ser reconocido y celebrado y no un acto de comunicación. Es poner la atención en mi público y no en mi grito. Por eso no se escribe como se habla, cuando el mayor mérito de una obra literaria es precisamente reproducir el lenguaje de la vida. Escribir como hablan los colonos, por ejemplo, es hablar con ellos. ¿Qué más se le puede pedir a la palabra?"⁹¹. Esto lo confirma cuando considera que escuchar es escribir: "Si Camilo Torres me enseñó a soñar y Estanislao Zuleta a leer, la gente corriente, la que se levanta y se acuesta, la que mata a otro y reza por él, esa gente que somos todos nosotros, me enseñó a escuchar y, digámoslo ya, a escribir, porque una vez que uno escucha no puede dejar de escribir"⁹². Molano escucha, luego escribe.

⁹⁰ "El sentido de la presencia de una voz real y popular es, desde luego, en parte ilusoria. Como en muchos medios discursivos, estamos enfrentando un efecto que ha sido producido tanto por el narrador directo que usa elementos de la tradición de la historia oral, como por el compilador que, de acuerdo a las normas de forma y expresión literaria, hace un texto a partir de ese material [...] Ya que es el discurso de un testigo que no es una construcción ficticia, el testimonio de alguna manera nos habla directamente, como una persona real lo haría. El subsumir el testimonio bajo la categoría de ficcionalidad literaria implica despojarlo de su poder de involucrar al lector de la manera mencionada, convertirlo simplemente en otra forma de la literatura" (La traducción es mía). Ver: John Beverley y Mark Zimmerman, *op. cit.*, página 177.

⁹¹ Entrevista hecha por la autora de este texto.

⁹² Entrevista hecha por la autora de este texto.

Sin embargo, hay un camino complejo entre la oralidad y la escritura, y en ese recorrido es donde surge el espacio para el análisis, la edición y la creación. El hecho de que estos relatos sean accesibles y abiertos a ser escuchados por cualquier persona, no significa que sean entendidos de igual forma por todos, por lo tanto están sujetos a la interpretación. Como señala Hayden White, hablando de la escritura de la historia:

“Las historias, entonces, no versan sólo sobre acontecimientos, sino también sobre los posibles conjuntos de relaciones que puede demostrarse que esos acontecimientos representan. Esos conjuntos de relaciones no son, sin embargo, immanentes a los acontecimientos mismos; existen sólo en la mente del historiador que reflexiona sobre ellos. Están presentes como modos de relaciones conceptualizadas en el mito, la fábula, el folklore, el conocimiento científico, la religión y el arte literario de la propia cultura del historiador. Pero, más importante aún [...] tales modos de relaciones son immanentes al mismo lenguaje que el historiador debe usar para describir los acontecimientos con anterioridad a un análisis científico o un tramado ficcional de los mismos.”⁹³

Los textos testimoniales parecen funcionar de dos formas paralelas: como historia rescatada y como historia inventada, estudiadas por Bernard Lewis. La historia rescatada “se ocupa de acontecimientos, personas o ideas que han caído en el olvido [...] [y que] fue[ron] rescatada[s] por la erudición académica [...] Mas la reconstrucción, al dar por sentada la cuestión fundamental, disimula lo que en rigor debiera llamarse construcción”. La historia inventada, por su parte, puede ser inventada en el sentido latino de ‘hallar’, o en su acepción nueva que sería reconstruir e interpretar, “o en su defecto podrá ser imaginada”⁹⁴, por lo que la historia recuperada podrá ser también una historia inventada. Y a pesar de estar divididas se encuentran unidas por un aspecto: ambas están al servicio de una ideología, de una política.

No sería correcto decir que los relatos previos a la aparición del testimonio silenciaron sistemáticamente la voz de los marginados. Lo que ocurre es que su voz era generalmente tomada como un objeto de estudio y limitada por su condición subalterna. El testimonio se presenta entonces como una forma de romper estas barreras, llegando incluso al límite de afirmar la marginalidad como única forma

⁹³ Hayden White, *op. cit.*, página 130.

⁹⁴ Bernard Lewis, *op. cit.*, página 22.

válida para la escritura de la historia y evaluación del presente⁹⁵. Así pues, se lo ha sobrevalorado por tener la oralidad como fuente, situando la palabra pronunciada por encima de la escrita, e igualando aparentemente el hecho de que la transmisión testimonial misma depende de la transcripción⁹⁶. Esta idea ha llevado a algunos críticos del testimonio a otorgarles a ‘los otros’ el carácter de autores, reduciendo el rol de los testimonialistas, y olvidando que el testimonio no es una transcripción literal de la voz sino que ésta pasa por un complejo proceso de edición.

Gugelberger y Kearney consideran que *“whereas the Western writer is definitely an author, the ‘protagonist’ who gives testimony is a speaker who does not conceive of him/herself as extraordinary but instead as an allegory of the many, the people”*⁹⁷. Vera León apunta que el testimonio es un proyecto en el que se “establece un delicado balance entre ‘darle la voz’ al otro y ‘tomarle la voz’ al otro, ya que la voz se le ‘da’ solo a quien tiene una historia afín con el proyecto del narrador culto”⁹⁸. Con esta afirmación se puede pensar que el acto de ‘dar la voz’ es un acto de selección interesada y de control por parte del letrado.

6. La voz de quien narra: sujeto y pueblo

Si el testimonio es un proyecto letrado, la autoridad de los hablantes se ve quebrada cuando el discurso es atravesado por la mano del editor, y en este sentido ellos se limitarían a ofrecer una declaración. Si bien es cierto que no pueden ser considerados como autores de un texto escrito, sí pueden ser analizados como autores de su propia narración. Por lo tanto, revisar su función dentro del testimonio permite entender los verdaderos alcances del proyecto testimonial.

Kimberly Nance considera que los testimoniantes pasan forzosamente por un proceso antes de contar su experiencia: *“It is crucial to recognize that speakers in testimonio are not randomly selected survivors being asked to tell their stories, much less patients who have presented themselves for therapy. Rather they are generally established public orators who have already made the decision to speak, not only*

⁹⁵ Elzbieta Skłodowska, *Testimonio hispanoamericano: historia, teoría y poética*, página 50.

⁹⁶ Elzbieta Skłodowska, *Testimonio hispanoamericano: historia, teoría y poética*, página 68.

⁹⁷ “Mientras el escritor occidental es definitivamente un autor, el ‘protagonista’ que da un testimonio es un hablante que no se concibe a sí mismo como extraordinario, sino como alegoría de los muchos, de la gente” (La traducción es mía). Ver: Georg Gugelberger y Michael Kearney, *op. cit.*, página 8.

⁹⁸ Citado en Elzbieta Skłodowska, *Testimonio hispanoamericano: historia, teoría y poética*, página 13.

for themselves but for others"⁹⁹. En todo caso, lo relatado por los testimoniantes no es fiel a la realidad: los testimoniantes interpretan su propia realidad, y esta luego será reinterpretada por el testimonialista. *"Testimonial speakers have already come to terms [...] with the psychological barriers to speech itself, and they have made studied decisions regarding the shaping of that speech"*¹⁰⁰.

Los testimoniantes son también seres de razón, retomando a Foucault, que escogen qué decir y qué callar, en qué hacer énfasis y en qué no; son sujetos de la memoria y la rememoración. "Como consecuencia de la disociación entre el yo que narra y el yo que experimenta, en ambas modalidades aparece el problema de la memoria y del olvido, y el problema de 'anacronismo necesario' –o sea la imposición de la cosmovisión actualmente vigente sobre la reconstrucción-interpretación del pasado"¹⁰¹. Lo significativo es que, unido al objetivo político, el interés en la oralidad busca rescatar la conciencia marginada, periférica y subalterna, esa conciencia que no es explícita en los medios masivos ni los aparatos comunicativos del Estado o de la academia. Sotelo apunta al respecto que "el testigo, más que presentarse como un sujeto conocedor de la verdad, quiere dejar constancia de un aspecto crucial de una realidad que ha sido ignorada o desdeñada y quiere señalar el ocultamiento que otros han hecho de la misma"¹⁰².

La forma como se comportan los testimoniantes puede ser comparada a la manera en que trabajan los autobiógrafos. Ambos sujetos, autobiógrafo y hablante, rememoran para traer hechos pasados al presente. Georges Gusdorf estudia las condiciones y límites de la autobiografía, y varias de sus conclusiones pueden ser aplicadas para un análisis de los testimoniantes. Él considera que "el hombre que, al evocar su vida, parte al descubrimiento de sí mismo, no se entrega a una contemplación pasiva de su ser personal. La verdad no es un tesoro escondido al que bastaría con desenterrar reproduciéndolo tal cual es. La confesión del pasado se lleva a cabo como una tarea

⁹⁹ "Es crucial reconocer que los hablantes en el *testimonio* no son sobrevivientes seleccionados de forma aleatoria para contar sus historias, mucho menos pacientes que se han presentado para terapia. Más bien son oradores públicos establecidos previamente que han tomado la decisión de hablar, no solo por ellos sino por los demás" (La traducción es mía). Ver: Kimberly Nance, *Can Literature Promote Justice?*, Nashville: Vanderbilt University Press, 2006, página 103.

¹⁰⁰ "Los hablantes testimoniales han llegado ya a un acuerdo [...] con las barreras psicológicas del discurso mismo, y ellos pudieron haber estudiado sus decisiones con respecto a la forma del discurso" (La traducción es mía). Ver: Kimberly Nance, *op. cit.*, página 103.

¹⁰¹ Elzbieta Sklodowska, *Testimonio hispanoamericano: historia, teoría y poética*, página 47.

¹⁰² Clara Sotelo, "El testimonio: una manera alternativa de narrar y de hacer historia". En: *Texto y Contexto*, N° 28, 1995, página 80.

en el presente: en ella se opera una verdadera autocreación”¹⁰³. De esta manera, el acto de recordar sirve para desenterrar recuerdos de los hablantes y dotarlos de sentido, y éstos lo hacen estableciendo una distancia entre el hoy y lo ya acontecido, pues “la memoria me concede perspectiva y me permite tomar en consideración las complejidades de la situación, en el tiempo y en el espacio”¹⁰⁴. El acto de dar testimonio puede ser, como lo es la escritura de una autobiografía para Ángel Loureiro, “una lectura de la experiencia, lectura que es más verdadera que el mero recuerdo de unos hechos”¹⁰⁵.

El yo testimonial no funciona de la misma forma que el yo autobiográfico: “Mientras la autobiografía es un discurso acerca de la ‘vida íntima’, o interior, el testimonio es un discurso acerca de la ‘vida pública’, o acerca del ‘yo en la esfera pública’”¹⁰⁶. La autobiografía persigue una idea de singularidad que el testimonio no busca debido a su intención política de incluir a un todos. Doris Sommer considera que los textos testimoniales son discursos colectivos, la autobiografía es de sujetos plurales¹⁰⁷. De hecho, la oralidad con la que se construyen los textos testimoniales los distancia de la individualidad en la que se produce una autobiografía: “La oralidad ayuda a explicar la construcción de un yo colectivo en el testimonio debido a que es un evento público, a diferencia del momento privado y hasta solitario de la escritura autobiográfica”¹⁰⁸.

Yúdice, en esta misma dirección afirma que *“the rejection of the master narratives thus implies a different subject of discourse, one that does not conceive of itself as universal and as searching for universal truth but, rather, as seeking emancipation and survival”*¹⁰⁹. No obstante esto no parece un acto consciente del testimoniante. Éste no se considera a sí mismo representativo del pueblo: es el ojo del testimonialista el que descubre rasgos que convierten en ‘colectivo’ su relato: *“The speaker does not speak for or represent a community but rather performs an act of identity-formation that is*

¹⁰³ George Gusdorf, “Condiciones y límites de la autobiografía”. En: Ed. Ángel Loureiro, *La autobiografía y sus problemas teóricos*, Barcelona: Editorial Anthropos, 1991, página 16.

¹⁰⁴ *Ibid.*, página 13.

¹⁰⁵ Ángel Loureiro, “Problemas teóricos de la autobiografía”. En: *La autobiografía y sus problemas teóricos*, Barcelona: Editorial Anthropos, 1991, página 3.

¹⁰⁶ Hugo Achugar, “Historias paralelas/Historias ejemplares: la historia y la voz del otro”. En: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, N° 36, 1992, página 56.

¹⁰⁷ Doris Sommer, “Sin secretos”. En: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, N° 36, 1992, página 141.

¹⁰⁸ *Ibid.*, página 146.

¹⁰⁹ “El rechazo de las narrativas dominantes implica un sujeto diferente del discurso, uno que no se concibe a sí mismo como universal ni en busca de la verdad universal, sino, más bien, como el que busca la emancipación y la supervivencia” (La traducción es mía). Ver: George Yúdice, *op. cit.*, página 44.

simultaneously personal and collective"¹¹⁰. En este sentido el testimoniante se concibe a sí mismo como un sujeto individual que es diferente al editor, y por extensión es diferente a los lectores del testimonio, como señala Sommer: "El 'yo' testimonial en estos libros ni presume ni nos invita a identificarnos con él. Somos extraños y aquí no hay pretensión de una experiencia humana universal o esencial". De hecho, se invita a estar con el hablante pero no a verse reflejado en él, como podría ocurrir en la autobiografía o la narrativa heroica¹¹¹. El testimonio le habla a los lectores, pero no pretende hablar por ellos; no busca establecer con ellos una misma identidad. Precisamente lo que hizo atractivo el testimonio en su surgimiento en América Latina fue poder traer historias de personas diferentes, a un público lector no acostumbrado a leer sobre la gente del 'común'.

7. Los pactos de comunicación del testimonio

El testimonio puede ser visto como un proceso que se teje a través de pactos. El primer pacto es el más evidente: entre el testimoniante y el testimonialista. El primero le cuenta al segundo su historia y espera verla escrita de forma fiel a su historia¹¹². El testimonialista le ofrece la idea de tener un frente común y crea un espacio de confianza apropiado para que el testimoniante cuente su historia. "La confesión, el esfuerzo de rememoración, es, al mismo tiempo, una búsqueda de un tesoro escondido, de una última palabra liberadora, que redime en última instancia un destino que dudaba de su propio valor"¹¹³.

El testimonio es una voz que se escribe y que busca ser leída. Si no hay una lectura de esta voz, el proyecto testimonial no cumple su objetivo. Para que el proyecto se

¹¹⁰ "El hablante no habla para una comunidad ni la representa, sino que más bien realiza un acto de formación de identidad que es simultáneamente personal y colectivo" (La traducción es mía). Ver: George Yúdice, *op. cit.*, página 42.

Este artículo también se encuentra en *Latin American Perspectives*, 18.3, 1991, páginas 15-.

¹¹¹ Doris Sommer, *op. cit.*, página 142.

¹¹² Un ejemplo de esto es la anotación publicada en la segunda edición de 'Si me permiten hablar...' Testimonio de Domitila. Una mujer de las minas de Bolivia. Domitila dice: "así como está el libro es mi verdadero pensamiento actual y la expresión que yo quiero darle. Lo he leído y estoy conforme en cuanto al contenido y también al método de trabajo que hemos utilizado. Quiero decir que estoy de pleno acuerdo para que se siga publicando el libro así como está y que sirva realmente este aporte que hemos querido dar". Ver: Moema Viezzer, 'Si me permiten hablar...': Testimonio de Domitila. Una mujer de las minas de Bolivia, México: Siglo XXI Editores, 1978, página 5.

¹¹³ George Gusdorf, *op. cit.*, página 14.

haga realidad debe contar con un tercer sujeto determinante: los lectores. Es aquí donde surge el segundo pacto testimonial. Los escritores de testimonios afirman su fidelidad a las declaraciones de los narradores y confiesan de forma esquiva su intervención editorial, su manipulación de las palabras y su reorganización de las historias. Esperan que sus lectores lean sus relatos pensando en que son historias reales, tomándolos como relatos verídicos. Es un pacto en el que el lector lee de manera referencial los textos testimoniales. El lector es quien finalmente realiza el proyecto del testimonialista: es quien le otorga legitimidad a los relatos y quien al final decide si su propia visión de la realidad puede ser o no alterada por los relatos leídos.

“El testimonio produce complicidad. Quizás el hecho de que el lector no se pueda identificar con la escritora lo suficiente como para imaginar tomar su lugar, hace que el mapa de identificaciones posibles se expanda lateralmente a través del texto. Una vez que se entiende el sujeto del testimonio como la comunidad hecha de una variedad de roles, el lector está llamado a llenar uno de ellos. Una lección a ser aprendida al leer estas narrativas podría ser que nuestro hábito de identificarnos con un solo sujeto de la narración [...] simplemente repite una limitación occidental, logocéntrica, un círculo vicioso en el cual solo puede existir un centro.”¹¹⁴

El proyecto testimonial es un proceso que se realiza entonces en tres niveles: una narración, una edición y una lectura. Si alguno de estos eslabones falla en la cadena, el proyecto deja de funcionar y se queda en meras aspiraciones de un letrado que busca retar los discursos oficiales y hegemónicos pero que no logra afectarlos. Es muy importante destacar que quien está en el centro de ambos pactos es el testimonialista, desde su primer contacto con el hablante hasta el momento de presentarlos a su público lector. Los testificantes son una parte fundamental en este proceso, pues significan una fuente de realidades invisibilizadas y son capaces de mostrarnos aproximaciones a fenómenos tan complejos como la guerra, diferentes a las del discurso oficial, académico y mediático. Por último, se abre el espacio al lector, que es quien realiza el proyecto y acepta estos textos como le son presentados: como verdaderos.

Clara Sotelo considera que el eje cohesionador del testimonio es el dolor¹¹⁵. Es la confrontación con el dolor lo que impulsa la rememoración conciente de que aquello vivido no puede ser considerado como justo y merecido por los testificantes; y da

¹¹⁴ Doris Sommer, *op. cit.*, página 147.

¹¹⁵ Clara Sotelo, *op. cit.*, página 80.

pie entonces para que los testimonialistas ejerzan una función solidaria y creen un proyecto testimonial que denuncie las injusticias que llevaron a experimentar dicho dolor. Lo valioso es que el testimonio *“may help constitute a new national narrative or deconstruct limited and excluding national constructs”*¹¹⁶.

*“Even testimonios that are likely to be persuasive are no guarantee of social change. Narrative does not act directly on the world. It can only suggest to readers what they should do after they close the book. At its best, reading testimonio may make the reader more likely to act, but it can never make that act a certainty”*¹¹⁷.

Conocer el verdadero impacto que puedan generar en una sociedad las denuncias hechas por el testimonio, es una labor difícil más no imposible. Dicho análisis puede llegar a mostrar cómo el testimonio puede participar en la construcción de la memoria histórica y colectiva, y cómo puede ser una herramienta clave en el proceso de transiciones sociales por el que está pasando Colombia.

¹¹⁶ “Puede ayudar a construir una nueva narrativa nacional o a deconstruir construcciones [discursos] limitantes y excluyentes” (La traducción es mía). Ver: Marc Zimmerman, “Testimonio in Guatemala”. En: George M. Gugelberger, *The Real Thing*, Durham & London: Duke University Press, 1996, página 102.

¹¹⁷ Ni siquiera los testimonios persuasivos son garantía de cambio social. La narrativa no actúa directamente sobre el mundo. Sólo puede sugerir a los lectores lo que deberían hacer después de cerrar el libro. En el mejor de los casos, la lectura del testimonio puede hacer que el lector esté más dispuesto a actuar, pero nunca podrá convertir este acto en certeza. Ver: Kimberly Nance, *op. cit.*, página 159.

HABÍA UNA VEZ, AVENTURAS DEL NARRAR, METODOLOGÍAS Y USOS

desdeadentro.info es una aventura sin jefes, sin dueños, sin caminos prefijados. Se hace desde y en la experiencia. Sólo tres constancias la constituyen: contar; saber que los conflictos, las guerras y la reconciliación están hechas de historias; creer que todos, en especial las víctimas, adquirimos dignidad en el relato. desdeadentro es una experiencia, he aquí su memoria de proceso, sus juegos de método y sus usos sociales.

desdeadentro.info

Participaron en este proceso: Natalia Franco (Universidad de los Andes), Carmen Lucía Castaño (CEPER, Universidad de los Andes), Alirio González, (<http://escuelaaudiovisualinfantil.blogspot.com/>), Omar Rincón (Universidad de los Andes).

“O ya no entiendo lo que está pasando o ya no pasa lo que estaba entendiendo”

Carlos Monsiváis

Todo comenzó con una creencia: “para saber por qué nos estamos matando necesitamos contarnos”. Contarnos significa escuchar, observar, decir, preguntar. Asignarle valor a la voz y al relato del otro, es el camino para comprenderlo y saber por qué debemos convivir en paz. Tenemos que romper nuestra colectiva manera de negar al otro. “Nosotros los colombianos tenemos el alma blindada para lo otro y las diferencias, nos privamos de ese placer en la vida” dijo Carlos B. Gutiérrez¹¹⁸, el filósofo hermenéuta de Colombia. Siguiendo al filósofo, contar y escuchar es ganar al otro como relato, vivencia, posibilidad de verdad, porque “la vida de un colombiano es una cadena perpetua, [porque] tenemos el alma blindada contra las diferencias. Somos tan dogmáticos que pensamos que los otros 42 millones piensan como nosotros”.

Para ganar la paz, hay que ganar la palabra de los otros; no derrotarlos, sino captar y encontrarse con su punto de vista. Como lo dice el filósofo, “el otro puede tener razón, eso es pluralismo. Si se priva uno de eso, se pierde de la mejor parte de la vida”. Entonces, para ganar al otro hay que escucharlo y dejarlo contar, porque es desde el narrar que el otro es posibilidad; es desde el contar que la víctima puede decir.

Para pensar en la convivencia y la reconciliación necesitamos las historias de la gente, de los millones que han sobrevivido; requerimos escuchar sus relatos para comprender cómo se puede vivir sin morir en los odios, cómo persistir con dignidad en medio de la barbarie, cómo construir posibilidad de futuro cuando ya no queda nada. Y todo porque para poder reconocer el sinsentido del presente, hay que contar: contar para producir una memoria de futuro, contar para existir.

Esta fue la intuición inicial: creer en la fuerza del relato. Y con muchas más intuiciones, y amistades, y juegos de afectos, se escribieron historias desde y con la gente, historias de la gente, historias de dignidad, historias de www.desdeadentro.info ¿Y cómo fue que fue?

¹¹⁸ Entrevista a Carlos B. Gutiérrez, periódico El Espectador. Tomado de: (<http://www.elespectador.com/impreso/filosofia/articuloimpreso162278-debemos-cultivar-el-disenso-lugar-de-tanto-consenso>)

[Paso 1]

... Eran los tiempos de la visibilidad

Contar es una necesidad cuando una sociedad requiere enterarse de sí misma. Contar se convierte en narrar cuando se busca que la sociedad sepa y comprenda cómo la guerra está afectando a la gente de a pie, y cómo se sobrevive con dignidad en medio de las violencias. El objetivo de este proyecto era “visibilizar desde las narrativas (testimonios, historias de vida, crónicas) los procesos y aprendizajes individuales y colectivos que han sido motivados e impulsados por los Proyectos de Desarrollo y Paz (PDP) y las Fundaciones Petroleras, en educación para la paz, resolución de conflictos y desarrollo comunitario, con el fin de movilizar acciones hacia la reconciliación y el perdón a nivel local y regional”. En el objetivo todo era lógico y teórico: “visibilizar” como algo bueno *per se*; contar “la paz”, “la reconciliación”, “el perdón”, como si así todo comenzara a ser de nuevo. Creíamos en el poder del discurso, de la palabra, del diálogo, del relato; en el saber que enseña que la paz no es imponer ni derrotar, sino reconocer valor en el otro; en que se “hacen cosas con palabras”, como dicen Austin y Searle, filósofos gringos. Sonaba bonito, pero para contar y dar cuenta se requiere tener qué contar.

Entonces, comenzamos una discusión “teórica” y “política” sobre qué visibilizar. Y decidimos que queríamos “visibilizar la labor de los PDP y las Fundaciones Petroleras en la construcción de propuestas de paz y desarrollo social”.

Preguntas: ¿Visibilizar las instituciones? Respuesta: no; ¿visibilizar los líderes? Respuesta: no sabemos; ¿visibilizar sólo propuestas de paz y desarrollo? Respuesta: no podemos imponer un marco de lo positivo por encima de las realidades y de lo que la gente quiere contar. Entonces, ¿qué contar? ¿La vida en comunidad? ¿Los modos como la gente exige el respeto de sus derechos? ¿Las experiencias de responsabilidad civil para la salida al conflicto armado?

Pausa. Para los fines de este proyecto entendemos que los conflictos son aquellos perpetrados por actores armados organizados: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), Ejército de Liberación Nacional (ELN), Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y Fuerzas Armadas de Colombia, así como otros actores denominados “grupos desconocidos”.

Pausa. Colombia es y siempre ha sido un país con muchas diferencias regionales. Esto aplica a las experiencias actuales del conflicto armado y a otras formas de violencia. Esas diferencias deben ser tenidas en cuenta en todos los trabajos que se hagan para obtener la paz y la reconciliación. Cada región, particularmente en las áreas rurales, ha experimentado la violencia de diferentes maneras y, como resultado de ello, tiene diferentes percepciones de dichos actores. Tales percepciones tienen una influencia directa en su interpretación de la violencia, y son las que van a moldear la manera cómo aceptan cualquier proyecto de construcción de paz.

Entonces, decidimos contar desde la gente y según sus intereses, sus experiencias en el conflicto, sus vivencias de convivencia y supervivencia, sus modos de sentir miedo y de combatirlo. La gente decidía qué contar, cómo contar y en qué tono hacerlo. Sólo bastaba que tuvieran una historia y quisieran contarla.

[Paso 2]

... Y había que buscar las narrativas auténticas

El 17 y 18 de enero de 2006 se realizó el taller de narrativas locales “Etnografías de violencia: Herramientas para el análisis del conflicto, la reconciliación y la construcción de la paz”, que bajo la conducción del profesor Ted Macdonald de la Universidad de Harvard, buscaba iniciar un proceso de reflexión sobre “cómo la violencia ha sido experimentada localmente”. Los modos de vivencia de las violencias se convierten en percepciones y se pueden leer mejor haciendo un análisis de las historias personales. Esta era la hipótesis que guiaba todo. La teoría decía que las historias son las narrativas para analizar porque se basan en memorias, y las memorias siempre están sujetas a interpretaciones y teorías personales del pasado. La gente va a responder a cualquier iniciativa de paz sobre la base de su entendimiento subjetivo, no sobre la realidad de otros. Así, las memorias y su organización como narrativas se basan en las interpretaciones individuales de lo que “sucedió”. Por vía del sujeto podríamos llegar al colectivo, porque en situaciones de violencia y trauma colectivos los procesos comunales son los que, en muchas ocasiones, moldean las memorias individuales. Con frecuencia, las ideas comunales son discutidas y por lo tanto son objeto de cambio, de manera que la colección de narrativas individuales crea narrativas comunales. Y creemos que las narrativas ofrecen una herramienta muy útil para la interpretación histórica. De ésta forma se argumentaba el taller, cuyo objetivo era realizar una capacitación interactiva que permitiera a los participantes tener un método para la recolección de narrativas, y capacitar a otros para hacer lo mismo. Queríamos formar en producir historias. Y ese fue el taller.

[La entrevista etnográfica]

Ted Macdonald trajo desde la Universidad de Harvard un modo de buscar las narrativas auténticas a través de la entrevista sincera, respetuosa y cercana. El método se llama “las narrativas auténticas”, y tiene como base el uso de la entrevista en la recolección de narrativas. Su guía metodológica de cómo seguir técnicas etnográficas para entrevistas es la siguiente:

1. Actitud: No-opinada
 - a. Nunca juzgue
 - b. Nunca opine sobre otras personas
 - c. Nunca hable sobre los que otros han dicho
2. La escucha: Clave
 - a. Escucha activa
 - b. Ojos
 - c. Postura
 - d. Cabeza
 - e. Sonidos de respuesta
 - f. Silencio táctico
3. Técnicas
 - a. Postura de escucha
 - b. Preguntas iniciales (fáciles):
 - i. Género
 - ii. Edad
 - iii. Educación
 - iv. Hijos
 - v. Padres
 - vi. Mapas, fotos o algo sobre que conversar
 - c. Preguntas de fondo
 - i. Uso de “y” en vez de “pero”. Por ejemplo:
 - ¿Y... usted de veras lo vio?
 - ¿Pero, usted de veras lo vio?
 - ii. Nunca use preguntas para contestar con “sí” o no”
 - iii. Use Preguntas abiertas
 - a. Hábleme de....
 - b. ¿En qué sentido...?
 - iv. Sea específico
 - a. ¿Cuál?
 - b. ¿Cuándo?
 - c. ¿Cuántos?
 - d. ¿Cómo?
 - v. Digresiones y fantasías: “La regla del 50/50”.
 - vi. Verificación
 - a. Repetición
 - b. Espejo
 - c. Refrase
 - d. Resumen
 - e. Triangulación (3 veces diferentes) – Para cuestiones/preguntas claves o incertidumbre
 - f. Nunca acepte familiaridad. Como: “¿Usted sabe, no?”
 - g. Diga “No estoy seguro. ¿Me puede explicar? ¿puede repetir su pregunta?”

- vii. Ambiente
 - Privacidad
 - a. Nunca más que dos
 - b. Mejor uno a uno
 - Público
 - a. Hay que construir otras preguntas
 - b. Hay que esperar contestaciones diferentes
- viii. Siempre obtenga permiso y pregunte con frecuencia si todo está bien. Use normas, cuidado y cortesía permanentemente.
- ix. Grabando/fotos/video
 - A favor
 - a. Claridad
 - b. Se puede transcribir
 - En contra
 - a. No es espontáneo
 - b. Autoconciencia: puede resultar en más “presentación” que en “información”
 - c. Recomendación
 - Grabar con personas públicas y/o de alta visibilidad
 - Grabar en ambientes formales como organizaciones o de reuniones públicas
 - d. Siempre con permiso
- x. Notas escritas a mano
 - A favor:
 - a. Los entrevistados, por lo general, son más abiertos y cómodos
 - b. Menos trabajo en transcribir
 - c. Hay que revisar y pensar casi inmediatamente
 - En contra: Más posibilidades de cometer errores.
 - Escriba todo. Nunca se sabe que es “útil” o “clave”
 - Escriba casi continuamente (con pausas claves)
- xi. Seguridad
 - Elabore un código aparte de entrevistados y nombres
 - Use apodos o números para personas particulares
 - No es necesario para ambientes públicos y presentaciones formales
- xii. Cuestiones culturales y relaciones asimétricas
 - Ojos
 - Cortesía
 - ¿Cuán “pasivo/activo”?
 - “Transcritos Ocultos”
 - Muestre interés pero no demasiado
 - Entre la “imparcialidad” y la “neutralidad”

- xiii. Valor de entrevistas múltiples sobre tiempo (muy recomendada)
 - Visitas/entrevistas múltiples
 - Revista previa a visita
 - Muestre atención a lo dicho en entrevistas anteriores
 - Prepare preguntas, incluyendo clarificaciones y continuaciones del pasado
 - Anticipe nueva información
- d. Pos-entrevistas
 - i. Revise, edite y clarifique observaciones y notas después de la entrevista.
 - ii. Programe otra entrevista en el futuro
 - iii. Edite para lograr claridad (No tiene que ser una “transcripción literal”)
 - iv. Prepare preguntas para usted mismo y para el entrevistado
 - v. Identifique claramente sus observaciones y anotaciones personales
- e. Entrevistas de seguimiento
 - Lea de nuevo las entrevistas y notas. Es esencial para la segunda conversación/ entrevista/velatorio.
 - La segunda entrevista (y las siguientes) casi siempre son más informativas y confidenciales
- f. Al elaborar la narrativa
 - i. Puede combinar informaciones de varias entrevistas, con tal de que sea fiel.
 - ii. Busque puntos de acuerdo
 - iii. Busque puntos de desacuerdo
 - iv. El consenso no es esencial
- g. Presente el borrador para la verificación y reflexión
- h. Debe reflejar las varias opiniones
 - i. Debe haber un nivel de consenso, incluyendo acuerdo de no desacuerdo local
 - ii. Los participantes deben entender y aceptar que el documento será público
 - iii. Asegúrese, en primera instancia, de que el documento no causa daño o perjuicio a los participantes

Y el taller funcionó. Y todos dijeron que sí. Y que iban a hacer las historias. Y que pronto llegarían.

[Paso 3]

... Y las historias no llegaban... Y nos tocó inventar un *kit* de herramientas para narrar

Pero las historias no llegaron. Pasaron siete meses y no había historias. Entonces, para no seguir divagando, decidimos hacer un segundo taller, en agosto de 2006, con los productores de historias, aquellas personas que los Proyectos de Desarrollo y Paz y las Fundaciones Petroleras habían encargado de la ardua tarea de producir las historias.

Ardua, fatigante, sacrificada y hasta farragosa tarea, un verdadero *chicharrón*, porque estos profesionales la veían como un trabajo adicional, extra, anexa a los quehaceres, y no como parte integral del proyecto de desarrollo y paz.

Chicharrón también porque las historias no se comen rápido: para cogerles el gusto hay que saborearlas, echarles saliva, ablandarlas. En este taller buscamos que todos le cogieran gusto a las historias, e hicimos cinco intervenciones: (i) contamos el sentido de lo narrativo para los proyectos de desarrollo y paz, (ii) mostramos que no había un único modo de producir las historias, (iii) comenzamos a escuchar las historias que teníamos, (iv) creamos criterios comunes (una especie de manual de estilo para producir las historias), (v) nos pusimos tareas. Y comenzó la experiencia...

Intentamos (no sabemos si lo logramos) cambiar el punto de vista, la perspectiva, el lugar desde donde se producen las narrativas. Los de aquí, los *colombiches*, esos que jugamos a la academia pero sin perder el saber situado de nuestros ciudadanos y nuestras culturas, comprendimos que las narrativas, cuando surgen desde los intereses de quienes viven la experiencia (distinto al interés del periodista, o el académico, o el político, o el *oenegero*), toman su propia forma, las formas de la gente que cuenta, porque son de ellos y provienen desde donde saben contar.

El sentido de lo narrativo en los Proyectos de Desarrollo y Paz

Nos dimos cuenta de que debíamos argumentar mejor la utilidad de las narrativas para “empoderar” a *oenegeros*, políticos, académicos, organizaciones, periodistas... Y les dijimos que las narrativas servían para que cuando decidieran intervenir en las comunidades con sus propuestas de reconciliación, paz y desarrollo, conocieran otras versiones de la realidad y aprendieran con quiénes y para quiénes trabajaban. Nos inventamos como argumento eso de “narrar desde abajo para empoderar a los de arriba” en su deseo de intervenir y transformar a la comunidad. Esto era distinto a lo de siempre, pues al poder *oenegero* o cooperante o gestor o académico o político o financiador, le encanta decirle a los de abajo cómo y qué contar. Entonces, llamamos la atención al poder sobre cómo su conocimiento es vital en cuanto a desarrollo, democracia y participación, pero poco sobre con quiénes trabajan, y que por eso las narrativas, si están hechas de manera densa (múltiples versiones) y desde y con la gente, sirven para conocer a las comunidades; las narrativas posibilitan que pasemos ese umbral en que las comunidades nos cuentan solo lo que queremos oír, para que nos digan cómo piensan a través de sus cuentos.

Presentado así, los encargados de darle vida a las narrativas desde los Proyectos de Desarrollo y Paz asumieron que este “empoderar al poder” no era una tarea extra a su ya desbordante carga laboral. Y le encontraron utilidad al descubrir que les permite realizar “comunicativamente” la sistematización y visibilización de los procesos de producción de subjetividad y colectividad.

La propuesta para los Proyectos de Desarrollo y Paz es hacer de la narrativa un dispositivo para la producción de la memoria, la reconstitución de la identidad y la visibilización del trabajo de las comunidades en pro del desarrollo y la paz. Porque las narrativas permiten identificar cambios en la realidad social y cómo estos son percibidos en la vida cotidiana, comprender los contextos y fenómenos sociales, y convertir al ser humano en protagonista de su historia.

Las narrativas como teoría, metodología y experiencia, tienen diversas utilidades que pueden ser esquematizadas en aspectos como:

- i. [Práctica] Sirven para transmitir y perpetuar “buenas o malas prácticas”, y para identificar momentos o situaciones de crisis que solo se pueden percibir contando acontecimientos, conocimientos y experiencias cotidianas.
- ii. [Subjetividad] Las narrativas, al convertir los relatos de vida en voces públicas, se vuelven estrategias personales para exorcizar los miedos y ganar la confianza de futuro.
- iii. [Comunidad] Pueden potenciar y hacer visibles las voces ausentes pero auténticas de los procesos locales, y así vinculan a lo colectivo todas las voces.
- iv. [Cultura] Permiten profundizar en los esquemas y creencias que se manejan en la comunidad sobre qué y cómo se entienden conceptos como perdón, reconciliación, convivencia, resolución pacífica de conflictos.
- v. [Política] Son una forma efectiva de producir documentos públicos de conciencia colectiva, y movilizar acciones en el horizonte de reducción de la violencia y fomento a los procesos de reconciliación.
- vi. [Investigación] Son una herramienta de investigación para el aprendizaje y la lectura de contextos, antes de intervenir en el territorio.
- vii. [Educación] Son un método de educación popular que permite identificar y fortalecer procesos de liderazgo y organización comunitaria desde la experiencia práctica.
- viii. [Conocimiento] Son estrategias de producción de sentido, de identidad y de acceso a la esfera pública.
- ix. [Comunicación] Son la forma más eficiente para contar a la sociedad del sentido común, a los planificadores de políticas y a los financiadores, cómo se vienen produciendo los procesos de gestión de la vida pública y el desarrollo social.
- x. [Gestión] La producción de narrativas se puede vincular con los planes operativos y las obligaciones diarias de la comunicación en el PDP o la organización.
- xi. [Desarrollo y paz] Son una estrategia prioritaria para producir la memoria, reconstituir las identidades, y hacer visibles los saberes, prácticas e imaginarios del conflicto, el desarrollo y la paz.

Los modos de producir historias

La experiencia nos llevó a producir una metodología en el proceso de producir las narrativas. El método resultante tuvo dos componentes esenciales y diferenciadores: (i) la multimediación o multiautoría de las historias y (ii) la inclusión y adaptación de otras experiencias existentes sobre narrativas.

(i) La multimediación o multiautoría

Las historias son de la gente. En este proceso de producción de las historias, los relatos los tiene la gente, los que viven en el conflicto y en la posibilidad de futuro en convivencia pacífica. Sin embargo, no queríamos las historias de la gente porque sí y ya. No queríamos unas narrativas que le pusieran color y sabor a los procesos de desarrollo y de intervención institucional en el conflicto; tampoco queríamos ilustrar los conceptos de paz, desarrollo y reconciliación que manejan las instituciones y los financiadores; mucho menos, queríamos documentar al exótico de la violencia, ese que adquiere sentido en cuanto tortura, mata y desaparece.

¿Entonces, qué queríamos? Buscamos que la estrategia narrativa se convirtiera en eje transversal y político para la producción del desarrollo y la paz en Colombia; no un acto de demostración o exotismo, sino parte integral de la producción de la reconciliación. Así, el proceso de producción de las historias integra huellas de múltiples autorías: la gente que contó; el profesional del PDP o la Fundación petrolera que recogió la información y convivió con el autor de la historia; los asesores narrativos que trabajaron desde la Universidad; los directivos de los PDP que orientaron el proceso; un comité editorial y multisectorial que asesoró la escritura; las comunidades, que en la producción de las historias hacían que las versiones tomaran la forma del comentario del vecino; la dirección narrativa encargada de “imponer” que las historias mantuvieran su propia forma, estilo, tono y estructura, sin perder la pulsión dramática.

El resultado: cada historia es un cuento verdadero nacido de la experiencia de un sujeto y su comunidad, y nutrido con huellas de múltiples y diversas mediaciones. Por eso, todos los que intervenimos nos sentimos parte de cada historia.

(ii) Adaptando otras experiencias en narrar

Nos dimos cuenta de que no bastaba buscar las historias con el método de las “narrativas auténticas” expuesto antes. Entonces, buscamos otras experiencias de narrar, las contamos, e invitamos a que cada productor de historias usara la que más le convenía, o creara su propio modo de escuchar y contar.

[Narrativas múltiples]

En el segundo taller, llamado “Narrativas: valor, experiencias y modos de producción” (realizado los días 29 y 30 de agosto de 2007), Omar Rincón, del Centro de Estudios en Periodismo de la Universidad de los Andes, expuso que hay múltiples y diversos modos de narrar, que no hay un solo camino para lograr lo auténtico y vivencial, y que cualquier instrumento es válido: video, escritura, sonido, pintura, mitos, leyendas, teatro, internet, celular.

Todo dispositivo es una táctica narrativa, siempre y cuando cumpla con cuatro condiciones: (i) tener qué contar, (ii) quererlo contar, (iii) trabajar sobre estructuras dramatúrgicas para generar emoción y (iv) reconocer que cada sujeto y comunidad tiene modos, estéticas y estrategias propias de narrar, experiencias únicas y diversas de la vida, e intereses culturales y políticos particulares. Los modos de narrar no son neutros, sino que son impuestos por tradiciones narrativas de la historia, la antropología, el periodismo, la literatura, la sociología, la psicología. Por eso, las estéticas y narrativas del sujeto y de la comunidad cuentan¹¹⁹, y en todo relato se debe buscar esa identidad narrativa.

Se trajo a cuento a Kapuscinski¹²⁰, el maestro del periodismo, quien afirma que producir historias implica volver al terreno, escuchar a la gente, practicar el arte de la conversación y la experiencia directa, alejarse de la multitud para cultivar la soledad, desarrollar empatía y estar entre la gente sobre la cual se quiere o se piensa escribir. Se contó lo que decía otro maestro del periodismo, Tomás Eloy Martínez¹²¹: que hay que “contar la vida, volver a narrar la realidad con el asombro de quien la observa y la interroga por primera vez”, que hay que “mezclar géneros porque los métodos tradicionales de periodismo no reflejan la riqueza de la situación que se describe”, que las mejores historias “son aquellas que revelan, a través de la experiencia de una sola persona, todo lo que hace falta saber”. En todo caso, que hay que creer, con Martín Caparrós, que “la magia de una buena crónica consiste en conseguir que un lector se interese en una cuestión que en principio, no le interesa en lo más mínimo”¹²²; o, con Juan Villoro, que “escribir crónicas es un modo de improvisar la eternidad”.

¹¹⁹ Omar Rincón, *Narrativas mediáticas o cómo cuenta la sociedad del entretenimiento*, Barcelona: Gedisa, 2006, página 100.

¹²⁰ Ryszard Kapuscinski, *Los cínicos no sirven para este oficio*, Barcelona: Anagrama, 2000.

¹²¹ Tomás Eloy Martínez, *Periodismo y narración. Desafíos para el siglo XXI*, Bogotá: Revista El Malpensante, N° 32, 2001, páginas 73-85.

¹²² Maximiliano Tomas, *La Argentina crónica*, Buenos Aires: Planeta, 2007, página 13. (Prólogo de Martín Caparrós)

La propuesta es contar historias desde y con la gente, para encontrarnos con estéticas, narraciones, éticas y ciudadanías no imaginadas, desde nuestros intereses. No son las historias de los guerreros ni de las víctimas, son los relatos de la dignidad del sobreviviente. Reinventar la narración colectiva es “convertir al inconformismo radical en expresión; gritar cada vez más y hacer del mundo de la vida comunicada no sólo un entretenimiento sino, sobre todo, reconocimiento del potencial expresivo de cada uno (individuo, comunidad, colectivo). El grito del activismo es masivo, no porque se vea en la pantalla masiva, sino porque crea movimiento-red-flujo, porque vincula a la comunidad cercana, porque demuestra que sí somos competentes en contarnos, porque rompe con la máquina industrial para ganar la competencia de contar historias desde y para las temporalidades del afecto y el goce”¹²³.

[Literatura de no ficción]

Para conocer otras posibilidades de producción de las narrativas se invitó a Patricia Nieto, profesora de periodismo de la Universidad de Antioquia, quien compartió su experiencia de construcción de voces y relatos en primera persona de las víctimas del conflicto armado residentes en Medellín, publicadas en los libros *Jamás olvidaré tu nombre*¹²⁴ y *El cielo no me abandona*¹²⁵.

El proyecto de Medellín, denominado “De su puño y letra. Polifonía para la memoria. Las voces de las víctimas del conflicto armado en Medellín”, partió de una simple convicción: si se escucha con atención a Medellín, es posible identificar voces de víctimas que solo serán reconocidas una vez su palabra sea recuperada y publicada. La certeza, contó Patricia, se convirtió en un objetivo sencillo: acompañar a un grupo de víctimas de la violencia en la narración escrita de su historia, como un ejercicio que devuelva la palabra a los ciudadanos.

Una vez en marcha, al proyecto se sumaron nuevos objetivos: desentrañar los sentidos de la vida ocultos detrás de las palabras y memorias de las víctimas escritoras, y contribuir a las reparaciones sociales, políticas y morales por medio de la dignificación de sus voces. A estas intenciones corresponde una hipótesis: la literatura de no ficción es un recurso intelectual y estético en contra de las fuerzas que intentan instaurar confusión sobre la complejidad de la vida social, olvido sobre hechos atroces, y desarraigo frente al ideal de comunidad.

¹²³ Omar Rincón, “Comunicar entre lo techno y lo retro: activismo y estéticas en experimento”. En: *Revista Signo y Pensamiento*, N° 47, Facultad de Comunicación y Lenguaje, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2006, página 52.

¹²⁴ Jorge Mario Betancur y Patricia Nieto (comp.), *Jamás olvidaré tu nombre*, Medellín: Alcaldía de Medellín, 2006.

¹²⁵ Patricia Nieto (comp.), *El cielo no me abandona*, Medellín: Alcaldía de Medellín, 2007.

En el proyecto de Medellín, periodistas, fotógrafos, narradores orales, dibujantes, escritores y documentalistas, habían acompañado hasta 2006 ochenta habitantes de Medellín en la escritura de sus testimonios. Con un proceso pedagógico sencillo, los testigos se convirtieron en escritores capaces de representar con el lenguaje sus historias, de darles un sentido en la vida cotidiana de la comunidad, y de insertarlas en la historia de la nación a la que pertenecen.

¿Cuál es su propuesta metodológica? Talleres de narración y escritura como mecanismos que refuercen las habilidades expresivas de los participantes y les provean de una posibilidad comunicativa que reivindique su historia, su voz, su autonomía y su libertad. Ella describe así el proceso:

Durante los talleres grupales no se escribe sobre el papel, se reescribe en la memoria. Cada participante recuerda, recrea, reconstruye su historia cinco o diez o todas las veces que necesite, con palabras, juguetes, colores, fotografías, papeles y canciones, hasta que se le hace natural, conocida, tan ya sentida, que puede escribirla con libertad.

1. Todos tenemos una historia: El vestuario, los gestos, los accesorios, cuentan algo sobre quiénes somos, de dónde venimos, y qué hemos vivido. Construir imaginariamente la historia de los personajes representados por estatuas humanas, que trabajan como artistas callejeros en nuestra ciudad, permitió reconocer que todos tenemos un pasado que nos da identidad.

2. Ésta es mi historia: La narración oral de la experiencia traumática permitió dar continuidad a eventos de la vida que se han entendido como aislados, plantear reflexiones sobre lo que ha pasado y esbozar posibles salidas a situación conflictivas. Abrir el taller de escritura con un ejercicio de narración oral, provocado por objetos reconocidos por cada participante, permitió darles voz como un paso previo a su condición de escritores e introducir una noción elemental: un relato parte de la estructura simple de inicio, nudo y desenlace.

3. ¿Cómo me veo?: Fue la pregunta eje de un ejercicio de autorretrato. Mirarse al espejo, preguntarse por las marcas de la piel y del vestuario, recordar el rostro del pasado y contemplarse para ver qué había cambiado, fueron estrategias de vocación y de reconocimiento. Este ejercicio buscó reflexionar sobre el sentido del yo que luego se convirtió en un yo narrador.

4. Los momentos de mi vida: Reconstruir las escenas de la propia vida ayudó a expresar significados que a veces no pueden ser transmitidos por las palabras. La puesta en escena partió básicamente de una historia completa en la que, además de inicio, nudo y desenlace, fue posible identificar protagonistas, personajes secundarios, escenarios, ambientes, detalles y voces.

5. El mapa de mi viaje: El mapa del recorrido de la vida fue un excelente plano para delinear la historia de cada uno. Al ubicar los ríos, las montañas, los asentamientos y las ciudades, se los fue asociando con los cambios fundamentales de la existencia.

Sobre un papel, que representaba el territorio colombiano, marcaron los momentos y los escenarios en donde la vida privada o de la comunidad cambió drásticamente.

6. La historia de mi vida: Dibujar les permitió a los participantes pensar en sí mismos, introducirse en sus emociones y plasmarlas con colores y formas sorprendentes que nunca podrían contar con su voz. Dibujar un fragmento de la vida, escena por escena, fue reconstruir una historia con antecedentes y contextos, y a través de cada una encontrar respuestas a preguntas que han permanecido abiertas durante años.

7. Mi vida en una canción: Con la ayuda de músicos profesionales, los participantes hicieron un ejercicio de síntesis de las tramas narrativas y de los sentimientos resultantes del ejercicio de evocación. La canción compuesta por Elvia Posada y su familia bien habla de esta síntesis:

Tengo mucho sueño,/ es difícil despertar./ ¡Levántese de nuevo, no hay que echar para atrás!/ Que bello era el camino/ que solía transitar./ Hoy recorro otras laderas/ sin nunca olvidar/ ese pueblo, aquella loma,/mi tierra natal.

Ayer: ¡Pum pumm!/ Hoy canciones que cantar./ ¡Pum, pum!, cosas que suenan./ Melodías que entregar./ Tengo mucho sueño,/es difícil despertar./ Ayer: ¡Pum pumm!/ Hoy canciones que cantar./ ¡Pum, pum!, cosas que suenan./ Melodías que entregar./ ¡Levántese de nuevo, no hay que echar para atrás!

8. Breve autobiografía: Esta fue la etapa de transición entre la sensibilización hacia la narración y la escritura propiamente dicha. Aquí terminó el trabajo en grupo y comenzó un proceso individual que llevó al escritor a pensarse como sujeto, como testigo de un momento histórico crucial y como contador de esa historia.

9. Memorias: A partir de este momento se formaron grupos de trabajo de cinco participantes y un periodista que hizo de mediador. Lo corriente es que el investigador plantee sus inquietudes, obtenga respuestas y las anote para incluirlas en su texto. En esta experiencia, tanto el narrador como el mediador plantearon preguntas con el propósito de llenar los vacíos del relato, pero fue el participante del taller, y no el mediador, quien introdujo las nuevas secuencias y reflexiones en su texto.

No se habla de investigador e investigado, porque ambos sujetos cumplen los dos roles. El participante se preguntó por su experiencia, por su historia, por lo que significa lo que ha ocurrido. El periodista mediador dejó su rol de constructor de los relatos para ayudar al otro a reconstruir su historia. Este papel lo obligó a repensar los métodos de su trabajo y a llevar un cuaderno de campo de la experiencia de ayudar a restituir las voces de quienes han sido despojados de todos los derechos.

10. El libro: Después de un mes de trabajo constante, cada grupo entregó la versión final de las historias. El texto, las fotografías, los mapas, los cuadernos de campo de los investigadores y los registros en video, fueron el insumo para producir las publicaciones de *Jamás olvidaré tu nombre* y *El cielo no me abandona*¹²⁶.

Criterios comunes (una especie de manual de estilo para producir las historias)

De este modo, los participantes conocieron tres estilos, tres estrategias, diversos modos de producir una narrativa, con lo cual se devolvió el protagonismo metodológico, creativo y escritural a los mediadores del proceso, a quienes trabajan en el campo con los habitantes del conflicto y sujetos de las historias. Luego, con los participantes del taller, se diseñó un protocolo de trabajo en narrativas que respondiera a preguntas como: ¿Qué queremos? ¿Para qué? ¿Cuáles son los criterios mínimos? ¿Cómo descubrir las historias? ¿Cómo producir las historias? Este se convirtió en un “manual de criterios” que sería el mapa que guiaría la producción de las narrativas.

1. [Descripción] Producir unas memorias de la paz y el conflicto colombiano desde la perspectiva de la gente, que generen esperanzas, transformaciones y movilización social.
2. [PDP] Cada programa debe decidir para qué produce la narrativa (visibilizar, trabajo político, socializar, producir documento de trabajo interno, metodología de trabajo).
3. [Condiciones] Tener qué decir, querer hacerlo y querer publicarlo.
4. [Productores] Los investigadores/mediadores deben explicitar claramente las intenciones del trabajo, y establecer acuerdos con el entrevistado con respecto a la metodología de trabajo y al uso que se le dará a la información.
5. [Paz] Estamos en la búsqueda de narrativas “auténticas” (con la gente) sobre la paz (conflicto y otras comprensiones...), más que sobre desarrollo.
6. [Innovación] Buscar modos y formas de contar a través de su propia cultura.
7. [Sujetos] Todos (víctimas, en-la-mitad, y guerreros) tienen derecho sobre la memoria, ya que todos los individuos (niños, jóvenes, adultos, ancianos) son sujetos de relato.
8. [Proceso] El objetivo es producir un relato de hechos o experiencias. Lo importante es el contar, más que la interpretación. Siempre hay que

¹²⁶ *Allí donde pisé aún crece la hierba* es el tercer libro resultado de los talleres de Medellín. Se encuentra en impresión.

devolver la historia producida. Luego viene la posibilidad de las múltiples interpretaciones.[Política] Se quiere producir relatos para publicar; generar opinión pública entre medios de comunicación, periodistas y academia, para producir movilización comunitaria hacia la narración del conflicto, y que los sujetos y las comunidades encuentren en la narrativa una estrategia para su dignificar su vida.

9. [Recomendaciones técnicas]

- Queremos sobrepasar la historia primera, la que sale de una, la obvia. Hay que hacer múltiples entrevistas.
- Ir al trabajo de campo con la mente abierta y sin prejuicios.
- Conocer muy bien el contexto y el espacio geográfico antes de acercarse a los personajes.
- Ser cuidadoso a la hora de preguntar, con el fin de obtener la información que se busca sin arriesgar la continuación del trabajo de los PDP.
- Nunca poner en riesgo la vida o la integridad de los entrevistados y de los investigadores.
- Despertar toda la capacidad para escuchar, incluso el silencio.
- Explorar todas las posibilidades de los sentidos para detectar elementos o situaciones que apoyen las historias.
- Estar dispuesto a dedicar el tiempo necesario al trabajo.
- Llevar un cuaderno de campo que se convierta luego en fuente para otros análisis.

Guía para trabajar con la comunidad: Taller de Narrativas

También surgió una guía para el trabajo de los talleres de producción narrativa. Este protocolo tenía seis pasos.

1] Sensibilización frente a las narrativas

- Qué es narrar, y por qué y para qué narrar.
- Cada participante se presenta y cuenta una breve historia.

2] El proyecto de narrar para la reconciliación y la paz

- Lectura en subgrupos de algunas de las narrativas escritas en la anterior etapa del proyecto (narrativas de diferentes partes del país).
- Lluvia de ideas sobre los temas encontrados en las narrativas, su importancia, sus posibles usos.

3] Lluvia de ideas sobre posibles historias que se puedan y/o quieran contar

- Identificación de sujetos, historias y temas para contar.
- Identificación de actores y recursos necesarios para contar la historia.

4] Contar las historias

- Ejercicio de entrevista: Si en el auditorio hay algunos voluntarios para contar sus propias historias, se busca que los que no tienen historia sean voluntarios para entrevistarlos, y se trata de escribir una primera versión de la historia.
- Ejercicio de escritura: Escribir la historia entre productores y contadores.
- Trabajo de campo: Si el grupo está dispuesto se les invita a que salgan a pasear por la zona, a buscar personas que tengan información sobre la historia que quieren contar y a que las entrevisten.
- Antes de volver al taller deben escribir un primer borrador de la historia con base en la información que recolecten.

5] Retroalimentación

- Se reúnen nuevamente una vez hayan terminado la etapa 4 y se les pide que lean sus historias. El moderador ofrece una retroalimentación a cada historia y le pide a los demás participantes que hagan sus aportes.

6] Compromisos

- Con base en las historias identificadas se construye una agenda de compromisos, para que los diferentes autores continúen con la escritura y se las envíen al equipo de la Universidad de los Andes, para su retroalimentación y posterior publicación.
- Crear nuevos pactos de confianza escuchando lo que la gente quiere decir, ya que ellos y ellas han vivido las experiencias y saben contar. A eso les da derecho el haber vivido en medio del conflicto.

Comenzamos a escuchar las historias y salieron muchas

Conociendo para qué narrar, teniendo en cuenta los criterios comunes, y sabiendo que podemos contar con diversidad de estrategias y estéticas, en un taller práctico se identificaron historias posibles para contar. Esta es la lista inicial que surgió:

	INSTITUCIÓN	INVESTIGADOR MEDIADOR	TÍTULO	TEMA	OBJETIVO
1	Asopatía	Constanza Kahn	Unidos por la coca.	Autonomía y resistencia civil en un municipio de Nariño. La historia cuenta cómo una población sobrevive y convive con cultivos ilícitos pero sin guerrilla ni paramilitares.	Documentar una experiencia “impura” de resistencia civil para la sobrevivencia.
2	Consomoc	Nini Yohana Luna Becerra	En nombre de mujer.	Martha Pedraza, mujer líder de los recicladores en Pamplona en los últimos quince años.	Reconstruir la historia de vida una mujer líder, que sirva como ejemplo de vida a otras mujeres y organizaciones.
3	Consomoc	Nini Yohana Luna Becerra	Rosalba con el cielo pegado a las espaldas.	La dignidad vale todo: la lucha de Rosalba la enfrenta a todas las inequidades sociales: la de la guerrilla, la de los paras, la de las organizaciones gubernamentales para desplazados, la de sus nuevos vecinos.	Documentar la lucha por la dignidad de la mujer colombiana.
4	Cordepaz	Roberto Sanabria	Es mejor pan que coca.	El conflicto, lo ilícito y la reconciliación desde la perspectiva de un panadero y su hija, que habitan los territorios del narco.	Recopilar la historia de padre e hija que sobreviven al conflicto, a pesar de que han visto pasar la bonanza cocalera, la zona de distensión con las Farc y el proceso de paz con los paramilitares.
5	El Alcaraván	Álvaro García	Los rumores del tubo.	Ante el miedo, “venga para acá y le digo una cosita”, y nace el rumor, y todo lo real se transforma.	El valor y la incidencia del chisme “de seguridad” en un entorno de guerra.
6	Huipaz	Nyria Ramírez John Fredy Nagles	Organizándolo todo.	Testimonio de Sabulón Callejas, un hombre campesino que lidera una organización productiva y cultural, como estrategia para sustituir los cultivos de uso ilícitos en la vereda El Colón del municipio de Algeciras, Huila.	Reconstruir y visibilizar la historia de un líder campesino que nació para la organización.
7	Universidad Sur Colombiana	César Useche	Las historias de un anti-héroe.	La vida, el trabajo comunitario y el pensamiento de Ricardo Cantor Laguna.	Investigar, documentar y escribir la biografía, la síntesis del pensamiento y el recuento de la experiencia de trabajo político, social y comunitario de Ricardo Cantor Laguna, como aporte al aprendizaje colectivo.

8	Magdalena Centro	Milena Quintero Sandra Ahumada	Droga eres y en drogas convertirás.	Historia de una familia fundadora de un barrio, que cae en el negocio de la droga y la droga los termina devorando.	Contar la historia de una familia como pioneros del Barrio C..., y de cómo el negocio ilícito de la droga se convierte en pan y luego en destrucción de familia y barrio.
9	Universidad Autónoma de Manizales	Darío Ángel	Visita a la realidad.	Transformaciones en la historia de vida de jóvenes universitarios que pasan por la cátedra y vivencia del laboratorio "paz y competitividad".	Explorar la incidencia del Programa Paz y Competitividad de la UAM, en la historia de vida de jóvenes que pasan por la universidad y al acercase a la realidad municipal optan por orientar su trabajo hacia el desarrollo regional sostenible.
10	Universidad del Llano	Alcira Carrillo Cristóbal Lugo	Mujeres guerreras de paz.	Historias de vida de doce mujeres, madres cabeza de familia, habitantes del sector de Las Palmas, barrio Porfía, municipio de Villavicencio, caracterizado por altos niveles de delincuencia.	Reconstruir las historias de vida de mujeres amas de casa que se convierten en líderes.
11	Universidad Sur Colombiana	Miller Dussán	Historia poco oficial.	Las víctimas tienen voz de resistencia y creatividad.	Identificar, recopilar y narrar la historia de las víctimas de la violencia en el departamento del Huila, desde 1964 hasta hoy.

Nos pusimos tareas y comenzó la experiencia...

Y con estas historias salimos felices y armamos proceso y creímos comer perdices... Así hicimos el plan de acción (¡cómo nos gusta planificar!):

	COMPROMISOS
1 mes	- Entrevistas iniciales - Estructura de la(s) historia(s)
15 días	Retorno con comentarios
15 días	Borrador de historia
15 días	Retorno con comentarios
1 mes	Talleres de asesoría regional
Diciembre 30	Entrega de historia
FEBRERO 2007	ENCUENTRO NACIONAL DE NARRATIVAS
MARZO 2007	PUBLICACIÓN

Pasó el tiempo y no llegaban las historias, entonces nos dimos cuenta que hay que acompañar y motivar más, generar procesos de autoestima narrativa. Se decidió realizar dos talleres en las regiones para motivar e impulsar la producción de las narrativas. Nos juntamos en Montes de María, Bolívar, y en Rionegro, Antioquia. El resultado: más historias y más entusiasmo. ¡Ayyy, cómo es de bonito contar! Y cuando es diseñar historias ahí todos tenemos qué decir. Lo duro es el oficio de narrar... de pasar de la sinopsis al contar en extenso, a ganar los detalles, a pensar el punto de vista, el modo del relato, los usos del lenguaje, la estructura narrativa. Y teníamos nuevas historias:

FUNDACIÓN RED DE DESARROLLO Y PAZ DE LOS MONTES DE MARÍA				
	MUNICIPIO	TÍTULO	TEMA	OBJETIVO
12	Chalán Carmen Lucía Castaño	Músico por siempre.	Historia ejemplar de cómo el gusto por la música no lo dejó caer en la guerra. En Arroyo Grande, el sitio La Tina, allí comenzó todo, y terminó con la Banda 21 de diciembre.	Demostrar cómo se ha resistido a los grupos de para-poder por puro amor a la música.
13	Ovejas Laura Suárez	Da risa verlo.	Historia de una comedia. Anda en silla de ruedas pero verlo da felicidad. Joven inválido que nunca fue al colegio. Durante veinte años no salió de casa. Hoy es el programador de la emisora, el sabio del pueblo... Y todo porque la radio lo salvó.	Documentar cómo una oportunidad cambia la vida.
14	Italia Samudio San Antonio Palmito	El privilegio de ser indio.	Historia de paciencia. En Ovejas, Sucre, una finca se recuperó. Una parte fue a los campesinos, otra a los indígenas. Unos fracasaron, otros triunfaron.	Visibilizar el proceso de fortalecimiento del tejido social en Ovejas, Sucre, a partir de las voces de sus protagonistas, una comunidad indígena.
15	Laura Suárez Montes de María	Muerte al aire.	Historia del hablar. Luego del sonido estruendoso de un par de disparos que trasmitió el programa de las 10:00 a.m. por Innovación Estéreo, los/as habitantes de San Juan Nepomuceno, un municipio en los Montes de María colombianos, entendieron que “los muchachos” enviaban mensajes sin rodeos de lo que su mandato en el territorio significaba. No aceptarían los cuestionamientos públicos.	Documentar cómo silenciarse no es posible en medio del conflicto.
16	Jenny Pacheco Montes de María	¡Ay, qué lección!	Historia de una tragedia. Lo que sucedió le marcó la vida. Relato de un niño de siete años secuestrado por una venganza contra sus padres, y sobre cómo lo intercambiaron por un tío que sería asesinado.	Documentar la barbarie del guerrero.
17	Eliana San Onofre	Los ojos verdes.	Historia de un mito. Leo nació con los ojos verdes porque se iba a quedar ciega; y de ciega se convirtió en la mujer del palo de mango y de las historias para los niños.	Documentar cómo no todo es como lo pintan en Colombia.

PRODEPAZ, ANTIOQUIA				
	MUNICIPIO	TÍTULO	TEMA	OBJETIVO
18	Amor Asociación de Mujeres del Oriente Antioqueño	Historia de amor.	Una telenovela: antes vivían en la buena porque los maridos traían todo a casa, llegó la mala con la guerra y se llevó a los hombres. Ahora están en las más buenas porque se juntaron, son más de cinco mil, y no necesitan a los hombres.	Documentar una experiencia exitosa de organización campesina y femenina y todo con amor.
19	Gladis Toro	El encantado de la paz.	Ubaldo, sin saberse cómo, ha sobrevivido y ha negociado con todos los actores del conflicto.	Presentar un héroe comunitario que aunque pierde siempre triunfa.
20	Emiro Marín Carvajal	Llegó el progreso.	Demetrio Galeano, “El Ateo”, fue asesinado por el llamado progreso: la inundación de Guatapé.	Denunciar los modos como el progreso-violencia llega a este país.
21	Nicolás Molina Sáenz	Vida de mujer.	Fortalecimiento organizacional y resistencia civil en el Oriente Antioqueño.	Recopilar y documentar la historia de Luz Adriana Gaviria, líder de Asofrutas, en el Oriente Antioqueño, como ejemplo de resistencia civil ante los actores armados.
23	Observatorio de Paz y Reconciliación	Crónicas de viaje.	Se repite el camino de un explorador alemán que pintó la fauna y flora antioqueña. La realidad es tremenda: ya no queda nada, todo lo arrasó el progreso o la guerra.	Hacer crónicas del pasado para entender el presente.
24	Instituto de Estudios Regionales Universidad de Antioquia	De la mano de Dios a la nueva vida.	Comunidades desplazadas del Chocó que llegaron a Medellín, al barrio La mano de Dios, y de ahí pasaron a “la nueva vida”.	Documentar el proceso de desplazamiento y desarraigo de una comunidad afro.
25	Observatorio de Paz y Reconciliación	Viviendo de ilegales.	El progreso no ha llegado. La luz no existe. El pueblo vive de la coca.	Denunciar cómo, sin presencia del Estado, todo es sobrevivencia... ilegal.
26	Nicolás Molina	En busca de la paz.	Cofuturo: Espacio de catarsis para sus miembros.	Reconstruir la historia de Cofuturo, proyecto productivo del Oriente Antioqueño, que trascendió como alternativa económica, para convertirse en un espacio de reconciliación y apoyo mutuo.
27	Reinaldo Hernández	Volver a empezar.	El Peñol. De cómo una organización conduce procesos para volver a empezar, después de que fue inundado el pueblo y las instituciones abandonaron a la gente.	Mostrar cómo la organización de los campesinos existe para sobrevivir.

28	Henry Édison Patiño	Renacer un domingo en medio de la guerra.	La organización de productores de fruta (mora y tomate de árbol), que llega a la quiebra en medio de un contexto de desorden público, logra resurgir con el objetivo de vencer el miedo a los paras y el hambre.	Documentar cómo el miedo puede producir organización social.
29	Sonia Pabón		Viva de milagro y por los Derechos Humanos. Historia de Islena Rey Rodríguez, única sobreviviente de los defensores de DDHH en el Meta.	Socializar una historia de lucha y fe en los Derechos Humanos.
30	Guillermo Osorio Orozco	Entre La Ceja y Abejorral.	Antonio Gaviria, un líder campesino, promueve el desarrollo de su vereda. Sin embargo, los políticos locales se apropian de su gestión.	Denunciar el abuso de los políticos con el trabajo de la gente.
31	Miriam Bedoya	Diálogo y fe.	Es la historia de la organización, donde se destaca la labor del obispo Calle, que reúne a muchas organizaciones y empresas.	Presentar el papel de la iglesia en los diálogos con los grupos armados y para la convivencia.
32	Ana María Muñoz	Barbarie pública.	Es la historia del INER, Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, a partir del asesinato de su fundador.	Documentar la vida de un gestor de paz, y de una idea para evitar el olvido.
33	Javier Moncayo	Barranca, lo más lindo del mundo.	De cómo la guerra llegó y se nos metió en la vida: testimonio.	Documentar los modos como nos volvimos guerreros.

Y teníamos 33 historias posibles, factibles, diseñadas, y que cumplían con nuestro Manual de Criterios para contar. La gente tenía qué contar y quería contar. Lo mejor es que muy pocas hablaban de victimarios, guerreros o víctimas sufrientes. Todas dan cuenta de un país que sobrevive con dignidad, que ha hecho de la reconciliación su proyecto de vida, que quiere contar sus modos de estar vivos. Eso es ya un heroísmo.

[Paso 4]

Y las narrativas y los que las contaban fueron a la universidad

De 33, llegaron once historias. Y fuimos muy felices. Trabajaron muy duro los mediadores-productores de las historias. Versiones iban y venían. Acompañamos directamente a las comunidades. Se llegó el 23 marzo, y en la Universidad de los Andes se realizó el seminario “Narrativas del conflicto, la reconciliación y el perdón”. Lo mejor fue que hablaron las historias y sus protagonistas, y los académicos, asesores y gestores oímos. Aprendimos de la dignidad del que habita entre guerreros, admiramos su fuerza para no caer en la tentación guerrera, y aprendimos afectivamente que hay

mucha gente en este país que, más allá de nuestro discurso bogotano, hace la paz en vivo y en directo. ¿Qué pasó en el evento académico cuando la gente habló y los profesores oyeron?

Vimos y oímos a don Sabulón Callejas (protagonista) y Nyria Ramírez (mediadora) documentar que hay personas a las que no les gusta estar quietas. Uno de ellos es don Sabulón, quien de joven caminaba ocho horas para visitar a su novia, ya de viejo le apostó todo a la amapola, y hoy lucha para no sembrarla más. ¿Cómo pasar del comercio de amapola a la venta de cebollón? En una vereda de Algeciras, Huila, don Sabulón dio inicio al grupo Gavana, para asociar a ex amapoleros de la región que quisieran vincularse con los cultivos legales.

Asistimos a la valentía de doña Islena Rey, quien nos dijo que “en 1990 éramos treinta. En el 93, fuimos diecinueve. Un año después, doce. A partir del 96, sólo quedaba yo”. Islena Rey, a quien la Comisión Interamericana de Derechos Humanos llamó en sus sentencias “la sobreviviente”, nos contó su testimonio de cómo fue, durante diez años, el único miembro del Comité Cívico por los Derechos Humanos del Meta.

Germán Cuesta hizo de periodista, para de oídas contar los rumores que crean el miedo en una guerra dura en Arauca: “Y ese capitán no disparaba ni un tiro, mataba con el abrazo de la muerte... Y hay un monje que se está apareciendo... Y que seguro el lunes hay paro... Y que en ese carro hay una bomba”.

La *verraquera* de Viviana Palacios, quien, junto con Roberto Sanabria, su productor de historias, nos demostró que es duro vivir y resistir estando en medio del conflicto. Ella contó que la familia es una de las víctimas del conflicto armado colombiano, pues la violencia y la necesidad de subsistir tienden a desintegrarla. A pesar de vivir en un contexto de guerra, don William, padre de Viviana, logró mantener unida a su familia porque nunca mezcló pan con coca: siempre se dedicó al pan.

Desde Norte de Santander Rosalba protagonizó la dignidad, y Nini Johann Luna nos relató cómo esta mujer luchó incansablemente para encontrar a su hermano desaparecido, y por el derecho a una casa digna. Aunque la guerra le ha arrebatado casi todo, Rosalba nunca dejó que le ganara su honor.

Desde Caldas, Sandra Ahumada y Milena Quintero nos trajeron una tragedia... Un barrio fundado a machete heredó su nombre de otra guerra que se libraba a miles de kilómetros de distancia. Doña Dolores, una de las fundadoras, narra la historia del barrio, al cual, por ganarse pa’ la comida, llegaron las “papeletas” y se llevaron todo, hasta sus hijos.

De Antioquia llegó la vitalidad de Luz Adriana Gaviria contada por Nicolás Molina, dándonos una prueba de que la mujer que dirige la morera no sabe cómo cultivarla, pero sí sabe que solo organizados se derrota a los violentos. Seducida ella y su organización por grupos al margen de la ley, decidió que la vida era más jugosa con la legalidad.

Gladis Toro nos trajo a Ubaldo, la leyenda, para contarnos cómo ha hecho para pasar por todas las guerras y salir ileso y confiado en el futuro de paz.

La barbarie de esta guerra fue relatada con magistral contundencia por Jennifer Pacheco, de Maríalabaja, quien nos contó cómo “iba para la escuela, se lo llevaron por un año, solo quería ver a su mamá, luego oyó a su tío, quedó libre y comenzó la tragedia”. Retrato de la situación que viven las familias de los cinco mil colombianos secuestrados.

Y la historia de cómo fue que un sano se convirtió en violento, en versión de Javier: “Bueno, hermano, esa vaina del Carmen empezó más o menos en 1982, en una época en que la guerrilla andaba matando gente *verracamente* por los lados de San Juan Bosco, La Verde...”. Una historia de cómo un día uno se acuesta ciudadano y al otro amanece paramilitar.

[Paso 5]

¿Y cómo seguimos?

Se nos prendió el entusiasmo y muchos más en las comunidades quisieron hacer parte de esta red informal de historias llamada la Iniciativa para el Fortalecimiento de la Sociedad Civil en Colombia. Llegaron la Fundación Avina y Facing History, porque querían contar y hacer uso de las historias. Nuevos Programas de Desarrollo y Paz buscaron hacer narrativas, y los que ya habían participado quisieron hacerlas parte de su estrategia cotidiana de intervención social. Otras Fundaciones Petroleras se dejaron cautivar por los *Rumores de Tubo* y decidieron también sumarse al proceso. Y los que producimos las historias buscamos nuevos sujetos, otros procesos y, sobretodo, diversificar los modos de contar. Así que decidimos continuar aprendiendo historias de la gente para intentar comprender mejor cómo es eso de reconciliarnos con dignidad. Lo que necesitábamos hacer era contar de todas las maneras. Y la clave del contar es poder relatar de múltiples formas y estilos, y ritmos y tonos. Seguimos buscando narraciones pero esta vez quisimos incursionar en nuevos géneros, y cómo resultado nos encontramos con: nueve narrativas personales, dos relatos colectivos, dos testimonios de gestores, dos historias temáticas y una crónica de viaje.

Volvimos al terreno. Si los pasos anteriores nos sirvieron para entender cómo narrar con las comunidades, esta etapa nos permitió hacer avances importantes en la apropiación de las narrativas dentro de las actividades cotidianas de las organizaciones.

(i)

Fuimos al sur del Cauca con el equipo de Asopatía, y nos gustó tanto que un mes después regresamos para terminar lo iniciado. Constanza Kahn, directora de

comunicaciones de la organización, quien participó en la etapa anterior construyendo algunos bosquejos de historias que no pudieron concretarse, llegó con algunos escritos sobre cultivos ilícitos que se materializaron en *Lo que la coca nos dejó*; además, nos invitó a contar el proyecto en sus talleres de radios comunitarias, y pudimos tomar fotos de la laguna de La Magdalena y participar en un ritual Yanacona. Produjimos tres talleres sobre narrativas en los que participaron miembros de comunidades indígenas y campesinas. Y a contar se dijo...

(ii)

Con el entusiasmo por los relatos recibidos, nos fuimos para La Dorada y recordamos *Tiempos Difíciles*, la serie de televisión que mostraba a los estudiantes que se van a despertar su vena social en el calor de la tierra colombiana, y se quedan enganchados en un amor de vereda. La Corporación Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Centro, nos invitó a oír las historias de los integrantes de radios comunitarias de la rivera del Magdalena, y nos permitió hacer parte de un ciclo de capacitaciones para los futuros reporteros de la región.

(iii)

Volvimos a Arauca para pasar con la Fundación El Alcaraván de los *Rumores del Tubo* a las *Historias del Silencio*. Todo comenzó porque una de las participantes dijo que se “vive de contar el cuento”, y otra que “ya todos conocen”, y así poco a poco se sintió que “somos hijos de las historias que no contamos”. El grupo era pequeño, la mayoría mujeres. Una de ellas había gastado cuatro horas para llegar, primero en bicicleta, luego en lancha, y finalmente en bus. En su comunidad, una isla creada por el río Arauca, una ciclovía que la rodea es la vía de transporte. En estos lados del Arauca vibrador, ya conocíamos el rumor como arma de guerra. Ahora, encontramos las historias del silencio como estrategia de sobrevivencia.

En el taller todos se entusiasmaron y las historias fluyeron, pero a la hora de pasar al papel los relatos quedaron en el anonimato y se esfumaron en el viento. Era de esperarse, no eran más que historias del silencio.

(iv)

Volamos hasta Ibagué para recordar que en Colombia lo cercano, muchas veces se nos aleja. Después de interminables horas de viaje, los participantes se presentaron y hablaron de que se sentían mal comprendidos. Ellos y ellas representaban a los treinta mil desplazados que hay en el Tolima. Solo querían saber de apoyo en tierra, dinero, casa... querían Estado, y ellos ponían las ganas... Se quejaban de la falta de unidad de los desplazados, de lo duro de convivir con quien no se conoce, de la envidia

como otra forma de violencia, del clientelismo político, de la desidia del Estado, de la ignorancia de los funcionarios, de las promesas incumplidas... De que hay que cambiar los modos de pensar del desplazado...

Nosotros lo único que teníamos para ofrecer era la escucha de sus historias... Hablamos del narrar para la identidad y la reconciliación, para encontrar un lugar en el mundo... Y comenzó tímidamente el habla de ellos y ellas, y la escucha nuestra... Así, uno a uno fueron contando lo que sentían que querían decir, o que, se imaginaban, nosotros queríamos escuchar... Y poco a poco se fue llenando el salón de dolores y rostros de tristezas, y fue surgiendo una solidaridad basada en el hecho de que todos se parecían pero cada uno era único, cada uno tenía su dignidad puesta en su historia propia... Fueron escuchados y el tiempo se acabó, y la gente sintió que contar era parte del cuento de salir adelante.

Muchas historias nos sirvieron para pasar el día, el taller y la pena. Muchos relatos permitieron que las víctimas de las violencias en Colombia tuviesen un oído. Tanto en Arauca como en el Tolima se generó solidaridad afectiva entre los que contaban. Después siguió la conversa y la ilusión. Se sabía que había injusticia por todo lado, lo que no era claro es que había tantas vivencias de dignidad y futuro. Por lo menos, en los talleres alguien los oyó y hubo lágrimas y hubo sonrisas y hubo un descanso en la desazón de sobrevivir. Las historias apenas están insinuadas, están en la vitalidad de la oralidad primaria, en esa oralidad a la espera de un productor entusiasta que colabore para convertirlas en historias contadas en extenso, y con disenso y tonos propios. ¡Hay mucho qué contar!

(v)

Más Fundaciones Petroleras se entusiasmaron. La Fundación El Amanecer en los llanos del Casanare, nos invitó a hacer un taller de narrativas con beneficiarios de sus programas de microcrédito. Sí, microcrédito. No había trabajo de comunicaciones, ni camino recorrido en lo social. Los asistentes se incomodaron y no sabían cómo reaccionar ante una periodista, que grabadora en mano, leía los *Rumores del tubo* y les hablaba de la importancia de narrar para contar, perdonar y construir la paz. Con dudas y suspicacias, al fin la oralidad triunfó. Y se contó. Todos tenían algo que contar desde el corazón petrolero de Colombia...

Y bueno, había historias desde donde pensar y significar el conflicto, para contarse como sobrevivientes, para mirarse y reconocerse en los versos de los otros. Pero y... ¿Eso para qué les va servir si lo que necesitan es microcrédito para sobrevivir mejor? ¿Y cómo acercar la narración al microcrédito? Por ahora, estas historias y este taller sólo han servido para la autoestima, para pasarla bien un rato, conocer a los otros y sentirse útil y necesario para la vida. La narrativa da mucho crédito pero... De sentidos. Y eso ya es mucho.

(vi)

Luego llegamos a lo experimental. Invitamos al animador y maestro de la Escuela Audiovisual Infantil Belén de los Andaquíes (<http://escuelaaudiovisualinfantil.blogspot.com/>) para que viniera, y con su experiencia de producir historias con lo que haya en la comunidad, hiciera un taller en busca de narraciones con una población diversa del Magdalena Centro. Todos se juntaron en La Dorada. Y este fue el cuento de lo que pasó, en versión de Alirio González, el profe:

Lunes 7 – Belén – La Dorada

El vuelo estaba anunciado para las doce del día y salió a las tres de la tarde. A las cinco y media estaba en Bogotá, tomando una buseta para llegar a Chapinero, a casa de Omar Rincón. Salimos a las ocho de la noche con un conductor que no era el esperado, y que llegando al alto del trigo entre Villeta y Guaduas, conversando de la serie “El cartel de los sapos”, dijo: “el día que maten al director se acaba El cartel”. Allí nos dimos cuenta que estaba dormido y estábamos encaramados en el terraplén de una alcantarilla. Aprendimos cómo se guía el paso de vehículos en una curva, acompañando a la mujer que gira una paleta con las órdenes siga y pare, y se comunica mediante una señal de pito con su compañero de trabajo, en el extremo de la obra, que le contesta con una linterna cuando ha dado paso a los vehículos que vienen subiendo. Algunos vehículos se les vienen encima, y cuando ella se duerme en medio del frío es despertada por el pito de las tractomulas a punto de estrellarse. A ese ritmo llegamos a la una de la mañana al hotel el Mesón en la Dorada. La cita es para el martes a las siete y media en el restaurante del hotel.

Martes 7 – Buscando historias

Entramos a las oficinas del PDPMC (Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Centro), conversación informal con Nashari, el coordinador de comunicaciones, Felipe, el técnico audiovisual, y el periodista. Mientras tanto llegan los jóvenes líderes de los grupos juveniles del PDPMC, y con ellos don Héctor Almanza y su esposa. Conversación informal con Nashry Zahgui Arib-Ah-Rib Agudelo, el coordinador de comunicaciones y Andrés Felipe Zenteno, el técnico audiovisual y periodista gráfico. Mientras tanto llegan los jóvenes líderes de los grupos juveniles del PDPMC, y con ellos don Héctor Almanza y su esposa.

Contar historias es el oficio. Mejor, contarlas como queramos, como mejor nos suenen. ¿Cómo hacerlo? Un par de secretos: no quedarse con la primera versión de la historia, preguntar por “el entonces”, y qué nos va dejando el cuento, y cuál es la historia. Ella solita se va contando, claves que comparte Omar Rincón con los participantes del taller. De la teoría se salta al escenario. Aparece la historia del incendio en el corregimiento de La Danta en Sonsón: “un almacén del parque se incendia, los

vecinos se unen para apagarlo, para que no invada las casas aledañas... El último que llega es el dueño". Vienen las preguntas: ¿de dónde sale el agua para apagar el incendio? Entonces aparece la ducha de una casa vecina a la que le han conectado una manguera. ¿Y el oficio de los niños? Llenar baldes de agua para entregárselos a las mujeres, y éstas, en cadena, a los hombres que le hacen frente a las llamas. ¿Que había en el almacén? Cosas de tienda de pueblo. ¿Qué pensaban? Que era una toma guerrillera y por eso sonaban explosiones a la lata. ¿Y al final qué fue? Un cortocircuito, las explosiones eran de las botellas de aguardiente, que con el fuego explotaban. La historia queda ahí... Omar y Natalia, los teóricos, se despiden para regresar a Bogotá. Jhonier Franco analiza la visita, luego dice: "ese *cuchito* vino, echó un cuentico, nos dejó con las dudas y se fue". Yo creo que los dejó con las ganas de contar.

En la tarde empezamos por grupos a narrar historias, las que cada uno recuerde y que haya sido partícipe o espectador. Surgen las historias de los miedos a lo sobrenatural, y el humor que originan la ingenuidad y afanes de las comunidades. Cada grupo se decide por uno de los relatos compartidos y empieza a escribirlo. Se requiere dejar de lado los adornos y adjetivos, y narrarlo como lo haría un campesino: "directo al grano"; pelearse en el grupo por los adjetivos calificativos y adornos que pretenden darle fuerza a la historia. Es un debate donde los verbos se imponen.

Escribir la historia es lo primero, decidir luego en qué formato queremos publicarla o narrarla: audiovisual, fotografía, dibujos, radio, lo que venga. Conclusión: lo difícil no es el formato o la técnica, lo complicado es tener historia.

Cinco propuestas se acuerdan en el grupo: el incendio, los chuzos de Chaguaní, Villa Cuchillo, la misteriosa aparición en Puerto Triunfo y la Chiva de Samaná, y la casa fantasma. Cuando pregunto el por qué de esas historias escucho de nuevo una de las cantaletas de los colombianos: "somos mucho más que historias de guerra y droga, necesitamos contarnos de otra forma". Frase nada novedosa, un afán por contar el país desde sus actores.

Miércoles 8 – Corridotango

Empezamos a tomar partido por el cómo poner en escena los relatos: haber visto las películas de los niños de Belén parece influir en el grupo, y deciden tomar el camino del dibujo, la fotografía y la animación para narrarlas. El ejercicio apunta a que estas historias se entreguen a sus dueños en el encuentro de pobladores que se realizará en Guaduas en noviembre.

Hojas y marcadores van y vienen, grabaciones de audio contando y leyendo mil y una veces la historia. Nuevos cruces y huecos le aparecen a los textos. Cada grupo se dedica a trabajar las preguntas que aparecen sin descanso.

En la tarde, cada persona regresa a su municipio. Tendremos que empezar el trabajo en el terreno de las historias. El jueves en La Dorada, en casa de Jhonatan, la

historia de la Chiva; el viernes en Puerto Triunfo y el sábado en Puerto Boyacá. Jhonier muestra su faceta de ilustrador y cantante de corridos, que suenan a tango a la hora de grabarlos. Quiere que su cuento sea cantado e ilustrado. Finalmente, queda una fusión de corridotango, narración de locutora y cierre con Rap hecho por Jhonatan.

Jueves 9 – Los máquinas

En el ejercicio de hacer pública una historia solemos salir corriendo cuando aparece el aspecto técnico; nos declaramos impedidos para contar porque no manejamos determinada herramienta, o culpamos a los altos costos de la producción audiovisual. Y terminamos por dejar las historias volando como fantasmas.

En casa de Jhonatan, además de su computadora, Felipe instala la que ha traído de casa y comienza el primer ejercicio, darle movimiento a los dibujos del grupo de Jhonier, y a ordenar los sonidos. En este caso la presencia de los dos es el mejor apoyo de complementariedades que encontramos en el taller.

Animaciones en flash van y vienen, edición final de audio, ordenar escenas en líneas de tiempo. Ahí quedó el día, compartiendo herramientas y compromisos de terminar las animaciones de “la Chiva de Florencia a Samaná”.

Viernes 10 – Dios mío, ¿por qué no me hiciste caso?

Héctor Almanza y su esposa Gloria nos esperan al frente de la iglesia de Puerto Triunfo. La misión es contar en fotografía el recuerdo de una noche de pesca en Rioclaro. Previamente han preparado, con la Asociación de Pescadores, la logística para contar la historia: actores, canoa, motor, atarrayas. Héctor ha decidido que su historia será contada con fotografías en el lugar de los hechos, en Rioclaro, su sitio de pesca. La noche anterior llovió fuerte y el río está crecido, las playas están cubiertas de agua y don Héctor se desespera. Con Felipe le decimos que tranquilo, que en otra playa podemos hacer las fotografías. Pero él quiere que las fotos sean de su río. Solo atina a decir: “Dios mío, ¿por qué no me hiciste caso?”. Buscamos una playa en el río Magdalena y hacemos las fotografías de la extraña aparición. La felicidad es total; ahí es cuando nos cuenta que junto a su familia están tomando talleres de teatro y espera llevar sus vivencias de pescador al escenario. Felipe habla del proyecto de escuela de cine y descubre dónde empezar a filmar las películas de los pobladores del Magdalena Centro.

Sábado 11 de Octubre – La casa fantasma. Puerto Boyacá.

Cristian está en un ejercicio de oración cuando sale de la iglesia y se sienta con nosotros en el parque, a revisar el texto que había iniciado en el taller. Le hace algunos ajustes, quiere que suene dramático. Luego graba el audio de su historia y vamos al

barrio de La Bocana, donde está la casa fantasma, un laberinto de calles, con casas a medio construir llenas de música y colores, con miradas que intentan hacerse un juicio de los dos extraños que caminan por el barrio. Algunos saludan a Cristian. Salimos del barrio y de nuevo en el parque empezamos la jornada de ilustrar las escenas. En una cafetería, Cristian se concentra en dibujar la casa y los actores de su historia. Con Felipe acordamos que este es un nuevo escenario de historias para su escuela de cine de Pdpmc. En la tarde vamos al puerto y un amigo se une a Cristian en sus ejercicios de dibujo, mientras hablan de hermandades y nacimientos espirituales.

De regreso con Nashari, comentamos las historias, los métodos y lo que sigue en los talleres de narrativas. En conclusión, hay que buscar las historias, salir a pescarlas en los escenarios: en el río Magdalena, en Puerto Perales, en la laguna en Samaná, en los parques. Contar para sentirse región.

El ejercicio apenas empieza, el compromiso compartido está en la posproducción de las historias, en los formatos acordados con el grupo. Felipe continuará con Jhonatan los ejercicios de edición de las historias, apoyados por Alirio desde Belén de los Andaquíes y conectados por internet. Las historias deben estar listas para ser compartidas el 20 de noviembre en el encuentro de pobladores. Todo un proyecto...

¿Y todas estas historias, dónde se pueden leer o contar?

En donde juntamos todo: www.desdeadentro.info [historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia]



NARRATIVAS PERSONALES

1. Es mejor Pan que Coca.
Viviana Palacios.
2. “Mi dignidad, mi dignidad vale más que todo lo que se perdió”.
Nini Yohana Luna Becerra
3. Maldita no es la Flor...
Sabulón Callejas. Ortega,
Sistema de Comunicación para la Paz Nodo Huila
4. Hay que amar la vida, pero también la muerte.
Islena Rey
5. Ubaldo habla de Ubaldo.
Ubaldo Hidalgo
6. Mi historia de mi destierro.
Olga María Parra
7. Aún no logro comprender.
Jennifer Pacheco
8. Se le tiene anotado el parte.
Javier Moncayo
9. La ilusión millonaria.
Arsenio Samanate
10. Una falsa ilusión.
Edwin Robert Caldón Fernández
11. ¡Pilas, civil! Carmen
Lucía Castaño
12. No olvido a mi Chocó.
Carmen Lucía Castaño
13. Pescadores en Puerto Triunfo (Una visión inolvidable).
Héctor Almanza (video en animación)

Es mejor pan que coca

Viviana Palacios (La Julia, Meta)

Producción de historia: Roberto Sanabria

La familia es una de las víctimas del conflicto armado colombiano. La violencia y la necesidad de subsistir tienden a desintegrarla. Esta es la historia de un hombre que nunca mezcló pan con coca: siempre se dedicó al pan. A pesar de vivir en un contexto de guerra, don Guillermo logró mantener unida a su familia. Patricia narra su vida de la mano de su padre.

Patricia... El pueblo

Nuestra familia siempre ha estado en frente o en medio de guerrilla o paramilitares. En los lugares donde estuvimos antes la guerrilla no era la autoridad. En La Julia, sí. El primer hecho violento que vi fue un día que pasaron unos guerrilleros con un muchacho, le tenían tapada la cara con una bolsa con camuflado y lo llevaban amarrado; tenía saco negro y botas como del Ejército, no de caucho. De él no se supo nada, pues todo el mundo trabajaba con el silencio. Se miraban y se asombraban, pero no decían nada. Ahí fue cuando me di cuenta de que en verdad mandaban.

La Julia es un pueblo más grande que Peñas, donde vivíamos antes, y se veía más la plata en ese entonces. Para uno entrar tenía que tener permiso e ir recomendado de alguien; para nosotros fue fácil porque mis abuelos estaban allá desde hacía muchos años y eran muy conocidos.

Antes de irnos mi papá nos reunió a todos y nos dijo: “allá funciona la guerrilla, les van a decir muchas cosas, de pronto a usted que es la mayorcita la van a enamorar, ojo con eso”. A mi mamá le pidió que le prometiera que no nos dejaría solas. “Si los van a invitar a coger un arma, que a una reunión, no van, me cuentan... Y si toca ir, pues van, pero conmigo”, nos previno.

Convencer a mi mamá del viaje no fue fácil porque estaba muy asustada. Mi papá le explicaba: “mire hija, la verdad es que tengo un negocio y estoy buscando la manera de sobrevivir para seguir educando a nuestros hijos”. Ella dijo que no. Al final mi padre se puso serio: “pues qué pena, pero si usted no se va conmigo entonces me tocará conseguir otra”. Al otro día mi mamá le respondió: “listo, nos vamos”.

Llegamos en el 97. El negocio que arrendó mi papá era una panadería. Nadie nos conocía, pero no fue difícil adaptarnos. Al llegar se ve el Duda, y al ver ese delicioso río uno como que queda encantado con él. El pueblo tenía una cuadra principal y unas ocho calles. Casi todas las casas eran de tabla. Había uno que otro negocio. La luz era de planta eléctrica y la ponían de 6 a 9 de la noche entre semana, al medio día una hora, y los fines de semana de las 10 a la 1 de la tarde, y de 7 a 12 de la noche para la parranda.

Para poder entrar la guerrilla primero lo carnetizaba a uno, y en ese tiempo recuerdo que exigían el examen de sida. La guerrilla no permitía la prostitución. Tenían multas por mal comportamiento: por ejemplo, si usted daba un puño eran trescientos mil. No se podía formar una pelea porque tenía que pagar una plata y encima trabajar gratis un poco de tiempo. A veces las personas tenían que durar hasta tres meses sin poder salir para que la guerrilla se confiara que no eran sapos.

El pueblo se movía bastante; los domingos salía la gente de todos los rincones y el movimiento era duro. Desde que nos levantábamos era venta pan. Manteníamos bien económicamente. Éramos los duros del pueblo, pues era la única panadería; además nos pusieron la administración de los carritos que salían para las veredas y hacían ruta, entonces yo despachaba los tiquetes, pan, dulces, gaseosa, en fin, y nunca aceptamos borrachos.

En La Julia la gente vivía de la coca. Los cultivos agrícolas como el plátano eran pocos. Además era muy difícil sacarlos por la pasada del río, pues había que pagarles a ellos. Lo que usted moviera y trabajara tenía que compartirlo con ellos. Así fuera una rifa, tocaba darles supuestamente un impuesto y ayuda para las vías. Ellos mismos compraban la coca para venderla a gente que venía de afuera. Entonces como el 90 por ciento de la gente cultivaba coca. La verdura llegaba los fines de semana. Entre semana uno se podía morir por una fruta. Nosotros comprábamos porque teníamos planta y podíamos refrigerarla.

Veíamos la coca como cualquier cosa. La guerrilla llegaba a la panadería y le decía a mi mamá: “vecina, hágame un favor, ¿cuánto me cobra por dejar esto?”, y dejaban a guardar paquetes que uno sabía que eran coca. Eso hacía que nuestro negocio fuera muy atractivo. Llegaban, y en la mesa, afuera, ponían la gramera y compraban y vendían coca. Imagínese, era como si usted fuera a comprar una libra de arroz, eso era normal. La gente no se extrañaba. Los guerrilleros le decían a uno: “venga niña tenga diez mil, tráigame tal cosa”. Así de sencillo.

Veíamos llegar grandes cantidades de plata, que las bajaban ahí en la panadería y se las pasaban a la guerrilla; a mi papá se las dejaron a guardar muchas veces. Él les servía, mas no se comprometía con ellos, y ese fue el punto de discordia más adelante.

Al negocio llegaban todos con plata, con cien, doscientos millones de pesos en una tula, y le decían a mi papá: “esto es para fulano, guárdelo ahí mientras viene”. Luego venía el fulano y reclamaba la tula. Hacían negocios como de secuestros, en los que llegaban personas a hablar con ellos y les decían: “a usted le toca dar tantos millones”. A mi papá eso empezó a parecerle muy riesgoso para la familia.

La guerrilla siempre pedía colaboración de la gente. Por ejemplo, cuando la toma de La Uribe en 1998, hubo enfrentamientos con el Ejército y a los hombres de las casas los reclutaban para ir a ayudar a pasar guerrilleros heridos y muertos en camiones, y los señores tenían que ir a ayudarles a arreglar los muertos.

Mensualmente se hacían reuniones para los hombres del pueblo, les hablaban, y luego tenían que ir a ayudar en los campamentos, a organizar y cosas así. A mi papá le tocó ir una vez y después nos dijo: “si usted va la primera vez, a lo último está ahí, no se da cuenta y después no se puede salir”. Por eso muchas veces se les escondía para no ir. Esa vez que fue, volvió llorando y diciendo que ojalá nunca tuviéramos que ir por allá, porque encontró una niña llorando y eso lo impactó y llegó mal a la casa. “Nunca se les vaya a ocurrir escuchar a esa gente”, nos dijo. Decían que allá cuando entraba una niña se tenía que acostar con el comandante primero.

Don Guillermo recuerda...

Muchos del comercio colaborábamos porque nos tocaba, porque era una orden, pero yo trataba de mantener la distancia. Un día nos invitaron a varios del comercio a un campamento y nos dijeron: “usted y usted, deben entrenar, deben hacer un curso de manejo de armas y estar preparados para esto y esto, para no sé qué más...”. Nos atendieron muy bien y regresamos de noche a la casa. Como al mes volvieron a reunirnos y nos dijeron que fuéramos a hacer un curso en otro departamento, y de ahí había opciones de ir a Cuba; viendo eso les dije: “miren, yo les colaboro en lo que esté a mi alcance, pero tengo mi responsabilidad, mi negocio, mi familia, y debo estar pendiente de ellos”. Ese día empezaron a hacerme a un lado.

Patricia... La seducción

Los guerrilleros eran persistentes. Al colegio llegaban y nos hablaban y decían que uno se tiene que organizar y claro, convencían a más de uno. En mi salón había pelados que hoy hacen parte de ellos. También había amigos que cargaban un arma. Por ejemplo, tenía dos compañeros de dieciséis y quince años que cargaban armas, y ellos lo invitaban a uno a entrar. A mí el primero que me invitó fue mi cuñado, el hermano de mi novio. Novios de niñez, de solo carticas. Alguna vez me lo insinuó: “mire Patricia, a uno le enseñan a manejar un arma, a cuidar el pueblo, a ver quién llega, eso es chévere, usted solamente va, y si le gusta se queda, si no pues no”. “Ah, pues bueno, un día de estos voy”. Sí ícómo no!, pensé.

Hacían reuniones en la cabaña, unas instalaciones muy buenas en medio de un monte, donde se dictaban los cursos y toda esa vaina. Tenía sus buenos salones, hechos de material y guadua, bien bacanos, como para incitarlo a uno. Estaba como a quince minutos del pueblo, después de la cancha de fútbol; uno se metía y encontraba el matorral bien escondido, yo creo que desde arriba no se veía, bien tapadito en el monte, con palmas y todo eso, bien limpiquito y todo.

Cuando estábamos haciendo la despedida de primaria nos fuimos a pedirle al que manejaba el pueblo en ese momento que nos colaborara para hacer una actividad; nos preguntó: “¿ustedes ya están organizados?”. Habíamos dos que no, el resto sí.

Le pregunté: ¿qué es estar organizado? “Estar en un grupo”, me dijo. Había varios combos bolivarianos, varios jóvenes que se encargaban de cuidar el pueblo y los empezaban a enseñar para después tener un buen defensor del pueblo, decían ellos. Le dije que claro, que nos íbamos a organizar, y entonces nos dio una ternera que luego rifamos.

A la panadería llegaban los guerrilleros y dejaban las armas ahí, a nuestra vista. A mi hermano le decían: “venga chino, mire, tóquela, está bien bacana, ¿sí o no?”, y también gastaban lo que uno quisiera.

Yo tenía once años cuando me mandaron como tres guerrilleros, bien buenos, uno de civil y dos uniformados; llegaban cada ocho días a conquistarme, me invitaban a bailar, y en la discoteca le echaban a uno el cuento de siempre: “me gustas mucho, usted es muy linda, yo la he estado viendo y si usted me quiere yo la quiero”. Que él me cuidaba, que me fuera con él, que eso era chévere, que eso lo trataban bien, que allá mantenían a lo bien, lo que uno pidiera se lo daban. Yo recordaba lo que me había dicho mi papá antes de irnos: “a usted la conquistan y usted de boba se va”. Entonces les decía: “no, pues tengo que pensarlo”. Los evadía. Mi papá nos había prevenido a todos.

Los amigos que sí se fueron, estudiaron conmigo quinto de primaria. A muchos ya los mataron. Otros están allá o no se sabe nada de ellos. Sé que tres están muertos. Cuando fue la toma de Puerto Lleras en 2002, vi a uno en la televisión, el primero que me incitó, mi cuñado. Lo capturó el Ejército. Fue un viernes por la noche que mi papá me dijo: “Patricia, mire a su amigo, lo pusieron a hablar”. Ahí le pusieron un alias, pero su nombre era otro.

Mi papá nos decía: “los van a empezar a llevar, los van a entusiasmar, y el que no tenga una base se deja convencer”. Eso fue lo que les pasó a ellos, incluso a un tío mío que se fue con ellos en ese tiempo, el hermano menor de mi papá. Hoy no sabemos de él.

Un día llegó un señor a la panadería. Pidió algo de tomar y le dijo a mi mamá: “señora, le digo una cosa, si este mundo tiene culo, este es el culo. Vengo viajando hace como quince días buscando a mi hijo”. Mi papá hacía pan y nosotras atendíamos cuando el señor miró pasar a unos guerrilleros, y arrancó a correr para adentro de la casa. Los guerrilleros lo vieron y se vinieron corriendo también; el señor iba corriendo y el guerrillero atrás le gritó: “¡Alto ahí hijueputa, se tira al piso o quiere que lo mate!”. Lo cogieron en la sala; el comandante lo tiró al piso, lo amarraron, le pusieron el pie en la espalda con el revólver en la cabeza y lo sacaron. El señor les decía: “no me hagan nada que yo no soy, no soy”, les gritaba y les lloraba; les decía “mano, yo no soy, hombre, yo vengo buscando a mi hijo”, y el otro le decía “qué va, usted es un sapo, yo lo sé, no sea hijueputa, no sea...”. Mejor dicho, todas las palabras asquerosas que pueden decir ellos. Lo sacaron amarrado, le dieron pata, puño, no

sé qué más le hicieron a ese pobre señor. Ahí delante de todo el mundo le decían “usted ya está muerto”, y lo sacaron del pueblo. En el cruce para ir a la finca de mi abuela lo hicieron cavar el hueco, lo arrodillaron, le metieron un tiro y lo taparon. Era un señor ya mayor, más o menos de cuarenta años, y tenía gafitas. Yo lo recuerdo bien, al pobre.

Viendo la situación, cuando iba a cumplir los trece, mis papás decidieron sacarme de La Julia y mandarme a estudiar a Granada.

Don Guillermo recuerda...

Patricia estaba estudiando, y para sacarla fue un problema porque cuando se iba nos cayó la guerrilla. Llegó un comandante y me dijo: “usted sabe que aquí no hay autorización para sacar los hijos a estudiar, porque vamos a hacer unos colegios y aquí mismo se van a educar”. Le dije: “hombre, qué pena con usted pero nosotros ya tenemos eso decidido, incluso ella ya tiene el cupo y todo en el colegio”. El tipo se puso furioso. Entonces le dije: “hable con ella, a ver qué le dice”. Cuando hablaron, Patricia me contó que le había dicho: “yo quiero capacitarme, y cuando lo esté podré servir, incluso a ustedes mismos”. El hombre viendo la situación dijo: “pues yo le aviso”; luego vino, y esa vez lo conocí, al tal comandante del frente 40, y me dijo: “ya hablamos con la muchacha y la orden es que salga a estudiar; esa nos ayuda más adelante”.

El negocio se fue vinculando con la comunidad; la gente, la guerrilla, los comandantes, llegaban tranquilamente. A veces me pedían ocho, siete millones en pan, y yo no lo podía hacer de un día para otro, entonces hablaba con la otra panadería: mano, necesitamos para mañana entregar tres o cuatro millones en pan, haga usted la mitad. Y duraba todo un día sin dormir, hasta dos días para entregar ese pan. Muchas veces estábamos sacando las últimas latas y ellos ya estaban en un carro último modelo esperando el pan. En muchas ocasiones llevaban el pan y me decían: “hermano, en unos días le tenemos la plata, fresco”. Llegaron a deberme ocho, diez millones, pero después me pagaban. Ya estaba yo bien metido en eso cuando llegó el comandante y me dijo: “hermano, usted tiene que hacer parte de nosotros”. “Ahí vamos viendo”, le dije. “No, es sí o no”, me dijo. No fue más lo que hablamos.

Una vez me mandaron a hacer tres millones de pesos en pan, después otros cuatro. Los repartí con el señor de la otra panadería. Me pagaron cuatro y me quedaron debiendo tres; le di la parte al otro panadero, entonces quedé sin nada prácticamente. Como a los seis meses, el comandante estaba en mi negocio.

–Comandante, necesito el saldo –le dije

–No cuente con eso, es colaboración para la guerra. Lo que pasa es que usted no está de acuerdo con nuestro movimiento y aquí el asunto es que las personas están con nosotros, o si no, pues se van

–Hermano, usted me debe una cuenta, es que a mí me toca aquí sudarla, he pasado noches en vela para poderles cumplir

–Mejor dicho, ¿sabe qué? Tiene quince días de plazo para que se vaya –me dijo ofuscado

–Hombre, pero no le debo nada a nadie, ni estoy metido en nada, yo me voy de aquí el día que quiera irme, además no tengo temor de nada

–Usted verá, lo cierto es que tiene quince días de plazo

No lo tomé en serio, pero me quedó sonando la cuestión.

Había un muchacho guerrillero de nuestra confianza, lo apoyábamos, entraba a la cocina y esculcaba las ollas. Un muchacho que quedó huérfano antes de meterse a la guerrilla. Un día llegó y desde que entró lo noté mal. Me dijo: “hermano, es que el comandante dio la orden de que cualquiera lo puede matar. Usted es mi gran amigo, yo lo aprecio, hermano, váyase”. No le creí, por eso insistió: “es en serio, si esto sale de la boca de los dos estoy en riesgo”. Ahí sí me quedé callado. Analizando toda esa situación me dije, “yo lo que estoy es metido en la vaca loca, lo mejor es emigrar”.

Le comenté a la mujer. Pasamos la noche conversando, y finalmente le dije que me iba y que ella se quedara manejando el negocio. Salí a las 6 de la mañana, iba con pantalón corto, tenis, un líchigo, una linterna, un anzuelo y unos panes. A la una venía llegando al caserío Muriba, cuando vi un carro que venía solo con el chofer y un pasajero; lo paré, iba para Granada. Le dije: “hermano, no le pare a nadie, yo le pago el expreso”. Llegamos a Granada casi al anochecer. Era el dieciocho de diciembre de 1999.

A los pocos días mi mujer le vendió la panadería a un señor que le dio una parte de la plata y el resto al mes. Ella se vino para Granada con los otros pelados. Se cumplió el plazo y ella fue por la plata, y el señor le dijo: “dígame a Guillermo que venga y yo le pago”. Entonces le dije: “mija, usted sabe que no puedo volver, esa plata se perdió”.

Patricia... Las coqueras

Salí de La Julia para un colegio femenino en Granada. En noveno la cosa se complicó, pues mis papás, que ya estaban en Granada, no tenían cómo pagarme la pensión, aunque mi papá me ayudó a conseguir los libros. Nunca olvidaré que fue en cicla con mi hermana a llevármelos desde Granada hasta el colegio, que quedaba bien retirado, en un maletín; se le dañó la cicla, pero allá llegó con los cuadernos. Al final del año mi papá me dijo: “mamita, no puede seguir estudiando allá, le toca salirse y estudiar a distancia”. Triste y todo, tuve que salir.

Tenía un novio. Estaba aburrida, pues me sentía como una carga para la familia. Él me propuso que nos fuéramos a vivir y acepté. ¡Fue un gran error! Quedé embarazada como a los cuatro meses de convivencia. Tuve mi bebé el 23 de enero del 2004.

Me fui con él a trabajar a La Jungla, área rural de San Martín, a administrar unas coqueras. Duramos diez meses por allá. La Jungla era un pueblito parecido a La Julia, con la callecita central y unas tienditas y restauranticos todos chichipatos. Allá conocí a los paramilitares, que se portaron serviciales, pues íbamos recomendados por el patrón. Para llegar allá se debe tener permiso y quedar registrado al entrar como al salir; las mismas estrategias de la guerrilla.

El trabajo consistía en arreglar las coqueras que estaban abandonadas, fumigarlas para el gusano, *desenrastroyar* y hacerle mantenimiento como a cuatro hectáreas. Cuando estuvieron buenas, se alistó la cogida. Yo me encargaba de cocinar para los *raspachines*.

Don Guillermo recuerda...

La situación para nosotros en Granada iba de mal en peor. Una vez tuve que ir a pedir huesos a la plaza, pues si un día tenía yuca no tenía plátano. Llegué a relacionarme con malas amistades y me emborrachaba seguido. Un día reaccioné y dije ¡no! Mis padres me enseñaron otra cosa y mis principios son otros, tengo que dejar esto, así me toque pedir limosnas o hacer lo que sea. Son muy buenas propuestas, pero siempre haciendo el mal; si yo me meto en esto, también voy a morir.

La guerrilla estaba en todas partes; en talleres convocados por la Pastoral había infiltrados de la guerrilla que se hacían pasar por desplazados.

En dos oportunidades estuvieron a punto de matarme los paracos. Me salvé porque nunca me encontraron pruebas de que de verdad yo hubiera sido parte de la otra gente. En una de esas oportunidades le dije a uno de ellos, lleno de furia: “en estos momentos soy capaz de matarlos o hacerme matar porque me han hecho una cosa y otra, me han humillado, han hecho de todo conmigo, y lo único que he hecho yo es servirle a la humanidad”.

Esas situaciones no las conoció mi familia, porque para qué les iba a infundir odio hacia esa gente. Lo que busco es diferente. Les he dicho que si alguien les falta o comete un error lo perdonen, porque por eso la sociedad está desintegrada, ya que si nos sentimos agredidos de una vez vamos y si no lo aporreamos lo matamos, y esa no es la forma: hay que sentarse a dialogar con la persona y llegar a un acuerdo y mirar cuál es la diferencia. A pesar de la situación o el color político que sea, así es como se llega a un acuerdo, pero no dañando la gente a plomo. Yo creo que si en esas dos ocasiones no me mataron es porque mi Dios me tiene para otras cosas.

Patricia... Estoy viviendo todo lo chévere que no viví

Volvimos a Granada el 20 de diciembre de 2004; volví flaca, en talla seis, con ese trabajo y dándole pecho al niño, madrugando de esa manera, y encima la sexualidad. Traíamos buena plata, por eso pasamos bueno esa navidad. Compramos moto, televisor, mini componente, otra estufa, buena ropa, el *estrén* para mis papás y hermanitos, para la familia de él, que la ancheta; eso le repartimos a todo el mundo.

Decidimos quedarnos en Granada con el plante que teníamos. Mi papá me dijo por esos días: “mamita, usted mantiene muy encerrada en su casa, abra los ojos”. Algo habría visto, pero no dijo nada más. Le pregunté que por qué y me dijo: “yo soy un hombre y los hombres es muy feo que sean chismosos”.

Días después cogí a mi marido, estaba con otra mujer y se besaban. Quedé en *shock*. Nos separamos. Le dije a mi papá que si me volvía a recibir en la casa con el niño y me dijo: “¿Sí mira, hija, ese error que cometió? Ese muchacho yo pensé que era serio, fue capaz de sacarla de la casa pero no de devolverla, pero esta es su casa”. Lo abracé y me puse a llorar.

Me he vuelto como más verraca: si me sale un problema, pues lo enfrento. El apoyo de mis papás ha sido fundamental, me animan: “mamita, siga estudiando, siga adelante”. Mis amigos me dicen: “Patricia, usted es bonita y joven por eso no se achante, que después viene el suyo”. Estoy viviendo esa parte de la juventud alegre, chévere, que no viví antes. Al lado de mi padre y mi familia, que nunca me han abandonado, estoy recuperando los años perdidos, de los cuales solo me quedó mi hijo, a quien amo.

“Mi dignidad, mi dignidad vale más que todo lo que se perdió”

Nini Yohana Luna Becerra

Yo aprendí que uno aquí en la tierra no es dueño de nada. Si alguien llegara y me dijera en este momento que me largara, me iría. Vivía con mi esposo en un pueblito del Cesar. Tenía un clima muy agradable y una tierra muy fértil, todo lo que se sembraba producía. Allí teníamos una finca a medias que también administrábamos. Se cultivaba café, cacao, plátano y aguacate. Con los ahorritos nos compramos un lote en el pueblo y empezamos a construir la casita, la idea era terminarla con todas las de la ley para podernos ir a vivir allá.

Primero me tocó a mí

Pero... Comenzaron a llegar grupos armados de un lado y del otro, pasaban por todas las veredas y mataban gente. Luego entraron al pueblo y acabaron con el puesto de Policía. Se enfrentaron, y hubo muertos de ambos lados. Los poquitos que quedaron vivos del grupo ilegal enterraban a los suyos como iban cayendo. Según entiendo, la organización de ellos va vigilando los que dejan sepultados. Después empezaron los comentarios de que se estaban desapareciendo los muertos del grupo armado. Por esos rumores, mi esposo empezó a tener problemas. Una señora mal intencionada dijo que mi esposo era el único que cada dos o tres días bajaba al pueblo. Él solo bajaba a hacer la casita.

Cuando estos cuentos llegaron a oídos de la guerrilla, empezaron a subir a la casa. Hicieron como tres viajes. Llegaban como locos a preguntar por mi esposo y nos esculcaban todo. Nos pedían que les dijéramos dónde estaba. Yo les decía que él no tenía ningún problema con nadie. Debido a esas visitas tan extrañas y repentinas, me angustié y le pregunté a mi esposo: “¿por qué la guerrilla te está buscando?” Él me dijo: “no nada, yo no tengo problemas con nadie”. No entendía por qué lo buscaban y decidió ir a preguntarles. Ellos negaron que lo estuvieran buscando o que tuvieran algo en su contra. Esa situación nos puso muy mal, nos desmoralizó, porque aunque usted no busque el problema, se lo recuestan. Entonces mi esposo decidió vender la casa que estaba en construcción, entregamos la finca y nos vinimos para Cúcuta.

A los tres días se supo la verdad. Un señor del pueblo llamó a los guerrilleros y les dijo: “yo fui el que saqué al comandante, porque era un gran amigo y lo encontré con poca tierra, casi destapado, y decidí llevármelo y enterrarlo en el jardín de mi casa”.

En Cúcuta nos establecimos desde el 90 hasta el 96, pero mi marido se empezó a engordar y su salud empeoró. La ciudad lo estresaba y eso le ocasionó dos preinfartos. Para aliviar un poco su salud y su ánimo decidimos visitar a la familia en el Cesar. Primero entramos a saludar a la suegra, y bajando pasamos por donde mi mamá que vivía en La Sierra. Mi esposo se enamoró del clima. Era como si renaciera con la naturaleza, se sentía mejor. Nos fuimos de visita y terminamos quedándonos. Llamamos a mi hermana para que mandara a los dos hijos mayores, que estaban estudiando en Cúcuta. Los recibí en el pueblo y subimos. Nos instalamos en La Sierra, compramos una finca y establecimos una parcela en otra vereda lejana, allí nos fuimos a vivir.

Luego fue Pedro

Todo duró sólo cinco años, porque la situación se puso demasiado violenta por todas partes. Si no era la guerrilla eran los *paracos*, pero no había lugar tranquilo. En ese año, el 2001, la guerrilla retuvo a uno de mis hermanos. Todos lloraban, pero yo no podía hacerlo. Sentía que el pecho se me reventaba, y lo que hacía era salir corriendo por la carretera y gritaba su nombre como llamándolo.

La Guerrilla afirmaba que mi hermano se había vuelto *paraco* en Cúcuta. Pero no. Como yo no les tenía miedo, lo buscaba en los campamentos y donde fuera. En una de esas visitas, hablé con ellos y les dije que si querían yo les ponía la cabeza, venía y los traía a la ciudad y los presentaba con los señores Prada, maestros de construcción con los que había trabajado mi hermano, para que les preguntaran. Pero había otra razón por la que sospechaban de él: se había cambiado el nombre porque no le gustaba llamarse Luis como mi papá. Cuando cumplió la mayoría de edad, fue a la Registraduría y se lo cambió por Pedro. Entonces, la guerrilla decía que se había cambiado el nombre para hacer fechorías. Pero no, en ningún momento.

Después de doce días nos mandaron una nota citándonos a una reunión, donde nos iban a decir algo sobre mi hermano. Cuando supe de la nota, la emoción y la esperanza de volver a verlo era tan grande que salí corriendo, corriendo, hasta que no aguanté y me desmayé. Cuando desperté, empecé a gritar, a tirar gritos al aire. Yo no sabía que en esa misma montaña donde estaba gritando, más abajo, tenían a Luis, mi hermano. Él me escuchó y les dijo: “es mi hermana, esa es mi hermana”. Los guerrilleros le decían: “ah sí, pero ella va gritando de alegría, porque usted está con nosotros”. Mi hermano: “cómo se les ocurre, si yo sé que cuando ella pega esos berridos es porque tiene ganas de llorar, ella no llora. No sean maricas que ella no llora”. Los guerrilleros dijeron: “pero nosotros la hemos visto muy feliz para arriba y para abajo, ella ha venido a hablar con nosotros riéndose, ella vive muy feliz de la vida”. Mi hermano: “no, yo la conozco a ella ¿cómo la van a conocer ustedes mejor que yo? Le voy a contestar...”. Y le taparon la boca para que no gritara. Estaba como a dos cuadras. Yo pegué como cuatro o cinco gritos y me fui para donde mi mamá y mis hermanas. Asistimos a la reunión que nos citaron, en un salón de escuela. Recuerdo que ese día había muchísima guerrilla. En esa entrega yo no sé ni qué sentía. Mi mamá temblaba toda...

Yo pienso que uno a veces comete errores. Cuando a mi mamá le da rabia no piensa lo que va a decir, es muy ofensiva. Como la tenía al lado le decía: “mamita, no vaya a hablar nada ya que los tenemos aquí al frente, mire que si usted dice algo no nos lo entregan, no vaya a decir nada que lo comprometa”. Entre los dientes, ella susurraba: “yo los mato a esos perros”. Me tocó tapparle la boca. Uno de los comandantes me vio y dijo: “¿por qué le tapa la boca a su mamá?”. “No, si yo no le estoy tapando la boca, le estoy quitando el sudor que tiene en el bigote”. Cuando yo veía que las venas del cuello de mi madre se ponían grandes, inmediatamente le tapaba la boca, porque estaba a punto de *triplearles* madres y de todo. Si ella llegaba a decirles algo echaba a perder todo lo que habíamos construido, y si lo iban a entregar ya no lo hacían.

Empezaron a darnos una charla y de pronto vimos que entró mi hermano. Cuando lo vi pegué unos berridos y solté la risa. Mi familia se puso a llorar. Yo no. Sólo me reía y me reía. Sentía que el corazón se me iba a reventar. Me traicionaron los nervios. Se

me descontroló el alma, digo yo. Mi mamá solamente decía: “él es el hijo de mi alma”. Ella no podía decir nada más de la alegría. Pero no lo entregaban porque Antonio, mi hermano mayor, en una ocasión les dijo: “si a mi hermano menor le llega a pasar algo, perros, me las pagan”. La guerrilla lo tomó como una amenaza. Entonces, nos advirtieron: “ellos dos no pueden salir ni al pueblo y de hacerlo matamos a toda la familia, tendrán que demorarse dos años sin salir de la finca, ni siquiera a La Sierra”. Recuerdo ese día, doce de octubre de 1999. La guerrilla se puso a investigar, y como se dieron cuenta que la amenaza no era cierta decidieron entregárnoslo. Mi hermano psicológicamente salió muy mal, aturdido. Le daban comida, pero el encierro lo afectó mucho.

Después de ese hecho la guerrilla me tenía vigilada. A mí no me sancionaron pero no les había agradado nada que fuera lograda la liberación de mi hermano. Había otra cosa que les molestaba mucho: varias veces trataron de lavarles el cerebro a mis hermanos, pero ellos nunca aceptaron irse a las filas; las mujeres tampoco dimos el brazo a torcer. ¿Cómo no va a molestarles que una gala de muchachos todos jovencitos esté por ahí sin colaborarles a ellos? A la guerrilla no le sirve la gente que no les ayude.

Después le tocó a Raúl

El malestar de ellos no se quedó ahí. Raúl, otro hermano que era el encargado de cuidar la finca de la familia y de ver por mi mamá, llevaba ocho días secando café y vendiendo la cosecha en el pueblo. Yo había bajado en la mañana de ese 22 de diciembre de 2000 a visitar a mi suegra, y me encontré con él. Le pregunté: “¿vas mañana para arriba?” Me dijo: “no, tengo que terminar de secar café y voy a esperar a mamá que está en el otro pueblito. Mañana nos vemos, me guardas almuerzo, ahora es que no me hagas y te vas a la casa tuya”. Le dije que sí y me despedí: chao pescao. Me monté al camión; era grande, porque subía bastante gente a La Sierra. Yo recuerdo que ese día se quedó en la mitad de la calle mirándonos ir. Empezamos a tirarle crispetas por encima. Él nos dijo: “juemadre, cómo no me las dieron en la mano”. Le hicimos bromas, le tiramos como tres puñados de crispetas. El camión arrancó y él se quedó ahí... Esa fue la última vez que lo vi, el último recuerdo.

Esa noche Raúl estaba con su esposa esperando a mi hermana Nubia, que llegaba de Cúcuta. Cuando ella llegó fueron a comer a un asadero de pollo llamado Rancho Alegre. Allí también se podía bailar, era un sitio familiar. Cuando estaban ahí llegaron dos muchachos conocidos del pueblo, y le pidieron permiso a Raúl para bailar con ellas. Estaban bailando cuando llegaron unos tipos y sacaron a uno de los muchachos que estaba con ellas, y lo mataron. Los rumores decían que era porque había tenido vínculos con uno de los grupos armados ilegales. Inmediatamente, ellas salieron gritando a buscar a Raúl, mi hermano, pero ya no estaba. Se lo habían llevado. Desde ese día jamás volvimos a saber de él.

Todo esto pasó en el César, donde vive mi mamá. Yo vivía en La Sierra, Norte de Santander. Hasta el otro día en la tarde me enteré de la noticia, porque del pueblo a la vereda donde estaba es lejos. Uno de mis hermanos llegó hasta la casa y nos contó: “a Raúl se lo llevaron y no sabemos si serán los *paracos* o la guerrilla, no sabemos quién lo tiene”. Sospechamos de todos. Eso sí, no teníamos miedo, porque mi hermano no debía nada.

Yo lo conocía muy bien, él veía por mi mamá. Se la pasaba en la finca y únicamente bajaba al pueblo a hacer mercado o a vender la cosecha. Él me comentaba todo lo que hacía; no tenía vínculos con ningún grupo ilegal o armado, no tenía malas costumbres, ni nada. Era un *pelao* al que nunca le gustaba meterse en problemas con nadie. Tenía una forma tan linda de decir las cosas... Lo llamaba a uno y le decía: “mira, que tal cosa no me gustó, por esto y esto, hay que hacer las cosas bien hechas”. Él era de un alma muy limpia.

A los tres días bajé al pueblo a buscarlo. Fui a la Policía a poner la denuncia y me insultaron: “es que ustedes son una parranda de guerrilleros”. Les dije: “¿cómo señor? Vengo con todo el respeto a pedirle ayuda, no a que me insulten. ¿A usted le consta, acaso me ha visto con un arma? Soy madre de familia de cinco hijos, casada, y si mi hermano tuviera alguna relación con un grupo, créame que jamás vendría aquí a buscar ayuda. Pero como yo sé que mi hermano no debe nada, pues vengo a las autoridades. La gente dice que hay que dar parte a las autoridades, y eso es lo que estoy haciendo”.

Como no recibí ninguna ayuda decidí ir yo misma a buscarlo. Primero fui hasta el asadero de pollo a preguntarle a los meseros si habían visto algo, o si sabían quién podría habérselo llevado. Dijeron que no. Yo esperaba cierta ayuda porque eran conocidos míos, pero no. Allá no le dan razón de nadie, por tanta inseguridad. Primero que fue el DAS, la mano negra, llegaban y barrían con todo. Después apareció la guerrilla, la bonanza de la marihuana. En ese tiempo sólo sobrevivía el de la mano más rápida para matar. Por todos esos hechos, no le dan razón de nadie. Desde muy pequeña he estado acostumbrada a ese ambiente, el Cesar ha sido una de las zonas más afectadas por toda clase de violencia.

Ese viaje fue totalmente inservible. Los meseros del restaurante no me dijeron nada. Allá nadie ve nada. Entonces volví a La Sierra. Por el camino había un retén de los *paracos* donde revisaban todo y comparaban el nombre de la cédula con los que tenían en una lista. Si aparecía en ella lo mataban ahí, de frente, delante de quien fuera. Ese mismo día vi al comandante de la Policía con los *paracos*. Cuando se dio cuenta de que yo lo reconocí, trató de disimular y se agachó. Se tapaba con la gorra que tenía puesta. Al ver su reacción en aquel momento, yo volteé la cara para otro lado y me hice como si no hubiera visto nada.

Llegué a la finca y le conté a mi esposo y a mis hermanos lo que estaba sucediendo. Mi esposo me decía: “cuidadito se mete en problemas, pero salga y lo busca”. Él

nunca se opuso, pero sí me reiteraba que tuviera cuidado cuando fuera hablar. Lógico, en esa zona yo no me podía mover muy fácilmente y tenía que ser prudente para buscar a mi hermano; si llegaban a agarrarme, quien fuera, no debía hablar más de lo normal porque comprometía la integridad de la familia. Pero yo pensaba: si no debemos nada ¿qué puedo decir? Guerrilla todo el mundo sabe que hay, hasta en la sopa. La mayoría de los *paracos* que hay abajo saben cómo es la movida porque ellos fueron guerrilleros y se salieron. ¿Entonces?

Volví a bajar como a los tres días y seguí bajando continuamente para buscar a mi hermano. Donde me decían que había muertos sin familia, para allá me iba. Visité casi todos los cementerios de las poblaciones cercanas. También buscaba entre los cadáveres que aparecían en la carretera.

Todo ese tiempo de búsqueda como que no pensaba. Sentía que se me juntaba el cielo con la tierra. Sólo quería encontrar a mi hermano. Era tanta esa angustia que una vez yo dije delante de un señor: “¡la próxima vez me les voy a meter en la hacienda Veracruz –que era donde estaban los propios mandos de los *paracos*– Así me maten! Es mi hermano el que está en peligro, y yo voy hablar con los propios mandos. No creo que ellos sean tan brutos de matarme”.

Como yo seguí buscando a mi hermano, la guerrilla se dio cuenta que llevaba tres viajes al pueblo, y no les gustaba pero nada. Un día, cuando mi hermana llegaba con los hijos de recoger café en el pueblo, se le acercó un conocido y le dijo que me sacará de ahí cuanto antes porque la guerrilla pensaba matarme por estar haciendo vueltas para rescatar a Raúl. Mi hermana le contestó: “pero ella no está haciendo nada malo, simplemente quiere saber quién lo tiene y dónde está”. Él le dijo que no podía decirle quién lo tenía ni las razones por las que se lo habían llevado, y que nosotros ya habíamos recibido amenazas y no hacíamos caso. Una vez más, le advirtió a mi hermana: “es mejor que ella salga cuanto antes porque de esta semana no pasa, ya le han hecho varios viajes pero no la han encontrado. Si quiere recibir consejos, tómelos. Cuidadito va a decir quién le dijo, porque esta información es confidencial y si se llegan a dar cuenta el que se va para el otro mundo soy yo. Nadie debe enterarse de esto, simplemente que a mí me da un pesar con la muchacha... Yo sé que ella solo está buscando al hermano, y no ha dicho cosas comprometedoras todavía”.

Y toda la amenaza fue porque la guerrilla, en una ocasión, nos dijo que “dejáramos la *bajadera* al pueblo porque íbamos a tener problemas con ellos”. Yo les contesté: “ah no papá, que yo sepa vivo en un país todavía libre, ¿no? Yo aquí encerrada no puedo vivir, bajo al pueblo por mis cosas y por el mercado; además, me hace falta la ciudad, no se le olvide que yo viví unos años en la ciudad y estar aquí en La Sierra me aburre mucho”. Nosotros nunca vimos esa conversación como una amenaza. A ellos no les agradaba mucho que estuviéramos bajando al pueblo; se sentían inseguros porque ninguno de mis hermanos se quiso ir con ellos. Entonces pensaban que uno los iba a sapear. Los que me querían matar era la guerrilla, para cerrarme la boca; a

ellos no les servía que yo siguiera buscando, y mi hermana se asustó mucho. Ya se había desaparecido uno de los hermanos y sabía que yo no encontraba pista alguna. Ella no iba a permitir que otra hermana saliera lastimada.

Después de esa advertencia mi hermana me envió un papelito a La Sierra. Allí no se podía mandar nada porque hacían requisas, bajaban todos los *chiringos* y los revisaban para ver quién era guerrillero y quién no. Y pobre de uno si le daba miedo porque lo ponían contra la pared con un arma en la frente, y al que se pusiera a temblar le preguntaban qué debía. Si se ponía nervioso lo amenazaban hasta que pareciera culpable y terminaban matándolo sin deber nada. Había muchachos que mataban que uno sabía que eran hasta “tontos”, que no tenían vínculos con ninguna organización. Los mataban porque tuvieron miedo: ¿a quién no le va dar miedo ver cómo matan a otro al frente suyo? Mi hermana había vivido de cerca esa situación, y con la amenaza en contra de mi vida estaba aterrorizada. No quería subir a La Sierra. Entonces decidió enviarme un mensaje escrito con un “tontico” de la vereda, y le dijo que si los *paracos* lo amenazaban se tragará la nota.

En el papel estaba escrito: “Baja con los niños más pequeños, echa los papeles de todos. Una vez llegues a La Sierra, te subes al carro y no te dejas ver de nadie hasta que llegues hasta donde yo estoy, porque tengo que decirte algo importante”. Ella no me explicaba nada. Yo hice lo que me pidió. Cuando llegué a la entrada del pueblo había un taxi, cosa que era muy extraña porque son muy pocos. Pararon el camión en el que iba y me subieron al taxi. Me llevaron por unos barrios que no conocía. Cuando llegamos a una casa mi hermana me dijo: “ahora que se fue el taxi te puedo contar qué está pasando. La guerrilla te está buscando para matarte por estar averiguando dónde está Raúl”. Hasta ahí llegó la búsqueda mía. Me pusieron entre la espada y la pared. Era que mis hijos se quedaran huérfanos o encontrar a mi hermano.

Al otro día mi hermana amaneció más tranquila y decidió subir a La Sierra a hablar con mi esposo. Le contó lo que estaba pasando. Inmediatamente él empezó a recoger la mejor ropita y la echó en una maleta pequeña. Como tenía que recoger una plata que teníamos prestada se demoró unos días más. Hizo esas vueltas y al final dejó todo tirado. Cumplí doce días encerrada en la pieza donde mi hermana me había llevado para esconderme. Para mí fue eterno el tiempo que estuve allí.

Mientras tanto, el grupo que me estaba buscando fue cuatro veces a la residencia donde yo me quedaba cuando bajaba al pueblo. La señora, que era amiga mía, preocupada me dijo: “Ana, yo no sé qué está pasando, pero aquí siempre vienen a buscarte, llegan como locos”. “No les ponga cuidado, simplemente van por una encomienda”, le dije para no asustarla. “Si me preguntan, diles que me fui del pueblo para siempre y verás que no vuelven a molestar”. Eso hizo la señora y no regresaron.

Mi esposo acabó de recoger y se despidió de la mamá. Compró pasajes a Cúcuta y a todo el que nos preguntaba le decíamos que íbamos para Barranquilla. Así despistamos a muchos, pero no a la guerrilla. Aquí en Cúcuta estuvieron vigilándome

por un tiempo, y al ver que lo único que yo hacía era “de la casa al trabajo y del trabajo a la casa”, creyeron que me había olvidado totalmente de mi hermano. No volví hacer vueltas, dejé todo quieto, como si no hubiera pasado nada.

Y otra vez nos tocó a nosotros...

Ya se lograrán imaginar: con el cielo aplastado contra la tierra, y en la cabeza de uno no se encontraba ni principio ni fin. Conocía Cúcuta porque yo ya había vivido acá y eso me salvaba un poquito, pero el problema es que llega uno con la mente trastornada, como diríamos nosotros. Y esa situación por la que yo pasé no se le desea ni al peor enemigo. Entonces son cosas que es bueno comentarlas porque uno como que desahoga el corazón.

Cuando recién llegué, yo me comía todito. Para mí fue duro saber que mi mamá estaba todavía en ese lugar. Poquito a poquito les tocó irse saliendo. De a tres, de a cuatro, se salieron. Mi mamá estuvo acompañando a mis otros dos hermanos que estaban prisioneros por la guerrilla, hasta que cumplieron el segundo año sin salir de La Sierra, de acuerdo a la amenaza que nos había puesto. En varias ocasiones fueron a la casa, amenazaron constantemente a mi madre. Ella sabía que ya no se podía hacer nada. Entonces decidió salirse, echó en una maleta personal cuatro vestidos y en otra maleta la ropa de mi hermano Raúl —el que desapareció—, y se vino. A mis hermanos no los iban a dejar salir. Les tocó escaparse por el otro lado de La Sierra. Caminaron por dos días hasta que lograron huir. Ahora uno vive en Los Llanos y el otro en Venezuela con mi mamá. La esposa de mi hermano se devolvió para Valledupar, a donde su familia materna. Allá nació el hijo de ellos, sin su padre. Ya tiene como cinco años y constantemente se comunica con nosotros. Ella ya se organizó con otro muchacho.

En Cúcuta, la vida me cambió totalmente. Yo no estaba acostumbrada a pedir. Cuando llegamos presentamos la denuncia en la Red de Solidaridad Social y nos dieron una carta de la declaración como desplazado. Con ese documento nos atendían en los puestos de salud. Pero mostrar esa carta empezó a ser motivo para que nos discriminaran. En los sitios de trabajo, si se daban cuenta de que eras desplazado, durabas máximo tres días y te echaban. Ahora no tanto. Fue difícil integrarse. A la vista de la sociedad en general, y de los de la Red, los desplazados somos unas personas *chiringosas*, mal habladas, que olemos a feo, *brujosos*, de todo, porque si no, no se es desplazado.

La mayoría de las personas que decidimos venirnos fue porque pensamos en nuestros hijos. Yo siempre he pensado en mis hijos y no quiero que vayan a coger ni el camino de la guerrilla ni el de los *paracos*, y cuando uno se siente amenazado, se va. Nos vinimos a otro lugar para poder construir un mejor futuro para nuestros hijos,

ya que no se puede estar en medio de dos bandos: o trabaja con alguno o se va. Yo decidí salirme porque estaba en medio de dos bandos y no quería que mi familia se engrudara con ninguno. Y yo dije: pues me voy, porque si me quedo, seguro que me mandan para el otro mundo.

Cuando yo salí, me vine con mis anillitos y mi reloj, con lo que traía puesto. Si yo le digo a usted: se va, se va con lo que tiene puesto. Y a donde llega, llega con lo que arrancó para venirse. Para mí fue muy duro comenzar porque yo ya no iba a trabajar en la huerta como siempre, sino que ahora debía quedarme en la casa mientras mi esposo buscaba el sustento diario. No estaba acostumbrada a hacer oficios domésticos, y mis hijos no estaban acostumbrados a esa vida tan deprimente. Se comía de lo que había... Si solo era una agua panela, con eso se pasaba. Y de ñapa llegamos a pagar arriendo, y pues tan caros. Nos tocó meternos en un ranchito barato. Vivimos en Carlos Ramírez, un barrio de Atalaya, en una casita pésima.

Como estábamos inscritos en el registro de desplazados, salimos favorecidos con uno de los lotes que regaló la Corporación Minuto de Dios en el barrio que lleva su nombre. Allí no fuimos bien recibidos. Esas personas se encierran y viven en su ambiente, pero jamás piensan que pueden llegar a vivir situaciones como la nuestra. Yo me pregunto: si los llegaran a desalojar de la ciudad, ¿qué harían ellos en el campo? Si están acostumbrados a tener a la mano los servicios de agua, luz, teléfono. Quizá se morirían de hambre. Cuando llegamos a la urbanización, la gente quemó llantas y dijo que no quería desplazados, nos echaron. Uno siente que lo están aplastando como a una cucaracha. Y eso era lo del Minuto de Dios: los que estaban ahí pensaban que nos habíamos venido porque estábamos cansados de echar plomo, y que posiblemente éramos matones. Esa situación me hizo revivir la presión y el temor que se siente en zonas tan conflictivas como mi pueblo. Y la experiencia dice: es mejor no meterse ni con la guerrilla ni con los *paracos*, porque ellos se convierten en dos leyes iguales al Ejército y la Policía.

Al mismo tiempo que salí beneficiada con el lote, surgió un proyecto de casitas de guadua para esa misma localidad; pero era más fuerte la presión de la gente para que nos saliéramos. Armaban griterías y nos decían que si construíamos las casas de madera, les prendían candela. A esa situación se le sumó la actitud déspota del ingeniero encargado de la obra, nos trataba muy mal. Un día en el teatro municipal nos insultó, empezó a gritarnos y a darle golpes a la mesa. Yo no aguanté más y me paré y le dije: “mire señor, así como usted exige respeto, nosotros también se lo exigimos. Usted no tiene ningún derecho a tratarnos de esa forma solo porque no tenemos estudio, además, no puede venir a imponernos las cosas”. La mayoría de las personas manifestaba que no quería casita de guadua, pero todos tenían miedo de hablar. Nadie de nosotros iba a ser capaz de expresar su inconformidad, porque qué tal que lo mataran.

Ese día salí tan dolida... La gente no nos quería en ese barrio y el ingeniero nos mandó a comer hasta un zapato, *ñoña*, de todo; groserísimo. Entonces fui y redacté una carta donde renunciaba al lote, la llevé a la Red de Solidaridad, y me dijeron que tenía que llevarla al Minuto. La llevé y me quedé con una copia firmada por las dos entidades. Todas esas presiones por un lote no se justifican. Yo dejé una finca de doce o catorce millones así, por bajita, por no ponerle precio. Una parcela que había costado tres millones, más los animales y todas las cosas de la casa, y mi dignidad, mi dignidad que vale más que todo lo que se perdió.

Decir que somos desplazados es llevar como una mancha. La gente te empieza a mirar como bicho raro. Sus miradas, sus palabras, su trato duele mucho. Te hacen sentir avergonzado. Por eso renuncié al lote.

Volví a la casa y le conté a mi esposo: “ya no tenemos lote, ya no tenemos nada, estamos como llegamos”. Él me dijo: “pero por qué no pide opiniones”. ¿Qué podría preguntar? Yo no iba a llevar a la familia a donde todavía había guerra, pero nos vinimos huyendo de ella para llegar a otro sitio igual. El que está en el medio es el que pierde.

Mucho tiempo después, ya vinculados con la Asociación de Desplazados, Asofunort, hubo la posibilidad de postularnos para vivienda usada. Gracias a Dios nos salió la casita. Y comenzó otra historia de lucha por la dignidad. Recuerdo que el día de la entrega la casa no tenía ni contador, ni chapa en la puerta, ni llave del lavamanos, y la doctora quería que recibiéramos la casa así. Le dije: “¡No señora! Estoy comprando una vivienda de segunda para vivir, y si entro robando el agua es a mí a la que me van a cobrar por el consumo, y si el contador de la luz no está también me la van a cobrar, y yo no me la estoy robando. Sí, soy desplazada, pero no ladrona, así que no le firmo la escritura”. A la doctora le iba dando una taquicardia y me dijo: “¿A usted no le da felicidad ni alegría, no? Debería agradecer”. “Yo no estoy pidiendo limosna, le agradezco a Dios y al gobierno por el ranchito, pero eso no es nada, no me da alegría. Simplemente me voy a mudar para una mejor casita, no más, y si me la arreglan listo, y si no yo no le firmó”. Me había tocado dar 110.000 pesos. O me arreglaban todo o yo no firmaba. Una de las empleadas me gritó: “es que ustedes son unas desagradecidas y problemáticas”. Le contesté: “¿Usted sabe cuánto dejé yo atrás? ¡Lo dejé todo! Dos fincas con animales y cosechas. ¡Dejé toda mi vida, mi mamá, mis hermanos! Para que venga ahora a apegarme a una casa. Esto sí es una limosna para lo que yo tenía. ¿Por qué me va dar alegría? En cualquier momento alguien me dice que me vaya y me voy”. Y después de mucho exigir, por fin tuve la casita que quería, con puerta, agua y luz.

Cuando me arrancaron a mi hermano se llevaron mis ilusiones. Mi sueño es que mis hijos no se enfermen, que puedan tener una familia hasta que mi Dios quiera tenerlos con vida, pero no porque otro nos la arrebató por las malas. Yo digo que uno

tiene que vivir la vida. La felicidad de uno es que la familia pueda comer y vestirse bien, que tengan salud y disfruten el momento ¿Es mucho pedir?

Maldita no es la flor...

Sabulón Callejas (Algeciras, Huila).

Producción de historia: Nyria Ramírez Ortega, Sistema de Comunicación para la Paz Nodo Huila

“Nosotros teníamos una finca arrendada y cuando llegaba la avioneta a fumigar eso era terrible. El niño oía el helicóptero y no hallaba qué hacer. Le daba mucho miedo, aún hoy en día”.

La fertilidad de esta tierra se ha perdido. Ellos aceptan culpa por causa del manejo en los cultivos ilícitos, pero las continuas fumigaciones han disminuido la productividad del territorio. “El anhelo de nosotros es poder trabajar los terrenos que están buenos, libres, que no hayan sido afectados por esa fumigación. Pero vale mucha plata”. Eso ha sido una parte por el cultivo de la amapola y otra por las fumigaciones. Los cambios del suelo aumentan a raíz de las fumigaciones indiscriminadas. Se fumigan los bosques y los nacederos de agua se secan, se acaba la vegetación, vienen las erosiones. No hay quien detenga los terrenos y se va todo al río.

Las fumigaciones acaban con los suelos y con la renta que tiene el pobre. “El que cultiva aquí no es ni capitalista ni narcotraficante, sino simplemente campesino; como agricultores que somos no podemos cultivar una arroba de arveja porque no tenemos la comercialización, ni como meterle los insumos, entonces uno se va a cultivar amapola para el sustento diario. No es porque realmente el cultivo de amapola de plata”.

A muchas personas les han fumigado sus cultivos lícitos. “En lugar de fumigaciones necesitamos es ayuda económica. Nos deberían dar esa plata. Yo estoy seguro que si nos la dan para las comunidades que siembran eso, yo me comprometo a que en menos de seis meses ya no tenemos amapola. A las malas no se consigue nada”.

“Me tocó irme para la zona cafetera y llegué a Manizales. Por la situación mía perdí todo lo que tenía, o mejor dicho me robaron todo, porque yo no podía volver a la finca. Me fui para Bogotá solo unos días, luego me fui para el Tolima a sembrar amapola, después para Planadas, duré un tiempo y no me gustó. Estuve trabajando con una organización asociativa de paperos, tampoco me gustó. Me fui para Bogotá

otra vez y me puse a trabajar con arepas y empanadas. Entonces, me comuniqué con un amigo de Algeciras, él me dijo que me viniera, que él me colaboraba. Allá trabajé unos días con la amapola, pagué unas deudas y luego me agarraron las fumigas. Eso era fumigas tras fumigas, no se daban bien los cultivos y los precios estaban bajos. Estamos hablando del año 2001”.

“El temor son los bombardeos. Resulta que en esos días ya llegaron equipos nuevos, modernos, y eso es mucho el temor. Ahora es un supersónico de esos que sacan en Bogotá en el desfile del 20 de Julio. Yo prefiero que vengan de día, porque de noche cree uno que los tiene encima”.

“Yo venía organizando grupos desde Bogotá. Allá organicé una escuela de sastrería y esta es la hora que dos de mis alumnos tienen unos flamantes almacenes. Cuando estuve en el Llano medio organicé un grupo para cultivos hidropónicos; no sé cómo habrá seguido. En Pereira organicé uno para calzado; aprendieron a hacerlo, se abrieron, y el uno puso un taller y el otro, otro. En el Tolima estuve ayudando a organizar un grupo de paperos, pero como no me gustaba esa labor, me fui. Me dije: es mejor conformar un grupo con personería jurídica y que sea para erradicar, voy a trabajar con gente que cultiva amapola, gente que fuera amapolera y que quisiera erradicar voluntariamente el cultivo”.

“La gente trabaja la amapola allá no porque se van hartar de plata, sino por necesidad; por necesidad es que la gente siembra y el Estado lo que hace es aumentar la guerra. Eso se lo dije al coronel en una entrevista con él”.

“Yo vi que realmente eso no me estaba dando nada, que la amapola no era para mí. Me fumigaron. Eso me desmoralizó peor porque pensé: eso no le dejan coronar a uno un corte para poder sustentar uno la comida. Entonces dije: yo no trabajo más con eso. Eso ya hace ahorita seis años”, cuenta un vecino.

La vida de Sabulón estuvo en peligro, pues cuando se regó la noticia de que él era erradicador de los cultivos ilícitos, un día que llegó a conversar con algunos cultivadores a una de las fincas, lo esperaban con machete e insultos. Pensaban que este hombre llegaba a arrancar las matas por la fuerza, y terminaron sorprendidos cuando él les dijo que solo les llevaba la invitación a dejar los cultivos, y que estaba muy claro que debía ser una erradicación voluntaria y que por lo tanto él no iba a obligar a nadie.

Don Sabulón se puso a sembrar cebollón, con la esperanza de siempre.

“Hay veces que le dan a uno ganas de pegarle otro jalón a la amapola”.

“Uno se aburre porque uno con familia espere y espere... Entonces le dan ganas a uno, aunque sea pa’ hacer pa’ la comida. Hoy en día por el jornal le pagan a uno doce mil pesitos libres, o dieciocho mil sin almuerzo, y compra dos libras de arroz y se fue”.

“Allá en nuestra región nos tiene abandonados a los pobres, porque tengo la experiencia. Si voy al Banco Agrario, que dicen que ayuda a los pobres, no nos la

han dado; he estado en la gobernación; he estado en la Presidencia de la República. Porque yo le mandé una carta a Álvaro Uribe, cogieron la carta y se la mandaron a Acción Social; Acción Social se la mandó al Ministerio de Agricultura, el Ministerio me llamó y me dijo: mándeme un proyecto. Lo envié, y esta es la fecha que nada”.

“O sea que el pobre campesino de escasos recursos, así quiera cambiar lo ilícito por lo lícito no puede, porque el Estado lo abandona. Cuál es la carreta que dicen de que deje los cultivos ilícitos, ¿cómo los va a dejar? Eso es lo que me desmotiva. Yo me he soñado una especie de ciudadela, en una parte donde hay una cantidad de niños jugando... Eso es lo que anhelo”.

El fogón está encendido, las botas puestas, azadón y terreno listos para recibir cada nueva semilla de esperanza y reconciliación que este grupo de familias cultiva, en su búsqueda por reivindicar la flor de amapola que les dejó la pasión y el amor de Afrodita y la agricultura de Ceres. Maldita no es la flor, maldito lo que hacemos con ella...

Amo la vida, también a la muerte

Islena Rey (Villavicencio, Meta)

Producción de historia: Roberto Sanabria

Ese día tenía clase en la universidad. Prendí el radio para escuchar noticias mientras desayunaba. La voz de Amparo Palacio anunció lo inevitable: “Acaba de ser asesinado, en Villavicencio, el abogado Josué Giraldo Cardona”.

Era el trece de octubre de 1996, y de las treinta personas que en 1990 conformábamos el Comité Cívico por los Derechos Humanos, ese día solo quedábamos tres. Unos habían sido asesinados, otros desaparecidos, y los demás se exiliaron. Pensé que era el fin. Si Josué tenía medidas provisionales de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, y la comunidad internacional estaba pendiente de él, ¿qué podía esperarnos a nosotros?

Conocí a Josué en 1987, en unas reuniones a las que la gente llegaba a comentar lo que le estaba pasando: hombres y mujeres nos contaban que eran desplazados, que habían dejado abandonadas sus tierras, que tenían siete hijos... Por iniciativa de él comenzamos a dictar talleres, capacitábamos a la gente en derechos humanos, y posteriormente en Constitución Política.

Yo siempre aseguré que hablar de derechos humanos es un delito en este país. No era un delincuente Delio Vargas, mi amigo, quien fue detenido por un policía activo y un sargento del Ejército en 1992. Nunca más supimos algo de él. Teníamos que vivir en un ambiente de zozobra por las muertes y desapariciones de nuestros

compañeros. Aún así, el Comité se formalizó en noviembre de 1993, en medio de un enorme entusiasmo.

En 1994, unos cuatro meses después de recibir la personería jurídica, de los diecinueve que estábamos en los estatutos solo quedábamos doce. Al finalizar ese mismo año, éramos siete. En 1995 tuvimos que cerrar nuestra oficina, la 206 del edificio del Banco de la República. Ahí llegaban permanentemente los miembros de DAS y del F2 a hacernos “visitas de inspección”, y las amenazas que recibíamos ya habían probado ser verdaderas. Dos de mis compañeros dejaron el Comité y Josué tuvo que irse a Bogotá. Así, sin oficina, seguimos trabajando.

Tres días después de que Josué se fue de Villavicencio, estaba en mi oficina en la Electrificadora, cuando alguien me dijo que tenía una llamada. Cogí el teléfono. Un hombre con voz muy tosca empezó a insultarme. Me dijo una cantidad de cosas... Por ejemplo, que no pensáramos que éramos eternos, que se les escapó al que más ganas le tenían, que yo era la próxima.

Era la primera vez que recibía una amenaza directa. Sentí una corriente caliente en todo el cuerpo. Luego, helaje. Era como si los huesos se me desprendieran. Pensé en Josué... “Ojalá nunca vuelva”, me dije. Pensé en mi hijo... “Si me matan nunca sabrá por qué lo hicieron”. No parpadeaba. No podía soltar el teléfono. Esa noche no pude dormir. Lloré todo el tiempo porque además del miedo se siente una desolación muy profunda: en esas llamadas solo se escuchan groserías y uno se siente destruido como ser humano. El corazón parece pequeñito, como que no bombea bien... Se siente ahogo, fatiga. Se siente pavor.

Me levantaba a mirar a mi hijo durmiendo, lo acariciaba y lloraba al pensar que en cualquier momento ya no me tendría. Me sentía culpable, me sentía infeliz de que mi hijo no pudiera tener a su mamá. ¿Qué podría pensar? ¿Qué podrían decirle de mí? Los militares y las instituciones como el Das, la Policía, en fin, siempre argumentaban que éramos guerrilleros, para justificar el asesinato de los defensores de derechos humanos y líderes populares. Pensé en escribirle una carta contándole que mi opción de vida fue la defensa de la vida y los derechos humanos, para que nunca creyera si le decían que me habían matado por guerrillera.

Hablé con Josué y me reuní con él en Bogotá, aprovechando dos períodos de vacaciones acumuladas que tenía en la empresa. Mientras estuve allá tuve que aguantar mucha hambre: no teníamos recursos, y los compañeros sindicalizados de la Unidad Nacional de Empleados Bancarios me dieron una cama en un salón inmenso en el que se quedaban treinta personas. Almorzaba cuando nos reuníamos todos, o cuando hacían vaca para que pudiera comer.

Una tarde tuvimos una reunión en el Ministerio del Interior con el doctor Carlos Vicente de Roux, de la Consejería Presidencial para los Derechos Humanos. Salimos a las diez y media de la noche. El evento había sido como en la sexta con quinta sur. Yo no

tenía un peso para el pasaje, así que me fui caminando hasta la casa sindical en donde me quedaba, en la 35 con 16. Tenía miedo, frío y mucha hambre porque no había tomado sino un tintico. Todo el camino estuve orando y pensando en lo que se venía.

Cuando regresé a Villavicencio las llamadas continuaron. Cada vez que me decían “Islena, al teléfono”, temblaba. Un día contesté el teléfono y un tipo me dijo que me daba diez años a partir de 1996 para que me fuera, o que me mataría. Iba a seguir con las groserías, pero lo interrumpí. Le contesté peor. Con toda la ira que tenía acumulada le dije todos los insultos que me sabía. Grité, lo llamé cobarde, le dije: “Venga entonces y nos vemos. Máteme, pero venga a ver si de frente es tan valiente”. Entre más le hablaba, más me envalentonaba. El tipo se quedó callado y colgó.

A partir de ahí las llamadas cesaron. Mi actitud frente a la muerte cambió desde ese momento. Empecé a verla como una realidad cercana, como algo que seguramente me sucedería pronto.

Ya sin la presión psicológica de las llamadas, pero sin oficina, y aún amenazada, seguía enviando las denuncias más graves a Josué para que las tramitara en Bogotá. Luego vino la invitación de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos para que Josué fuera a Ginebra en representación del Comité. Meses después de su regreso a Colombia vino a Villavicencio a pasar con sus hijas el puente del día de la raza. Frente a su casa existía zona verde y arborizado, Josué estaba armando una carpa con las niñas; allí llegaron los asesinos, le dispararon en presencia de sus hijas.

A su sepelio no fue tanta gente como esperábamos. Vinieron de otras regiones del país, pero no del Meta. Todos teníamos miedo y mucho más en ese momento en que perdíamos a quien había sido la columna vertebral del Comité, quien nos sostenía, en quien nos apoyábamos.

Cuando nos reunimos la semana siguiente en Bogotá para hacerle un homenaje a Josué, uno de mis compañeros se arrodilló frente a mí delante de todos los asistentes y me pidió llorando que me fuera del país. Le dije que no me iría, que me quedaría porque no iba a abandonar el Comité, ni mi trabajo en la Electrificadora del Meta, ni la región, ni muchos menos a las hijas de Josué. Tiempo atrás, él y yo nos habíamos prometido que quien se quedara cuidaría a los hijos del otro. Todos respetaron mi decisión y me dieron su respaldo, aunque acordamos volver a hablar en febrero de 1997, para ver si con un poco menos de dolor y rabia decidía aceptar la propuesta de asilo político que me habían hecho en Canadá.

A raíz del asesinato de Josué, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos dictó medidas provisionales que obligaban al gobierno colombiano a garantizar mi integridad. A partir de esa resolución la Comisión me bautizó con el poco honroso título de “la sobreviviente del Comité”.

Empecé a contemplar la posibilidad de irme y de llevarme conmigo a mi hijo, a Mariela, la esposa de Josué, y a sus niñas. No era fácil decidirlo porque tenía claro

que si me iba no volvería nunca. Tomé las vacaciones de la empresa. Ya no tenía sentido acumularlas... Si me mataban, ¿de qué me servirían? Me fui de viaje con mi compañero y, al regresar, cuando casi tenía tomada la decisión de irme, me enteré de que estaba embarazada. Eso cambió por completo lo que había pensado. En febrero, cuando me reuní con mis compañeros, les dije que quería que mi bebé fuera colombiano. Les prometí que no tocaría el tema de los derechos humanos, por lo menos hasta el parto.

Las amenazas no paraban, cada vez eran más agresivas. Mi embarazo fue muy traumático, me preocupaba mucho que el bebé sufriera por todos los sustos que yo pasaba. Las famosas medidas provisionales en realidad no fueron más que un escolta que andaba en una moto vieja detrás de la buseta en la que yo me montaba. Me parecía tan absurdo que decidí irme en la moto del escolta: o me solucionaban la situación o se iban para el carajo.

Después de que nació mi hija Camila me dieron una camioneta y me permitieron escoger a dos personas de confianza para que fueran mis escoltas y recibieran el entrenamiento necesario. Me tranquilizaba que fueran ellos quienes me cuidarían, y no un funcionario del DAS: ¿Qué confianza podían darme después de que vi cómo ellos mismos habían permitido que mataran a Josué?

La vida para mis escoltas dentro del DAS fue muy difícil. Al igual que a Alfredo, el escolta de Josué, les hacían acusaciones de vínculos con la guerrilla porque habían llegado por nuestra recomendación. Las amenazas seguían aumentando, por lo que me permitieron nombrar a otro escolta. Él recibió su entrenamiento y empezó a trabajar. Ya adentro, se dio cuenta de lo que estaba pasando y me contó: un día un funcionario del DAS lo llamó para pedirle que le informara con quién me reunía, en dónde, de qué hablábamos... Y que si no tenía nada que contar de mí se lo inventara, tal como se lo había pedido a mi otro escolta, porque necesitaban sacarme del camino. “Si usted quiere conservar su trabajo aquí tiene es que aventar esa vieja hijueputa, que ya estamos mamaos de estarla cuidando. Ya era para que la hubieran matado. Nunca habíamos tenido que aguantar a una persona así, que ni se larga, ni deja el campo libre, ni podemos cascarle”, le dijo el hombre del DAS.

En medio de tanto asedio sentí que iban a matarme y me preparé para eso. Camila ya tenía tres añitos. Una noche al llegar a mi casa me puse a reflexionar... Me dio mucha tristeza... Me puse a pensar en la vida de ella y quise retroceder el tiempo... Me preguntaba por qué la traje al mundo, qué tal que me mataran, cómo quedaría mi niña. Sentí culpa, arrepentimiento. Cogí el rosario y me arrodillé frente a la cama de mi hija a pedirle a Dios que me permitiera verla un poco más grande, que me dejara compartir más tiempo con ella.

Al otro día me fui para Bogotá, y cuando regresé por la tarde a Villavicencio venía segura de que se debe amar la vida pero también la muerte. Nunca lo había

pensado. Me preparaba para morir y le pedía a Dios que me ayudara a ser madura en el momento que me tocara. No quería declinar, tampoco sentir cobardía. Lo que hago es una cuestión de principios, de dignidad, de amor por mis semejantes: quiero un país digno para mis hijos y para todas y todos. Si me iba a morir lo haría de pie, con la frente en alto. Al único que le doblo la rodilla es al Dios de mi vida, siempre le imploro su protección, además porque me produce zozobra pensar en que me torturen como hicieron con mis compañeros del Comité Cívico. También recuerdo a un famoso escritor que dijo: “prefiero morir por algo y no seguir viviendo por nada”. Y me tranquilizo, porque estoy segura de lo que hago y por qué debemos continuar defendiendo la vida y la dignidad.

Yo estaba amando la muerte –no tenía otra opción– y estaba muy tranquila. Cuando me acostaba dormía profundamente, sin sobresaltos. Siempre me despertaba puntualmente y me alegraba de estar viva.

Continué con las labores del Comité. Un día me fui para San Martín del Llano a hacer una visita humanitaria. Estaba en la casa de una familia cuando la señora se asomó a la puerta y volvió pálida. “Doctora, por Dios, no vaya a salir”, me dijo. Los escoltas estaban afuera, así que yo debía ir a ver qué pasaba. Preciso, los paras asediando a los escoltas.

–¿Qué pasó? –les pregunté

–No, doctora, dicen que son paramilitares, ellos son los que mandan y que a quienes les habíamos pedido permiso para ingresar al municipio

–¿Pedir permiso? La madre...

Los paramilitares se transportaban en un Nissan blanco y en una moto, portaban armas y radios de comunicación, patrullaban el municipio, no se escondían de nadie. Llamé al DAS a Villavicencio, a Guamal, a Acacias, ahí a San Martín, a la Policía. Nadie me contestaba. Decidimos irnos antes de que atardeciera. Cuando cogimos carretera no había un solo soldado; muy extraño me pareció, porque al transitar por la vía estaba militarizada.

Antes de llegar al cruce de Cubarral vimos el Nissan blanco, que venía detrás de nosotros. Nuestra camioneta iba a toda. Me daba miedo que nos accidentáramos porque Camilita iba con nosotros. No pude más y les dije a mis escoltas: “Perdónenme. Ustedes no escogieron esta opción de vida, yo sí. Por eso si muero, moriré con dignidad. Pero me parte el alma que ustedes pierdan su vida, no escogieron morir en estas circunstancias, este trabajo lo tomaron por necesidad, tenían que definir su situación laboral. Lo lamento por mi niña, pero déjenlos que pasen, y si al pasar nos revientan, pues estamos preparados para eso”. Camila tenía cuatro años y medio. Con toda la frescura del mundo, ella me dijo: “no mamita, no digas eso: yo me meto debajo del cojín, tú te agachas y no nos pasa nada”.

Los tipos del Nissan pasaron por el lado de la camioneta apuntándonos con sus armas, muertos de la risa. Eran los mismos que estuvieron en la casa amedrentando a mis escoltas. Al lado de la carretera había un asadero, donde le pedí al conductor que parara. Mi teléfono timbró. Era un funcionario del DAS que encontró mis llamadas perdidas y marcó mi número. Le conté todo. Mientras tanto escuché que hablaba con sus superiores y daba instrucciones a sus compañeros en los demás municipios.

—Doctora, ya van para allá.

—¿Y venir para qué? —pregunté. —Lo que necesito es que les ordenen a esos paramilitares que me dejen seguir tranquila. ¿O me va a decir que no sabe lo que están haciendo?

Yo temía que en el puente de Guamal nos mataran.

Colgamos. Me quedé mirando hacia la carretera y, efectivamente, ahí pasó de regreso el Nissan blanco, a toda velocidad, hacia San Martín. El resto del viaje fue tranquilo. Puse la denuncia con números de placa y descripción de las personas que nos agredieron. No ha pasado nada con eso. El fiscal que me atendió me sugirió salir del país para que protegiera mi vida. La impunidad es latente en este departamento.

En el año 2002 comenzaron a ejecutar la Seguridad Democrática, programa del actual Presidente de la República. A raíz de eso el conflicto armado se incrementó muchísimo en el Departamento. Poco tiempo después intentaron hacerme otro atentado cerca de mi casa. Mis escoltas persiguieron y capturaron a los sicarios, de quienes se supo que habían venido de Medellín, contratados por los paramilitares, para “hacerme la vuelta”. Los liberaron pocos días después de su detención. Más impunidad.

A raíz de eso tomé un poco de distancia de la defensa de los derechos humanos, pero empecé a ver que era evidente que el Comité se debía reabrir. Esa idea me persiguió constantemente, hasta que dos años después tomé la decisión: el Comité había sido diezmado, es cierto, pero al fin y al cabo ahí estaba yo.

En 2006, cuando se conmemoraba el aniversario del asesinato de Josué, vi la ocasión perfecta para oficializar la reapertura del Comité. Casi al final del homenaje, hice mi discurso y lancé la propuesta. La gente del auditorio, desde sus sillas, me mostraba su puño con el pulgar levantado. Tenía un nudo en la garganta, pero seguía hablando. Cuando terminé se pusieron de pie y me aplaudieron. ¡Me pegué una llorada!

En el Comité estamos ahora ocho personas. Tres somos fundadores: dos compañeros —que se habían exiliado pero regresaron felices al grupo— y yo. Los otros son tres viejos amigos, mi hijo y mi nuera. Nos reunimos semanalmente. La oficina del comité funciona en mi casa. Es riesgoso para todos, especialmente para mí, pero desafortunadamente no tenemos otra alternativa: no hay recursos económicos para tomar en arriendo un sitio diferente, nos sostenemos con los aportes que hago mensualmente del sueldo de mi mesada pensional.

Después del evento de Josué, como a los ocho días, nuevamente fui amenazada, y me dijeron que ya se me había cumplido el tiempo que me habían dado para que me fuera: diez años, los mismos que le dieron a Josué. A él lo mataron un par de meses después de haber cumplido el tiempo que le dieron, desde 1986, para que dejara el trabajo en derechos humanos. Yo voy cumplir diez y medio y aún estoy viva, dedicada a la defensa, promoción y protección de los derechos humanos; esa es la razón de ser de nuestra organización.

A estas alturas creo que con todo lo que me han hecho no me voy a morir en esas circunstancias. Uno aprende a convivir con el miedo... Las primeras amenazas y atentados son muy traumáticos, pero luego uno se tranquiliza. Antes, cuando escuchaba esa canción que dice “nadie es eterno el mundo”, recordaba la primera vez que me amenazaron, porque eso fue lo que me dijo el tipo. Hoy me da risa y si puedo reírme es porque me quité de encima la presión psicológica que querían imponerme.

No creo que me vayan a “coronar” porque me cuido mucho: no voy ni a la tienda sola. Siempre estoy con los escoltas, y por eso mismo no tengo privacidad. No es que confíe plenamente en ellos, sino que no tengo otra opción.

Hoy en día me siento segura: si me toca morirme me voy tranquila. Me atemoriza, eso sí, que me judicialicen injustamente: por ejemplo, que me metan algo en la camioneta y me vinculen con la guerrilla, o que me pongan armas en algún montaje de los que siempre hace la fuerza pública y los organismos de seguridad para mostrar los famosos positivos. ¿Qué mejor para el Ejército que poder mostrar, aunque sea con mentiras, que su fórmula “defensor de los derechos humanos = guerrillero” funciona?

Muchas veces me preguntan por qué mis denuncias no son contra la guerrilla: porque el gobierno y los medios hacen mucho sobre eso, y el país y el mundo tienen acceso a información, exagerada o no, sobre las condenables acciones de la guerrilla. Denuncio a los paramilitares porque lo que hacen no es visible, siempre queda impune. En Colombia la guerrilla tiene quien la persiga, la denuncie y la condene. Los paramilitares no.

El Dios de la vida fortalece mi camino y me da la seguridad para seguir avanzando en el estrecho sendero como defensora de los derechos humanos, que, desde la inmensidad de la llanura, realizo en el diario trasegar de mi trabajo. Varias entidades me han dado menciones especiales por mi labor. Esos reconocimientos me dieron valor en su momento. Ya son diez años llevando sola las banderas del Comité Cívico, apoyándome en organizaciones de derechos humanos que me brindan su ayuda y solidaridad en todo aspecto. Por ello me satisface saber y sentir que le salvé la vida a alguien, que un jornalero recuperó su tierra, que está libre un hombre injustamente judicializado, que una viuda y sus huérfanos pudieron enterrar dignamente a un campesino masacrado. Eso era lo que más quería en la vida... Y Dios me lo concedió.

Ubaldo habla de Ubaldo

Ubaldo Hidalgo (Nororienté, Antioquia)

Producción de historia: Gladys Toro Bedoya

Ubaldo es una leyenda. Todos lo conocen. Ha estado siempre ahí. Su buena onda es eterna, ¿sabés por qué? Porque Ubaldo es el mismo montañero donde usted lo vea, *deschavetao* para hablar en la casa con su señora, con sus hijos, con la vecina, con el cura, con la monja, con el psicólogo.

Por cargarle la bolsita con los libros de la Presidencia de Asocomunal a “Bersita”, Ubaldo nació al servicio comunitario hace 29 años. Ella, Betsabé Morales, su mamá, le decía: “venga conmigo para que vaya aprendiendo cómo es esto de la Acción Comunal”. Ubaldo tenía trece años y le gustaba leer el libro de las actas que Bersita se llevaba para ayudarlo a la secretaria a pasarlas: “y me fui entusiasmando mucho hasta que me animé y me acostumbré a ir a todas las reuniones, así me fui metiendo e inquietando, y leyendo mucho por mi cuenta”.

Ubaldo, simple como su nombre, es un campesino con conciencia plural. Mira siempre de frente, es la primera característica que dice de su respeto y reconocimiento por el otro. Es un hombre Hidalgo no solo por su apellido, también por su nobleza y dignidad. De cuna andariega, con su padre Marco Tulio fue de vereda en vereda, de finca en finca y de escuela en escuela. Sus padres fueron presidentes de la junta de acción comunal de la vereda Las Mangas por doce o catorce años. “La vereda en ese entonces era buenísima, porque la gente todavía se asociaba, se juntaba; todavía existían las visitas familiares los domingos o los sábados, y programaban partidos de fútbol o de micro, o actividades como bazares y festivales. Todo era muy rico, la gente era numerosísima, cuando eso la juventud era muy buena, total diferencia a hoy en día”.

Su padre, “bastante alcohólico”, ya murió. “Las *bebas* de él eran semanales, de domingo a martes o a miércoles, y la familia andaba bajo el control de mi mamá, no más”. Pero como la familia era tan numerosa, se le crecían los conflictos y los problemas, empezando por Ubaldo, porque Ubaldo fue siempre el que más guerra dio.

Tras la idea de construir la capillita para la vereda Las Mangas, el padre de la iglesia le dijo a Bersita que pusiera a su hijo a enseñar catequesis, a ver si así dejaba un poquito la “pecadera”, y le dio unas hojitas para convocar a las clases de los sábados. “Mi mamá convenció a los vecinos de que era necesaria la catequesis para los niños, y les dijo que ella era quien iba a dar las clases y que yo la apoyaría. Empecé con 24 niños, me fue gustando, y a lo último tuve que conseguir ayudante porque llegué a reunir un grupo de 80 niños. Después con mi suegra involucramos a los jóvenes, y hasta el momento todavía soy catequista”. Así comenzó su trabajo social.

“Llevábamos personas capacitadas para que nos dieran clases con los jóvenes. Me parecía importante delegar, y le dejé ese grupo como de 70 jóvenes a otra persona. Eso del relevo generacional nadie me lo enseñó. Cuando dejé los niños era porque veía la necesidad de trabajar con los jóvenes, pues los dos me quedaban muy grandes y ya había gente capacitada para trabajar con los niños. Yo seguía siendo catequista, y daba clases a los grandes los sábados y los lunes”.

Ubaldo empezó a trabajar en todo lo que iba aprendiendo, “porque ahí empecé a oír mencionar los programas zonales, los núcleos zonales, los programas de desarrollo, y más todavía”.

Recién casado, cuando Ubaldo tenía 22 años, fue elegido presidente de la Junta de Acción Comunal de Las Mangas. “Yo le dije a la gente que siendo tantos por qué no recibían algunas de las obligaciones, que eso no era cosa del otro mundo. Ellos me dijeron que por qué no me metía. Respondí que yo no conocía, pero insistieron en que mi mamá me colaboraba. Ella me dijo que aceptara y que me ayudaba.

Entre la catequesis, la agricultura, su hogar y la Asocomunal, Ubaldo fortaleció su proyecto de vida. El servicio a la comunidad y su claridad como ser humano en Dios, le permitieron sortear situaciones difíciles como la presencia de la guerrilla en el municipio de Nariño, su intervención en las reuniones comunitarias y el constante llamado a los líderes a rendir cuentas. “Una de las cosas que siempre he dicho es que cuando uno hace las cosas transparentes, única y exclusivamente pensando en el bien, primero de uno mismo, segundo de la familia y tercero de una comunidad, nunca le va mal [...] Ni el Ejército ni la guerrilla nos han orientado. Nosotros tenemos que educarnos, y la mejor educación que debemos tener como vecinos es amándonos, respetándonos y no permitiendo que venga la Policía o la guerrilla a ponernos orden [...] Nosotros para vencer no necesitamos sino ayudarnos”.

A la primera cita con las Farc llegó citado como presidente de la Junta de Acción Comunal. “Yo me asusté mucho y dije: ‘Dios mío, aquí estoy. Yo lo único que sé es que si a nadie le he hecho bien, mal tampoco he hecho. Yo voy a ir pero Usted es el que va a hablar: yo le presto mis pies para que vaya, mis labios para que hable y mi mente para que piense, hágalo por medio de mí’, y me fui”.

“Me encontré con el comandante Facundo, me preguntó si era Ubaldo y que qué pensaba de ellos. La guerrilla son unos *verracos* –le dije–, porque nos dijeron que como ejército del pueblo iban a vencer o a morir, y eso es *verraquera*. Pero quiero que entienda que nosotros también somos unos *verracos*, porque las armas de nosotros son nuestras manos vacías con las obras que hagamos. Eso es lo que ni la guerrilla ni el Ejército han entendido. Digo que son *verracos* porque ustedes tienen una meta, que sea buena o que sea mala yo no la juzgo. Siempre he dicho que se necesita unidad, lo dice la guerrilla, lo dice el Gobierno, lo dice la Iglesia. Nosotros somos unos humildes campesinos que lo único que tenemos para defender nuestra vida son unas matas de café, unas matas de caña, unos hijos cabezones, *ojibrotaos*, barrigones, que no tenemos

capacidad de darles todo lo que necesitan, pero somos verracos porque somos capaces de subsistir con lo que tenemos. Si eso es malo, aquí estoy, mátenme. Yo le digo a mi comunidad que el día que apoyemos a cualquier grupo y nos descuidemos nosotros, hasta ahí llegamos. En mi casa le he dado agua dulce a guerrilla y Ejército; yo nunca he ido a buscarlos y nunca les he dado nada por miedo, sino por sentido humano, porque sé que tienen un cuerpo igualito al mío y les da sed y hambre”.

Ubaldo pasó por seis escuelas y sólo estudió hasta segundo de primaria: “el cartón no sé ni de dónde es. Cuando necesito un certificado voy al Colegio de Las Mangas, porque allá fue donde me validaron el quinto, aunque jamás estudié ni tercero ni cuarto ni quinto, pero los validé. En este momento tengo el cartón de quinto, pero porque me lo dieron por ‘rosca’”. Es astuto, inteligente y auténtico. Sus ojos saltones le permiten observar con agudeza su entorno. Siempre está atento, escucha, habla, lidera. Es preciso y claro en sus comentarios, sin miedos y sin tapujos, tal cual es. Como lo dice él mismo, es un humano.

Mi historia de mi destierro

Olga María Parra (Líbano, Tolima)

Vivíamos en un pueblo llamado Tierradentro, en el municipio de Líbano, Tolima. Mi difunto esposo y yo administrábamos un supermercado ahí en el pueblito. Nuestros cinco hijos terminaron la primaria allá mismo en Tierradentro, y nos los llevamos para Líbano a estudiar la secundaria.

Todos ellos pudieron terminarla, ya que nuestros ingresos eran muy buenos gracias a una finquita muy productiva que teníamos: sembrábamos café, yuca, plátano, cacao, maíz, fríjol y tomate. Además, teníamos cerdos y un lago con peces.

Estábamos tan bien que pudimos mandar a los dos hijos mayores a estudiar administración en Bogotá. En esas, ocurrió lo inesperado: mataron a mi marido en la finca. ¡Qué día tan triste para nosotros ese 23 de junio! A las siete de la noche nos llega el administrador con semejante noticia... Mi hijo menor, quien estaba de vacaciones en Tierradentro, sufrió en carne propia el dolor de ver morir a su padre, un hombre que se caracterizaba por su honradez, responsabilidad y comprensión. Con solo quince años, a mi hijo le tocó la terrible tarea de estar en el levantamiento del cadáver de mi esposo. No podíamos creerlo. Sufrimos muchísimo, pero Dios nos dio las fuerzas para poder soportar tanto dolor.

Quienes asesinaron a mi marido fueron los de un grupo llamado Ejército Revolucionario del Pueblo, ERP. Nos extorsionaban, y cuando él decidió no darles

más plata, me lo mataron. Allí comenzó mi calvario: sostener el negocio y la finca, mantener a mis hijos y darles la universidad a los que estaban en Bogotá... Yo sola no podía, así que decidí poner los negocios en las manos de mi hijo mayor, que estuvo al frente de ellos durante siete años, hasta cuando llegaron los paramilitares y nos sacaron del pueblo argumentando que éramos auxiliares de la guerrilla. Ahí sí que no entendí nada. ¿Cómo íbamos a andar auxiliando a los asesinos de mi esposo?

Pero es que todas las muertes a manos de los paramilitares ocurren porque ellos no investigan, sino que se limitan a escuchar a la gente de la misma región que, por una u otra razón, va señalando a las personas: solo porque ven que uno tiene una finca y un negocio ya creen que es que uno está lleno de plata. Como nos iba tan bien, la gente del pueblo nos envidiaba, sobre todo los demás comerciantes de Tierradentro. Según escuchamos de la misma comunidad, fueron ellos quienes nos señalaron como auxiliares de la guerrilla. Por eso fue que los paramilitares llegaron, lista en mano, a sacarnos del pueblo porque si no iban a matarnos.

La gente nunca aceptó que mis hijos salieran adelante estudiando y siendo personas de bien, a pesar de que eso se debía a nuestro trabajo y esfuerzo. Luchamos todos los días por darles lo mejor a nuestros hijos, y hasta el día que mataron a mi esposo estábamos lográndolo. Cuando quedé sola, algunos vecinos de la región pensaron que mi familia se iría a pique, y que había fracasado nuestro proyecto de que todos fueran profesionales para que pudieran defenderse solos y no tuvieran que dedicarse a las labores del campo, como nos tocó a nosotros. Mucha de esa gente no podía admitir que una mujer sola pudiera sacar a sus hijos adelante y tener un negocio próspero.

Ese 21 de julio, cuando los paramilitares nos sacaron de Tierradentro, quedaron enterrados allí 32 años de trabajo en la finca y el negocio. Por fortuna no mataron a mi hijo mayor, quien estaba en el supermercado en el momento del desalojo.

Ahora nadie nos responde por nada. Hasta los de Acción Social, de la Presidencia, me niegan mis derechos como desplazada porque dicen que sigo viviendo en la zona de desplazamiento, cuando hace siete años que tuve que irme de Tierradentro para Líbano, apenas con lo que mis hijos y yo teníamos puesto.

Aún no logro comprender

Jennifer Pacheco (Marialabaja, Bolívar)

A veces nos parece que la vida nunca nos puede cambiar. Todo nos parece tan normal: nuestra familia, nuestros amigos, todo lo que nos rodea... Y no nos damos cuenta de que la realidad es otra.

Todos los días hacía lo mismo, es lo que recuerdo. Mi mamá se despertaba temprano para hacernos el desayuno, pero tenía que pelear con nosotros para que nos levantáramos de la cama. Luego, mi hermana y yo discutíamos por el turno del baño. Mi papá se levantaba un poco más tarde; él era carpintero y el taller quedaba en la casa. Todavía recuerdo que mis papás eran muy unidos.

Nos cuidaban mucho. A mi hermana y a mí nunca nos dejaban salir muy lejos. Íbamos de la casa al colegio y los fines de semana a donde mis abuelos. Por eso, cuando salíamos al colegio yo era feliz. Era la oportunidad de observar algo distinto: las calles de mi pueblo llenas de artesanías, las hamacas tejidas a mano, las ruanas de colores vivos. Ese pueblo para mí era hermoso por su gente amable y, además, porque todo el mundo me conocía. Era feliz al caminar por San Jacinto, Bolívar.

Para ir a estudiar, mi hermana y yo caminábamos siempre por la misma calle, porque por allí nos quedaba más cerca. Ahí fue donde sucedió eso que marcó mucho a mi familia. Nosotros éramos muy unidos; hablo de mis tíos, mis abuelos y todos los integrantes de ésta. No éramos ricos, pero teníamos recursos suficientes para vivir bien.

Un día como todos los demás, mi hermana y yo nos levantamos temprano para ir a estudiar. Mi mamá nos llamó, nos arregló los uniformes y nos despidió... Recuerdo que caminamos por la misma calle de siempre. Era muy temprano, todavía no había mucha gente, y en un trayecto abandonado nos sorprendió una camioneta negra de vidrios oscuros. Se detuvo frente a nosotros. Alguien se bajó del carro y preguntó por mí; mencionó mi nombre y mis apellidos. Yo, un niño de tan solo siete años, le extendí la mano y le dije que era la persona por la que estaba preguntando. Cuando tuvo mi mano entre las suyas, me jaló con fuerza y me subió a la camioneta.

Asustado, me puse a llorar al ver a esa gente extraña y a mi hermana, de nueve años, llorando y gritando mi nombre. La camioneta empezó a andar hasta que dejó atrás a mi hermana. Aún recuerdo sus ojos llenos de lágrimas y dolor, llevo esa imagen grabada en mi mente. Cuando la perdí de vista me vendaron los ojos. Todavía no entendía lo que estaba sucediendo y lo único que hacía era llorar. Cansado de hacerlo, me quedé dormido.

Cuando desperté, estaba en una casa, o al menos eso era lo que presentía. Escuché la voz de un señor, era muy gruesa. Él me decía que dejara de llorar, que no me iba a pasar nada; me brindó un pan, le dije que no tenía hambre. Eso fue el primer día.

Mi madre dice que todo duró alrededor de un año. Yo no logré precisar el tiempo porque siempre tenía los ojos vendados. Mi mundo era oscuro... No veía nada y siempre escuchaba a la misma persona. Todavía recuerdo que solo quería ver a mi mamá, a mi papá y a mi hermana.

Un día me dijeron que íbamos a salir, que me portara bien, y que si lo hacía iba a ver a mi familia. Yo estaba contento, pero aún no comprendía lo que estaba sucediendo. El viaje fue largo. Cuando la camioneta se detuvo escuché la voz de mi

tío José, quien tenía una relación muy cercana con mi familia. En ese momento, mi alegría fue aún más grande, la ilusión de estar con mi familia era indescriptible.

Minutos más tarde no escuché nada... solo el ruido de la camioneta que se alejaba dejándome abandonado. Tenía los ojos vendados y las manos atadas. De repente, sentí a mi mamá abrazándome muy fuerte. Luego ella me quitó las vendas y las ataduras de mis manos.

Le pregunté por mi tío José, le dije que había escuchado su voz... Ella se puso a llorar y no me respondió. Luego llegó mi papá y nos fuimos a casa, la alegría fue inmensa, mi hermana me abrazó y me dijo que nunca me iba a dejar solo. Poco a poco me fueron explicando lo que había pasado. Mi mamá me contó que a mi tío se lo habían llevado para que a mí me dejaran en libertad. Fue muy difícil asimilarlo. Pasaron varios días antes de que la Policía encontrara el cadáver de mi tío.

Hoy, que tengo 29 años, aún no logro entender cómo los seres humanos pueden partir la vida de una familia en dos: un antes y un después. Esa fue una tragedia familiar.

Le tengo anotado el parte

Javier Moncayo (Carmen de Chucurí, Santander)

Bueno, hermano, esa vaina de El Carmen empezó más o menos en 1982, en una época en que la guerrilla andaba matando gente *verracamente* por los lados de San Juan Bosco, La Verde.

Allá había un viejo que se cansó de la vaina. Era inspector de policía. Decidió irse a dormir al puesto militar que había en el caserío y declararse enemigo de la guerrilla. Se llamaba Isidro Carreño. Era de los buenos para la pelea. Empezó a llamar a personas amigas para decirles: “y qué, ¿se van a dejar matar así no más? Vengan y nos organizamos para defendernos”. El Ejército les prestaba de vez en cuando armas para que hicieran sus cosas y los dejaba quedarse en la base para que la guerrilla no los matara.

A mí me contó Gonzalo, que ahora es jefe de Los Masetos, que a veces les tocaba atrincherarse en la senda por donde pasaban los guerrilleros y, cuando venían uno o dos, cogerlos a cuchillo y machete para quitarles los fusiles.

Se fueron para Puerto Berrío a pedir ayuda a la brigada. Allá les dijeron que no podían, pero los mandaron para Puerto Boyacá. Allí sí les prestaron ayuda. Gracias a eso conformaron un grupo como de ochenta hombres, que fue creciendo y llegó hasta El Topón, cerquita de El Carmen. La guerrilla ya andaba intranquila y matando a la gente que se metiera a ayudarles.

Entonces fue que Isidro Carreño mandó llamar a don Pedro Beltrán. Los Beltrán eran como los papás de El Carmen, y uno de ellos, Alirio, fue el primer alcalde que tuvo el pueblo cuando lo ascendieron a municipio.

Los Beltrán fueron a dialogar con Los Masetos, y entonces la guerrilla secuestró al alcalde. Después de torturarlo, lo mataron. Eso hizo que mucha gente en El Carmen dijera “no más” y se decidiera a apoyar a Los Masetos. Además, la guerrilla entró casa por casa una noche, buscando a los que pudieran estar ayudando a Los Masetos, y mató mucha gente, entre esos a algunos que habían luchado toda la vida para que el caserío se volviera municipio.

Así que los Beltrán y muchas personas decidieron volteársele a la guerrilla y se tomaron El Carmen. La guerrilla empezó a acosar a la gente del pueblo y a querer atajar el avance de las autodefensas. Dinamitaron las salidas de El Carmen metiéndole bombas a los puentes del Silencio –por la vía a San Vicente– y Yarima –por la vía a Barranca.

Entonces el pueblo empezó a pasar necesidades. Como por seis meses no se conseguía una panela, una libra de arroz, ni un jabón; y mientras tanto el cacao *mojosiándose* en las bodegas. La gente decía: “tanto trabajar uno para ver aguantar hambre a los hijos”. Así, muchos que eran buenas personas se volvieron bravos para la pelea y se armaron contra la guerrilla.

Pero algunos le sacaban el cuerpo al encierro, como don Guillermo M., que tenía una camioneta tres y medio y la cargaba con cacao y se volaba por cualquier lado y a cualquier hora para San Vicente. Eso sí, no muy cargado, para poder meterle la pata cuando se encontrara con alguno. Un día salió por los lados de Campohermoso, y se encontró con un retén de los guerrilleros y lo cogieron a plomo. El viejo, que iba con otros, se botó como pudo debajo del carro y, como cargaban mini Uzi y pistolas, se cogieron a plomo con la guerrilla.

Y es que como la guerrilla es cobarde, usted sabe, lo cogen a usted y a mí y nos llevan para allí *detracito* y nos revientan la cabeza a plomo, pero si usted tiene con qué responderles entonces salen corriendo. De manera que el viejo pudo voltear la camioneta y devolverse para El Carmen. Descargó el cacao y se trajo como a veinte de Los Masetos. Ese día alcanzaron la guerrilla y mataron hasta un comandante.

Fue entonces cuando llegó este militar –el general Bedoya, quien se lanzó ahorita a la presidencia– y les dijo: “ustedes tienen derecho a que los protejamos, así que digan qué necesitan”. La gente le dijo que lo más urgente era llevar las cosas a vender a alguna parte, y decidieron que lo más cerquita y estratégico era San Vicente.

De manera que empezaron a llevar cacao en camiones protegidos por el ejército. Los viajes eran con unas tres tanquetas, tres camiones y dos jeeps, para llevar unas cincuenta toneladas de cacao y, por lo menos, veinte masetos por viaje. La joda no era fácil porque la guerrilla atacaba cada nada.

Una vez venían saliendo por Colepato –ese pedazo que usted sabe que es tan malo, que cuando pasa el bus parece que se fuera a caer al abismo–, y en ese mismo puesto le pusieron por lo menos cincuenta kilos de dinamita a la tanqueta para ver si la mandaban al hoyo, y “fumigar” al resto desde arriba. Pero la tanqueta solo se *ladió* y al *man* que la manejaba no le pasó nada, usted sabe, esos están protegidos por dentro, de manera que cogió a cañonazos la loma y los sacó a perder a todos.

Cuando llegaban a San Vicente andaban todos juntos para todos lados. Los camiones, las tanquetas y los jeeps. Al principio, los dueños de las compras no querían recibirles el cacao por miedo a que la guerrilla les metiera una bomba en el negocio. Paseaban de un lado para otro con la carga, y nada.

Hasta que al fin se les acabó la paciencia y se le parquearon al primero y le dijeron: “si quiere seguir vivo nos compra estas cuarenta toneladas de cacao ahora mismo y nos da la plata en efectivo, pero ya”. De manera que el tipo córrale a pedir prestado y a suplicar que no le fueran a hacer nada.

Vendida la carga, se subían al Dandy y le daban la orden al viejo Pablo: “nos llena los camiones de panela, arroz y todo lo que haga falta”, y así se volvían para El Carmen. Y en los viajes de vuelta le tocaba el turno a otro comerciante, de manera que a todos les tocó pasar el sustico. Ahí no hubo ninguna negociación, ni cosas por el estilo: al que le tocó irse se fue, al que le tocó morir se lo mataron, y así pasó la cosa.

Una vez yo estaba sentado como a las seis de la tarde en la puerta de mi casa. A esa hora en esa época el pueblo parecía de muertos. Se me vino un *man* con una mochilita, que yo pensé que hasta vendría a matarme. Pero no, me dio fue un papelito que decía: “Fulano de tal, lo esperamos mañana a las nueve de la mañana en el Centenario para arreglar un asuntico”. Firmado: Comanche, que era el hijo de don Isidro Carreño y, en ese tiempo, el jefe de todos Los Masetos.

Yo le dije al *man* que no, que yo no podía comprometerme a ir por allá tan lejos. El tipo me dijo solamente: “Va, o se muere. O se va de San Vicente”. Y como yo jamás he querido irme del pueblo, pues busqué quién me llevara. Me tocó al fin con Ruperto, ¿se acuerda?, el negrito que hasta de la guerrilla sería.

Al otro día llegamos al Centenario y había ahí tres tipos con fusiles que me miraron feo.

–¿Y usted quién es? –me preguntaron

–Es que tengo una cita con el comandante, a las nueve –dije mostrándoles el papelito

–Pues muévase que son las nueve y cuarto y ya va tarde.

Más arriba me encuentro al Gonzalo, que me saluda: “ole, hermano, y usted qué hace por aquí”, y yo le cuento y él me dice: “no joda, espere le averiguo, porque si es para pelarlo le aviso para que de una vez se pierda”.

Al rato volvió y me dijo: “tranquilo, no es nada grave, estése quieto que ya lo llaman”. Al rato me llamaron, y entro y me encuentro con Comanche, un tipo alto, flaco, bien parado, de ojos azules, pelo negro y vestido de prendas militares... El tipo mejor parecido que he visto en mi vida.

–Con que usted es fulano de tal –me dijo

–Sí, señor ¿Qué se le ofrece?

El tipo se va sacando una pistola browning niquelada en la pretina, y la pone en la mesa

–Pues figúrese que estamos montando la operación San Vicente, y tenemos que matar a un poco de hijueputas que le ayudan a la guerrilla y usted y otros ciudadanos nos van a hacer el trabajito, de manera que se lleva la pistola y esta lista, se organiza con los otros que vamos a conversar, y para tal fecha nos matan unos quince que ya están haciendo estorbo

–Me muero de la pena –le dije– pero yo a eso no le *jalo*, comandante. Yo cumplí ya los cuarenta y hasta ahora ni un *tiestazo* le he pegado a nadie, y por nada del mundo voy a matar a una persona

–Es que con hijueputicas como usted es que no se puede, hasta colaborador de la guerrilla habrá de ser

–Que me toca hacerles favores para qué voy a negarle, pero siempre contra mi voluntad. Y si debiera algo pues no habría venido –aclaré

–Pues váyase, que ya le tenemos anotado el parte.

Así fue que me tocó irme a hablar con los Beltrán, que eran conocidos de la casa, y ellos me dijeron “quédese tranquilo que esto lo arreglamos”, y parece que así fue porque no volvieron a joderme. Ahora ya están hasta más allá del Litoral y hasta Betulia, de manera que no hay mucho problema. Ya se siente uno más seguro y ya la gente viaja sin problemas entre San Vicente y El Carmen. Claro que la joda se está poniendo fea otra vez por lo lados de Albania. ¿Sí supo lo del inspector de policía?

La ilusión millonaria

Arsenio Samanate (Macizo Colombiano)

Cuando creemos que hemos tocado la puerta del cielo con la mano de la suerte, se nos abre la puerta del infierno. Todo se nos cae y no nos queda más que aceptar la triste realidad. Así le ocurrió a uno de los protagonistas de esta historia...

“Un día normal, como siempre, caminaba con mis amigos de mi casa hacia la parcela de mi mamá, donde trabajábamos para nuestro sustento. Ese día la parcelita nos dejó ver un poco la suerte.

Allá había una parte cubierta de árboles, muy cerca de una de las carreteras que atraviesan el hermoso Macizo Colombiano. La guerrilla había estado transitando por esos lados. Algunos de sus hombres pararon la camioneta y se dirigieron a esa parte de la parcela. No se demoraron más de media hora, y abandonaron el lugar.

La curiosidad mata: cuando los subversivos se alejaron, fuimos a ver qué era lo que tenían ahí. La sorpresa fue grande: cuando llegamos al punto nos encontramos con una guaca millonaria. Ni siquiera supimos cuánto dinero contenía el balde, que era muy grande. Como pudimos nos la repartimos y nos la llevamos a la casa de cada uno. Como yo era el más joven de los siete muchachos, me dieron menos dinero. Desde ahí empezamos a darnos buena vida y eso fue lo que nos delató. La alegría de la platica nos duró apenas tres días, porque mientras disfrutábamos del buen momento en la cantina, con mucho traguito, los dueños del tesoro ya habían investigado a los vecinos. Ya nos tenían en la lista negra de “quien la hace la paga”.

Esa noche interrumpieron mi sueño. Entraron por la fuerza, como fantasmas, a mi casa. Fusil en mano me dijeron que entregara el dinero. Mis amigos habían corrido la misma suerte: atados las manos, los llevaban por delante, cargando el dinero.

Cuando lo recuperaron todo, nos llevaron a una parte muy boscosa y allí nos hicieron trabajar mucho tiempo como castigo. Después nos dieron la libertad.

Así pasó todo. Hoy creo que sin ser millonario también se puede vivir. Del dinero oscuro de aquel tesoro no nos quedó más que la desilusión”.

Una falsa ilusión

Edwin Robert Caldón Fernández (Macizo Colombiano)

En la mente de Elkin crecía la idea de integrar las filas del llamado Ejército de Liberación Nacional, ELN, porque le habían prometido que allá tendría una vida mejor. Un día tomó la decisión, en compañía de John Jairo, un amigo suyo a quien le había gustado la idea de irse de guerrero.

Para esas fechas se había posesionado Álvaro Uribe como presidente de la nación. En uno de sus discursos pedía a sus batallones que intensificaran la lucha en contra de los grupos al margen de la ley. Esa situación obligó a que la guerrilla en la que militaba Elkin se desplazara hacia el sur, a las montañas de Nariño.

“En ese lugar –decía Elkin– se presentó un enfrentamiento con el Ejército en el que nos vimos aislados de los compañeros del grupo. Supimos que algunos habían muerto. Estábamos únicamente cuatro personas: el comandante del grupo, alias Hamilton, su compañera, la mía y yo. Nosotros ignorábamos el plan de ellos. Por eso la estadía era tranquila. Un día, sin darnos cuenta, fuimos despojados de nuestras armas, y ellos dos se marcharon. Antes de que esto sucediera, Hamilton me había entregado cien mil pesos con los que salimos de allí, después de caminar dos días sin alimentarnos. En la carretera encontramos un vehículo que nos llevó a Popayán. Fuimos a casa de mi compañera en el Valle del Cauca, pero tuvimos problemas familiares. Regresé a mi pueblo acompañado de mi cuñada. Había pasado un año en las montañas y el Ejército había estado una sola vez en esta región”.

Como mi casa y la de Elkin estaban muy cerca, y los vínculos familiares nos unían, un día estábamos en mi casa mirando la televisión. Eran las nueve de la noche cuando un grupo de guerrilleros llegó a la casa. Elkin se encontraba en una habitación, mientras yo estaba fuera. Fui tomado por estas personas, que intimidándome con sus armas me preguntaban por él. No tuve otra opción que decirles que estaba allí. Entraron y le ataron las manos. Él trató de explicarles lo sucedido, pero no lo escucharon. Solo pedían las armas que le habían entregado. Lo llevaron como a unos 200 metros de la habitación, junto con su compañera. Fue obligado a ponerse de rodillas, y luego su propio amigo, con el que había entrado a la guerrilla, le disparó en repetidas ocasiones. John Jairo murió ocho días después en un enfrentamiento con el Ejército.

¡Pilas, civil! (Arauca)

Producción de historia: Carmen Lucía Castaño

“Tené la tina. Espérame y yo voy a ver qué es lo que hay allá”, insistió Ener. Íbamos caminando derecho por la calle empedrada y arribita, en la esquina, había como diez árboles grandísimos y una bandera que decía ELN. Llevaba unos dos meses ahí, pero como nadie había visto quién la puso, pues uno no se imaginaba nada.

Esa historia se la repetía y repetía a los policías cuando estaba en el hospital, pero nada, venía otro y preguntaba lo mismo y lo mismo. Unos días antes, cuando llegué herido al hospital, me habían reportado por accidente de explosivos y me montaron vigilancia. Desde que me desperté hasta que salí, yo miraba desde mi cama para una ventana y para la otra, y siempre había policías. A cuidados intensivos no podían entrar, pero cuando me pasaron a sala de recuperación se metieron y empezaron a preguntarme una cosa y la otra, porque a mí me tenían por guerrillero. Yo les decía que era estudiante y que había caído en esa trampa por travieso. A veces les contestaba,

pero otras me ponía a llorar... Es que yo tenía quince años y estaba triste. Mi amigo estaba muerto y a mí el rostro ni se me reconocía porque quedé todo quemado.

Ese jueves, Ener y yo buscábamos a la profesora para pedirle un destornillador, porque queríamos acomodar las vidrieras. Es que en la escuela los salones tenían los marcos de las ventanas, pero estaban sin vidrios. Cuando la encontramos, la profesora tenía un morral con un termo de café y una tina con comida. Nos pidió el favor de que les lleváramos el almuerquito a unos trabajadores hasta La Gavilla. Le dijimos que listo, y nos fuimos rápido para volver a acomodar los vidrios. Mientras caminábamos me dijo: “vos no te deberías llamar Asdrúbal, vos deberías llamarte Carlos. Ponéte ese nombre y verás que te suena bien”.

Cuando vimos la bandera del ELN, Ener subió en carrera. A él lo habían mandado los guerrilleros a comprar las pilas para hacer unas minas *quiebrapatas*, y él repetía que su mayor emoción sería conseguir esas pilas para ponérselas a la grabadora que usábamos en los bailes con nuestros compañeros de clase. Hasta en la casa les había dicho a los papás que al pie de un árbol había enterrados seis pares de pilas, y que iba a sacarlas de ahí...

Pues sí, ahí estaban las pilas, y las minas también. Yo no quería que se nos hiciera tarde, pero él me contestó que no se demoraba nada... Entonces puse la tina y el morral al lado de un árbol. Cuando me iba a acercar a donde estaba Ener, se le explotó esa vaina y ahí sí no me acuerdo de nada. Perdí el conocimiento. Cuando me desperté estaba al otro lado de la calle, porque la explosión me levantó y me botó como a tres metros. Mis compañeros decían que cuando fueron a levantar a Ener, estaba sin cabeza, ya todo perdido. Yo me tocaba el cuerpo y lo sentía desgarrado, los dedos me cabían por el hueco que me quedó en el estómago.

La gente se demoró en llegar porque estaban en una reunión de padres en la escuela. Cuando llegaron yo ya había recuperado el sentido pero no me podía levantar, ni siquiera ver. Me recogieron y me llevaron para donde mi hermano, que no había llegado todavía de trabajar. Le mandaron razón pero él estaba ocupado y no creía que yo me estaba muriendo.

Como no teníamos con qué pagar un hospital, ahí mismo se reunió la comunidad para aportar plata y llamaron a un señor de La Vega para que viniera a recogerme. Ya desde allá me llevaron en ambulancia hasta Popayán, que está a seis horas de aquí. Recuerdo que llegué el viernes en la madrugada al hospital.

Cuando me desperté, me vi todo extraño y con el estómago remendado. El médico me preguntó si sabía qué día era. “Viernes o sábado”, le dije. “No, mijito, usted está perdido: hoy es martes”, me respondió. Llevaba todo ese tiempo privado por los medicamentos. Me tuvieron quince días en cuidados intensivos. Luego me pasaron a recuperación y ahí duré otros quince días, y una vez que mi hermano se fue porque le tocaba seguir trabajando, los policías pidieron la orden de salida del hospital. Llegó

el comandante y me dijo: “usted ya no tiene nada qué hacer aquí: nos vamos”. Le dije que no porque tenía que esperar a mi hermano, pero me sacaron.

Me levanté de la cama todo débil, casi no podía ni caminar. Me llevaron en un carro. Yo volteaba a mirar y decía “Policía” por todo lado. Llegamos a las oficinas del F2. Me hicieron indagaciones y dijeron que esperara a ver cómo salían las pruebas, porque como me habían interrogado varias veces tenían que comparar para ver si les había dicho mentiras. Yo estaba tranquilo porque desde el principio fui con una sola verdad. Además, pidieron un documento del Cabildo en el que dijera que yo sí era habitante de mi resguardo y que era estudiante. Ya con eso me dijeron que me podía ir para la casa. Les dije que no porque ellos me habían ido a sacar de donde yo tenía mi cama, y que si me pasaba algo era responsabilidad de ellos. El comandante como que reflexionó, y dijo que no me podían dejar ir así y que teníamos que esperar a que me recogiera un familiar. Esa noche la pasé allá, al lado de los presos, pero más o menos estaba seguro.

Al otro día fue mi hermano y me trajo otra vez para la casa. Yo no me pude recuperar bien del accidente. Me tocó irme para Valencia, otro corregimiento como a una hora de aquí, a seguir trabajando en cultivos de papa porque tenía que responder por mi mamá. Como a los ocho meses volví al resguardo y mi hermano me animó a regresar a la escuela. Con otros muchachos fundamos el colegio Santa María de Caquiona. De ahí me salí porque ya estaba enseñado a trabajar y a tener mi platica, y el estudio no me dejaba tiempo.

Ya han pasado quince años desde esa época. Ahora estoy pendiente de arreglar mi cédula para que ahí me salga el nombre que Ener me regaló: Carlos. Ese nombre lo conservo como el regalo de mi amigo muerto. Me hago llamar así, firmo así, y lo sigo llevando aunque en la cédula me llame de otro modo.

Después del accidente, los del ELN no volvieron a presentarse por aquí. La fuerza pública desactivó la otra mina que había junto a los árboles. Nunca supimos quién recogió la bandera.

No olvido a mi Chocó (Magdalena Centro)

Producción de historia: Carmen Lucía Castaño

Cuando llegué a Puerto Boyacá me daba miedo hasta enamorarme, porque decían que allá todos los hombres eran *paracos*. Vine sin esposo, sin trabajo y con un niño de año y medio preguntando por el papá.

Pocos días después de haber llegado me di cuenta de que no era cierto que acá solo hubiera guerra. Encontré amigos que me apoyaban y hasta me animaban a salir de rumba. Fue en una de las fiestas en donde empecé a sentirme como en mi Chocó. Fue ahí también en donde conseguí trabajo, porque una vecina me dijo que hablara con el secretario de educación para ver si me ofrecía un puestico. Y pues sí, me dijo que podía irme como maestra a la escuela rural de Los Chorros, una vereda que está a tres horas en Carpati más cinco a pie desde Puerto Boyacá. Allá mandaban a los profesores como castigo, pero yo me fui contenta porque había encontrado un trabajo, y eso que apenas tenía el bachillerato.

Mi primer día como maestra nunca se me olvidará. Estaba en la escuela con los niños, en clase de conjuntos, cuando escuché “buenos días” y contesté igual. Ahí mismo me volteé a ver quién era, y vi que había unos setenta hombres con uniformes camuflados, armados y heridos porque venían de un combate. Cuando los miré, se me cayó el borrador y la tiza, y me senté a llorar.

Los niños me dijeron: “no, profe, no se asuste, nosotros los conocemos: él es el comandante tal, de las AUC”. Luego el comandante se presentó y empezó a hablar y a decirme que él iba a ser mi defensor y que me darían su apoyo. Lo primero que me pidieron fue un paquete de toallas higiénicas para pararle la hemorragia a los heridos.

Conmigo nunca se metieron. Antes pensaba que ellos llegaban a todas partes a hacer el mal, a matar gente porque sí, pero para mí fueron un apoyo total: arreglaron la escuela, construyeron un lugar para que viviera y estuvieron pendientes de que nunca me faltara nada. Pasé de tenerles miedo a sentirme protegida por ellos.

Después de que me fui de la vereda me trasladaron a otra escuela. Allá conocí a mi nuevo esposo, que es chocoano y docente, como yo. A Puerto Boyacá llegué con miedo a los paras y al amor, y ambos se me quitaron.

Una visión inolvidable

Héctor Almanza (Puerto Triunfo)

Producción de historia: Alirio González

En la Semana Santa de 1980, en el municipio de Puerto Triunfo, mi hermano y yo salimos a las tres de la tarde a pescar. Después de casi tres horas de remar río arriba llegamos a Dos Bocas, donde se le une el río San Juan al Rioclaro. Dormimos sobre la arena hasta las nueve. Al despertar, la noche era tan oscura que no veíamos más allá de nuestras narices. Como conocíamos muy bien el río comenzamos a pescar

río abajo con la ayuda de nuestras linternas. No llevábamos más de media hora de tirar nuestras redes cuando de repente, en una playa que reducía el caudal del río, vimos una canoa grande, nueva y muy bien hecha, con dos tripulantes dentro de ella y uno más parado en la playa. Sus vestimentas eran negras y ajustadas a sus cuerpos, como las que utilizan los buzos. Al alumbrarlos con las linternas, para sorpresa de nosotros, pudimos ver que en sus cabezas no tenían caras, sino que despedían luces fosforescentes. Al ver esto se nos pusieron los pelos de punta, la piel de gallina, y sentimos frío hasta los huesos. Sin mediar palabra alguna pasamos junto a ellos, apagamos las linternas para no verlos más. Estando lejos de la playa murmuramos sobre lo que habíamos visto, sentimos miedo, mejor dicho mucho temor, por aquella inesperada visión; tanto así, que nos olvidamos de pescar y salimos como alma que lleva el diablo. Nunca supimos quiénes eran ni de dónde venían, ni volvimos a ver una canoa tan bonita y tan bien hecha como la que vimos aquella inolvidable noche.

RELATOS COLECTIVOS

14. Los rumores del tubo
15. Calor en el páramo
16. Cuando el río suena...
17. Puente Largo
18. Historias de El Rosal
19. Casa Fantasma (video en animación)
20. Viaje sin regreso: Florencia – Samaná (video en animación)
21. El incendio
22. Los chuzos
23. Villa Cuchillo

Arauca

Los rumores del tubo

Producción de historia: Germán Cuesta, (El Alcaraván - Arauca)

“No exagera el que cuenta, es un problema de las pocas luces del que escucha”.

Pancho Villa

“No es un cuento. Es un sucedido”.

Manuel Rivas

Acerca del rumor

Narraciones breves en forma de cuentos, leyendas o mitos. El rumor tiene una alta carga de especulación y exageración, que hacen parte de una complicada red de comunicaciones en la que habitan las personas que conviven en una comunidad. Al escribirlo es posible desmitificarlo. Como ocurre en los relatos fantásticos, el narrador de estas historias aparece debidamente autorizado (se trata de un narrador imparcial, cercano, fiable y, muchas veces, escéptico), y los hechos referidos ocurren en lugares poco transitados, solitarios, lejanos a la comprobación.

Un rumor puede ser, como en el diccionario, “voz que corre entre el público”, “ruido confuso de voces”, o simplemente una “voz común”. A través del rumor hasta la más insignificante e insuficiente de las emociones puede convertirse en el centro de atención, cautivar, asombrar, enseñar. Las bases de esta comunicación son, esencialmente, la memoria de la gente y los recuerdos de prácticas comunes: actos sin sujeto referidos a otros.

Los rumores se convierten en leyendas que encierran, como todos los relatos fantásticos, un mensaje didáctico: la prudencia de no tentar a la suerte, de no entablar familiaridades con aquellos que nos son desconocidos y, en suma, de no violentar las normas que garantizan la tranquilidad del individuo y las comunidades. Los rumores traducen las angustias, los temores, las creencias y las esperanzas colectivas de una sociedad en un momento dado.

Son esas historias extravagantes pero creíbles que pasan de boca en boca, y que no dejan por esto de tener validez, sobre todo porque afectan el mundo de la vida cotidiana. Profundamente arraigados en nuestra cultura, basada en la tradición oral, y nutridos de coincidencias increíbles que les dan valor, los rumores se convierten en parte estratégica del conflicto. No hay autor. Son narrados tal y como si el protagonista de la historia fuera el relator, aunque este, a su vez, la haya escuchado de alguien más. Es una cadena sin fin de miedos.

A las historias que circulan alrededor del conflicto solo hay que despertarlas, actualizarlas. A través de ellas se aprenden lecciones sobre el bien y el mal.

Las innumerables leyendas del conflicto muestran hechos actualizados de los viejísimos motivos de las historias del miedo. Con la misma prevención y temor con que antiguamente se contaron las historias de apariciones o de la bola de fuego, hoy estas leyendas ponen en escena motivos similares, como la muerte y el horror.

A continuación presentamos una serie de narraciones, de hechos que han marcado nuestra historia del conflicto, acontecimientos que hoy son anécdotas y que, en épocas no muy lejanas, serán historias de miedos y dolores.

De miedos, cazabobos y borrachos...

“En el área rural de Arauquita, municipio situado a 390 kilómetros al noroccidente de Bogotá, una persona murió y otra quedó herida al explotar un carro-bomba en la noche del domingo, informó la Policía del Departamento de Arauca. Las víctimas viajaban en un taxi que fue alcanzado por la onda expansiva. Los daños allí fueron menores pues el vehículo explotó en medio de una carretera que comunica a Arauquita con el caserío de El Troncal, en donde presuntos guerrilleros de las FARC lo dejaron abandonado cinco días antes.”

Fuente: Associated Press

Lunes 11 de agosto de 2003, 11:35 a.m.

El carro quedó abandonado en el centro de la carretera, en toda la curva. Era una camioneta Luv 1600, que había servido a la comunidad de Arauquita y El Troncal. Lástima el carrito, prestaba un servicio; llevaba leña, hacía perifoneos. Hasta cargaba a los muertos antes de que llegaran las funerarias.

Aunque el carro quedó atravesado en la mitad de la carretera, había suficiente espacio para que las personas, y con algún esfuerzo los carros pequeños, pasaran sin tocarlo. Fueron muchos los que durante esos tres días transitaron por necesidad o por curiosidad. Seguramente como uno ya está acostumbrado a convivir con el peligro, pues seguía pasando.

Para todos, el carro estaba cargado de explosivos, pero nadie se atrevía a confirmarlo o a desmentirlo. La gente decía que el Ejército ya lo había visto, que hasta se le habían montado encima, que eso no tenía nada...

Muchos de nosotros comentábamos al lado del carro:

–Que sí... Que el Ejército ya lo vio, que no tiene nada

–Ah bueno... Entonces ábralo...

–No, gracias...

Pero el Ejército nunca había venido a verlo. Con uno que lo hubiera dicho, ya se daba por hecho.

“Venía andando con mi carrito y unos milicianos me salieron al encuentro en la carretera, en la curva, que llaman, ahí en la lechería. Me encañonaron, me quitaron la camioneta”, contó el chofer de la Luv.

“Entonces, como tenía mucha rabia porque esa era mi herramienta de trabajo, intenté averiguar personalmente si tenía una bomba. Por eso, con un nylon y un par de anzuelos amarrados a la puerta, a una distancia algo más que prudente, intenté abrirla, pero pudo más el miedo”.

“Recuerdo que cuando puse el denuncia porque me quitaron mi carrito, estaban desactivando bombas en la parte de arriba. Cuando hablé con el comandante del Ejército él me dijo: hermano, yo estoy ocupado ahoritica pero vamos a ver qué hacemos. Le pedí entonces permiso para darle un tiro desde lejos al carro. Dijo que no”.

Las cosas no siempre han sido así en el El Troncal, una población localizada a cinco minutos del casco urbano del municipio de Arauquita. Para sus habitantes, el trabajo agrícola, sobre todo el cacao, ha sido por mucho tiempo –y este sí que no es un rumor– la fuente principal de ingreso económico y de ocupación. Desde que el petróleo apareció en la región, se trastornó su tranquilidad. Diferentes grupos ilegales hicieron más efectiva su presencia ante la cantidad de recursos que traería el oro negro.

En otra oportunidad, habían instalado un bus de CootranstefluArauca. Acá más arriba. Decían que tenía bombas. Y no, no tenía nada. Quien revisó el bus fue el mismo conductor, que se metió por debajo. Miró y no, no tenía nada. A los poquitos días instalaron la Luv en El Troncal.

Con las horas se fue haciendo más fuerte la idea de que el aparato tenía una carga explosiva. Sin embargo, teníamos dudas. ¡Cómo si no viéramos! Nosotros ya sabíamos que aquí hay algo que se llama cazabobos: antes de una bomba grande hay una pequeña. Detrás de algo en donde dicen que no hay nada, hay algo más grande.

Pero la gente dudaba y no. La curiosidad es más grande que la prudencia y el chisme más grande que las evidencias. En este caso, todo parecía indicar que el carro tenía carga explosiva: la puerta estaba amarrada siguiendo una ruta de manera que al abrir la puerta se estiraba la cabuya y se activaba la bomba, si era que la tenía.

Sí. El carro duró como tres días. La gente seguía pasando por los laditos...

Los *pelaos* venían de pasada, de jugar fútbol en otra vereda, venían *traguiados*. Pararon a orinar más adelante de donde estaba la Luv pero, por la curiosidad y el valor que dan los tragos, el *pelao* se vino para el carro, pensando en voz alta: “esta mierda no tiene nada”. Una frase para sus amigos y para la honra de su valentía.

El *pelao* se confió porque estaba tomado, y normalmente no era tomador... pero con los tragos en la cabeza se le hizo fácil abrir la puerta... Como yo le decía a usted, eso fue una suma del rumor con el alcohol.

El abrazo de la muerte

A finales de los años ochenta hubo un capitán del Ejército que tenía una estrategia militar consistente, según él, en que el enemigo se auto eliminaba. “No necesito matar a ningún guerrillero porque ellos se matan solos”, decía.

El capitán, de apellido Martínez, llegó a Arauquita con unas “operaciones psicológicas”, como las llaman ellos. Operaciones de adoctrinamiento, procedimientos de culturización de la gente, de sacarla de lo que llaman la ilegalidad, de llegar a convencer. El tipo era muy hábil, usaba mucho la estrategia de saludar a las personas:

–*Quiubo* compadrito, gracias por el informe que me dio...

–¿Cómo así comandante? –decía usted sano, sin saber nada

–Ay... Acuérdesse que usted me habló de fulano de tal, que es de la guerrilla.

Hablaba así para que los demás oyeran. Al otro día, hombre muerto. Así era como funcionaba. Es que con la guerra las cosas son así. Cuántas muertes injustas, cuántas muertes se atribuyen a la estrategia del capitán.

Sucedió primero con una gente que venía de Puerto Matos. Los tipos llegaban a Arauquita y el capitán les decía: “ey, chino, que a usted yo lo conozco, un tipo chévere...”. Después de que les brindaba unas cervezas, les quitaba la cédula y los paseaba por Arauquita. Caminaba con ellos mientras les pasaba el brazo sobre los hombros. La gente decía: “este hombre ya está muerto”. A los días, hombre muerto. La guerrilla lo pelaba.

El capitán llegaba y se paraba en la esquina de un parque o de un barrio y comprometía al que se le acercara. En su estrategia de guerra también hablaba por el altoparlante, ese que utilizábamos aquí cuando llamaban por teléfono a alguien: “fulano de tal, lo llaman por teléfono”. Él lo usaba para tratar de motivar y a la gente para que se pusiera en contra de la guerrilla.

Desarrollaba unas estrategias diferentes a las de la mayoría de los comandantes que habían venido. Seguramente ya estaban establecidas en el manual de operaciones psicológicas. Y él sí que las aplicó aquí en Arauquita.

Mucha gente venía por el petróleo a buscar trabajo. Las personas de la zona solo sabían que eran trabajadores y campesinos. El tipo se ensañaba con los de Puerto Matos porque ahí estaba la guerrilla, operaban allá... Puerto Matos, Aguachica, El Oasis, Los Chorros y La Paz eran las poblaciones objetivo del capitán.

El domingo pasado dizque paseó y abrazó a un *man* por todo el pueblo. Otro inocente. Apareció muerto más acá del camino de Puerto Matos.

El capitán cumplía. Acababa con la guerrilla sin disparar un solo tiro.

Uno lo veía y se le perdía. Si uno hace cuentas de lo que dice la gente, son como diez las personas que hizo matar. Nombres de los muertos ya no hay. El tiempo pasa y uno se olvida. O el miedo lo hace olvidar.

Hasta que un día alguien se le paró. El capitán sacó al hijo de un señor, tarde en la noche, y lo llevó abrazado calle arriba. Pero el tipo comenzó a gritar: “el capitán me va a matar”.

El hombre le hizo escándalo. Entonces, la población aterrizó...

Todos éramos colaboradores para él. Lastimosamente algunas personas inocentes cayeron en la táctica del capitán. Simplemente recibieron el abrazo de la muerte.

El monje con botas

En la mitad del camino de Arauca a Arauquita se encuentra San José de la Pesquera, una población con unos 600 habitantes. Es una comunidad con mucha gente joven. La actividad preponderante es el jornal; la pesca no es constante porque depende de las subidas. También hay quienes se dedican a las actividades agrícolas y al transporte fluvial de mercancías y personas.

Es una población de gente trabajadora y de historias de apariciones en mitad de la noche. A diferencia de muchas de ellas –como las de Florentino y El Diablo, que hacen parte de la cultura llanera–, la historia del Monje se fue haciendo real con los días. Era un Monje con unas botas que se le quedaron en la huida.

La historia comenzó aproximadamente en el 2005. Una de las habitantes del pueblo dice que se le llamó el Monje porque coincidía con una novela venezolana que se pasaba por ese entonces, y que era la historia de un señor que atacaba a sus víctimas entrada la noche. Otro poblador, don Belisario, un transportador, dice que se debe al imaginario costeño, ya que muchos de los habitantes de San José de la Pesquera son de esa región colombiana.

Lo que sí está claro es que el objetivo del Monje eran las niñas menores de catorce años. No las atacaba físicamente, pero las observaba, las tocaba, se les aparecía desnudo y les dejaba revistas pornográficas encima de la cama. Era morbosos. Era un bravo para superar obstáculos, subir y bajar a las casas, trepar paredes, arrastrarse por los tejados de zinc de manera silenciosa y sigilosa. Por eso comenzó el rumor de que era combatiente de alguno de los grupos armados. Siempre cargaba sus herramientas de trabajo: pinzas para cortar alambre, una linterna pequeña, un cortafrío, cuchillo y revistas pornográficas.

Doña Matilda, representante de la Junta de la Pesquera, comenta: “cuando me sucedió a mí, él se subió por un palo de mango que había enseguida de mi vecina, caminó el techo buscando por dónde levantarlo y meterse. Yo fui una de las que duró más de mes y medio con esa zozobra. Pero como dormía con un ojo abierto, ya en una ocasión tenía lista una tabla y cuando sentí que se arrastraba por el techo, lo encendí a tablazos. Desde ese día no me molestó más”.

Decía la gente que en los cuartos donde lograba meterse era porque les echaba escopolamina a sus víctimas, pues no existía otra explicación. En una ocasión se metió en la casa de una muchacha, ahí le rompió los pantaloncillos al marido y a ella le picó las tangas y el brasier. No se sabe si abusó de ambos, pues los dos comieron callados.

En otra casa, de una niña como de trece años, vieron la figura del hombre a eso de la una de la mañana. Se hizo el escándalo porque la niña se alcanzó a despertar y lo vio desnudo al frente de su cama. La noche siguiente, el Monje intentó meterse de nuevo, pero ya todos estaban advertidos y lo sacaron corriendo. Lo vieron saltando cercas y tapias.

Pero como todo: la gente se fue cansando y organizando, le tenía que llegar su último día. Se metió en una casa donde dormían un hombre y su hija. Andaban pilas. Apareció pero lo sacaron corriendo desnudo y en botas por los cultivos. La gente salió y casi lo agarran. Le hubiera ido muy mal porque el papá de la menor llevaba un machete, pero como era ágil como un gato se alcanzó a volar. En su huida dejó una camiseta, una pañoleta negra de las que usan los combatientes y sus botas.

Las autoridades militares, al recibir la denuncia, solo dijeron: “si lo pillan, denle en la jeta”. A ellos no les quedaba bien que los relacionaran con ese caso. Era menos probable que alguien de la guerrilla se arriesgara tanto. El todo fue que el Monje nunca más regresó, aunque los rumores decían que se había trasladado a la vereda Las Bancas.

Don Belisario, el transportador, dice que en alguna ocasión se le subió al carro un pasajero con peluqueado militar y, cuando iban llegando al terminal, le preguntó si sabía algo del tal Monje. Él le respondió que nunca se volvió a saber nada. El señor soltó la carcajada y le dijo: “no crea, seño. Yo pienso que más pronto que

tarde vuelve a aparecer”. Acto seguido, se bajó del carro. Como en toda historia de apariciones, hay en ésta un final misterioso que deja en suspenso la imaginación de los pobladores.

Sí paro... no paro... sí paro

don Chepe lleva más de quince años transportando gente en su taxi en la ruta Arauca-Arauquita-Saravena-Arauca. Apenas se levanta, lo primero que hace es encender su radio de pilas y sintonizar las noticias. Una en especial, la de los paros armados, se ha repetido tantas veces en los últimos años, que lo único que él puede hacer es ir al terminal de transportes y escuchar lo que dice la gente. Si el rumor no suena convincente, debe atreverse a salir y comprobarlo por sí mismo.

En un conflicto tan prolongado como el de Arauca, un rumor puede hacer perder la confianza, la tranquilidad y la serenidad de la vida cotidiana. Cuando los rumores dicen que hay paro, está de por medio el transporte de los pasajeros, el transportador, las mercancías y los productos perecederos... En fin, el comercio y la cotidianidad.

“Se dice que hay paro, pero yo pasé y no hay retén por ahí. Y puede que usted no encuentre un retén, pero si lo llegan a agarrar le queman el carro o se lo llevan”.

Un transportador recuerda que en octubre de 2005, el departamento de Arauca soportó un paro armado decretado por uno de los grupos insurgentes. “Para el señor gobernador eso fue un paro sicológico, pero eran los transportadores quienes recibían las llamadas de uno de los grupos, que daban órdenes a las empresas y a la gente para no salir. Y lo peor de todo es que en la capital dicen, como salió en un periódico de circulación nacional, que le comemos cuento a esas amenazas y paralizamos todo. Allá en Bogotá dicen ‘esos son unos miedosos’, pero acá la realidad es otra. Esa es la otra cara del rumor”.

“La guerrilla nos da la orden de parar, amenazándonos con quemar los carros. El Ejército nos dice que las vías están protegidas y que es nuestro deber prestar el servicio. Y, para completar, las AUC llaman a decirnos que nos van a incinerar los taxis si no salimos” dijo un taxista. “Entonces, compadre, se les hace caso o...”.

Cuando hay un paro también viene lo de las torres. Alguien dice: “no dejemos nada que tenga que ver con refrigeración porque van a tumbar las torres”; y la gente comenta: “no demoran en darle a la torre”. Eso hace parte ya de la cultura de Arauquita, influye mucho. “Hace un mes que no le dan a la torre, no demoran. Mejor no dejemos nada este fin de semana”, y, así mismo, los proveedores dejan de traer

sus productos. Eso se forma una cadena y todos terminan parando sus actividades normales.

En Arauquita ocurrió un caso muy gracioso. Un día con rumor de paro, don Virgilio Rincón no abrió su negocio; de esas cosas que ese día no quiso abrir. El señor del negocio de al lado llegó y dijo: “uy... ¡Mire! ¡Comenzó el paro! No abrió don Virgilio”.

En media hora, los que tenían abiertos sus negocios cerraron. Y los otros, pues no abrieron y después se fueron a mirar qué era lo que pasaba.

–Don Virgilio, ¿por qué es que usted no abrió?

–No, es que hoy estaba enfermo y me dio pereza abrir –respondió.

“Mucha gente hasta se va, pero lo más chistoso es que algunas veces el mismo Ejército es el que hace el paro: detienen a los carros en la Yuca, dizque para hacer una caravana hasta Arauca... que toca esperar la caravana, por seguridad... y se forma entonces un trancón terrible ¡Y con ese calor!”.

Rumor o no, el paro de octubre de 2005 terminó cuando las Farc anunciaron el fin del mismo, a través de un comunicado enviado a las emisoras del departamento.

¿O solo fue un rumor que duró 23 días?

“¡Son cosas que ya hacen parte de nosotros!”.

Niños para la guerra... un rumor sordo

“Por su parte, el Gobernador de Arauca, Julio Acosta Bernal, asegura que todo son rumores. Dice que no existe ninguna denuncia oficial sobre el reclutamiento de algún menor.

En Arauca tampoco se descarta que las Farc simplemente hayan hecho correr el rumor para mostrar un mayor poder en el área rural.”

Fuente: El Tiempo (Bogotá, Colombia), Viernes 11 de agosto de 2006

“Que la gente dice que los *faruchos* están reclutando niños para sus filas”... “Que no, que son los *elenos*”... “Que de una vereda se llevaron dos pelados”.

Los menores en los colegios del municipio de Arauquita y otros municipios del departamento, han tenido que padecer algunas veces por este rumor sordo. Cuando corre la noticia de la supuesta incorporación, en algunas veredas del municipio de Arauquita el temor invade a los padres. Todo se trastoca, dejan de mandar los niños

a las escuelas, los tienen que acompañar y recoger, deben abandonar algunas labores y hasta sacarlos del municipio; incluso del departamento.

“De mi vereda, que yo sepa, no se llevaron a nadie, pero sí supe que de otras veredas cercanas se llevaron dos niños”... “Yo también escuché que de Las Bancas se llevaron a dos”.

Así comienza un murmullo que después se convierte en pánico general. Los padres mandan a que otras personas averigüen si en efecto se han llevado niños. Los mensajeros regresan con la noticia: “no, de Las Bancas no se han llevado a nadie”... “No, ni de San Lorenzo”. Fue tan solo un rumor, pero la gente se llena de temor.

“Acá también a muchos profesores les ha tocado irse, porque los llaman con nombre y apellido al colegio... por rumores... porque cuando el río suena, piedras lleva”, cuenta la orientadora de un prestigioso colegio de Arauquita.

Actualmente el rumor gira alrededor de la guerra entre las Farc y el ELN en Arauca. El enfrentamiento de los dos grupos guerrilleros ha dejado, entre otros casos, muertes selectivas, desplazamiento forzado y reclutamiento de jóvenes y menores. No existen cifras o hechos claros cuando esto sucede. Al respecto, la Oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos ha denunciado que en medio de esta disputa, que comenzó en noviembre de 2006, se están cometiendo crímenes de guerra en las áreas rurales de Tame, Fortul, Arauquita y Saravena.

El periódico El Tiempo escribió que las alcaldías de Tame y Saravena denunciaron que las Farc están reclutando a menores para combatir al ELN. Las familias se están yendo de la zona.

Todos sabemos que sí ha habido reclutamientos por parte de estos grupos, lo que no parece claro es dónde o cuándo. Pero como en todo rumor, no hay una cifra oficial al respecto, pues la gente tiene miedo de denunciar, de hablar y hasta de reconocer lo que sucede. ¿Será tan solo un rumor?

Calor en el páramo

En cuatro horas estaría en mi ciudad. Salimos temprano para llegar al desayuno en familia. En nuestro carro no llegaríamos después de las diez de la mañana.

En el Alto de la Virgen encontramos a dos hombres que vendían pescado. Seguramente la noche anterior había subido el río y por eso salieron desde las cinco a ofrecer sus peces. Íbamos por el páramo, por esa carretera por la que le deseábamos buena suerte y no buen viaje al que pasaba, cuando, al llegar a la cima, vimos un bus atravesado en la vía.

No eran tiempos fáciles. La gente decía que la empresa del bus que estaba ahí viajaba a una zona de influencia guerrillera. Sabía que no todos en el pueblo eran guerrilleros, pero eran las seis de la mañana de un día cualquiera, y ahí, frente al carro que con tanto esfuerzo compramos, estaba el bus atravesado.

Fueron minutos largos de silencio. De no saber qué pensar. Que estaba lleno de explosivos. Que era una trampa. Tuvimos miedo. En el carro estábamos mi esposo, mis dos sobrinos y yo. Pensamos en los pescadores, en la gente que vimos en el camino y que nunca antes habíamos visto.

Mi marido detuvo el carro. No sabíamos si regresar. Nos quedamos quietos, en silencio, mientras pensábamos si lo mejor era devolvernos. Otro carro se detuvo justo detrás de nosotros. Seguíamos inmóviles. Otro carro. Una larga fila.

Tiempo atrás había pasado que un bus atravesado era señuelo, pero ahí estábamos. Un hombre salió de su carro diciendo que era médico legista y que, seguramente, los que estaban dentro del bus necesitaban ayuda. Los demás carros ya formaban una larga cola detrás del nuestro. El médico insistió en acercarse al bus. En medio de los gritos se escuchaba que no lo hiciera, que era una trampa, que seguro tenía una bomba. El médico siguió adelante. ¿Y si había gente dentro esperando ayuda? Todos mirábamos, inmóviles.

Dio media vuelta hacia nosotros. Retrocedió. Había que pensarlo mejor. ¿Qué estaba pasando? En medio del silencio apareció, desde detrás del bus, un anciano pálido, con ruana. Se acercó a nosotros. “Váyanse –nos dijo–. Detrás de los árboles están ellos, y si llega el ejército va a armarse una plomacera”, dijo antes de volver a la parte trasera del bus y desaparecer. Quiénes eran “ellos”, qué pasó. No sabíamos si había alguien dentro del bus....

El médico subió a su carro y decidió pasar el bus, aprovechando el espacio que había al lado derecho de la carretera. Todos vimos cómo giraba y se perdía por detrás, mientras esperábamos ruidos de balas y buscábamos por dónde devolvernos. Pero no pasó nada, así que decidimos hacer lo mismo. Mi esposo les pidió a los niños que se agacharan en la silla trasera del carro y arrancó. Pasamos por el lado del bus, y allí, al otro lado, vimos a hombres, mujeres y niños acostados en la carretera, bocabajo, con las manos en la espalda. Todos estaban muertos. Parecía que les hubieran pedido formarse como en la fila de una escuela.

Días después supimos que se salvaron dos niños y su abuelo. Siempre pensé que ese hombre de la ruana nos miró como mira un sobreviviente.

Cuando el río suena, piedras lleva...

En esa época era presidente de la Junta de Acción Comunal de mi corregimiento. A oídos de la guerrilla llegó el rumor de que una de las organizaciones que manejábamos estaba controlada por paramilitares, y que yo, como mandaba, era quien decidía a quién matar, y me quedaba con la plata de los ahorros de la gente. Todos me decían “váyase, Mono, que lo van a matar”. No iba a irme. No debía nada, pero sentía miedo.

Un día, cuando llegué a mi casa, vi sentados a dos muchachos que todos sabíamos que eran de la guerrilla, al frente de una cantina. Los vi bajar, escuché unos disparos. Pensé que iban por mí. Luego supe que mataron a Humberto y a Carlitos, dos viejos amigos míos. En medio de mi zozobra siguieron las advertencias: “Mono, váyase, sigue usted”, pero no sabía por qué. Duraba hasta las dos de la mañana en una ventana, sin darme cuenta, sin sentir sueño, vigilando si alguien venía. No me miraban, pero yo a ellos sí.

Un día, por mi ventana, vi a Rafael, uno de los comandantes, que ya todos conocíamos. Sabía que andaba detrás de una muchacha que era mi vecina, y al verlo escondido detrás de un muro, viendo hacia mi casa, tuve la intención de dispararle. De pronto, me di cuenta de que la muchacha salió, y él se fue, muy tímido... Ahí supe que estaba por ella, y me sentí un poco avergonzado.

Como a los tres días estaba en la cocina de mi casa y mi esposa me dijo: “mijo, ahí viene el negro ese”... Traía una pistola en la mano, le daba vueltas, la hacía girar. Iba a entrar. Me armé de valor, aunque temblaba, y me hice detrás de la nevera. Le puse una cuchara en la cabeza y le dije: “quieto, ¿qué va a hacer?”. El hombre ni siquiera se timbró. “Ya lo había visto”, me dijo.

Ahí me acordé de un amigo, quien hacía años me había dicho que siempre que uno necesitara un tiempo para pensar tenía que tomarse un café. Le pedí a mi mujer que le diera uno, y que me sirviera otro a mí, para acompañarlo. Es que un café a tiempo calma los nervios, o los sube, pero con un tinto caliente uno alcanza a reaccionar, a pensar.

El tipo me dijo que nos sentáramos afuera. Acepté, y me llevé el cuchillo grandotote que estaba usando para herrar antes de verlo entrar a mi casa. Pensé que ese muchacho podía matarme, pero que si estaba cerca no lo intentaría, porque también yo podría hacerlo.

Buscamos una banca que estaba cerquita de la casa, y me le senté como a unos treinta centímetros, casi nos tocábamos con las piernas. Levanté del suelo un palito y, con mi cuchillo, me puse a hacer una figura con la madera mientras miraba al muchacho, con su pistola en la mano. De repente puso su arma en la banca. Le pedí a la mujer que nos diera más tinto, pero ya no quiso tomar, y me pidió que lo llevara en mi moto al pozo. Le dije que no podía porque estaba dañada, y sí, un rato antes le había sacado el carburador para que no me utilizaran así. Entonces se la ofrecí

para que la mandara a arreglar y bajara solo. “Ustedes tienen las armas –le dije– y ya que siempre lo han hecho así, pues vaya a la carretera, pare un bus y pida que lo lleven”. Dijo que no, y seguimos hablando. En un momento me preguntó por la plata y por los paras. Me puse a explicarle cómo se maneja eso en la Junta, y le pregunté si había venido a matarme. Me sacó mil excusas, pero no me respondió. Al final el hombre se fue. No era mi día, por eso puedo contar la historia. Quién sabe cuántos no alcanzaron a brindar un tinto caliente a tiempo.

Puente largo

Cuando lo construyeron, nosotros vivíamos al otro lado en una ranchita de palma. El puente debe tener unos quince años, porque cuando empezó la obra mi cubita apenas gateaba.

El río lo pasaban en canoa... Nos esperaban ahí en un charco hondo, que ya está seco, y valía como 300 pesos la llevada. No importaba que estuviera bravo, como en invierno; don Luis, el dueño de la canoa, atravesaba tranquilo hasta la otra orilla a la gente. Se mató, un poquito antes de que terminaran el puente. La gente decía que fue por despecho, que se suicidó borracho porque ya no iba a ganarse su platica pasando cosas en la canoa. La gente del caserío donde vivía se fue, y los hijos del finado ya están grandes... Las hijas ya tienen marido y todo. Con el puente y con la muerte de don Luis, ya no hubo más canoas: todo eso se acabó.

Ahora el río lo usa la gente es para bañarse, aprovechando que es claritico y que rara vez cae pescado... Además, el río siempre ha sido bueno con el pueblo... El único que se ahogó fue un niño que se quedó enredado, el año pasado, en unas raíces. Era el consentido de los papás, como que no tenían más hijos.

Al puente sí lo cuidaban porque esa era la amenaza que tenía la guerrilla, que iban a tumbarlo, pero a los que vieron con intenciones los agarraron. Eso los soldados comían y dormían debajo del puente, y la Policía andaba encima cuidando a ver quién iba a pasar. Todavía si usted pasa los ve por ahí.

Un día, hace unos años, estaba en la tiendita que tenía arrendada allí arriba y vi a dos muchachos que se bajaron de un taxi. Eran monos, gordos, y llevaban unas tinajas blancas no muy grandes. Eso no faltó quien se alarmara porque nunca antes los habíamos visto por estos lados, y como en esa época esto estaba tan caliente, le avisaron al Ejército. Es que iban ahí, de civil, pero embotados, caminando, haciéndose los bobos. Los persiguieron y por allá más abajo los cogieron. Por ahí nos contaron después que eran guerrilleros y que iban a volar el puente. También otra vez vinieron otros muchachos, esos sí con uniforme, y se la pasaban por ahí, caminando en el puente, bajaban, miraban las patas... Seguro querían venir por la noche a tumbarlo. No rayaron las paredes, ni dejaron papeles, ni hablaron con nadie. Esa vez también llamaron a la Policía, y también cayeron. Venían a volarlo también. Nunca más volvieron.

Historias de El Rosal

El comandante Julián me preguntó qué hacía trotando por ahí. Le dije que me gustaba hacer deporte en la mañana, que la costumbre de levantarme temprano me quedó de la época en que estuve en el seminario. Por ahí empezamos a hablar. Sabía mucho de teología de la liberación, porque también había sido seminarista. Conversamos largamente. Me regaló “El guerrillero invisible”, del cura Pérez, y como ya le había contado que trabajaba en la emisora del pueblo, me propuso que pusiéramos música y pasáramos pildoritas con mensajes filosóficos.

Nos vimos un par de veces más. Intercambiamos música y discutimos sobre filosofía marxista. Cuando llegó el Ejército a la zona, la guerrilla se fue. Nunca volví a saber nada del comandante. De vez en cuando, en la emisora, pongo las canciones de los discos que me regaló.

Por acá nunca había combates o tomas porque era una zona estratégica en la que ellos vivían. Aquí planeaban lo que iban a hacer en otros lados. Por allá abajo, en El Chirco, los guerrilleros tenían una zona de entrenamiento especializada en pipetas de gas. Uno los veía haciendo polígono, lanzando esa vaina, y sonaba durísimo. A veces los escuchaba por ahí contando que a fulanito se le fue mal la pipeta y se murió. Entrenar con los cilindros era como un castigo para ellos, porque todavía no manejaban bien la cosa y era normal que en vez de lanzarla lejos se les cayera encima y los matara.

Me pareció preciosa, y además brillante. Era la típica universitaria de yin, tenis, y camiseta. Muy inteligente, conversadora, de buen humor: una bacana. Empecé a hablarle, a ver si me le acercaba. Me contó que era profesora en un pueblo que quedaba cerca del mío. Un día llegué a la clase de filosofía y no la vi. No volvió más. Pero en verdad me gustaba, así que la siguiente vez que fui a mi pueblo pasé por el de ella a buscarla. Pregunté por la profe Carolina en la escuela, pero nadie la conocía. Fui al colegio, a la iglesia, a la alcaldía, al granero, y nadie me dio razón de ella. Me quedé unos días en otros asuntos, siempre preguntando por mi compañera, pero nada. Una noche me invitaron a una rumba. Me pareció como lejos porque caminé un montón antes de llegar. Había música, comida y trago por montones. Saludé a los pocos conocidos, estuve charlando con ellos y bailando. En medio de la gente me pareció ver a Carolina. Me froté los ojos. Llevaba puesto un camuflado, botas, tenía un fusil MGL y las balas colgadas en equis sobre su pecho. Un poco aturdido pregunté si era mi profe. “¿Profesora? ¡Qué va! Ella es la comandante Tatiana”.

Ya teníamos fichados a los ladrones. Estaba prestando el servicio militar y era la primera vez que participaba en una misión así. El plan era pasar por ese lado de la carretera, vestidos de civil, en una camioneta, y emboscarlos. Los vimos a lo lejos. Todo listo para capturarlos en flagrancia. Efectivamente nos hicieron parar, y nos amenazaron con sus armas hechizas. Cuando íbamos a abrir las puertas para que se subieran al carro a robarnos, el comandante dio la orden: “cuando los tengan, disparen”. Creí que había escuchado mal, pero cuando se subieron los cuatro hombres, mis compañeros les dispararon así, a quemarropa. Sus cadáveres quedaron sobre nuestras piernas. No hubo capturas en mi primer operativo encubierto.

De vez en cuando los veíamos llegar de La Panamericana en camiones llenos de mercancía. Sobre todo en Navidad. Los *manes* paraban el camión en la plaza, se ponían gorritos de Papá Noel y empezaban a repartirles juguetes y ropa a los niños. También hacían fiestas para ellos: les celebraban la Nochebuena con comida y regalos para los chinos y sus mamás. Un día llegaron con una niñera cargada de Vitaras. Eso fue la dicha porque nos enseñaron a manejar los carros y a los que más rápido aprendimos nos los regalaron. Eso sí, nos exigieron que los tuviéramos listos por si se necesitaban para llevar enfermos o heridos a alguna clínica. Era buenísimo: todos andábamos por ahí con nuestro *carrazo*. La niñera en la que los subieron tuvo la misma suerte de los camiones que traían: salió *desvalijadita* del taller.

El Yupi nunca había visto un helicóptero. Cuando el Ejército llegó a sacar a la guerrilla, después de tres días de hostigamientos en los que nadie salió de su casa, Yupi vio descender el arpía en la plaza del pueblo. Como ya no estaban dándose plomo y la gente salía a mirar los huecos de las balas en los muros, él se animó a acercarse al helicóptero. Uno de los soldados lo vio por ahí sin oficio y le dio unos bultos para que los llevara hasta el otro lado de la plaza. Yupi los cargó sin quitarle los ojos de encima a la nave. Después no hablaba de otra cosa... Que si vio la hélice, que si pilló lo grandote, que qué sonido tan full...

Los militares se fueron y se acabaron los combates. Como a la semana, unos campesinos me contaron que lo vieron llorándole a un comandante, por allá en una vereda. No alcanzaron a escuchar lo que decían. Al otro día Yupi apareció en la carretera con dos tiros en la espalda y un letrero en el pecho que decía “por sapo”.

Magdalena Centro

La casa fantasma (video en animación)

Cristian Quintana (Puerto Boyacá)

Producción de historia: Alirio González

Los vecinos de una población cercana al río Magdalena dicen que había una casa en la que, en las noches, se oían ruidos espantosos y risas escalofriantes. Y que al pasar cerca, entre el mar de humo de olor desagradable, se veían chispas diminutas por toda la casa. Afirman que en ella vivían seres fuera de lo normal, porque al detenerse frente a la casa observaban en sus ventanas las sombras de los personajes envueltos en humo. El aspecto de la casa era macabro. Entonces empezaron a llamarla “la casa fantasma”.

La historia es que, hace aproximadamente quince años, jóvenes del sector eligieron esta casa como su lugar de reunión para meter vicio. Sus cuerpos eran extremadamente delgados, la piel casi pegada a sus huesos, completamente deteriorados por el estilo de vida que llevaban. En sus rostros ya no había alegría, ni nada bueno que expresar, sus miradas eran vacías, solo con verlas daba miedo, y también tenían ojeras muy pronunciadas.

Un día los grupos de limpieza social de la ciudad empezaron a visitar la casa, con el fin de raptar a estos jóvenes y sacarles información sobre quiénes eran adictos y quiénes eran los jibaros que les vendían las drogas. Los golpeaban hasta el cansancio con garrotes, les iban cortando partes del cuerpo hasta lograr la información, y finalmente los asesinaban. Para deshacerse de los cuerpos los lanzaban al río o los dejaban tirados a las afueras del pueblo:

Los habitantes del sector, ya cansados de sentir temor, de tener tan cerca la muerte y de ver morir de tan horribles maneras a los jóvenes, se propusieron acabar con esta situación. En unión con asociaciones cristianas, el Instituto de Bienestar Familiar, la Policía y la Alcaldía, crearon un programa de ayuda al drogadicto. El programa de ayuda incluía la escuela de colores para los niños y el transporte de jóvenes a centros de rehabilitación, que muchas veces tenía que ser a altas horas de la noche y en las madrugadas, y disfrazados de mujeres para que no fueran atrapados. Y ahora, después de tanto tiempo, se puede decir que en el sector se respiran aires de paz, amor, vida, esperanza y convivencia.

Viaje sin regreso (video en animación)

Un sábado de mañana lluviosa, sesenta campesinos se transportaban en una escalera desde Florencia hacia Samaná. Desde la noche anterior llovía torrencialmente, lo que hizo que se taponara la carretera con varios deslizamientos de tierra. Uno de esos arrasó con la escalera, lanzándola hacia un abismo.

Cuando la noticia llegó a Samaná, de inmediato partieron las ambulancias, seguidas de carros particulares. Cerca a este pueblo se encontraba el primer derrumbe que impedía el paso de los carros; los socorristas se vieron obligados a buscar ayuda con personas que pudieran aportar motos, para poder llegar hasta el accidente.

En el recorrido, los motociclistas se enfrentaron a múltiples derrumbes, algunas veces cruzando por encima de ellos, o evadiéndolos, y atravesando cafetales y potreros; por sus cabezas rondaban muchas imágenes acerca de, lo que creían, se iban a encontrar. Faltando pocos metros para llegar, alguien les dijo que debían devolverse, y le entregó a uno de ellos una camilla para que la llevaran al hospital de Samaná.

Cuando los motociclistas llegaron al pueblo, embarrados y con la camilla, la gente, sin importar la lluvia, salió a la calle a preguntarles por lo ocurrido y por el estado de los campesinos, a lo que ellos respondían que no tenían ni idea.

Se dirigieron al hospital a entregar la camilla, y allí les contaron que las personas se habían bajado de la escalera antes del derrumbe, que la única víctima mortal había sido un marranita que traían en la parte superior, y que una comisión de Florencia había llegado primero y, al ver lo que había pasado, llamaron al hospital para que no mandaran personal al lugar del accidente, pero la noticia había llegado demasiado tarde.

Y esa historia se convirtió en canción.

El incendio

Un estruendo despertó las familias vecinas al parque del corregimiento La Danta, municipio de Sonsón. Por las explosiones pensamos que la guerrilla estaba en el pueblo. Al asomarnos, nos sorprendimos al ver que el granero del parque estaba en llamas. Las personas gritaban desesperadas para que las familias que aún estaban durmiendo salieran a ayudar a apagar el incendio. Todos corrieron a sacar mangueras, para conectarlas a unas llaves que había en el local de enseguida. En las casas vecinas las mujeres llenaban los baldes con agua, para que los niños se los llevaran a los adultos y estos fueran apagando el incendio. Otras personas fueron al hospital para que les prestaran los extintores y así ayudar, y una llamó a los bomberos del pueblo más cercano, que era Jerusalén, pero cuando llegaron el incendio ya estaba controlado.

Cuando el incendio terminó nos dimos cuenta de que había cuatro heridos con quemaduras de segundo grado, y uno se había descompuesto la muñeca. Las autoridades dijeron que el incendio fue ocasionado por un corto circuito, y que las explosiones se debían a unas cajas de bebidas alcohólicas y a unas pipetas de gas, las cuales propagaron más el miedo y el incendio.

Cuando las últimas llamas se estaban apagando llegó el dueño del granero, no habíamos tenido tiempo de avisarle. Se desesperó, pero en medio de su tristeza empezó a ayudar con la limpieza. Luego de unas horas, el dueño del local dio a

conocer que la pérdida había sido de aproximadamente 200 millones de pesos... No había sido la guerrilla, gracias a Dios.

Los chuzos

Hace diez años, a un pueblo del suroccidente de Cundinamarca, en la celebración de sus ferias y fiestas, llegó una persona procedente de Bogotá vendiendo chuzos, y todos querían comerlos; comparándolos con los que vendían en el pueblo, estos tenían una textura diferente y un sabor más agradable. Tres días después de las ferias y fiestas, en una quebrada que quedaba muy cerca al pueblo, unos niños se encontraron cuatro costales. Curiosos, fueron a observar su contenido, y cuando los abrieron descubrieron unas cabezas de perros. Después de una exhaustiva investigación, se llegó a la conclusión de que los chuzos que se habían consumido en las ferias y fiestas habían sido hechos con la carne de dichos animales; lo más paradójico del cuento es que nadie resultó intoxicado. En la actualidad no se sabe si aún se siguen consumiendo estos “deliciosos” chuzos.

Villa cuchillo

En el colegio de San Pedro, Diego Alexánder Castillo empezó a tener roces con sus compañeros. El 25 de julio, a la salida de clases, se agarró a puños con Diego Alexander Díaz. En esa pelea también intervino Jonathan, hermano de Díaz. Luego de la pelea Castillo empezó a formar su pandilla, con puñaleta y marihuana. El siete de agosto Jonathan le dio un puño a una amiga de Castillo. Al día siguiente se realizó una formación especial en el colegio, donde los profesores anunciaron la expulsión de Castillo. Los alumnos fueron a los salones, Castillo se quedó hablando con el coordinador y algunos de los profesores. Luego sacó una puñaleta y le dio seis puntazos al coordinador hasta dejarlo tirado en el suelo, casi muerto. Empezó a correr para escapar. Fue entonces cuando un padre de familia que portaba un arma se la dio a uno de los enemigos de Castillo. Este empezó a correr detrás de Castillo y le disparó hasta lograr que se tirara al suelo rendido. En ese momento llegó su tío junto con la Policía y lo detuvieron. Fue entonces cuando todo el mundo se enteró de que Castillo era un fugitivo de la correccional de menores. Se lo llevaron preso y el coordinador logró sobrevivir.

HISTORIAS TEMÁTICAS

- 24. Lo que la coca nos dejó.
Producción de historia: Constanza Kahn
- 25. De roces y reses.
Producción de historia: Carmen Lucía Castaño
- 26. Ay, mi llanura.
Producción de historia: Carmen Lucía Castaño

Lo que la coca nos dejó...

Producción de historia: Constanza Kahn

Hoy la tranquilidad de las calles del casco urbano de Leiva nada tiene que ver con la época de la bonanza cocalera. De ese tiempo solo quedan las tristezas de quienes recuerdan la llegada de lujosas camionetas con desconocidos y la circulación de grandes sumas de dinero. La opulencia traía movimiento al pueblo, pero sobre todo originaba peleas y riñas que acabaron con la vida de muchas personas.

Nadie sabe con exactitud cuántos muertos dejó la presencia de cultivos ilícitos en el municipio. Lo que sí recuerda la gente es que familias enteras se destruyeron porque perdieron a sus seres queridos, y hoy están sumidas en la pobreza pues todo lo que recibieron por la coca lo derrocharon en bares y burdeles.

Los campesinos de Leiva reconocen que “realmente fueron muy pocas las personas que aprovecharon para transformar su ranchito en una vivienda digna”. De ese entonces, hoy quedan las discotecas, unos cuantos negocios de variedades y las fumigaciones... “La siembra de coca dejó mal enseñada a la gente; todavía hay unas pocas personas que ven en los cultivos ilícitos la única forma de conseguir dinero, exponiéndose a que aparezca la avioneta y tener que quedarse de brazos cruzados”.

Pedro Ruiz, un hombre de unos 45 años y contextura gruesa, propietario de uno de los laboratorios caseros donde procesan la hoja de coca en las montañas de Leiva, encontró en el negocio de la coca, desde hace más de cinco años, la única forma de sacar adelante a su familia. Él, su compañera y su hijo están dedicados a esta actividad. Cuando hay cosecha de hoja de coca todos trabajan en el improvisado laboratorio, que consta de cocina y una pieza. “Eso es fácil –comentan–: se raspa, se pesa, y cuando hay por ahí cinco arrobas, se pica. Se le echa cemento, amoníaco, se echa en un tambor con gasolina y se bate por ahí unos diez minutos. Luego se le amarra un chiro y un colador pa’ que no se vaya la hoja, y se escurre. Fácil. Se separa la hoja de la gasolina, se echa el sulfúrico, y se hace un guarapo ahí; luego al guarapo se le echa harto sulfúrico y se revuelve con un palito hasta que le sale polvo. Y entonces esa es la mercancía. Fácil. Y hay que sacar poquito, no ve que un amigo la compra a dos millones el kilo”.

En los brazos de Pedro asoman las primeras manchas que deja el constante manejo de estas sustancias. Durante los años que ha trabajado con hoja de coca, solo tres veces ha llegado el Ejército al lugar: “pero nunca nos han encontrado, siempre nos han alcanzado a informar sobre la visita de la ley y hemos tenido tiempo de salir de allí... Desde que estamos por acá, solo una vez nos salieron unos atracadores en la vía a quitarnos la mercancía, pero como íbamos armados los sacamos corriendo”.

No todos se arriesgan tanto como Pedro. Muchos dejaron ya el negocio y buscan otras vías de subsistencia. Don Marceliano Obando, líder de la vereda La Planada

del corregimiento de El Palmar, comenta que hoy ya hay unas familias que buscan salir de los cultivos ilícitos con el café y el cacao, y piden al Gobierno Nacional que cambie “los pañitos de agua tibia” por soluciones de fondo, como vías adecuadas por donde sacar sus productos agrícolas, infraestructura en salud, educación, saneamiento básico, servicio de energía y créditos accesibles al campesinado.

Actualmente, a raíz de las continuas fumigaciones y de las políticas de Estado, el corregimiento de El Palmar es un pueblo fantasma donde solo queda pobreza, miseria y el recuerdo de la violencia que vivió la localidad.

“Con el reinicio de las fumigaciones a finales de enero, en las localidades de El Placer, Sindaguas, Armepalo y Hueco Lindo, no solo se acabó con los pocos cultivos de coca que hay en el sector, sino también con cultivos de plátano, café, maíz y fríjol. Y lo peor, es que después de una fumigación de estas el terreno se tarda en recuperar y no se puede sembrar nada inmediatamente, hay que dejar pasar un tiempo prudencial”, dice Arbey Pérez, un líder comunitario de la vereda El Placer.

En El Rosal, otro corregimiento del sur del Cauca, un campesino dedicado al cultivo de hoja de coca recuerda el momento en que el Ejército retomó el control militar de la zona: “no sé qué era peor: si tener a las Farc encima extorsionándonos o ver a los soldados arrancándonos hasta los tomates de la huerta. Los guerrilleros nos tenían como esclavos, pero el Ejército llegó tratándonos como basura”.

Cuando en ese corregimiento empezaron las fumigaciones, en una de las operaciones el glifosato cayó en el acueducto. “Afortunadamente se dieron cuenta, o si no nos hubiéramos envenenado todos. Duramos hartos días sin poder consumir el agua”, recuerda uno de sus habitantes. En casos como estos, los campesinos afectados pueden quejarse ante el gobierno, pero el trámite requiere un largo desplazamiento y unos recursos con los que ellos no cuentan, por lo que deben optar por quedarse a intentar recuperar lo que se pueda.

Actualmente, la gente que se dedicaba a la siembra de coca no tiene nada que hacer y mucho menos con qué comer, tal como ocurre en todas las poblaciones en las que ha habido cultivos ilícitos, y en las que la intervención del Estado se ha limitado a la erradicación de las plantaciones de coca y amapola.

De roces y reses

Producción de historia: Carmen Lucía Castaño

Lo más grave en la guerra siempre es pagar con la vida, pero muchos que quedamos vivos también hemos pagado con nuestro patrimonio. Hace tiempo me endeudé

tranquila, porque respaldé el crédito con 17 becerritos que le llevé a un muchacho para que me les diera el pasto. Un día llegó el chino a la casa.

–Qué milagro que de verlo –le dije

–Ahí por venir a visitarla

–¿Pero y me trajo pan? Porque una visita sin pan no vale...

El muchacho me dijo que lo que venía a traerme era una mala noticia: “se llevaron el ganado, doña Mati”, me dijo, y que además me mandaban a decir que esperaban a mi hijo en tal parte. Pensé que esa era la voluntad del Señor. Y si me quitaron el ganado no importaba, pero mi hijo no iba a ir a ninguna parte: sé que a mis becerros los recupero, pero la vida de mi hijo no me la devuelve nadie. Que se hicieran con la plata, con mucho sacrificio levanté el ganadito, pero con algo podría pagar el crédito.

Pero nada como a mi papá que estaba postrado en una cama y en una sola noche se le llevaron 86 reses. Esas recogidas de ganado eran bravas.

A un vecino que alquilaba potreros le pasó que cuando pasaba unas vacas de una finquita a la otra, alguien en el camino le dijo que uno de esos animales era de los que arriaba la guerrilla, y que mejor era que se lo entregara. Claro, el hombrequito no se la dio, porque iba a quedar como el que andaba regalando las bestias. Tampoco iba a dársela al ejército, porque ellos seguro se la robaban. Eso luego se apareció un muchacho que quería comprarle la vaca, y él le contó la historia. Como mi vecino andaba encartado con la tal res, porque el dueño no volvió a aparecerse, tan pronto el otro le ofreció 800 mil pesos le dijo que listo, que se la llevara.

Al tercer día de eso llegó un muchacho a la casa: “don Julián –le dijo–, a una vaca que usted vendió la mataron ayer en el pueblo, y esa vaca era mía, ¿por qué la vendió?”. Al hombre le tocó decir la verdad: “hombre, vendí esa vaca en 800 mil pesos”, y sacó la plata de su bolsillo para pagársela. El que se la compró le había dado cien mil pesos por el pasto, y nunca más volvió a aparecerse. Don Julián resultó pagando 700 mil pesos por una res que nunca supo de dónde vino, pero se salvó el pellejo.

Ay, mi llanura

Producción de historia: Carmen Lucía Castaño

En la carretera que unía a los pueblos había unos billares. Los de arriba juraban que los de abajo eran *paras*, y los de abajo que los de arriba eran guerrilleros. Todavía hay gente que no sube o no baja, porque ahora están los militares y aún cargan su estigma... Pero en esa época no había ni Ejército, ni Policía, ni nada. Eso en la vía

cogían a la gente y la mataban, y botaban los cuerpos en otro lado para que después nadie supiera si lo mataron porque era de arriba o de abajo. Una noche botaron ahí en un caserío de mi vereda a unos señores, y una vecina que tenía los cerdos sueltos se dio cuenta por la mañana porque los marranos *deschirajaban* algo ahí en el carrascal. Uno siempre encontraba a esos muertitos amarrados, en la alcantarilla, al lado de la carretera. El terror era horrible. Siempre que me levantaba me daba miedo asomarme al frente porque alguien podía estar ahí botado. De la vereda no mataron a nadie, pero siempre hemos cargado con las muertes de otros lados.

Aquí es bien tranquilo en elecciones. Uno va siempre fresco en los buses y hace política sin problema. Lo único que pasó fue que una vez, el año pasado, cogieron a un candidato de un pueblo más arriba, en el carro. Iba con los amigos. Ese día que venían para acá sí les dieron: los mataron a todos y después quemaron el carro. Iban de mañanita a hacer campaña. No me acuerdo cómo se llamaba, pero era bien conocido. Y a otro le dieron plomo otra vez que iba por carretera, pero no iba en ese carro, entonces se salvó. Al hombre lo eligieron después, pero ahora está en la cárcel, dicen que por eso de los paras, pero a uno no le consta. Eso ha sido lo único, de resto aquí todo el mundo vota por quien quiere, sin miedo.

En esa época Los Masetos venían y se llevaban a los estudiantes de la escuela y a los más jóvenes. La gente vivía con miedo, y hasta los sacaban para que fueran a estudiar a otra parte y que no se los llevaran. Una noche vimos una camioneta verde, de vidrios oscuros, y pensé que venían por mi hijo mayor, que acababa de prestar el servicio militar. Salí corriendo y le dije: “mijo, escóndase que llegaron Los Masetos”. Él salió corriendo y se encaramó en la parte más alta del palo de mango ese grandote que está aquí detrás de la casa. Cuatro *manes* se bajaron de la camioneta y se metieron a la ranchita de aquí arriba, en donde vivía una cuñada. Mi sobrino, que había venido a visitarla, estaba viendo televisión con ella. Los tipos cogieron al chino, y como él gritaba y les decía que él no tenía nada que ver con nadie, lo cogieron a pata, y a la mamá también. Yo apagué las luces de la casa y me quedé con mis niños más pequeños, que estaban haciendo tareas. Al chino se lo llevaron y esta es la hora en que no se sabe nada de él. Ahorita con las desmovilizaciones la mamá estaba pendiente de que saliera, pero nada. Eso debió ser que lo mataron porque nadie da razón de él.

El viejito que vivía al lado de mi casa era tenaz conmigo. Me hizo la guerra siempre. Eso don Alcides me peleaba y decía cosas de mí en todas las reuniones, y me corría a machete. Andaba siempre solito, en un ranchito chiquito en medio de su finca. Una mañana, tan pronto amaneció, lo llamaron desde la cerca. Él salió. Dejó el pocillo

con el tinto en la mesa y las chancletas. Había dos mallas en la finca. Alcanzó a pasar la primera cuando se dio cuenta de que estaban armados. Cuando se devolvió, le dispararon. Pues, eso es imaginación mía, porque yo fui una de las que lo vieron en la morgue y, claro, como a uno más o menos le han enseñado que si le dan por detrás la bala explota por el lado de adelante, lo que me imaginé es que le dispararon por la espalda.

Al viejito lo enterré yo, porque no tenía familia.

Si uno no iba a una reunión de las que ellos citaban, a la casa llegaba un tipo con un mensaje de "El Propio". De una moto se bajaba un *man* para decirle a uno que lo estaban esperando. Y claro, uno tenía que ir. Al salir, mi esposo me decía que le daba miedo, que no sabía si iba a volver. La gente decía que a los líderes se los llevaban por *chunchulleros*, pero como yo no tenía nada que esconder, iba tranquila. Eso siempre les decía en las reuniones, que tuvieran quieta la lengua, porque si a mí me pasaba algo no iba a ser por torcida, sino por los chismes que me inventaban. Es que aquí si usted en una reunión no le da la palabra a alguien primero, ya se lo gana de enemigo. Y a más de uno han matado por el decir de un envidioso.

Era difícil ser inspectora de policía en el pueblo. Había cosas que a uno le tocaba hacer aunque supiera que estaban mal, porque ellos lo mandaban. Por ejemplo en los levantamientos de cadáveres... Lo que me habían enseñado no servía, y me tocaba cumplir las órdenes que me daban ahí. Las actas que levanté, tuve que escribirlas como me dictaban. Así, sin las evidencias, sin nada. "Ponga esto". "Diga que murió aquí, así". La voluntad de uno, el conocimiento de uno, no importaban. Aquí hay muchos lugares en los que el que manda es otro.

CRÓNICAS DE VIAJE

- 27. Promesas de político (antes Un golpe de suerte).
Producción de historia: Nashry Zaghy
- 28. Los pueblos.
Producción de historia: Carmen Lucía Castaño

Promesas de político

Un golpe de suerte

Producción de historia: Nashry Zaghy

El concejal estaba encantado, en vísperas de elecciones y se le presenta semejante oportunidad... Ahora sí su partido llevaría las de ganar frente a la oposición.

La noche anterior, en plenas fiestas patronales, había aparecido la comisión internacional del Programa de Desarrollo y Paz regional; y Ubaldo Ortégón, concejal municipal, no los había dejado escapar. En plena tarima, frente a sus copartidarios, el Concejal había hecho la sorpresiva presentación: “Nicolai de la ciudad de Italia y Nashry de la ciudad de Libia, están hoy con nosotros. Vienen en representación de la comisión internacional del PDP, para traernos recursos”.

Inmediatamente, el público se abalanzó sobre los visitantes para pedir sus autógrafos. Todos querían una firma y unos deseos de estos potenciales benefactores.

Nicola Lombardi y Nashry Zaghy, estudiantes universitarios que estaban de intercambio en Colombia para hacer su práctica en comunicaciones con emisoras comunitarias, nunca habían firmado un autógrafo. Realmente nunca habían firmado nada diferente a las libretas de calificaciones en el colegio, cuando para ocultar una mala nota suplantaban la firma de sus padres.

¿De qué recursos hablaba el Concejal? Sus únicos recursos eran las cartulinas y marcadores con los que realizarían el taller del siguiente día. ¿Quién le había metido esa loca idea al Concejal? ¿Sería que su limitado manejo de la lengua española les había jugado una mala pasada, y los muchachos no se habían hecho entender bien cuando se acercaron al Concejal a contarle que querían convocar a los jóvenes para un taller de radios comunitarias? Ellos no sabían nada de los recursos de cooperación que manejaba el PDP. El padre Jorge estaría furioso con ellos durante días, después de este impace.

Mientras el pueblo ilusionado hacía una lista de proyectos para presentarlos ante la comisión de donaciones italo-libanesa, Ortégón celebraba con sus copartidarios este golpe de suerte: ¡Qué mejor oportunidad para conseguir esos voticos! En quince días serían las elecciones y los votantes se acercarían a las urnas agradecidos con él, por traerles los contactos que ayudarían a sacar adelante el pueblo. Finalmente, cuando los muchachos no regresaran al pueblo nadie se extrañaría ni culparía a Ortégón, cuántas promesas de campaña incumplidas, cuántas promesas de cooperantes inconclusas, y el pueblo seguía adelante. Tal vez culparan al PDP, tal vez a la cooperación. En todo caso, el Concejal sólo sería una víctima más de los engaños de la capital.

Los pueblos

Producción de historia: Carmen Lucía Castaño

A El Rosal se llega después de andar tres horas por una carretera destapada que sube, baja y vuelve a subir desde La Panamericana. Hace frío. Las calles son empedradas y alcanza a sentirse algo de fatiga entre una cuadra y la de arriba. No pasa lo mismo con la cuadra del lado, en la que está El Oasis, el bar de moda: cajas de huevos en el techo, paredes oscuras y con espejos, luz negra, bombillos rojos. No, no es un burdel: es un *rumbeadero* de lo mejor. Queda ahí, en la calle de arriba de la plaza, no la de abajo: esa es la principal, mejor conocida como “La Pavimentada”.

Los letreros hechos con pintura, “John y Patricia”, “Ángel y Diana”, tapan los jeroglíficos de las piedras, que quedan a menos de una hora en ascenso por una de las montañas de El Rosal.

San Sebastián es el pueblito de un pesebre. Cuando se ve desde lejos, en una loma se asoma el campanario, y al frente la iglesia. Parecen de maqueta: son blancos con bordes rojizos, y sí, están separados. Todas las casas son blancas y verdes con tejas de barro. Por su calle principal, que atraviesa todo el pueblo, suben y bajan todo el día policías armados que, a veces, se sientan en la trinchera que está entre el campanario y la iglesia, o en la que queda cerca del Puente Ricaurte, blanco y verde también. En San Sebastián se desayuna con trucha y chocolate caliente.

En Caquiona todo es pequeño, salvo los escalones. Al entrar a una casa se nota que el techo es bajito y las puertas chiquitas. A medida que se sube por escalones inmensos, todo se va haciendo menor. Ya en el último piso basta con levantar un brazo para tocar el techo, y para entrar a los cuartos hay que agacharse un poco. Por las calles de Caquiona los caballos caminan sueltos y las gallinas andan en los techos. El único café internet del pueblo abre a las siete de la noche, menos los domingos, que abre a las ocho de la mañana. En la iglesia prestan los santos para las novenas de difuntos. La corona del Sagrado Corazón apenas cabe por la puerta de las casas. Una chirimía los acompaña de regreso al templo de Mama Concia, la virgen india. El frío hace que las cosas permanezcan heladas: la ropa entre la maleta parece mojada. El pueblo tiene una vista privilegiada sobre el Macizo. Todas las tardes en Caquiona son una postal.

Valencia es un pueblo de 600 habitantes, pegado a un Batallón de Alta Montaña en el que hay mil hombres. Las casas están a ambos lados de una calle larga y plana de dos carriles: uno pavimentado, el otro no. En el separador hay una cruz de madera

a punto de caerse. Es el lugar más cercano a las lagunas del Macizo Colombiano: a unas tres horas de camino se llega a Cusiyaco, el agua de la alegría. No es buena idea irse solo a las lagunas. Lo mejor es pedir la compañía de alguno de los yanaconas que viven allí, no solo como guía sino como acompañante perfecto para las duras subidas a los páramos, que son más leves en medio de historias de duendes y espíritus. En una de las tiendas, que queda sobre el carril sin pavimentar, la botella de Buchanan's doce años cuesta 48.000 pesos. En la entrada del hotel más bonito del pueblo hay un letrero escrito a mano: "Sí hay pollos gordos".

HISTORIAS TESTIMONIALES

29. El profe alumno.
Producción de historia: Idelber Papamija
30. De las botas de tacón... A las botas pantaneras.
Producción de historia: Constanza Kahn

El profe alumno

Producción de historia: Idelber Papamija

El profesor de música de la escuela integrada de Cerro Alto está a punto de terminar quinto de primaria. Fue elegido por votación entre los estudiantes para ser el gobernador del cabildo escolar. Desde que ocupa su cargo, la sanción más alta que ha impuesto es treinta cuclillas a unos estudiantes que se insultaban. “Mis compañeros a veces me dicen gobernador, pero normalmente me dicen Idelber”. Es el mayor de los 37 estudiantes y el menor de los tres profesores. En uno de los dos salones de la escuela, donde recibe clases con tercero, cuarto y quinto, al gobernador Idelber Papamija se le notan más sus dieciocho años. Cuando baja al pueblo, los profesores del colegio con los que se encuentra lo saludan: “buenas, gobernador”. “Buenos días, profesor”, responde en voz muy baja. Si hay una chirimía en el camino, se queda escuchándola en silencio mientras lleva el compás con el pie.

De las botas de tacón... a las botas pantaneras

Producción de historia: Constanza Kahn

Cuando regresé del Macizo Colombiano a Bogotá, rugió el volcán Galeras. Con esa noticia me recibió mi radio al encenderla. Cogí el teléfono para buscar a “Coni Kahn” y cerciorarme de que todo estaba bien. Tres horas atrás, en el aeropuerto, ella me había dicho que si era necesario usar al destino para que volviera a Pasto, lo haríamos. No me contestó. No es tan fácil que Constanza responda su teléfono, a pesar de que cuelga todo el tiempo en una mochilita arhuaca sobre su pecho.

Siempre está ocupada, generalmente con campesinos o indígenas de las veredas de los veintiséis municipios que conforman Asopatía, porque desde que empezó a trabajar allí prefiere ejercer su papel de directora de comunicaciones en campo, y no desde su oficina.

Hace diez años ya que terminó la universidad en Bogotá, con la certeza de que a Nariño regresaría solo para pasar breves períodos de vacaciones cerca de su familia. Hace diez años que su mamá la recibió ansiosa en el aeropuerto, y le hizo saber que ya había identificado varios lugares en los que podía trabajar sin volver a alejarse de su casa. Repartió su hoja de vida en algunos medios locales, casi obligada por la insistencia de su madre, pero con el firme propósito de regresar a buscar trabajo en Bogotá. A los pocos días la llamaron del Diario de Sur, el periódico más importante

de la capital de Nariño. “Lo tomé como una cosa temporal: uno o dos meses y luego pensaba regresar, pero me amañé”.

Allí, estuvo por un año trabajando en secciones relacionadas con los municipios y con el medio ambiente. En uno de sus habituales trabajos de reportería se encontró con el proyecto Alto Patía, en el que trabajaba Asopatía con la Agencia Alemana de Cooperación GTZ. Hizo una serie de crónicas en el diario sobre el proyecto, y fue vinculándose con ellos y conociendo su trabajo. Un día, el jefe del proyecto la invitó a escribir las memorias del proceso desde el punto de vista de los beneficiarios, y como era un trabajo temporal que no requería dejar el diario, decidió hacerlo en el poco tiempo libre que el periodismo le dejaba. “Fue básicamente un trabajo de reportería, que disfruté mucho: viajé a la zona, compartí con las familias campesinas, me acerqué mucho más al conflicto, a la pobreza y a la violencia, que existían tan cerca de nosotros pero tan lejanas a nuestra cotidianidad”, relata Coni.

El trabajo temporal de reportería se convirtió en el primer libro de Constanza Kahn, publicado por la GTZ para ser distribuido entre las instituciones que esta entidad apoyaba. Pero este libro fue también la puerta de entrada para que Coni descartara su regreso a Bogotá y se instalara de manera permanente cerca de su madre.

Al momento de elegir al nuevo director de Asopatía, la entidad alemana propuso contar con un jefe de comunicaciones. “Me invitaron a ocupar el cargo, pero la cosa se agrandó y entré en el campo de la comunicación para el desarrollo y el cambio social, lo cual aprendí sobre la marcha, metiéndome en la realidad de la gente, leyendo mucho, e involucrándome en un mundo nuevo para mí: el trabajo en el fortalecimiento de procesos sociales en zonas de conflicto”. Coni duró un mes más combinando su trabajo en el diario y en Asopatía. “Fue muy doloroso para mí, pero dejé el diario y me metí de lleno en ese mundo maravilloso en el cual llevo siete años ya”.

Cuando secuestraron a su jefe, Ulrich Kunzel, Constanza se desvinculó de la GTZ, pero ya no contemplaba la opción de alejarse de su labor: “este se ha convertido en el trabajo que más me ha llenado como persona, como profesional, como mujer... En ese momento ya tenía en la región más raíces que un ceibo, afectos, amigos, por eso cuando me invitaron a quedarme, ni siquiera lo pensé. Primero estuve solita, haciendo lo que el tiempo me permitía en algunos municipios, gestionando más cosas. Pero con el Laboratorio de Paz, el enano se creció y logramos conformar el equipo de comunicaciones soñado”. Aunque aún es pequeño para las necesidades de los pobladores locales, siguen trabajando en los veintiséis municipios, abriendo espacios de capacitación con las comunidades más vulnerables en zonas de conflicto, y acercándose a las historias de la gente. “Algunas dolorosas, pero también de esperanza, compartiendo sus vidas, disfrutando de la hermosa región, ayudándoles a que descubran su potencialidad y mostrándoles cómo la comunicación integra, une, fortalece a las organizaciones sociales. Y aquí estamos, como equipo, llevamos tres años y los logros han sido grandes, pese a las dificultades”.

Todo estaba bien. Era solo un rugido del Galeras, de esos que se convierten en noticia para los que no sabemos, pero que para los pastusos son solo una prueba de que su montaña sigue viva. Si hubiera problemas, Coni hubiera contestado, porque a ella “se le sale el héroe” cuando falla.

Un día, por ejemplo, bajó a la cabecera municipal buscando un veterinario para un gavián herido, que los pupilos de sus talleres exhibían como un trofeo de caza. Luego de regañarlos, se lo llevó en el carro oficial al pueblo, para que no se muriera, y lo dejó en buenas manos. Antes de seguir con lo suyo, encontró una nueva escena ante la cual no se pudo resistir. “vi al comandante de la Policía y al jefe de los *paras*, en la misma mesa tomando aguardiente”. Era esa época en que aún pensaba que si algo iba mal se solucionaba con denunciarlo con las autoridades. “Me senté con ellos y les dije lo frustrante que resultaba verlos juntos, ebrios, haciendo planes: ustedes son la autoridad, los colombianos creemos en ustedes... ¿Qué hace usted aquí bebiendo con un paramilitar?”. Constanza se toma una cerveza de vez en cuando: no necesita un solo trago para preguntarle algo al que sea.

Esa noche, después de escuchar mil explicaciones de un par de ebrios, se fue. Pasó un buen rato con los asistentes de sus talleres en la única discoteca del pueblo, antes de partir hacia la posada en la que dormirían ella y sus compañeros. No había luz. La única planta eléctrica funcionaba en los negocios y en la casa del duro del pueblo.

Abrió la puerta de su cuarto, atestado de gente, y se encontró con un colchón en el que dormía alguien. No podía pasar hasta su cama. “Fabi, quítate”, le dijo. Una patada leve: “Fabi, permiso, tengo que pasar”. Nada. Otra patada. “Fabián, no se ve nada, córrete un poquito”. Los ojos van acostumbrándose a la oscuridad. Ese que pateaba no era Fabi. Él nunca dormiría con un arma en la mano. Era Julián, el paramilitar que había estado en la mesa con el policía horas atrás. Por esta vez, y por fortuna, el comandante no se despertó tan fácilmente de sus sueños.

Fabián, con quien ha recorrido largamente las carreteras del norte de Nariño y el sur del Cauca, y quien la convenció de no parar el carro cuando encontraron a un hombre con un disparo en la cabeza, porque ya estaba muerto, dice una y mil veces que “Coni funciona con energía solar”. Fabián guarda silencio unos minutos mientras andan por las carreteras, para que Coni hable con Camilo y Nicolás, sus hijos de doce y ocho años, y planee con ellos su ida a clase de natación del día siguiente en la mañana, o los convenza de lo mucho que van a servirles las clases de inglés a las que asisten a regañadientes.

Con Constanza no importa el cansancio: si hay dos minutos de luz y calor, ella se enciende.

La urgencia del relato, hoy, en Colombia
Marie Estripeaut-Bourjac

Usos de la narrativa como herramienta de
evaluación estratégica
Natalia Franco

Entre la soledad y el absurdo: ciudadanías en medio
de la Vorágine
Clemencia Rodríguez

La pregunta como acto de memoria
Patricia Nieto

La ideología del cheverismo
Omar Rincón

La urgencia del relato, hoy, en Colombia

Marie Estripeaut-Bourjac

IUFM d'Aquitaine-Université Montesquieu-Bordeaux IV
estrjac@wanadoo.fr

En febrero de este año, Omar Rincón me pidió que diera un concepto sobre las diversas *Historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia*, iniciativa auspiciada por diversas instituciones (Universidad de los Andes, Universidad Autónoma de Manizales, Universidad de Harvard, Red Prodepaz, Asociación de Fundaciones Petroleras, Colciencias, Fundación AVINA).

Para tal efecto, propongo partir de la siguiente reflexión de Alfredo Molano, nacida de la observación de los relatos que recogió sobre la violencia de los años cuarenta a sesenta: “[...] durante veinte años de nuestra historia el verdadero Presidente de la República fue La Muerte”¹²⁷. Bien es cierto que para Colombia, dar cuenta de esta violencia secular y endémica forma parte de su tradición literaria. Así, para Karl Kohut¹²⁸, si hubiese que establecer una diferencia entre la literatura colombiana y la de los demás países del continente, muchos dirían que se caracteriza por la violencia.

Hoy, sin embargo, decir “la violencia” ha tomado nuevas formas y nuevas modalidades. Se encara directamente a partir de la experiencia y las vivencias cotidianas de sus actores, víctimas o testigos. Es lo que indica la diversidad de lugares desde los cuales representar y simbolizar una situación, que también presenta nuevos aspectos. La escritura de esta guerra irregular y con múltiples actores recae ahora en un “yo”, que revela cómo la violencia invade hasta lo más íntimo de su ser y deteriora tanto su entorno cotidiano como su identidad y, por ende, su psiquis.

I. ¿Cómo hablar de ésta escritura?

Se supone que mi intervención aquí tiene por misión representar un sector de las voces de la “academia”: el de los diversos analistas del lenguaje. ¡Vaya tarea! ¿Cómo hablar, desde la ribera universitaria, de estas producciones? ¿Cómo dar cuenta de estos textos? Lo que plantean exige, en efecto, un nuevo tipo de análisis de lo escrito: inmerso en la realidad hasta los codos o con los pies en el lodo, en todo caso muy lejos de la “academia” o, por lo menos, de los criterios al uso. Estos relatos no se pueden desvincular de la situación de urgencia vivida hoy por el país. En este

¹²⁷ Alfredo Molano y William Ramírez, “A manera de introducción”. En Alfredo Molano, *Los Años del Tropel*, Bogotá: Cinep, 1985, páginas 22-33.

¹²⁸ Karl Kohut, “Imaginación contra barbarie”. En Karl Kohut (ed.), *Literatura colombiana hoy, Imaginación y barbarie*, Madrid: Iberoamericana, 1994, páginas 9-24.

contexto de conflicto armado, ¿para qué sirve contar historias? ¿Qué significan y qué aportan en el momento en que se construyen y empiezan a circular?

La primera respuesta a estas dos últimas preguntas reside en las certezas que motivaron este proyecto de narrativas para la convivencia y reconciliación. Su elaboración y puesta en circulación nace de:

“[...] una certeza teórica; sin narración no es posible la reconciliación ni la paz, porque necesitamos contarnos para saber de dónde venimos y para dónde vamos [...] sin narración no hay memoria, sin narración, no hay identidad, sin narración no es posible el sentido. [...] La narración es parte integral de una estrategia de desarrollo y paz, no es un anexo, tampoco un exótico, ni mucho menos un efecto demostrativo”.¹²⁹

La segunda respuesta se desprende de la afirmación de la narración como la mejor forma de comprender la realidad: “[...] si no sabemos por qué nos estamos matando, nunca sabremos por qué debemos convivir en paz”¹³⁰. La tercera respuesta viene formulada por Javier Moncayo en el DVD que acompaña los textos: “La paz no se hace solamente desde el centro”. Estas producciones demuestran, por lo tanto, la voluntad de salir de esquemas, cifras y generalizaciones, para prestar atención a las particularidades: “Cada región [...] ha experimentado la violencia de diferentes maneras y [...] tiene diferentes percepciones de los actores armados”¹³¹. Esto significa que la memoria tampoco se elabora desde el centro: “Todos (víctimas y guerreros) tienen derecho sobre la memoria [...]”¹³². Finalmente, la equivalencia entre memoria y paz constituye el postulado que orienta el proyecto emprendido.

Para cumplir con tales propósitos, estos relatos apuntan a “convertir al ser humano en protagonista de su historia”¹³³. Esta afirmación, que puede parecer rápida, supone en realidad una evolución epistemológica muy profunda. Significa, en efecto, interesarse en un nuevo sujeto productor de conocimiento y, por ende, destacar otro tipo de conocimiento que se sitúa, de entrada, fuera de la academia y del discurso oficial. Se trata de escuchar, transcribir y hacer circular la vida cotidiana de la gente del común, de la gente de a pie, de los que viven en medio del conflicto.

Dicha meta exige varias etapas: relatar, escuchar, transcribir, volver a relatar, armar el relato, etc. Tales cadenas procesales entre diversos seres humanos –que representan

¹²⁹ Natalia Franco y Omar Rincón, “Narrativas para la convivencia y reconciliación, metodología en proceso”. Documentos comunicados por los autores, página 1.

¹³⁰ *Ibid.*, página 6.

¹³¹ *Ibid.*, página 7.

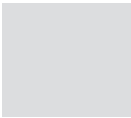
¹³² *Ibid.*, página 13.

¹³³ *Ibid.*, página 7.

otros tantos sectores sociales— revelan así la naturaleza y el estado de unas relaciones de poder, mediatizadas por el lenguaje. Estos relatos, que forman parte de la categoría del testimonio, y en general de toda escritura que pretende “hacer hablar al otro”, implican de facto diversas estrategias para transcribir la presencia de dos lenguajes sociales en el seno de un mismo texto. En la relación entre el transcriptor, o mediador, y el testigo, se juegan por lo tanto las modalidades de una toma de conciencia de un lenguaje por otro, y de unas relaciones de fuerzas que se instauran entre ellos por este canal. La escritura testimonial es el crisol de un sincretismo lingüístico, y cada relato remite a un estado de la negociación entre unos equilibrios inestables y precarios, sometidos a constantes recomposiciones y renegociados sin cesar. Esta dinámica pone así a la práctica testimonial en el centro del manejo de las relaciones de fuerzas entre diversos lenguajes y clases sociales.

Los fenómenos lingüísticos en juego en el testimonio revelan una evolución en el nexo entre dominio de la lengua, posición social y poder. Las dinámicas propias a este “espacio de mediación” (Serge Gruzinski), muestran hoy una nueva concepción del individuo, de su papel y de su responsabilidad en la marcha del mundo. Estas nuevas modalidades para tener en cuenta las voces “otras”, simbolizan así la voluntad de construir nuevos pactos para tejer lazos y diálogo entre diversas clases sociales y estamentos. En efecto, el proceso que Natalia Franco y Omar Rincón llaman “multimediación” o “multiautoría”, no solo describe todos los pasos de intervención para la producción de los relatos, sino también una gran diversidad social. Intervienen la gente que contó, el profesional que recogió la información y “convivió con el autor de la historia”, los asesores narrativos que trabajaron desde la universidad, los directivos de Prodepaz que orientaron el proceso, el comité editorial. Estas múltiples mediaciones constituyen una coralidad, propia de esta escritura, que permite así la reapropiación de una historia común: “todos los que intervenimos nos sentimos parte de cada historia”¹³⁴.

El estatuto híbrido de la escritura testimonial transgrede las categorías literarias tradicionales e impone nuevas condiciones de recepción y de circulación. Induce también a interesarse en el relato en primera persona, en tanto manifestación de una identidad que busca medios de expresión aptos para narrar la experiencia vivida y cumplir con un deber de memoria. Estos relatos proponen además la narración como medio de catarsis colectiva y terapia social. Para alcanzar tal propósito, ponen en práctica nuevas formas de anonimato y, ¿por qué no?, otra concepción de este. Y demuestran así que la noción de estilo ha desaparecido, como las de expresión personal y de individualidad, para dejar paso a una coralidad social.



¹³⁴ *Ibid.*, página 9.

Sin embargo, a la hora de analizar esta escritura, su polifonía impide entresacar las particularidades de cada relato. Es entonces preciso, en un primer tiempo, no aprehender cada uno en su especificidad, e interesarse más bien en las temáticas y los paradigmas compartidos por todos. Partiendo de eso, será posible preguntarse si se destacan modos específicos de relatar y de interpretar los hechos, y si el género, por ejemplo, marca diferencias entre relatos y formas de narrar.

II. El tiempo, el espacio, el rumor

Unos rasgos compartidos se desprenden de las percepciones del tiempo y del espacio. La mayor parte de los testigos mencionan un “antes”, un tiempo idílico, roto por la llegada de gente armada, cualquiera que sea: “Hoy, que tengo veintinueve años, aún no logro entender cómo los seres humanos pueden partir la vida de una familia en dos: un antes y un después. Esa fue una tragedia familiar”¹³⁵. Esta intrusión significa una destrucción de la cotidianidad de ese “yo” testimonial, y revela su situación social: forma parte de la gente de en medio que, precisamente por eso, no puede hablar ni opinar. O está con unos o está en contra.

El terror cotidiano instaura la vivencia de un tiempo parametrado por el miedo. Le dan a Islena un plazo de diez años: “Yo, voy a cumplir diez y medio y aún estoy viva [...]. A estas alturas creo que con todo lo que me han hecho no me voy a morir en esas circunstancias. Uno aprende a convivir con el miedo...”¹³⁶ Este tiempo está medido y calculado en función de la muerte: “Tomé las vacaciones de la empresa. Ya no tenía sentido acumularlas... Si me mataban, ¿de qué me servirían?”¹³⁷. La muerte y el miedo imponen replantearse las relaciones afectivas y darles nuevos contenidos. Islena siente así culpabilidad ante su hija, y le pide a Dios:

“[...] que me permitiera verla un poco más grande, que me dejara compartir más tiempo con ella.

[viaja] cuando regresé [...] venía segura de que se debe amar la vida pero también la muerte. Nunca lo había pensado. Me preparaba para morir [...].

*Yo estaba amando la muerte –no tenía otra opción– y estaba muy tranquila. Cuando me acostaba dormía profundamente, sin sobresaltos. Siempre me despertaba puntualmente y me alegraba de estar viva”.*¹³⁸

¹³⁵ “Aún no logro comprender”, relato de Jennifer Pacheco.

¹³⁶ “Amo la vida, también a la muerte”, relato de Islena Rey.

¹³⁷ *Ibid.*

¹³⁸ *Ibid.*

El “antes” del tiempo idílico está íntimamente ligado a un territorio: “Ese pueblo para mí era hermoso por su gente amable y, además, porque todo el mundo me conocía. Era feliz al caminar por San Jacinto, Bolívar”¹³⁹. El terror experimentado a diario reduce así el espacio, y lo mide: “[...] no voy ni a la tienda sola. Siempre estoy con las escoltas y por eso mismo no tengo privacidad”¹⁴⁰.

Estos relatos hacen vivir el acoso psíquico al que están sometidos los testigos por la invasión de su entorno, tanto privado como público, y convierten dicho acoso en la apuesta principal del conflicto colombiano. Se trata, en efecto, de una pelea por el control y el dominio del espacio real y simbólico. Este espacio físico negado a los desplazados es también un espacio social: “En los sitios de trabajo, si se daban cuenta de que eras desplazado, durabas máximo tres días y te echaban. [...] A la vista de la sociedad en general [...], los desplazados somos unas personas *chiringosas*, mal habladas, que olemos a feo [...]”¹⁴¹.

Sin embargo, ante la negación y la privación de espacios, estos relatos crean otros. Mediante la escritura testimonial, la sociedad civil y varias organizaciones buscan abrir vías de circulación de la palabra. Los diversos testimonios, que son todos de resistencia y de negarse a, conquistan, llenan, ocupan un espacio simbólico común, y construyen así ese relato identitario que la clase dirigente y las élites políticas colombianas no supieron o no se interesaron en construir¹⁴².

Esas historias cuentan casos de rebeldía, excepto uno, el del rumor. Éste último circula libremente, por todos lados y en todos los bandos, y se compone de múltiples voces anónimas: boleteo, chismes, llamadas telefónicas. La narrativa colombiana de la violencia de los años cuarenta ya había registrado esa voz “neutra”, sin dueño¹⁴³: “la gente decía que”, “los rumores decían que”, “porque cuando el río suena, piedras lleva”¹⁴⁴. Sin embargo, los diversos “asesor[es] de historias” (Omar Rincón) de estas narrativas para la reconciliación y la convivencia, son los primeros en reconstruir los rumores y en identificar su rol fundamental en el conflicto:

“[...] en nuestra cultura, basada en la tradición oral, [...] los rumores se convierten en parte estratégica del conflicto. No hay autor. Son narrados tal

¹³⁹ “Aún no logro comprender”, *op. cit.*

¹⁴⁰ “Amo la vida, también a la muerte”, *op. cit.*

¹⁴¹ “Mi dignidad, mi dignidad vale más que todo lo que se perdió”, relato de Rosalba Luna.

¹⁴² Ver: los diversos trabajos de Daniel Pécaut sobre el tema.

¹⁴³ Ver, por ejemplo: Gustavo Álvarez Gardeazábal, *Cóndores no entierran todos los días*, Barcelona: Ed. Destino, 1972.

¹⁴⁴ “Los rumores del tubo”. El tema del rumor, cuyas especificidades lingüísticas he desarrollado en otra parte.

*y como si el protagonista de la historia fuera el relator, aunque este, a su vez, la haya escuchado de alguien más. Es una cadena sin fin de miedos”.*¹⁴⁵

Mediante la circulación indiscriminada del rumor, se forja la opinión, se emiten juicios y se deciden acciones futuras. Hay rumores de paro: “Allá en Bogotá dicen ‘esos son unos miedosos’, pero acá la realidad es otra. Esa es la otra cara del rumor”¹⁴⁶. Analizar esta voz sin dueño permite aprehender uno de los mecanismos de la construcción de situaciones de miedo: “Así comienza un murmullo que después se convierte en pánico general”¹⁴⁷. La distancia permitida por la posibilidad de relatar, pone de realce el uso del chisme como estrategia en el conflicto colombiano. Así lo emplea un capitán del Ejército: “Hablaba así para que los demás lo oyeran. Al otro día, hombre muerto”¹⁴⁸.

Sin embargo, ante esta voz anónima, el acto de contar con voz propia y en primera persona hace emerger la verdad. Tomar la palabra, hacer uso de la voz, romper el silencio impuesto, es, en efecto, destruir y desmitificar el rumor. Es lo que le pasó al capitán: “Hasta que un día alguien se le paró. [...] el tipo empezó a gritar: ‘el capitán me va a matar’. El hombre le hizo escándalo. Entonces la población aterrizó...”¹⁴⁹.

III. La mujer y la dignidad

La importancia de tomar la palabra y de afirmarse mediante ella se convierte en el mensaje principal de este conjunto de relatos. Bajo este aspecto sobresale una marca genérica. Para las mujeres usar el verbo en público representa transgredir su condición y, cuando lo hacen, alzan la voz. Un tipo amenaza a Islena por teléfono: “[...] lo interrumpí. Le contesté peor. Con toda la ira que tenía acumulada le dije todos los insultos que me sabía. [...] Entre más le hablaba, más me envalentonaba”¹⁵⁰. Apoderarse de su voz significa una liberación: “Hoy me da risa y si puedo reírme es porque me quité de encima la presión psicológica que querían imponerme”¹⁵¹.

Sabemos desde hace tiempo que las marcas genéricas no residen en ninguna “esencia”, ya que las mujeres pueden ser tan valientes o tan crueles como los hombres. Lo que ellas narran aquí son estrategias de supervivencia y de enfrentamiento al

¹⁴⁵ *Ibid.*

¹⁴⁶ *Ibid.*

¹⁴⁷ *Ibid.*

¹⁴⁸ *Ibid.*

¹⁴⁹ *Ibid.*

¹⁵⁰ “Amo la vida, también a la muerte”, *op. cit.*

¹⁵¹ *Ibid.*

conflicto específicas, debidas no tanto a su misma condición biológica, sino más bien a su papel social. Sus relatos se caracterizan por contar su cotidiano, porque se da por sentado que son cobardes y débiles para la guerra y que, por lo tanto, deben quedarse en el ámbito casero. Tal vez por ser vinculada culturalmente al campo afectivo y al cuidado de los demás, la mujer hace el trabajo de Antígona: es la que se atreve a hurgar sin cesar los rastros de sus muertos. Rosalba busca, así, el cadáver de su hermano: “Visité casi todos los cementerios de las poblaciones cercanas. También buscaba entre los cadáveres que aparecían en la carretera”¹⁵².

Rosalba representa una transgresión de la condición femenina, pero también del estatuto de la víctima, del oprimido y de la gente de en medio. Es una mujer que nunca se calla y que incluso cifra su dignidad en el acto de hacer uso de su voz. Un ingeniero de las obras insulta a los desplazados: “Yo no aguanté más y me paré y le dije: ‘mire señor, así como usted exige respeto, nosotros también se lo exigimos’. [...] todos tenían miedo de hablar”¹⁵³.

De manera más general, la dignidad, el reconocimiento y el valor de tomar la palabra, son temas recurrentes en esta serie de relatos, que pasan así a constituir “una estrategia para dignificar su vida”¹⁵⁴. Los diversos testigos cuentan a sus compatriotas el heroísmo del diario vivir: “[...] no son las historias de los guerreros ni de las víctimas, son los relatos de la dignidad del sobreviviente”¹⁵⁵. Islena formula este aspecto con sus propias palabras: “Si me iba a morir lo haría de pie, con la frente en alto. Al único que le doblo la rodilla es al Dios de mi vida [...]”¹⁵⁶. Estas voces están ocupando, de manera simbólica, el espacio de la sociedad civil en medio de la guerra desde el cual contrarrestar este dictamen: “El que está en el medio es el que pierde”¹⁵⁷.

La multiplicidad de relatos que surgen desde diversos estratos sociales, realidades y partes del país, dibuja así una geografía testimonial y una sociología narrativa. Con sus voces, sus modos de contar y sus memorias, estas historias buscan (re)construir el país, vencer la amnesia amparada por el relato oficial y dar a conocer otra Colombia. En efecto, entre dichas historias:

*“[...] muy pocas hablan de victimarios, guerreros o víctimas sufrientes. Todas dan cuenta de un país que sobrevive con dignidad, que ha hecho de la reconciliación su proyecto de vida, que quiere contar sus modos de estar vivos, eso es ya un heroísmo”.*¹⁵⁸

¹⁵² “Mi dignidad, mi dignidad vale más que todo lo que se perdió”, *op. cit.*

¹⁵³ *Ibid.*

¹⁵⁴ Natalia Franco y Omar Rincón, *op. cit.*

¹⁵⁵ *Ibid.*, página 12.

¹⁵⁶ “Amo la vida, también a la muerte”, *op. cit.*

¹⁵⁷ “Mi dignidad, mi dignidad vale más que todo lo que se perdió”, *op. cit.*

¹⁵⁸ Natalia Franco y Omar Rincón, *op. cit.*, página 18.

Cabe finalmente destacar otro tema ya no recurrente, sino subyacente a estos relatos, y que corresponde a un proyecto preciso, la reconciliación:

*“La reconciliación nacional, la paz, no es una firma, un decreto o una declaración política, sino el camino de todo un pueblo herido y victimado que ofrece y da perdón, que conoce su historia y los responsables de la misma y demanda reparación y justicia.”*¹⁵⁹

La presente producción de narrativas se integra así en una iniciativa para el fortalecimiento de la sociedad civil en Colombia, que parte del individuo, de sus vivencias y de su forma de simbolizarlas mediante el uso del lenguaje. Este proceso significa una nueva manera de enfocar el conflicto desde lo que caracteriza al ser humano, su capacidad verbal y simbolizadora:

*“El conflicto colombiano es, también, un duelo de relatos. Por ahora, han ganado los testimonios del Estado, los victimarios, los medios de comunicación y la academia. Por ahora, las historias del país de la dignidad del no-guerrero, del sujeto colectivo que ha sobrevivido en medio de la guerra, del sobreviviente que ha enfatizado su rol como ciudadano por encima del guerrero, no han llegado a ser parte del gran relato nacional de la violencia.”*¹⁶⁰

Por otra parte, la diversidad social y la coralidad que presiden a la elaboración de los relatos, significan el establecimiento de “nuevos pactos de confianza” social, “escuchando lo que la gente quiere decir [...]”. Esta reconstrucción polifónica de la historia y de la memoria se halla, de hecho, en permanente construcción: “[...] los que producimos las historias buscamos nuevos sujetos, otros procesos y sobre todo diversificar los modos de contar”¹⁶¹.

Por eso, los asesores de historias reivindican el aspecto incompleto de lo que ellos llaman un *working progress*. Este cariz inacabado se convierte en metodología, en un continuo ir y venir entre la realización y la reflexión, para entresacar evaluaciones, y reorientar la primera al tiempo que se enriquece la segunda. Se elabora así “una estrategia para producir documentos públicos de conciencia colectiva”¹⁶², puesto

¹⁵⁹ Cirilo Santamaría, *ibid.*, página 5.

¹⁶⁰ *Ibid.*, página 6.

¹⁶¹ *Ibid.*, página 20.

¹⁶² *Ibid.*, página 5.

que esta conciencia no emerge por sí sola, nace de un proceso analítico, al cual nutre a su vez.

* * *

Estos relatos se integran en un movimiento que parte de la sociedad civil, y responde a la necesidad urgente de ofrecer una terapia narrativa al individuo. Pero es también una preocupación compartida por la investigación contemporánea y las artes plásticas, entre otros campos. Su propósito puede resumirse en la opinión de Jesús Martín Barbero, para quien las tareas urgentes para Colombia hoy son las de “articular nación” y “renarrar este país”¹⁶³.

En efecto, este frenesí testimonial que se ha apoderado del país, muestra cuán urgente es que hablen y cuenten todos, por duro e insostenible que sean los relatos (las confesiones de los paramilitares, por ejemplo). Mientras más hablen y liberen la palabra unos, más gente hablará. Cualquiera que sea el resultado, quedan la posibilidad de contar y la dignidad de haberlo hecho. Lo que nos enseñan estas voces desde el espacio común que están conquistando, es que nadie nos puede quitar nuestra historia y nuestra memoria.



¹⁶³ Jesús Martín Barbero, entrevista hecha el 02/07/05.

Usos de la **narrativa** como **herramienta** de **evaluación estratégica**

(Experiencia de la Corporación Programa de Desarrollo para la Paz del Magdalena Centro)¹⁶⁴

Natalia Franco

Facultad de Administración, Universidad de los Andes
nfb@adm.uniandes.edu.co

El rol de la narrativa no ha sido ampliamente desarrollado en los estudios organizacionales, y en particular no tenemos evidencia de estudios sistemáticos sobre su aplicación en ejercicio de aprendizaje organizacional en el tercer sector. No obstante, a través del trabajo desarrollado por la Universidad de los Andes con los Programas de Desarrollo y Paz, se quiso indagar en el uso de la narrativa como herramienta organizacional útil para hacer conciencia sobre la estrategia de la organización y su pertinencia, a partir de la lectura del entorno y los aprendizajes de la comunidad circundante.

Partiendo de esta premisa, se realizó, durante el primer semestre de 2009, un ejercicio práctico en el programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Centro (con sede en el municipio de La Dorada), el cual estuvo enfocado en desarrollar un análisis de las narrativas recolectadas en la región, estableciendo su utilidad para evaluar cada uno de los objetivos estratégicos y programas desarrollados por el PDP.

El ejercicio se realizó como una aproximación empírica y exploratoria, con el fin de probar metodologías y motivar a los PDP en el uso de las historias de los pobladores, para su ejercicio estratégico cotidiano. En ningún caso la experiencia aquí ilustrada puede ser considerada como un experimento científico válido para la construcción teórica en torno al uso de la narrativa en procesos organizacionales, pero sí como una experiencia que abre las puertas a futuras investigaciones.

Dicho proceso buscó en las historias de los pobladores algunas frases o fragmentos emblemáticos que permitieran establecer relaciones con los postulados del PDP. A partir de allí, se construyeron recomendaciones para que el Programa desarrolle un sistema de aprendizaje sobre sus planes y proyectos, generando evaluaciones cualitativas periódicas a través de la recolección de historias y testimonios de sus beneficiarios. Así mismo, se resaltó el rol de las narrativas como herramientas de intercambio de conocimientos entre pobladores y organizaciones, ejercicio que

¹⁶⁴ Ejercicio desarrollado por Laura Tobar, asistente de investigación de la Facultad de Administración de la Universidad de los Andes, bajo la tutoría de Natalia Franco Borrero, profesora de esta misma facultad.

contribuye a la estructuración y fortalecimiento de los programas y proyectos que desarrolla la organización.

El proceso analítico partió de la revisión del plan estratégico del PDP y la consecuente identificación de los principales proyectos en ejecución en la región (columnas uno y dos de la matriz). Con esta comprensión de la propuesta estratégica del PDP y su estructura programática, se inició la revisión de las narrativas recolectadas y la construcción de posibles relaciones:

PROYECTO	OBJETIVOS	INFLUENCIA NARRATIVAS	¿CÓMO?	EJEMPLO EN LAS NARRATIVAS DE LA DORADA
Diagnóstico Participativo y Prospectivo de la Región Magdalena Centro.	Identificar problemáticas y potencialidades Fortalecer la organización social.	Formulación estratégica Gestión Estudio cualitativo.	Entender la visión de la comunidad y su capacidad para visualizar nuevas oportunidades. Acercarse a sus puntos de vista. Estudiar conocimientos de la comunidad para contribuir al fortalecimiento de la organización. Estudio cualitativo: contribuir a un diagnóstico que identifique las problemáticas y potencialidades.	Dolores en Vietnam: Relación e interacción entre la comunidad en el surgimiento de conflictos. Casa fantasma y Villa Cuchillo: Comportamiento y tendencia de jóvenes rodeados por el conflicto. Una visión inolvidable y El incendio: Miedos de la población y prevención constante por el conflicto armado. Viaje sin regreso: Sentido comunitario y de colaboración de algunos pobladores.
Prevención al uso disfuncional de sustancias psicoactivas.	Red de facilitadores de propuestas preventivas y ayuda efectiva en la comunidad Acciones integrales.	Aprendizaje organizacional Gestión: Retroalimentación.	Conocer el papel que cada familia cumple en la comunidad y su forma de subsistencia. Entender las fuentes de generación de confianza y participación en el barrio. Método para compartir conocimientos y casos de éxito. Crear compromiso y responsabilidades de los diferentes actores para hacerle frente a la problemática mediante la interacción por parte de narrativas.	Dolores en Vietnam: Actitud de diferentes actores y posición frente a la situación. Casa fantasma: Tendencias de consumidores, diferentes tipos de reacciones y cambios sociales. Villa Cuchillo: Comportamientos de jóvenes consumidores y conflictivos.
Movimiento de Niños y Niñas Sembradores de Paz.	Capacitación de jóvenes y líderes facilitadores Niños vulnerables: Semilleros.	Gestión Aprendizaje • Cambio de perspectiva.	Apoyar el crecimiento sano de los niños, atacando problemáticas comunes que influyan en su desarrollo. Desarrollar aprendizajes sobre conocimientos ancestrales (narrativas educativas). Tratar temas claves identificados en las narrativas con las familias.	Dolores en Vietnam: Niños que crecieron en un ambiente hostil pueden tener una tendencia de desarrollo. Casa fantasma: Peligros sociales a los que están expuestos los niños desde edades muy cortas. Villa Cuchillo: Comportamiento y tendencia de algunos jóvenes rodeados por el conflicto.

PROYECTO	OBJETIVOS	INFLUENCIA NARRATIVAS	¿CÓMO?	EJEMPLO EN LAS NARRATIVAS DE LA DORADA
Asistencia Alimentaria.	Desarrollo integral para personas de escasos recursos.	Formulación estratégica.	Desarrollar conocimientos sobre métodos de producción. Generar aprendizaje sobre prácticas ancestrales (narrativas educativas). Fortalecer un acercamiento a las personas y sus conocimientos, que puedan convertirse en oportunidades de desarrollo.	No se han recolectado aún narrativas que aporten en esta área.
Lechero	Iniciativas gestión empresarial Generar compromiso de la organización con la comunidad.	Aprendizaje organizacional.	Socializar métodos para mantenerse al margen del conflicto. Compartir e intercambiar conocimientos. Evitar o solucionar problemas entre las familias lecheras. Desarrollar mecanismos para mantener buenas relaciones en pro del progreso y desarrollo económico.	Pescadores: Cómo se vio interrumpida su labor por miedos. Viaje sin regreso: Influencia de la naturaleza en las actividades del día a día.
Forestal	Unir esfuerzos, experiencias, conocimientos y recursos, para aprovechar nuevas oportunidades Mejorar nivel de ingresos.	Gestión Aprendizaje organizacional.	Intercambiar experiencias y conocimientos. Retroalimentar y evaluar los procesos, para mejorarlos y optimizarlos. Generar confianza y participación entre los actores. Lograr una fluidez de la comunicación dentro del proyecto. Acercarse y conocer a cada miembro de la comunidad.	Dolores en Vietnam: El crecimiento de jóvenes en un entorno de conflicto, puede generar problemas en su desarrollo. El incendio y Una visión inolvidable: Miedos a los que se enfrenta la población. Profundizar sobre cómo estos afectan sus actividades.
Proyectos de Beneficio Comunitario PBC de ISA en los Municipios de Puerto Boyacá y Yacopí.	Gestionar, asesorar, acompañar y coordinar la definición, ejecución y entrega de los PBC de las comunidades organizadas e influenciadas por los proyectos de interconexión eléctrica.	Formulación estratégica Gestión.	Aprender sobre el entorno y conocerlo. Identificar los principales actores locales y sus necesidades.	Villa cuchillo y Casa fantasma: Necesidad de alejar a las futuras generaciones del consumo de drogas que puedan afectar su desarrollo y comportamiento social. El incendio y Los chuzos: Miedo y prevención ante extraños, sentimiento de la comunidad.

La anterior matriz de relaciones fue construida a partir de la metodología de “*cross-case analysis*”, planteada por M. Quinn Patton en su libro “*Qualitative Research & Evaluation Methods*” (2002). Una vez recolectadas las diferentes narrativas citadas en la matriz, se organizó la información mediante un sistema de agrupación de testimonios, en torno a un asunto central predefinido (visión del conflicto por parte de los pobladores). Las categorías de análisis se construyeron a partir de una identificación de patrones, temas y categorías relacionados con la propuesta estratégica del PDP, y se extrajo la información que parecía relevante para la lectura de su entorno.

La fase final del análisis (cómos y ejemplos) se construyó de manera deductiva, a partir de fuentes secundarias sobre la situación de conflicto en la región, y del contenido de las historias seleccionadas. Se evaluó la pertinencia de los patrones, temas y categorías de la información arrojada, y se seleccionaron los mejores ejemplos para ilustrar cada categoría.

Conclusiones y recomendaciones

Uno de los aportes más significativos de las narrativas es que contribuyen a la lectura del entorno, de forma tal que la organización puede tener más claras las necesidades y aspectos críticos a tratar en la región.

De este modo, teniendo una visión del entorno y unos proyectos y objetivos planteados, puede llevarse a cabo un estudio cualitativo que incluya no solo narrativas sino entrevistas a profundidad y charlas grupales con diferentes actores. Esto contribuiría al mejor desarrollo de los proyectos, y a una construcción de lazos de confianza entre la organización y aquellos pobladores que tienen la posibilidad de relatar sus historias y encuentran una respuesta del PDP en el diseño de sus proyectos.

En síntesis, las narrativas contribuyen a:

- Identificar las fortalezas y debilidades, con el fin de evaluar alternativas de la organización y proyectar los alcances de sus proyectos.
- Reducir las informalidades que puedan afectar los proyectos, de forma que se genere confianza y se regule el flujo de información en pro de los proyectos y actividades.
- Desarrollar aprendizajes sobre las distintas respuestas y reacciones ante situaciones difíciles. Los relatos ilustran situaciones de éxito o fracaso ante problemas de gran magnitud.
- Sacar el mayor provecho del conocimiento popular, por medio de narrativas que contribuyan a intercambiar conocimientos y aporten al aprendizaje, no solo organizacional, sino también de la comunidad.
- Identificar nuevas oportunidades, y aprovecharlas para contribuir al aprendizaje organizacional.

- Comprender la realidad de las situaciones locales, antes de formular los proyectos de intervención.
- Contribuir a un clima de confianza y sinergia entre los miembros de la comunidad, para guiarlos teniendo en cuenta la autoridad moral de su líder y otros. Esto puede hacerse mediante charlas y recolección de nuevas historias, que brinden identidad a las personas y logren mayor integración de la comunidad.
- Promover la ética y la integridad de las personas, mediante historias que muestren casos de causa-efecto frente a ciertos comportamientos que quieren evitarse en la comunidad.

A través de las narrativas se aprende además sobre la persona que narra, pues nos permiten un acercamiento a su visión, opiniones y aspectos que considera importantes. Conocer mejor a las personas permite un mejor desarrollo de los proyectos y un mayor aprovechamiento del capital social local.

Entre la **soledad** y el **absurdo**: ciudadanías en medio de la **vorágine**

Clemencia Rodríguez

Department of Communication. The University of Oklahoma
clemencia@ou.edu

*“Todo es mentira”
Manu Chao*

¿Cómo es posible que el acto fundacional de la democracia sea un papel estampillado por el Estado? Esta es la pregunta que se hace la politóloga Chantal Mouffe y a la que responde con un llamado a replantear el concepto de ciudadanía. Si la primera piedra de la democracia es el ser ciudadano, y estamos entendiendo la democracia más allá del simple acto de votar cada cuatro años, es decir, la democracia como proceso, como tomar el toro por los cachos y emprender el proceso de construcción de sociedad, de construcción de comunidad, entonces no puede ser que el “permiso” para participar en tal proceso esté condicionado a la voluntad del Estado. Como si para participar en el proceso democrático hubiera que ser ungido por la autoridad del Estado; la primera piedra de la democracia al estilo del monarca coronando a sus caballeros.

Entonces Mouffe propone una forma diferente de entender la ciudadanía¹⁶⁵, y la replantea “no como un estatus legal sino como una forma de identificación, un tipo de identidad política: algo que debe ser construido, no empíricamente dado”¹⁶⁶. Así pues, los ciudadanos no nacen como tales. No nacen. Se hacen. La ciudadanía no es un estatus concedido a partir de una característica esencial, si nació o no en el país, si paga impuestos o no, si tiene sida o no. Los ciudadanos deben constituir su ciudadanía en el día a día, a través de su participación en las prácticas políticas cotidianas: “El ciudadano no es, como en la teoría liberal, el receptor pasivo de unos derechos específicos, que disfruta la protección de la ley”¹⁶⁷. El ciudadano, o la ciudadana, no es la persona que simplemente se deja “llevar por la corriente”. En cambio, es la persona que decide intervenir en su entorno social con propuestas de cómo se deben hacer las cosas. Es la persona que no se contenta con que todo vaya a la deriva, sino que reflexiona sobre el entorno social, y actúa en la vida cotidiana tratando de moldear ese entorno de acuerdo con una visión de bien común.

¹⁶⁵ Chantal Mouffe, “Democratic Citizenship and the Political Community”. En Chantal Mouffe (ed.), *Dimensions of Radical Democracy: Pluralism, Citizenship, Community*, London: Verso, 1992, páginas 225-239.

¹⁶⁶ *Ibid.*, página 231.

¹⁶⁷ *Ibid.*, página 235.

Wolin¹⁶⁸ resalta la importancia del empoderamiento y los lugares donde este y la ciudadanía ocurren:

“Un ser político no se debe definir del mismo modo que se ha venido definiendo al ciudadano, es decir, como el poseedor abstracto y desconectado de derechos, privilegios e inmunidades, sino como una persona cuya existencia se ubica en un lugar particular y cuyo sustento se deriva de relaciones bien circunscritas: la familia, los amigos, la iglesia, el barrio, el lugar de trabajo, la comunidad, el pueblo, la ciudad. Estas relaciones son las fuentes de las que los seres políticos derivan su poder –simbólico, material y psicológico– y que les permiten actuar conjuntamente. Pues el verdadero poder político implica no solo actuar de manera que se realicen cambios decisivos; también significa la capacidad de recibir poder, de ser objeto de la acción, de cambiar y ser cambiado. Desde una perspectiva democrática, el poder no es simplemente fuerza que se genera; es experiencia, sensibilidad, sabiduría, incluso la melancolía que podemos llegar a destilar de las diversas relaciones y círculos en los que nos movemos”.¹⁶⁹

Los procesos ciudadanos pueden ser minúsculos, como mirar a los ojos a alguien en un entorno donde no se debe mirar a nadie, o pueden parecer totalmente ajenos a lo político, como por ejemplo no dejar que un enfermo de sida muera solo. Con base en una investigación etnográfica realizada en la comunidad de enfermos de sida en Vancouver, Michael P. Brown¹⁷⁰ explora cómo el concepto de ciudadanía de Mouffe se puede aplicar a las políticas del sida. Su análisis muestra claramente que prácticas como el “hermanazgo” (en la que un voluntario actúa como hermano o compañero de una persona con sida para ofrecerle apoyo físico y emocional) deben entenderse como acciones políticas cotidianas, como formas de intervenir en el entorno social ejecutadas y representadas por los ciudadanos. La teoría sobre la ciudadanía que propone Mouffe nos permite entender los esfuerzos cotidianos que hombres, mujeres y niños/as emprenden para darle nueva forma a nuestra vida y entorno, como acciones políticas, como procesos de constitución de ciudadanía.

¹⁶⁸ Sheldon Wolin, “What Revolutionary Action Means Today”. En Chantal Mouffe (ed.), *Dimensions of Radical Democracy. Pluralism, Citizenship, Community*, London: Verso, 1992, páginas 240-253.

¹⁶⁹ *Ibid.*, página 252.

¹⁷⁰ Michael P. Brown, *RePlacing Citizenship. AIDS Activism and Radical Democracy*. New York and London: The Guilford Press, 1997.

Amén de su naturaleza activa, la ciudadanía tiene que ver con el empoderamiento. En la medida en que los ciudadanos participan activamente en acciones que redefinen sus propias identidades, las identidades de otros y su entorno social, generan poder. Sheldon Wolin explica el concepto de poder como condición para la ciudadanía, que es mucho más que el simple hecho de exigir unos derechos: “[Ciudadanía] tiene que ver con la capacidad de generar poder, pues esta es la única manera como se establecen las cosas en el mundo. Tiene que ver también con la capacidad de compartir el poder, de cooperar en él, pues es así como se sostienen las instituciones y las prácticas”¹⁷¹.

A medida que voy leyendo las setenta y cinco páginas de *Historias de la gente*, se va perfilando la imagen de un ciudadano o una ciudadana en el entorno colombiano de conflicto armado. Una ciudadanía en medio de un entorno que más parece un escenario del teatro del absurdo. Una ciudadanía inmensamente sola. Una ciudadanía contra viento y marea, con voluntad de hierro.

Una ciudadanía en el absurdo

En Villavicencio (Meta), Islena está en peligro. Por ser ciudadana. Ella se niega a dejarse llevar por la abnegación y por el miedo, y se dedica a denunciar violaciones de derechos humanos. Tiene enemigos. La amenazan. La van a matar. Pero además del miedo y la incertidumbre, tiene que lidiar con el absurdo: “Las amenazas no paraban, cada vez eran más agresivas. Mi embarazo fue muy traumático, me preocupaba mucho que el bebé sufriera por todos los sustos que yo pasaba. Las famosas medidas provisionales en realidad no fueron más que un escolta que andaba en una moto vieja detrás de la buseta en la que yo me montaba. Me parecía tan absurdo que decidí irme en la moto del escolta: o me solucionaban la situación o se iban para el carajo”. La imagen de una mujer amenazada de muerte montándose en un bus público mientras su “escolta” va detrás en una moto vieja, pertenece más a una película de Emir Kusturica que a una sociedad que se las da de democracia.

En Líbano, Tolima, Olga María describe la experiencia de tantas comunidades colombianas arrinconadas entre dos (o tres, o cuatro) fuegos. Como en una sala de espejos de pesadilla, la realidad se distorsiona, nada es razonable, nada tiene sentido; ¿por dónde es la salida?: “Quienes asesinaron a mi marido fueron los de un grupo llamado Ejército Revolucionario del Pueblo, ERP. Nos extorsionaban y cuando él

¹⁷¹ Sheldon Wolin, *op. cit.*, página 250.

decidió no darles más plata, me lo mataron. Allí comenzó mi calvario: sostener el negocio y la finca, mantener a mis hijos y darles la universidad a los que estaban en Bogotá... Yo sola no podía, así que decidí poner los negocios en las manos de mi hijo mayor, que estuvo al frente de ellos durante siete años, hasta cuando llegaron los paramilitares y nos sacaron del pueblo argumentando que éramos auxiliares de la guerrilla. Ahí sí que no entendí nada. ¿Cómo íbamos a andar auxiliando a los asesinos de mi esposo?”.

En estos contextos, pienso que el solo hecho de mantener un escueto nivel de cordura es un acto político. Levantarse por la mañana, hacer el café, ver de la finca, son actos de ciudadanía que requieren inmensas cantidades de voluntad, de poder, para no dejarse aplastar por una realidad distorsionada que lo permea todo con el horror de lo absurdo, del no poder encontrarle sentido a la vida cotidiana. La guerra lo distorsiona todo. Lo que está abajo termina arriba. Como la esposa en *Persépolis*¹⁷², al quejarse porque en el marco del régimen de terror impuesto por el sectarismo (armado) musulmán, el director del hospital donde su esposo se muere es el tipo que limpiaba los vidrios; su única competencia para dirigir un hospital es ser un musulmán piadoso. O como en Irlanda del Norte, donde el antropólogo Allen Feldman describe cómo, en medio del caos de la guerra, lo que normalmente está afuera pasa a estar adentro y lo que está adentro pasa a estar afuera. Allí, el activismo político tuvo que esconderse en las más íntimas esferas de lo privado, mientras que lo más privado de los ciudadanos se ventilaba en esferas públicas, debido a la invasión de tecnologías de vigilancia en la vida cotidiana. Refiriéndose a las cámaras de video instaladas en las calles, un hombre declara: “¡Ellos conocen el diseño del papel de coladura de tu cuarto y el color de tus calzoncillos!”¹⁷³.

En Colombia, en zonas donde la guerrilla, los paramilitares y el Ejército compiten por controlar a la gente y el territorio, las personas ya ni miran a los ojos. Andar con alguien, mirar a alguien, flirtear con alguien, puede ser interpretado como “ser amigo” de la guerrilla o los paras. En Puerto Matos (Arauca), un abrazo se convierte en condena mortal. El nuevo capitán del Ejército conoce bien cómo es la cosa allí. Él sabe que su abrazo es mortal y lo utiliza para “marcar” a las personas que quiere muertas. Sin disparar un tiro mata a varios, con solo abrazarlos. El absurdo de la guerra: un abrazo que mata. “Hasta que un día alguien se le paró”. El acto de resistencia a veces no es sino llamar las cosas por su nombre: cuando el abrazado comenzó a gritar “¡el capitán me va a matar!”, “la población aterrizó”.

¹⁷² Vincent Paronnaud y Marjane Satrapi, *Persépolis*, 2007, Sony Pictures.

¹⁷³ Allen Feldman, *Formations of Violence. Narratives of the Body and Political Terror in Northern Ireland*, Chicago: The University of Chicago Press, 1991, página 47.

El absurdo alcanza proporciones monumentales en el corregimiento de El Rosal (sur de Cauca) cuando el glifosato de las fumigaciones del gobierno cae en el acueducto: “Afortunadamente se dieron cuenta, o si no nos hubiéramos envenenado todos. ¡Hartos días sin poder consumir el agua!”. A primera vista, es un acto legítimo: los ciudadanos de este corregimiento están delinquiendo al sembrar coca, el gobierno responde con la acción de fumigar desde el aire para eliminar el delito. Pero si escarbamos un poquito, la historia no es tan simple. Estos mismos campesinos llevan clamando por respuestas de estos mismos gobiernos desde hace décadas, desde los tiempos de la Anuc, por allá en los sesenta. Es irónico que sus demandas de entonces hayan sido casi exactamente las mismas de las marchas cocaleras de 1996: infraestructura; léase centros de salud, escuelas, y carreteras y formas de transporte para sacar sus productos a los mercados, y que no les toque como a las familias campesinas del Caquetá, sembrar para engordar cerdos, ya que los cerdos pueden caminar ellos mismos, por los senderos de montaña, hasta el mercado; el maíz no¹⁷⁴. Léase políticas y créditos que le permitan a la familia campesina vivir con dignidad. Léase TIERRA. Que es lo mismo que dignidad, porque si no, la opción es empeonarse en una de las grandes haciendas ganaderas, como Larandia en Caquetá, o Bellacruz en Cesar. Empeonarse es existir en la estructura de clase colombiana, vivir bajo el mando de un terrateniente es vivir agachado, mirado y tratado como un ser inferior. Pero los gobiernos no escuchan. No ven. No aparecen por ningún lado. No responden. Y no solamente no responden a las demandas de los ciudadanos, sino que la única respuesta llega desde el aire en forma de veneno. “Fumigándolos es la única forma en que el estado colombiano se acuerda de que los campesinos existen”¹⁷⁵.

Una ciudadanía inmensamente sola

¿Será que García Márquez es prestidigitador? Porque va para más de cien años de soledad, desde 1886. La soledad de don Guillermo, en La Julia (Meta), tratando de sacarle el cuerpo a la guerrilla, los guerrilleros asediándolo: “Hermano, usted tiene que hacer parte de nosotros”, y don Guillermo con su respuesta estratégica: “ahí vamos viendo”. ¿Qué más le queda a un ciudadano en semejante soledad? ¿A quién va a recurrir? ¿Dónde están las instituciones que se supone lo protegen en momentos de asedio? Pero él no se deja. En medio de su inmensa soledad, les saca el cuerpo, uno menos para la guerra; ahí está el gesto político, la estrategia de resistencia, en ese “ahí vamos viendo”.

¹⁷⁴ Carlos Elías García Montes y Eulise Santanilla, *Recuperación Histórica y Análisis Cultural. Belén de los Andaquíes*, Bogotá: CINDE - Universidad Pedagógica Nacional, 1994.

¹⁷⁵ Diario del Sur, noviembre 17 de 1994, página 10A. Citado por María Clemencia Ramírez, *Entre el Estado y la Guerrilla. Identidad y Ciudadanía en el Movimiento de los Campesinos Cocaleros del Putumayo*, Bogotá: ICAHN, 2001, página 106.

Finalmente, convencido de que ha agotado el poder de su “ahí vamos viendo”, don Guillermo se desplaza. En Colombia, se podría pensar que existen varios tipos de desplazamiento. Por un lado, está el desplazamiento tipo El Salado, en los Montes de María, donde los grupos armados pretenden “desocupar el territorio”¹⁷⁶, en parte para acceder a las tierras. Llegan a las veredas y los pueblos, y le ordenan a todo el mundo que se vaya o si no los matan. Pero existe otro tipo de desplazamiento. Es el desplazamiento en contra de la voluntad del grupo armado. El grupo armado quiere que te quedes, que les sirvas. Pero tú agarras tu familia y te vas. ¿Cuántas historias no hemos escuchado todos sobre la familia que decide desplazarse antes de acceder a que una organización guerrillera o un grupo paramilitar recluten al hijo? ¿A la hija? ¿Al esposo? De los casi tres millones de desplazados, ¿cuántos colombianos habrán echado mano al desplazamiento como única forma de resistir el acoso de los grupos armados? El desplazamiento como forma de resistencia... ¡Vaya idea! ¿Qué tal que las familias afro-americanas de los barrios de Baltimore y Nueva York comenzaran a desplazarse antes de dejar que sus hijos sean reclutados por los gangs? ¿Qué haría Obama con cien mil familias acampando en los prados de la Casa Blanca? ¿Qué tal que las familias en Afganistán o Palestina se desplazaran antes de dejar que sus hijos sean reclutados por las milicias musulmanas? Tal vez es hora de comenzar a ver a la familia desplazada como la familia heroica, los que no se dejaron, los que lograron acumular el valor suficiente y la fuerza suficiente para moverse, los que se negaron a agachar la cabeza, los que se las ingeniaron para no quedar atrapados en las redes mortales de los grupos armados. En vez de ver a estas familias como víctimas y como una carga para la sociedad, tenemos que aprender a verlas como lo mejor del país, lo que más potencial tiene, familias llenas de fuerza, creatividad e ingenio, y quién sabe qué otra cantidad de recursos más, seres humanos con enormes capacidades de contribuir a construir nación.

En Pamplona (Norte de Santander), Rosalba se enfrenta a esa misma soledad infinita de tantos ciudadanos colombianos. En La Julia, don Guillermo ni siquiera recurre a las autoridades, ya que es precisamente de allí de donde proviene el hostigamiento. En La Julia la guerrilla ES la autoridad. En La Sierra aún hay policía, así que ante la desaparición de su hermano, Rosalba acude a las autoridades y se encuentra en las mismas de don Guillermo, completamente sola: “A los tres días bajé al pueblo a buscarlo. Fui a la policía a poner la denuncia y me insultaron: ‘es que ustedes son una parranda de guerrilleros’. Les dije: ‘¿cómo, señor? Vengo con todo el respeto a

¹⁷⁶ Grupo de Memoria Histórica, *La Masacre de El Salado: Esa Guerra no era Nuestra*, Bogotá: Grupo de Memoria Histórica, 2009. Disponible en: http://www.cnrr.org.co/new09/semanaM/informe_la_masacre_de_el_salado.pdf

pedirle ayuda, no a que me insulten. ¿A usted le consta, acaso me ha visto con un arma? Soy madre de familia de cinco hijos, casada, y si mi hermano tuviera alguna relación con un grupo, créame que jamás vendría aquí a buscar ayuda. Pero como yo sé que mi hermano no debe nada, pues vengo a las autoridades. La gente dice que hay que dar parte a las autoridades. Y eso es lo que estoy haciendo'. Como no recibí ninguna ayuda, decidí ir yo misma a buscarlo".

La familia de Jennifer Pacheco, en Marialabaja (Bolívar), se enfrenta sola, inmensamente sola, a la Colombia impune donde el noventa por ciento de los delitos se quedan a la deriva. Donde sabes que si secuestran a tu niño de siete años, eres tú y tu familia en el acto abrumador de enfrentar un secuestro solos. El niño es liberado y veintidós años después aún recuerda el momento cuando se encuentra con su familia: "Le pregunté por mi tío José, le dije que había escuchado su voz... Ella se puso a llorar y no me respondió. Luego llegó mi papá y nos fuimos a casa, la alegría fue inmensa, mi hermana me abrazó y me dijo que nunca me iba a dejar solo. Poco a poco me fueron explicando lo que había pasado. Mi mamá me contó que a mi tío se lo habían llevado para que a mí me dejaran en libertad. Fue muy difícil asimilarlo. Pasaron varios días antes de que la Policía encontrara el cadáver de mi tío. Hoy, que tengo veintinueve años, aún no logro entender cómo los seres humanos pueden partir la vida de una familia en dos: en un antes y un después. Esa fue una tragedia familiar".

Imagino las conversaciones familiares, la búsqueda desesperada de estrategias para recuperar a su niño, sabiéndose inmensamente solos. Es únicamente desde la comprensión de la profunda soledad del ciudadano colombiano, desde donde podemos entender que la única salida es que el tío se intercambie por el sobrino. El acto extremo de ciudadanía: la muerte en tus propios términos. El tío da su vida para que la familia sufra la tragedia en sus propios términos, no en los términos impuestos por los armados.

La muerte en sus propios términos. Islena Rey nos cuenta en detalle el proceso de apropiación de su propia muerte. Islena va empoderándose y moviéndose desde el miedo paralizante hasta el momento en que se apropia de su propio acto de morir: "Cuando regresé a Villavicencio las llamadas continuaron. Cada vez que me decían 'Islena, al teléfono', temblaba. Un día contesté el teléfono y un tipo me dijo que me daba diez años a partir de 1996 para que me fuera, o que me mataría. Iba a seguir con las groserías, pero lo interrumpí. Le contesté peor. Con toda la ira que tenía acumulada le dije todos los insultos que me sabía. Grité, lo llamé cobarde, le dije: 'venga entonces y nos vemos. Máteme, pero venga a ver si de frente es tan valiente'. Entre más le hablaba, más me envalentonaba. El tipo se quedó callado y colgó. A partir de ahí las llamadas cesaron. Mi actitud frente a la muerte cambió desde ese momento. Empecé a verla como una realidad cercana, como algo que seguramente me sucedería pronto [...] Venía segura de que se debe amar la vida, pero también la muerte. Nunca lo había pensado. Me preparaba para morir y le pedía a Dios que me

ayudara a ser madura en el momento que me tocara. No quería declinar, tampoco sentir cobardía. Lo que hago es una cuestión de principios, de dignidad, de amor por mis semejantes: quiero un país digno para mis hijos y para todas y todos. [...] También recuerdo a un famoso escritor que dijo: ‘prefiero morir por algo y no seguir viviendo por nada’. Y me tranquilizo, porque estoy segura de lo que hago y por qué debemos continuar defendiendo la vida y la dignidad. [...] Yo estaba amando la muerte -no tenía otra opción- y estaba muy tranquila. Cuando me acostaba dormía profundamente, sin sobresaltos. Siempre me despertaba puntualmente y me alegraba de estar viva”.

Desde el momento en que Islena logra apropiarse de su propia muerte, duerme bien todas las noches. El acto ciudadano puede ser sutil, el acto político de poder dormir.

Una ciudadanía contra viento y marea

Desde El Carmen de Chucurí, Javier Moncayo nos cuenta las hazañas de don Guillermo, que con su camioneta cargada de cacao “se vuela por cualquier lado y a cualquier hora” para venderlo en San Vicente, venciendo el cerco guerrillero que prohíbe cualquier traslado hacia o desde el pueblo. Todo con el fin de que el cacao no se pudra en las bodegas antes de poder venderlo. Si no, ¿para qué tanto trabajo? Como dice la abuela en *Persépolis*: “Siempre tienes una opción. En la vida, todos tenemos opciones”.

En Colombia, son muchas las acciones de resistencia de la gente ante los grupos armados. Acciones todas donde vemos la ciudadanía de Mouffe en pleno. Como el caso de Santa Rosa del Sur, donde la emisora comunitaria, Santa Rosa Estéreo, organiza una caravana de más de cuatrocientas personas, mujeres, hombres, niños de la comunidad, que se niegan a sentarse a esperar a ver qué pasa cuando un grupo guerrillero secuestra a José Botello, el querido profesor de la escuela y director de la emisora. La caravana se prepara, llevan bultos de arroz, ollas, cobijas, no saben cuánto va a durar la travesía. Viajan más de quince horas por caminos de montaña, por el Alto de Micoahumado, hasta llegar al campamento guerrillero. Allí, arman su propio campamento, con sus propios cambuches y hogueras para cocinar. Me pregunto cuántas veces se ha visto en el mundo que una comunidad civil y desarmada invada un campamento guerrillero hostil. Generalmente es al contrario, los armados invaden el pueblo. Pero en Santa Rosa del Sur, el pueblo invadió a la guerrilla. Se imponen. No se irán hasta que Botello no sea liberado. Al cabo de tres días, lo liberan.

En Trujillo, los sobrevivientes de las masacres se resisten a las definiciones oficiales. ¿Quién define lo que es ser víctima de una masacre? ¿Por qué se incluye como víctima solamente a quienes mueren en el acto de la masacre? Los habitantes de Trujillo se preguntan qué pasa con todas las personas que murieron seis meses después, o un año después, aquellas que nunca lograron sobreponerse a la muerte de su hijo, de su

esposa, de su hermano. El monumento a las víctimas de la masacre de Trujillo incluye todas aquellas personas que murieron “de pena moral”.

Con base en su trabajo de acompañamiento e investigación con pueblos indígenas del Cauca, Mario Murillo cuenta cómo la guardia indígena de una comunidad en Canoas, en el norte del departamento, encuentra a un guerrillero merodeando en el cabildo. El Ejército le pide a la comunidad que entregue el fusil del guerrillero. La guerrilla le pide a la comunidad que devuelva el fusil. En Consejo Comunitario, la comunidad indígena decide que el fusil no se le entregará ni al Ejército ni a la guerrilla. El Consejo decide que el fusil se encontró en territorio indígena, y por tanto toman la decisión de destruirlo. En un acto colectivo de soberanía, arman una gran hoguera y derriten el fusil. Los comunicadores indígenas transmiten el acto a toda la comunidad, y producen un video-clip para documentar la destrucción del arma¹⁷⁷.

La antropóloga María Victoria Uribe cuenta de una comunidad donde frecuentemente aparecen muertos abandonados de gente que no es de allí. Nadie sabe quién es el muerto. La policía hace el levantamiento del cadáver, y luego entierran al muerto anónimo en una tumba que ni siquiera nombre tiene. Poco a poco, la comunidad ha ido “adoptando” a estos muertos anónimos. Les da un nombre y les asigna una historia. Una familia del pueblo se encarga de llevarles flores de vez en cuando, arreglarles la tumba, consentirlos.

Un hombre joven llamado Luckas nos cuenta cómo es la vida en las comunas de Medellín. Ser hombre y ser joven en este entorno significa quedar automáticamente estigmatizado como delincuente, armado, guerrero. La masculinidad envalentonada. Luckas se enamora del trabajo del cineasta italiano Pier Paolo Pasolini. Luckas es visionario de una masculinidad otra, una conversación constante del joven con su entorno a través de encuadres, movimientos de cámara, el joven seducido por la estética de su barrio, las calles en laberinto, las casas sin una sola línea recta, los miradores, las cometas de colores contra un atardecer antioqueño. *Pasolini en Medellín* es el nombre de esta nueva masculinidad que, de la mano del cine, se resiste a las armas y la guerra¹⁷⁸.

Los armados imponen, obligan, encierran, silencian, y amenazan con castigar la más mínima desobediencia a sus regímenes de terror. Los armados desgranán familias y generan diásporas, exilios, desplazamientos. Los armados atribuyen identidades, generan estigmas, borran los nombres de la gente. Por su lado, los ciudadanos

¹⁷⁷ Mario Murillo, *Voices of Resistance. Community Radio and Indigenous People in Colombia*, New York: South End Press (en imprenta).

¹⁷⁸ Luckas Perro, *El Proyecto Pasolini en Medellín*. Ponencia presentada en la Conferencia VIII de OURMedia/NuestrosMedios, Rionegro, Antioquia, Julio 27 a 31 de 2009. Ver: www.ourmedianetwork.org.

colombianos, mujeres, jóvenes, niños, niñas, y hombres cotidianos, desarmados, pero rebosantes de dignidad, se les vuelan, se intercambian, aprenden a contar sus historias, nunca dejarán de recordar. Los ciudadanos y las ciudadanas recuperan los nombres propios de la gente, re-definen los términos en que se cuenta la guerra, se revelan en contra de los estigmas generados por los armados. Miles de actos de resistencia, de ciudadanía, actos políticos de intervención en un entorno de guerra.

La pregunta como acto de memoria

Patricia Nieto

Profesora e investigadora de la Universidad de Antioquia, Editora general del Sistema Informativo De la Urbe de la Facultad de Comunicaciones.

12.patricia@gmail.com

*“Nosotros nos morimos tres veces. La primera en nuestra carne,
la segunda en el corazón de aquellos que nos sobreviven,
y la tercera en su memoria, que es la última tumba y la más glacial”.*

Pueblo Wayú¹⁷⁹

Acerco este libro a mi oído y escucho un coro. Logro percibir el canto de ancianos, mujeres, mozos y niños. Cuentan historias asombrosas de una guerra en un país que no nombran. Sus voces dibujan aguas transparentes, montañas vírgenes, rubias fugaces, ancianos protectores, plegarias; caminos ponzoñosos, bosques millonarios, árboles negros, ídolos armados, balas en su viaje, guerreros afiebrados, sollozos; muchachos decapitados, doncellas envejecidas, familias desterradas, maridos fusilados, niños de ojos tristes, lamentos.

Esta música estremece mis recuerdos. Siento los labios empolvados, un sabor a moneda entre los dientes y el corazón de una ciruela en mi garganta. ¿Por qué recordamos lo que no hemos vivido? ¿Por qué aquello que otros narran se asienta en nuestros recuerdos como si fuera nuestro? ¿Por qué las palabras de Rosalba, Patricia, Ubaldo, Islenya, Carlos, Sabulón, se nos hacen tan familiares si no los conocemos, ni hemos pisado sus campos ni secado sus lágrimas?

Las palabras de las víctimas transfieren sus heridas, labran la piel, se tatúan en el lienzo de los recuerdos de quienes las escuchan; y toman vida cada vez que un matiz, un aroma, una melodía o un grito, la pestilencia, una mancha, las sacan del reposo. Así funciona la memoria individual: el estímulo lleva la energía necesaria para que el recuerdo se haga, de nuevo, presente.

Como el recuerdo-acontecimiento –así lo llama Ricoeur– ha tenido lugar, ha ocurrido, viene a la memoria a partir de volver sobre lo vivido, visto, escuchado, sentido, aprendido. Al ser presente, el recuerdo se convierte en lenguaje, en palabra, en historia, en narrativa; es decir, en un discurso en forma de relato que se inscribe en la memoria.

¹⁷⁹ Cabildo Wayú Nôüna de Campamento, “Por el alma de nuestra gente”, 11 de abril de 2007, epígrafe. Disponible en: <http://cabildowayuunouna.blogspot.com/2007/04/jain-tu-wapushikat-por-el-alma-de.html> [consultado el 8 de mayo del 2010].

I

Rosalba busca a su hermano en las morgues, en los montículos de cadáveres, en los cementerios pueblerinos. “Donde me decían que había muertos sin familia, para allá me iba. Visité casi todos los cementerios de las poblaciones cercanas. También buscaba entre los cadáveres que aparecían en la carretera”, dice.

De mis recuerdos viene Carmenza que, en otro lugar del país, escribió con su puño y letra: “Ese día martes... a las once y media más o menos, sentí desde lo más profundo de mis entrañas que todo se me desgarraba. Un vacío. Una voz con profundo lamento llegó y retumbó en mis oídos: ¡Mami, búsqieme!” (Orozco, 2007: 33).

También la voz de Fabiola, que ha llenado auditorios en todo el país, reaparece. La escucho, la veo, la siento: “Una vez llegó al lugar, se encontró con un campesino al que le mostró la foto explicándole que buscaba a su hermano. Por un instante el hombre miró la foto y le dijo que subiera a una casa más arriba que allí le darían información. Cuando llegó lo identificaron inmediatamente con su hermano por el parecido físico. Ni siquiera necesitaba mostrar la foto. Los habitantes de la casa le relataron los hechos allí sucedidos” (Lalinde, 2007: 229).

Las mujeres colombianas buscan a sus hijos desaparecidos, los reclaman a viva voz en plazas y ante los victimarios que rinden versiones libres. Al escucharlas se puede pensar que la pregunta se ha convertido en su género narrativo. Dolores Pérez le preguntó a Ramón Isaza, líder paramilitar del Magdalena Medio, por el paradero de su hijo José Rodolfo Rico: “¿Qué pasó con él?, ¿por qué lo mataron?, ¿porqué se lo llevaron?”.

“‘Indio’, ‘Fabio’ y ‘Rambo’ se lo llevaron en una camioneta verde mientras arreglaba una motocicleta, posteriormente le dispararon y tiraron su cuerpo al río Magdalena”.¹⁸⁰ Esa fue la respuesta directa y seca. Dolores tomó su cabeza entre las manos: “Espíritu Santo dame fuerzas para soportar este dolor tan grande”, dijo.

Los recuerdos vienen unos detrás de otros; las narrativas se superponen unas a las otras: memorias compartidas, superpuestas, producto de interacciones múltiples (Jelin, 2002: 22). Se entrecruzan en el periódico, en la radio, en el libro, en el concierto, en la televisión, en el cine, en el culto, en *facebook*, en el voz a voz, en *youtube*, en la tertulia, en el teatro, en el juzgado, en la terapia. “Lo colectivo de las memorias es el entretejido de tradiciones y memorias individuales, en diálogo con otros, en estado de flujo constante, con alguna organización social –algunas voces son más potentes que otras porque cuentan con mayor acceso a recursos y escenarios– y con alguna estructura, dada por códigos culturales compartidos” (2002: 22).

¹⁸⁰ Un resumen periodístico de la versión de libre de Ramón Isaza puede leerse en <http://www.verdadabierta.com/justicia-y-paz/versiones-seccion/541-las-confesiones-de-Ramón-Isaza> [consultado el 8 de mayo del 2010].

Narrar es un asunto colectivo, un mecanismo para reafirmarse, una estrategia para identificar cambios sociales, un método para comprender las causas de las transformaciones, un recurso para delinear los conflictos sociales, un dispositivo para avanzar en la configuración del relato histórico a través de la cultura. “Uno sólo recuerda como miembro de un grupo social. La singularidad y la irreducible originalidad de los recuerdos personales son, de hecho, producidas por el entrecruzamiento de varias series de memorias que corresponden a los diferentes grupos a los cuales pertenecemos –familia, amigos, partido político, clase social, nación–” (Watchel, 1999: 77).

II

Patricia, leo en este libro, era una niña cuando a un hombre que se escondía en la panadería de su padre “lo sacaron amarrado, le dieron pata, puño... le decían ‘usted ya está muerto’... lo hicieron cavar el hueco, lo arrodillaron, le metieron un tiro y lo taparon”. Releo y veo a Mariela cuando, preocupada por el orden de su cuaderno, borraba sus líneas ensortijadas: “Cuando yo oí los tiros se me doblaron las rodillas y caí como clavada en el piso. Cuando yo arrimé, él todavía respiraba” (Ocampo, 2006: 49).

Y detrás de Mariela, Amanda viene a mi recuerdo, la veo llorando y escribiendo: “Alex se puso una pantaloneta, una camisilla, tenis y una gorra... Y salieron del cuarto... Llegó a mi casa la angustia, la desesperación, la impotencia... Mi dolor se incrementó más y más al escuchar dos disparos como a dos cuerdas de la casa. Mi reacción fue inmediata. Recuerdo que pegué un grito desgarrador cargado de dolor de mi corazón. Me decía que habían matado a mi Alex” (Uribe, 2006: 35).

Los cuerpos tendidos en el camino polvoriento, en la autopista, en la plaza, son la constatación del asesinato. No hay respuesta que esperar, no se debe preguntar. Las incógnitas quedan atrapadas entre las oraciones por los difuntos. Es mejor no averiguar, dirán los padres a las madres. Y ellas se morderán la lengua para no poner en peligro a los niños de la casa.

La memoria también se construye con narraciones sobre el cómo y con silencios sobre el porqué. Los victimarios no necesitan explicar sus actos. El cadáver es un mensaje sin riesgo de ambigüedades, entiéndase como se entienda no será malentendido. Aún, a la vista de quienes no lo conocieron en vida, el cadáver del asesinado es el mensaje perfecto.

A Puerto Berrío, en Antioquia –como a muchos otros puertos de los ríos Magdalena, Cauca, Atrato, San Juan, San Jorge y Sinú, por no mencionar más–, llegan cadáveres sin nombre y, por lo tanto, despojados de su historia. El 16 de marzo del 2009 el agua acercó a la orilla el cuerpo decapitado de una mujer. Los pescadores rompieron el pacto de no rescatar más cadáveres para no entrar en la categoría de “auxiliadores”

de uno de los actores armados y correr el riesgo de terminar como ellos: náufragos-anónimos-desmembrados. Tal vez por ser de mujer, dicen ellos, detuvieron el cuerpo, lo amarraron a una estaca y avisaron a la autoridad.

Así lo hicieron tantas veces en los años anteriores que un pabellón del cementerio está ocupado por N.N., cuerpos sin nombre conocido. Pero no es este, como podría imaginarse, un pabellón de abandonados. Las lápidas tienen color, flores, mensajes de gratitud y en algunas, al lado del número de identificación judicial, aparece escrito un nombre a partir del cual empieza a construirse una nueva historia. García Márquez lo anticipó en 1968: “A última hora les dolió devolverlo huérfano a las aguas, y le eligieron un padre y una madre entre los mejores, y otros se le hicieron hermanos, tíos y primos, así que a través de él todos los habitantes del pueblo terminaron por ser parientes entre sí” (García Márquez, 1976: 219)

Es decir que aún sobre el no nombre se puede escribir una memoria. Mientras que en sus familias de origen estas personas son extrañadas, soñadas, buscadas, lloradas; en las de acogida son visitadas, consoladas, mimadas, queridas y requeridas. A ellas, a sus almas en pena, a sus espíritus intranquilos, se les ora a cambio de favores. En recompensa a la dignificación¹⁸¹ que les da el nuevo nombre, el ritual funerario, la sepultura y la oración, los elegidos deben responder con pequeños milagros cotidianos: aliviar el dolor, traer la suerte en la lotería, devolver al ser amado, mitigar la ansiedad al ofrecer compañía.

Carmen Piedrahíta, una de las *Antígonas* de Puerto Berrío, asume el compromiso con su elegido de otra manera: “Yo, cuando visito la tumba, pienso en mis dos hermanos desaparecidos; en que tal vez son unos N.N. en otro pueblo, en otro cementerio de este país, y rezo para que alguien los elija, rece por ellos y les lleve flores”. Estas palabras contienen implícito un gesto de solidaridad en el dolor, como ningún otro: acuno el cadáver de tu hijo para que tú, si se te presenta la ocasión, arrulles el del mío. Cadáver mutilado, incompleto, putrefacto. ¿De mujer?, ¿de hombre?, ¿de inocente?, ¿de criminal?, ¿de joven blanca?, ¿de adolescente negro?

Esas preguntas no tienen lugar allí donde se instaura una narrativa simbólica que se convierte en memoria social, explicada por T. Ibáñez así: “Aquello que es instituido en el mundo de los significados comunes propios de una colectividad de seres humanos. Es decir, en el marco y por medio de la ‘intersubjetividad’. Esto implica que lo social no radica ‘en’ las personas sino ‘entre’ las personas, es decir, en el espacio de significados del que participan o que construyen conjuntamente” (citado por Vásquez, 2001: 28).

¹⁸¹ Una ampliación de este concepto de dignificación de los N.N. puede verse en: Girado, María Cristina, 2008, “Las voces el silencio”, *Colofón 28*, Revista de la Federación Internacional de Bibliotecas del campo Freudiano - FIBCF, Buenos Aires.

¿Qué significa para una comunidad hacerse cargo de los muertos ajenos? Todos los lunes a las cinco de la tarde se celebra en el cementerio de Puerto Berrío la misa por los difuntos. Allí se congregan decenas de personas y entre ellas –sin carteles ni camisetas, sin himnos sin cánticos–, perdidos entre la multitud, están los padrinos de los N.N. Se han visto en el pabellón, se han acompañado en los rezos, se han ayudado en la ornamentación de las lápidas, pero no son un clan, ni un grupo, ni una élite. Simplemente se comunican a través de los símbolos y éstos los dotarán de una nueva identidad con el paso del tiempo.

En los periodos calmos, cuando las memorias y las identidades están constituidas, instituidas y amarradas, los cuestionamientos que se puedan producir no provocan urgencias de reordenar o de reestructurar. La memoria y la identidad pueden trabajar por sí solas y sobre sí mismas, en una labor de mantenimiento de la coherencia y la unidad. Los periodos de crisis internas de un grupo o de amenazas externas generalmente implican reinterpretar la memoria y cuestionar la propia identidad (Jelin, 2002: 26).

El pabellón de los N.N. de Puerto Berrío no es el único altar de la memoria en el país. En ciudades y veredas se levanta una voz, se escribe un poema, se construye un monumento, se teje una manta, se marcha por los caminos que fueron del horror, se danza, se relatan crónicas en voz alta, se llora, se abraza... Símbolos que condensan el sentido de lo que las víctimas dicen.

El grupo de Memoria Histórica, de la Comisión Nacional de Reconciliación y Reparación de Colombia, CNRR, estudió “algunos procesos recientes de construcción y formalización de las memorias acerca del conflicto armado que se gestan desde la sociedad colombiana, las comunidades involucradas y los recursos expresivos para recordar y hacer visible el dolor” (CNRR, 2009: 17). Uno de los resultados de tal inventario es un mapa¹⁸² digital que se convierte en un maravilloso viaje por relatos que construyen la(s) memoria(s) de este país. Allí me enteré de que los campesinos de Arauca han marchado para decir que se resisten a la violencia; que los niños de Bojayá han danzado para narrar su tragedia y que allí mismo “Noencí y el Bongo de Bojayá” cantan para expresar el dolor de la gente negra; que los Wayuú registran cada violación a sus derechos por parte de los actores armados en un blog; que los jóvenes desplazados de Montes de María relatan su éxodo por medio del teatro; que Florencia recordará los carros-bomba que la estremecieron con mariposas gigantes instaladas en los lugares de las explosiones; que las mujeres del Putumayo han bordado una manta

¹⁸² CNRR, *Memorias expresivas recientes. Resistencias al olvido*, Multimedia. Disponible en: http://www.memoriahistorica-cnrr.org.co/administrador/Multimedia%20Iniciativas/Memoria_H/index.html [consultado el 8 de mayo del 2010].

de más de cien metros con los relatos de sus dolores y de sus pérdidas... Y así, de pueblo en pueblo, viajé por el país guiando el cursor y descubriendo cantos múltiples que narran la tragedia colombiana y la grandeza de los colombianos inocentes.

III

“Entonces son cosas que es bueno comentar porque uno como que descarga el corazón”, leo en un aparte de la historia de Rosalba publicada en este libro, unas páginas atrás.

A Amanda Uribe, quien contó por escrito en otro proyecto los tres sucesos amargos que han marcado su vida, la vi escribir así sobre ese ejercicio de recuerdo y memoria: “Para mí llenar estas líneas con mi historia no es fácil pues es volver al pasado, a revivir todo aquello que queremos olvidar. Pero olvidar no es fácil cuando fuimos tan brutalmente golpeados” (2006: 36).

A Carmenza Orozco, quien describió cómo recibió la ropa, la billetera y los huesos secos de su hijo empacados en una bolsa de plástico cuatro años después de su desaparición, la escuché hablar así de su experiencia de escritura: “Continuo con mi narración. Si está bien escrita y ordenada, eso fue lo que me propuse. Si es mediocre y sin valor, es todo lo que pude hacer. Deseo que esta obra literaria, con variedad de estilos, agrade a los lectores, pero más que nada pretendo que llegue a muchos corazones, en especial a los de aquellos violentos que terminan con la vida de quienes amamos, como también con la de quienes quedamos” (2007: 24).

El libro, dice Elizabeth Jelin, es uno de los *vehículos de la memoria*. Es decir, un producto que permite a la experiencia vivida subjetivamente ser culturalmente compartida y compatible (2002: 37). Así como los monumentos, las películas, las obras escénicas, los museos y muchas otras actuaciones y expresiones que traen el pasado al presente para vislumbrar el futuro, los libros son una materialización del anhelo de construir la memoria: el presente del pasado (Ricoeur, 1999: 16).

Rolan Arnup, historiador sueco, relee así las reflexiones de De Certeau sobre la escritura:

La escritura desempeña el papel de un rito de entierro, ella exorciza a la muerte al introducirla en el discurso, tiene una función simbolizadora; permite a una sociedad situarse en un lugar al darse en el lenguaje un pasado, abriendo así al presente un espacio: “[...] ‘marcar’ un pasado es darle un lugar al muerto, pero también redistribuir el espacio de los posibles, determinar negativamente lo que queda por hacer, y por consiguiente utilizar la narratividad que entierra a los muertos como medio de fijar un lugar a los vivos” (De Certeau citado por Arnup, 2009: 39).

Releo el párrafo anterior y recuerdo otro escrito en las primeras páginas del libro que tiene en sus manos, titulado *Tácticas y estrategias para contar. Historias de la gente*

sobre conflicto y reconciliación en Colombia. El autor de la introducción dice: “La narración es una forma de futuro, ya que recordamos para imaginarnos, construimos el pasado para reconstruir una identidad, contamos para sentirnos sujetos de la historia y creamos nuestras historias para recuperar la dignidad que la guerra intenta destruir”.

Primo Levi, uno de los grandes narradores de la vida en los campos de concentración, advierte, así lo leo, sobre lo que puede pasar si no fijamos los recuerdos como relatos, como memorias: “Aquí abro un paréntesis: después de casi cuarenta años, guardo el recuerdo de todo esto a través de lo que he escrito; mis textos hacen las veces de memoria artificial, y el resto, lo que quedó sin escribir se resume en algunos detalles” (2006: 15).

Para que de la historia de los colombianos se conserven más que jirones –retazos de recuerdos salvados del poder destructor de los asesinos–, conviene ejercer la memoria ahora mismo, sobre el humo de las batallas, sin esperar a que llegue la paz. Se trata de “restituir aquello que un día fue y que ha tenido lugar; de esta manera el paso y la huella del tiempo se inscriben en lo individual y en lo colectivo” (Nieto, 2009: 163).

A escribir las otras historias, las otras memorias, las interpretaciones alternativas –como resistencia al libreto de los vencedores– contribuyen las voces de Rosalba, Patricia, Ubaldo, Islenya, Carlos, Sabulón, Amanda, Carmenza, Mariela, Fabiola... que hoy componen e interpretan el coro de la tragedia colombiana. Pero todavía faltan personas dispuestas a escuchar a quienes han desafiado el miedo a la muerte con sus voces. Faltan oídos para que los recuerdos, las narrativas y las memorias no sean también, como tantos hombres, aniquiladas.

Referencias bibliográficas

- Anrup, Roland, 2008, *Una tragedia a la colombiana*, Bogotá, Debate.
- Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, 2009, *Memorias en tiempo de guerra. Repertorio de iniciativas*, Bogotá, CNRR.
- De Certau Michael, 1975, *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard. Citado por: Anrup Roland, 2009, *Una tragedia a la colombiana*, Bogotá, Debate.
- Jelin, Elizabeth, 2002, *Los trabajos de memoria*, Madrid, Siglo XXI.
- García Márquez, Gabriel, 1976, “El ahogado más bello del mundo”, en: *Todos los cuentos (1947-1972)*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- Lalinde, Fabiola, 2007, “Último vuelo del cirirí”, en: Nieto, Patricia (comp.), *El cielo no me abandona*, Medellín, Alcaldía de Medellín, Concepto Visual.
- Levi, Primo, 2006, *Deber de memoria*, Buenos Aires, Libros del Zorzal.
- Nieto, Judith, 2009, “Memoria, mujer y escritura en *El último encuentro*”, en: Vélez,

Germán Darío (comp.), *Al encuentro de Sándor Márai*, Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit.

Ocampo, Mariela, 2006, "Un papá fusilado", en: Nieto, Patricia y Betancur, Jorge (comps.), *Jamás olvidaré tu nombre*, Medellín, Alcaldía de Medellín, Concepto Visual.

Orozco, Carmen, 2007, "Hay un ángel", en: Nieto, Patricia (comp.), *El cielo no me abandona*, Medellín, Alcaldía de Medellín, Concepto Visual.

Ricoeur, Paul, 1999, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Madrid, Arrecife, Universidad Autónoma de Madrid.

Uribe, Amanda, 2006, "Tres sucesos amargos", en: Nieto, Patricia y Betancur, Jorge (comps.), *Jamás olvidaré tu nombre*, Medellín, Alcaldía de Medellín, Concepto Visual.

Vásquez, Félix, 2001, *La memoria como acción social. Relaciones, significado e imaginarios*, Barcelona, Paidós.

Watchel, Nathan, 1999, "Memoria e historia", *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 35.

La Colombia contada

La **ideología** del **cheverismo**

Omar Rincón

Profesor Asociado Facultad de Artes y Humanidades Universidad de los Andes, Director Centro de Competencia en Comunicación - Fundación Friedrich Ebert, Bloguero de lasillavacia.com, Analista de El Tiempo

omar.rincon@fescol.org.co, orincon@uniandes.edu.co

Este texto es sobre cómo uno va leyendo los testimonios de la gente y uno va construyendo un relato de la nación colombiana y así van apareciendo muchos países otros, unos distintos a los contados por los medios de comunicación. Países inverosímiles frente a los relatos oficiales de textos escolares, y a los que dicen los gobiernos y sus políticas públicas, y lejanos del discurso onegero... y turístico. En fin una nación que vive del cuento o que cuenta para sobrevivir.

Este texto es un viajar libre por estos testimonios de la gente llamando la atención en pequeños detalles que nos dicen mucho sobre cómo venimos siendo en esta nación llamada Colombia. Nación de discurso siglo XXI pero que vive en prácticas del XIX... nación con discurso de la modernidad y prácticas de la premodernidad... nación de la ideología del *cheverismo*, porque anta tantas dificultades y violencias, solo nos queda la fiesta, el amor, la solidaridad entre pobres y sobre todo el tratar de pasarla chévere. Este es un relato en busca de la Colombia de abajo, la de la gente, la de los sobrevivientes.

(i) Se aprende a ser colombiano en la guerra

Y EN LA GUERRA SE NACE. “Que los *faruchos* están reclutando niños para sus filas”... “Que de una vereda se llevaron dos *pelados*”. Los colombianos creemos que somos habitantes de un destino trágico ya establecido por los guerreros y un dios muy castigador. Poco pensamos que somos un asunto de democracia y una construcción que se hace desde la ciudadanía. Por eso “cuando creemos que hemos tocado la puerta del cielo con la mano de la suerte, se nos abre la puerta del infierno. Todo se nos cae y no nos queda más que aceptar la triste realidad” cuenta la historia de Arsenio quien creía que todo era cuestión de suerte y destino. Y ese destino a veces marca otro camino “en la mente de Elkin crecía la idea de integrar las filas del llamado Ejército de Liberación Nacional porque le habían prometido que allá tendría una vida mejor”. Luego no solo es suerte porque el destino también lo hacen las promesas de los guerreros. Y hay veces no todo es guerra porque se encuentra “amigos que me apoyaban y hasta me animaban a salir de rumba. Fue en una de

las fiestas en donde empecé a sentirme como en mi ambiente. Fue ahí también en donde conseguí trabajo”. Y el Colombia es un destino diverso pero casi siempre marcado por la guerra.

Y EN LA GUERRA TODO ES CUESTIÓN DE HISTORIAS. Y las historias de guerra se diseñan para hacer daño, pues una vez se sueltan van buscando sus víctimas y metiendo miedos y matando. Y ahí es cuando hacen mucho daño porque eliminan la convivencia, atentan contra la confianza, impiden el pensar bien del otro, construyen la venganza y eliminan al “enemigo”. O si no recuerde como hay un rumor que dice “que dijo la guerrilla que había paro armado”, noticia no confirmada pero noticia en fin, y los buses no pasan, y los niños no van a la escuela, y las tiendas no abren, y la vida se pausa. Historias que meten miedo (¡y des eso estamos hechos en Colombia!). O sino recuerde “el abrazo de la muerte”, que consistía en saludar y abrazar y hablarle a la gente. La guerrilla los miraba tan amigos. Y concluía que era informante. Y *pum pum pum* se murió. Son historias que matan (¡y de eso estamos hechos en Colombia!)

Y LA NACIÓN DE LA AMENAZA. Y esta nación de miedos y intimidaciones y muertes ha hecho de la amenaza un modo de vida. “Era la primera vez que recibía una amenaza directa. Sentí un *corrientazo* caliente en todo el cuerpo. Luego *helaje*. Era como si los huesos se me desprendieran. El corazón parece pequeñito, como que no bombea bien... se siente ahogo, fatiga. Se siente pavor” este es el testimonio de Islena. Y pensar que esa es una experiencia común en Colombia: amenazar. Se amenaza porque si, porque también. Se amenaza para no cumplir la ley, se amenaza para sobrevivir, se amenaza para meter miedo. Amenaza el Estado, los criminales, los corruptos, y hasta los buenos. Y aprendemos a vivir amenazados.

(ii) La identidad colombiana se construye sobre la marcha

Y ES QUE UNO VA HACIENDO LA VIDA COMO VENGA. En una sociedad sin proyecto, ni futuro, la única acción de memoria y futuro es la venganza. Y es que somos desmemoriados pero no olvidadizos. Y cada uno nace con su venganza a cuestas. Su karma es haber nacido en medio de una guerra donde hay muertos y sobrevivientes; y cuerpos y nombres que hay que dignificar; y orgullos que hay que reivindicar; cuentas que hay que cobrar. Así el colombiano tiene que vengar algo más que construir su proyecto, así se hace uno colombiano como venga la situación, a las que le toque. “Me he vuelto como más verraca: si me sale un problema, pues lo enfrento” cuenta Viviana. Y es que no hay de otra. No hay de otra en un país donde el asunto diario es sobrevivir.

UNA HISTORIA REPETIDA. Y cualquier historia sirve para ilustrar los miedos. Y es que la violencia habita la estética de la repetición. El relato Colombia está hecho de amenazas, exclusiones, venganzas. El miedo es el género de su relato. La venganza

su fuerza dramática. Y es realidad. Y parece de ficción. Cuenta Olga: “Estábamos tan bien que pudimos mandar a los dos hijos mayores a estudiar administración en Bogotá. En esas, ocurrió lo inesperado: mataron a mi marido en la finca. Allí comenzó mi calvario: sostener el negocio y la finca, mantener a mis hijos y darles la universidad. Yo sola no podía, así que decidí poner los negocios en las manos de mi hijo mayor, que estuvo al frente de ellos durante 7 años, hasta cuando llegaron los paramilitares y nos sacaron del pueblo argumentando que éramos auxiliares de la guerrilla. Cuando los paramilitares nos sacaron, quedaron enterrados allí 32 años de trabajo en la finca y el negocio. Ahí sí que no entendí nada. ¿Cómo íbamos a andar auxiliando a los asesinos de mi esposo?. Y ahora nadie nos responde por nada. Hasta los de Acción Social de la Presidencia, me niegan mis derechos”. No hay verdad. No hay justicia. No hay reparación. No hay estado. No hay nada. ¡Sálvese quien pueda!

LA HISTORIA SINFÍN. Y la historia se repite sin imaginación, que la guerrilla vino y.... que los paras vinieron y.... que nos narcos aparecieron y.... que los corruptos ofrecieron y... que el gobierno llega a impartir justicia y... que y el resultado es el mismo: humillación, muertes, desplazamientos. “Bueno, hermano, esa vaina empezó en una época en que la guerrilla andaba matando gente verracamente. Allí había un viejo que se cansó de la vaina. Decidió declararse enemigo de la guerrilla. Era de los buenos para la pelea. Fue entonces cuando llegó este militar y les dijo: “Ustedes tienen derecho a que los protejamos, así que digan qué necesitan”. Ya se siente uno más seguro y ya la gente viaja sin problemas. Claro que la joda se está poniendo fea otra vez por lo lados de...”. Así se justifica la violencia, todo nace para defenderse, todo comienza como una venganza, todo termina en masacres, todo mal. Y en cada acto nace la semilla de las violencias futuras. La historia sin imaginación que se repite y justifica así misma.

(iii) Colombia es un país a pesar de sus gobiernos

Y EL ESTADO APARECE pero no para ayudar sino para joder, llega vestido de militar a acusar a los habitantes del territorio; llega en forma de justicia para juzgar a todos de delincuentes y terroristas; llega en forma de acción social que se cambia por votos en las elecciones. El Estado siempre significa para la gente problemas. “Nosotros teníamos una finca arrendada y eso cuando llegaba la avioneta a fumar eso era terrible. El niño oía el helicóptero y no hallaba qué hacer. Le daba mucho miedo” afirma don Sabulón. Y es que el Estado quiere de una manera extraña a los pobres, pareciera que acabar con la pobreza significara acabar con los pobres. Quiere raro el Estado porque para decir te amo, golpea.

Y ASÍ COMO NO HAY ESTADO, tampoco hay medios lícitos para ascender socialmente y ser alguien en la vida, entonces toca lo que venga, y lo que llega y produce mucho es la coca. “La gente vivía de la coca. Los cultivos agrícolas como el plátano eran pocos. Además era muy difícil sacarlos por la pasada del río pues había

que pagarles a ellos” testimonia Viviana. “Veíamos la coca como cualquier cosa”. Para el campesino es su comida para el gobierno es el delito. Vivir es un delito. Y ya metidos en delitos pues todo comienza con la mata de coca.

Y ES QUE TODO LO QUE SE TIENE ES LA COCA. Un campesino dedicado al cultivo de hoja de coca recuerda el momento en que el Ejército retomó el control militar de la zona: “no sé qué era peor: si tener a las Farc encima extorsionándonos o ver a los soldados arrancándonos hasta los tomates de la huerta. Los guerrilleros nos tenían como esclavos, pero el Ejército llegó tratándonos como basura”. Y la coca sigue. Y la coca que es planta ancestral y de sabiduría indígena se convierte en símbolo de la lucha entre el bien y el mal. Y cultivarla es estar en la mala pero mientras dure es estar en la buena. La gente sigue en la siembra de coca porque no tiene mucho más qué hacer y no tiene qué comer. El Estado llega fumiga y erradica las plantaciones de coca y amapola, se lleva unos presos y luego se va y solo queda la nada. Y de la nada no se puede vivir. Luego, la coca es mejor.

Y EL QUERER VIVIR APARTE DE LA COCA. “Mi papá no se comprometía con ellos y ese fue el punto de discordia más adelante”, explica Viviana y así comienza todo: había una vez un señor que no nos ayudaba y si no ayuda, entonces, era del otro bando. Esta es la lógica de la confrontación que marca la historia de Colombia. ¿O estás conmigo o estas contra mí? Y no hay pregunta por ideología, tampoco por intereses, nada de otros modos de vida. Todo es un duelo de morales. Pero la gente que habita el territorio sabe que todo puede ser diferente, y que nada es moralmente bueno o malo. “Se necesita unidad, lo dice la guerrilla, lo dice el Gobierno, lo dice la Iglesia, pero nosotros somos unos humildes campesinos que lo único que tenemos para defender nuestra vida son unas matas de café, unas matas de caña, unos hijos cabezones, *ojibrotos*, barrigones, y no tenemos capacidad de darles todo lo que necesitan, pero somos verracos porque somos capaces de subsistir con lo que tenemos. Si eso es malo aquí estoy, mátenme” es la homilía de Ubaldo. Y de verdad, no es asunto de malos y buenos, es de sobrevivir, y donde no hay nada hay coca y solidaridad de pobres. Y de eso está hecho el relato de Colombia.

(iv) Y el referente colectivo y moral de Colombia es la familia, no la ley

Y LA FAMILIA LO ES TODO cuando uno va a la deriva, cuando el Estado no aparece o llega con sus peores defectos autoritarios o cuando la única defensa ante el mundo es pertenecer a un grupo armado, cuando eso pasa la familia es todo nuestro referente/ley. “Nuestra familia siempre ha estado frente o en medio de guerrilla o paramilitares pero siempre ha estado unida” y ahí en la familia Viviana encuentra la salvación y por eso ha sobrevivido, porque su familia ha estado ahí. “Y le pregunté por mi tío José, le dije que había escuchado su voz... ella se puso a llorar y no me respondió. Luego llegó mi papá y nos fuimos a casa, la alegría fue inmensa, mi hermana me abrazó y me dijo que nunca me iba a dejar solo. Poco a poco me fueron

explicando lo que había pasado. Mi mamá me contó que a mi tío se lo habían llevado para que a mí me dejaran en libertad. Pasaron varios días antes de que la policía encontrara el cadáver de mi tío. Esa fue una tragedia familiar” cuenta Jennifer. Y es que cuando a uno se le llevan un familiar, cuando se le acusa de guerrillero o paraco, cuando se le secuestra, ahí es cuando todo el sentido de vida se diluye. “Todo ese tiempo de búsqueda como que no pensaba. Sólo sentía que se me juntaba el cielo con la tierra. Sólo quería encontrar a mi hermano”, cuenta Rosalba. Es que si todo el sentido está en la familia, sin familia para qué vida. “Cuando me arrancaron a mi hermano se llevaron mis ilusiones. Mi sueño es que mis hijos puedan tener una familia. La felicidad de uno es que la familia pueda comer y vestirse bien, que tengan salud y disfruten el momento- ¿Es mucho pedir?” pregunta Rosalba. Y es que cuando toda la posibilidad de referencia colectiva está en la familia, la existencia carece de objetivo, la familia es la patria, la familia es el territorio, la familia es el relato de la nación Colombia.

Y SI CON LA FAMILIA ANDA TODO MAL porque no existe o pega o abandona o se pierde en el delito o las venganzas, pues ahí es cuando aparece la guerrilla o los paramilitares y crean pertenencia y ley. “La guerrilla primero lo carnetizaba a uno y en ese tiempo recuerdo que exigían el examen de sida. La guerrilla no permitía la prostitución. Tenían multas por mal comportamiento” cuenta Viviana. Y así se pertenece a algo, a algún orden, a un asunto social. Eso es todo el deseo: pertenecer! Eso es la nación: pertenecer a un territorio, un relato, una comunidad.

(v) La Colombia de la identidad desplazada

Y NOS QUEDAMOS EN LA NADA. Y si al colombiano ya le pasó el país por encima, ya le mataron a alguien, ya lo sacaron corriendo de su lugar cultural, ya lo signaron de terrorista, ya lo marcaron como desechable, y ya no le queda nada, solo le resta sobrevivir. Y para sobrevivir deambula, se mueve, camina su desgracia. Y se vuelve invisible para la sociedad. Y es visible para la autoridad. Y así nace la nueva Colombia, la de la identidad desplazada. Y es que por ejemplo, “en la carretera que unía a los pueblos había unos billares. Los de arriba juraban que los de abajo eran paras, y los de abajo, que los de arriba eran guerrilleros. Todavía hay gente que no sube o no baja, porque ahora están los militares y aún cargan su estigma...”. Y la verdad es que en Colombia no sabemos quién es el que manda, o mejor sabemos que la autoridad es de quien controla el territorio porque “lo más grave en la guerra siempre es pagar con la vida” y lo más triste “que los muchos que quedamos vivos también lo estamos pagando”. Y luego se van, y no saben para donde van, solo quieren salvar la vida porque ya lo dijo el filósofo del fútbol, en Colombia *perder es ganar un poco*. Se pierde lo que se tenía y hasta la tradición de donde se era para ganar la sobrevivencia.

Y ASÍ ES LA VIDA LA QUE NOS MARCA EL CAMINO. Y las historias de los sobrevivientes de Colombia son historias de desplazamiento y desarraigo *que me tocó irme..., que llegué a..., que lo perdí todo..., que me fui por unos días..., que estuve trabajando...* y así vamos siendo lo que cada día nos depare el camino. Y ese desplazarse, ese tener que irse, ese desarraigo de cultura, amigos y tierra hace que esta patria no parezca de uno, sino de otros; parece que en Colombia hay que pedir permiso para pertenecer a la nación Colombia. De razón, los indígenas concentran toda su lucha política en y por el territorio, en el permanecer en el territorio, conectados a la madre tierra. El territorio como sentido de identidad y nación.

Y LA SOCIEDAD NO NOS QUIERE. “Decir que somos desplazados es llevar como una mancha. La gente te empieza a mirar como bicho raro. Sus miradas, sus palabras, su trato duele mucho. Lo hacen sentir a uno avergonzado. Por eso renuncié a la ayuda” recuerda Rosalba. Y llegan a molestar la vida de los urbanos que no quieren ver la barbarie nacional, y llegan con el *inri* de desplazados... lo que significa que eso debe ser que son violentos y tal vez se merecen lo que les pasa... y así es muy difícil integrarse e incluirse en la nación Colombia. “A la vista de la sociedad en general y de los de la Red Social, los desplazados somos unas personas *chiringosas*, mal habladas, que olemos a feo, *brujosos*, de todo, porque si no, no se es desplazado”. Y los ubicados, los que habitamos el territorio localizado, poco entendemos que la mayoría de los desplazados van a otro lugar no porque lo quieran sino porque les toca y los obligan. Y es que ser de la nación Colombia significa asumir lo que nos trae el destino de las violencias, no lo que queremos como destino.

EL NO FUTURO. El relato de la nación colombiana es uno del *presentismo*, vivir sin pensar mañana. “De las 30 personas que formaban el Comité Cívico por los Derechos Humanos sólo quedábamos 3. Unos habían sido asesinados, otros desaparecidos y los demás se exiliaron. Pensé que era el fin. Si Josué tenía medidas provisionales de la Corte Interamericana de Derechos Humanos y la comunidad internacional estaba pendiente de él, ¿qué podía esperarnos a nosotros?” concluye doña Islena. “Yo estaba amando la muerte —no tenía otra opción— y estaba muy tranquila. Cuando me acostaba dormía profundamente, sin sobresaltos. Siempre me despertaba puntualmente y me alegraba de estar viva” así se vive, feliz de estar vivos. Y es que ya se dice de manera irónica que cuando uno abre el ojo en la mañana debe exclamar “amanecí... y vamos ganando”. Y el silencio es el resultado de los miedos y así cada colombiano hace que nada es con uno, que mejor silencio porque las palabras matan. “A su sepelio no fue tanta gente como esperábamos. Todos teníamos miedo”. Y cada uno en lo suyo y nadie en lo de todos. Este es el relato de la nación colombiana: vivir con el miedo adentro. Miedo a morir, pero miedo a estar vivo. “Me atemoriza, eso sí, que me judicialicen injustamente: por ejemplo, que me metan algo en la camioneta y me vinculen con la guerrilla, que me pongan armas en algún montaje de los que siempre hace la fuerza pública y los organismos de seguridad para

mostrar los famosos positivos”. Miedo a estar vivos y ser judicializado, a sentir que la justicia es una manera de matar en vida. ¡Qué nación!

(vi) Pero hay relatos de posibilidad

LA MUJER ES EL CENTRO DE LA VIDA, la resistencia, el deseo y por eso cuenta. Cuenta para resistir/existir/vivir. Y esa es Colombia, la nación que sobrevive del cuento y del cuento de sus mujeres. Los hombres vamos a la guerra y morimos, y ya. Las mujeres son las encargadas de la memoria, del aguante, del estar/continuar en la vida. Y por eso desde niñas les inculcan que ellas son la historia, la memoria, la continuidad, y por tanto el objetivo de conquista. “Allá funciona la guerrilla, les van a decir muchas cosas, de pronto a usted que es la mayorcita la van a enamorar, ojo con eso” le moralizó el papa de Viviana. Ud. es el relato/memoria/continuidad y se le quiere seducir, por eso cuídese. Y en eso de persistir y de jugar a la paciencia “los guerrilleros eran persistentes. Al colegio llegaban y nos hablaban y decían que uno se tiene que organizar y claro, convencían a más de uno”. Y el Estado colombiano oficial llegaba y les decía lo mismo “organícense” y les damos dinero y desarrollo, pero dame tu voto. Guerrilla y Estado y las fuerzas militares y los paramilitares y los narcos y los corruptos prometen lo mismo: “Eso es chévere, solo usted va y si le gusta se queda, si no pues no”. Y es que de eso es que trata la democracia, de hacernos felices. Pura ideología de vas y vives, y si es chévere, pues a lo bien. Ideología del *cheverismo*.

Y LA PARRANDA ES UNA POSIBILIDAD DE SOBREVIVIR. Y esa ideología del *cheverismo* es la que hace que el colombiano vea goce donde poco lo hay. “La luz era de planta eléctrica y la ponían de 6 a 9 de la noche entre semana, al medio día una hora y los fines de semana de las 10 a la 1 de la tarde y de 7 a 12 de la noche, para la parranda” dice Viviana. La ideología del *cheverismo* nos indica que la luz debe estar disponible para el goce. Y en el orden de prioridades de los colombianos primero está la rumba, el goce, la parranda... y es que cuando se vive con la sospecha de que la vida se acaba en cualquier momento, estar vivo es estar de fiesta.

Y EL AMOR NOS ILUSIONA. La ideología del *cheverismo* además de goce y fiesta tiene el melodrama del amor. “Tenía un novio. Él me propuso que nos fuéramos a vivir y acepté. ¡Fue un gran error! Quedé embarazada como a los cuatro meses de convivencia”. Y esa es la historia más común, pensando en el amor se termina en el eterno melodrama colombiano: un hijo es todo el sentido de vida y pa’ lante y pa’ las que sea.

Y AHÍ APARECE DIOS. Y para el amor y la fiesta está el dios que proveerá. Y llega como disculpa “creo que si no me mataron es porque mi Dios me tiene para otras cosas”. Y llega como destino y es que para Colombia su relato no depende de acciones concretas y conscientes de sus habitantes... no, todo es cosa de dios. Somos

súbditos de dios. Luego no somos responsables. El que debe responder es dios. Por eso “yo aprendí que uno aquí en la tierra no es dueño de nada” concluye Rosalba.

Y SE SOBREVIVE POR DIGNIDAD. “Mi dignidad, mi dignidad vale más que todo lo que se perdió” cuenta Rosalba. Y es la dignidad la que permite seguir viviendo con sentido, porque eso si depende de nosotros y no de dios, ni del Estado, ni de los políticos. Dignidad es hacerse respetar como ser humano. “El problema es que llega uno con la mente trastornada”. Y entonces toca sacar fuerzas y orgullos y dignidades de donde no quedan “mire señor, así como usted exige respeto, nosotros también se lo exigimos. Usted no tiene ningún derecho a tratarnos de esa forma” exclama Rosalba y exige su derecho al respeto, a la dignidad. Y mientras haya dignidad futuro, la posibilidad de futuro existe.

Y TODAVÍA EXISTE LA ESPERANZA. La esperanza aparece porque los guerreros todavía creen en la educación y la cultura. “El comandante se presentó y empezó a hablar y a decirme que él iba a ser mi defensor y que me darían su apoyo. Conmigo nunca se metieron. Para mí fueron un apoyo total: arreglaron la escuela, construyeron un lugar para que viviera y estuvieron pendientes de que nunca me faltara nada. Pasé de tenerles miedo a sentirme protegida”.

Y LA ESPERANZA EXISTE porque entre los sobrevivientes hay muchos testimonios de vida como el de Idelber Papamija, el profesor de música que está a punto de terminar quinto de primaria y fue elegido por votación entre los estudiantes para ser el gobernador del cabildo escolar. Y eso son los colombianos que sobreviven con esperanza, esos que pueden ser estudiantes y profesores y gobernadores y músicos, esos que quieren producir su vida de modo solidario y colectivo. Esa es la Colombia de la esperanza.

(vii) Colombia o las filosofías de la sobrevivencia

Y ASÍ SE DICE “NO ERAN TIEMPOS FÁCILES” Y SE ENTIENDE TODO. O “fueron minutos largos de silencio, de no saber qué pensar” y se cuenta toda la tragedia. O “nos miraba como mira un sobreviviente” y uno entiende. O cuando ella exclama que “sólo sentía que se me juntaba el cielo con la tierra”, y uno se da cuenta que no hay nada más que decir, que todo fue explicado. O “ya se logrará imaginar con el cielo aplastado contra la tierra y en la cabeza de uno no se encontraba ni principio ni fin”, y nadie podría expresar mejor el dolor de sobrevivir. O “ahí me acordé de un amigo quien, hacía años, me había dicho que siempre que uno necesitara un tiempo para pensar tenía que tomarse un café”, y entiende que eso es Colombia, eso que para pausar y conversar y pensar debemos tomar un cafecito. Aún en las dificultades un cafecito lo es todo.

Y CONTAR CUENTA. Parte de la dignidad del sobreviviente es contar lo que le ha pasado, que alguien se entere, que alguien oiga, que a alguien interese la vida del

sobreviviente. Entonces, “son cosas que es bueno comentarlas porque uno como que desahoga el corazón” dice Rosalba. Y es que contar es ser tenido en cuenta y dar cuenta de la vida de uno. Contar como reconciliación, como existir, como resistir. “Las armas de nosotros son nuestras manos vacías con las obras que hagamos. Eso es lo que ni la guerrilla ni el Ejército han entendido” concluye Ubaldo. Colombia es la nación de los que cuentan. Contar como estrategia para crear relato de Colombia. “Al final el hombre se fue. No era mi día, por eso puedo contar la historia”, de eso es que trata el sobrevivir, de contar la historia. Así es Colombia, una nación en la que se sobrevive llenando la existencia de frases, dichos, refranes, moralejas, aforismos del sobreviviente. Colombia está hecha de sentencias retóricas y culturales para poder evitar la muerte y contar la vida.

¡COLOMBIA ES CÓMO LA CONTAMOS! ¿Nos gusta el relato que venimos contando?

“TÁCTICAS Y ESTRATEGIAS PARA CONTAR”

[historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia]

La narración se asume como una estrategia de constitución de subjetividad y colectividad, de producción de conocimiento y memoria, de juegos de seducción y conexión. No se trata de contar la guerra (eso lo hacen los medios de comunicación que acompañan el presente de las guerras), tampoco de comprender a los victimarios (ellos solo saben matar y escribir leyes y libros para justificarse), ni de saber la miseria y sufrimiento de las víctimas (hay muchas organizaciones sociales que hacen muy bien este trabajo). En este libro **TÁCTICAS Y ESTRATEGIAS PARA CONTAR [historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia]** se trata de que los sobrevivientes de esta guerra cuenten sus historias, pero aquellas que quieren, aquellas que les proveen de dignidad e ilusión para seguir resistiendo/viviendo. Esta es una red de confianzas en la que las instituciones y los ciudadanos nos vinculamos según nuestras necesidades y querencias, cuando podemos, queremos y no nos da miedo. Y bueno, lector, usted encontrará en este libro algunas historias para seducirlo a contar, a resistir contando, al aguante narrativo y a hacer parte de www.desdeadentro.info. ¿Cuál es su historia?

C3

La unidad regional de análisis de la
comunicación para América Latina de la

FRIEDRICH
EBERT
STIFTUNG

Documentos publicados y disponibles en www.c3fes.net:

- **El cuerpo del delito.** Representación y narrativas mediáticas de la seguridad ciudadana.
<http://www.c3fes.net/docs/delitofinal.pdf>
- **Los relatos periodísticos del crimen.**
<http://www.c3fes.net/docs/relatosdelcrimen.pdf>
- **Ya no es posible el silencio.** Textos, experiencias y procesos de comunicación ciudadana
<http://www.c3fes.net/docs/yanoesposible.pdf>
- **Se nos rompió el amor** [elecciones y medios de comunicación - América Latina 2006]
<http://www.c3fes.net/docs/rompioelamor.pdf>
- **Lo que le vamos quitando a la guerra** [medios ciudadanos en contextos de conflicto armado en Colombia] <http://www.c3fes.net/docs/quitandoalaguerra.pdf>
- **Más allá de víctimas y culpables** [relatos de experiencias en seguridad ciudadana y comunicación en América Latina] <http://www.c3fes.net/docs/lostelepresidentes.pdf>
- **Los Tele-presidentes:** cerca del pueblo, lejos de la democracia
<http://www.c3fes.net/docs/lostelepresidentes.pdf>
- **¡Sin nosotras se le acaba la fiesta!** [América latina en perspectiva de género]
http://www.c3fes.net/docs/sin_nosotras.pdf
- **Entre saberes desechables y saberes indispensables** [agendas de país desde la comunicación]
<http://www.c3fes.net/docs/saberes.pdf>

www.c3fes.net

email: c3@fescol.org.co
c3@c3fes.net

Teléfonos: (57 1) 345 98 83 - 3466665
Sede: calle 71 No. 11-90 Bogotá - Colombia